Roger Zelazny

El Señor de la Luz

Título original *Lord of Light*
Traducción de Domingo Santos
Asesor de la colección: Domingo Santos
Director editonal: Virgilio Onega

Apartado de Correos 35432 Barcelona

ISBN 84-7634 862 2 DL B-41 387-1986
Impreso y encuadernado por printer industria gráfica s. a.
c. n. II cuatro caminos s/n. 8620
sant vicenc del horts barcelona, 1986
Printed in Spain

A Dannie Plachta, de amistad, sabiduría, soma.

I

Se dice que cincuenta y tres años después de su liberación regresó de la Nube Dorada para aceptar una vez más el desafío del Cielo, para oponerse al Orden de la Vida y a los dioses que lo habían ordenado así. Sus seguidores habían rezado por su regreso, aunque sus plegarías fueran pecado. Las plegarias no debían perturbar a quien había ido al Nirvana, fueran cuales fuesen las circunstancias de su ida. Sin embargo, los portadores de la túnica azafrán rezaban para que Él, Manjusrí, el de la Espada, volviera entre ellos. Se dice que el Boddhisatva los escuchó...

> Quien aplacó sus deseos, quien es independiente de sus raíces, cuyo abono es la vacuidad... libre y sin huellas... su sendero es tan desconocido como el de los pájaros cruzando el cielo. *Dhammapada (93)*

Sus seguidores le llamaban Mahasamatman y decían que era un dios. Él prefería, sin embargo, dejar el Maha- y el -atman y llamarse Sam. Nunca afirmó ser un dios. Pero tampoco afirmó nunca no serlo. Dadas las circunstancias, ninguna admisión podía reportarle beneficio. El silencio, en cambio, sí.

En consecuencia, lo rodeaba el misterio.

Fue en la estación de las lluvias.

Fue en la época de las grandes aguas...

Fue en los días de las lluvias cuando se elevaron sus plegarias, no del sobar de los nudos de las cuerdas de rezar o el girar de las ruedas de oración, sino de la gran máquina de oraciones del monasterio de Ratri, diosa de la Noche.

Las plegarias de alta frecuencia fueron dirigidas hacia arriba, cruzando la atmósfera y hasta mas allá, y penetraron en esa nube dorada conocida por todos como el Puente de los Dioses, que rodea completamente el mundo y es visto como un arco iris de bronce por la noche y es el lugar donde el rojo sol se vuelve anaranjado al mediodía.

Algunos de los monjes dudaban de la ortodoxia de esta técnica de oración pero la máquina había sido construida y era controlada por Yama-Dharma, caído de la Ciudad Celestial, y se decía que había construido también hacía siglos el poderoso carro del trueno del Señor Shiva, ese artefacto que cruzaba volando los cielos y arrojaba gotas de fuego en su estela.

Pese a haber caído en desgracia, Yama seguía siendo considerado como el más poderoso de los artificieros, aunque no se dudaba que los Dioses de la Ciudad le harían morir de muerte real si sabían lo de la máquina de oraciones. Y se suponía igualmente que de todos modos le harían morir la muerte real sin la excusa de la máquina de oraciones si alguna vez llegaban a echarle la mano encima. Bien, la forma en que arreglara este asunto con los Señores del Karma era cosa suya, pero nadie dudaba que cuando llegara el momento encontraría una forma de salirse. Tenía la mitad de la edad de la propia Ciudad Celestial y apenas diez de los dioses recordaban la fundación de esa residencia. Era considerado más sabio incluso que el Señor Kubera en los asuntos del Fuego Universal. Pero ésos eran sólo sus atributos menores. Era mas conocido por otra cosa, aunque pocos hombres hablaban de ella. Era alto, aunque no demasiado, robusto, pero no pesado, sus movimientos eran lentos y fluidos. Vestía de rojo y hablaba poco.

Cuidaba de la maquina de oraciones y el gigantesco loto de metal que había instalado en la parte mas alta del techo del monasterio giraba y giraba sobre su alvéolo.

Caía una ligera lluvia sobre el edificio, el loto, y la jungla a los pies de las montañas. Durante seis días había ofrecido muchos kilovatios de plegarias pero la estática impedía que le oyeran en Las Alturas. Casi sin aliento apelo a las más notables deidades de la fertilidad de la corriente invocándolas por sus más prominentes Atributos.

El retumbar del trueno respondió a su petición y el pequeño mono que le ayudaba lanzo una risita. Dio unos pequeños saltos a su alrededor.

—Tus plegarias y tus maldiciones dan el mismo resultado Señor Yama —comento el mono— Es decir, nada.

—¿Has necesitado diecisiete encamaciones para llegar a esta verdad? —dijo Yama— Entonces puedo ver por qué sigues siendo un mono.

—No es así —dijo el mono, cuyo nombre era Tak— Mi caída, aunque menos espectacular que la tuya, implicó de todos modos elementos de malicia personal por parte de...

—¡Ya basta! —exclamó Yama, volviéndose bruscamente de espaldas a él.

Tak se dio cuenta de que debía haber tocado un punto sensible. En un intento por encontrar otro tema de conversación, se dirigió a la ventana, saltó á su amplio alféizar y miró hacia arriba.

—Hay una brecha en la capa de nubes, hacia el oeste —dijo.

Yama se acercó, siguió la dirección de su mirada, frunció el ceño y asintió.

—Sí —dijo— Quédate donde estás y avísame.

Se dirigió a un panel de controles.

El loto dejó de girar sobre sus cabezas, se enfocó hacia el trozo de cielo libre.

—Muy bien —dijo— Estamos consiguiendo algo.

Su mano se agitó sobre un panel de control separado del resto de la maquinara, accionando una serie de interruptores y ajustando dos diales.

Debajo de ellos, en los cavernosos subterráneos del monasterio, fue recibida la señal y se iniciaron otros preparativos: fue avisada la anfitriona.

—¡Las nubes se están cerrando de nuevo! —exclamó Tak

—No importa ahora —dijo el otro— Hemos pescado a nuestro pez. Ahí viene, fuera del Nirvana y hacia el loto.

Hubo otro trueno, y la lluvia empezó a caer con un sonido como de granizo contra el loto. Las azules serpientes de los relámpagos zebraron las cimas de las montañas, silbando.

Yama cerró un último circuito.

—¿Cómo crees que le sentará encarnarse de nuevo? —preguntó Tak.

—¡Ve a pelar plátanos con los pies!

Tak prefino considerar aquello como una despedida y abandono la habitación, dejando que Yama se encargara de cerrar la maquinaria. Tomó un largo corredor y descendió un amplio tramo de escaleras. Alcanzó el siguiente rellano, y mientras aguardaba unos momentos allí oyó sonido de voces y el roce de sandalias contra el suelo, viniendo en su dirección desde una sala lateral.

Trepó sin vacilar por la pared, utilizando una serie de panteras talladas y una hilera opuesta de elefantes como asideros. Se montó en una viga, se retiró a unas sombras protectoras y aguardó, inmóvil.

Dos monjes de oscuras túnicas entraron cruzando un dintel, con los pies deslizándose silenciosamente sobre el desgastado suelo de piedra.

—¿Por qué no puede ella despejarles el cielo? —dijo el primero, en voz baja.

El segundo, un hombre más corpulento y de mayor edad, se encogió de hombros.

—No soy un sabio que pueda responder a tales cuestiones. Es evidente que ella está ansiosa, o de otro modo nunca le hubiera ofrecido este refugio, ni a Yama este uso. ¿Pero quién puede señalar los limites de la noche?

—O el talante de una mujer —dijo el primero— He oído decir que ni siquiera los sacerdotes sabían de su llegada.

—Es posible. Sea como sea, parece un buen presagio.

—Sí lo parece.

Cruzaron otro dintel, y Tak escuchó los sonidos de sus pasos alejándose hasta que sólo hubo silencio.

De todos modos, no abandonó su percha.

El «ella» a que los monjes se referían sólo podía ser la diosa Ratri en persona, adoptada por la orden que había ofrecido refugio a los seguidores del Alma Grande Sam, el Iluminado. Ahora Ratri también tenía que ser incluida entre los caídos de la Ciudad Celestial que llevaban un cuerpo mortal Tenía muy buenas razones para sentirse amargada por todo el asunto, y Tak se dio cuenta del peligro que ella estaba corriendo ofreciendo refugio, sin mencionar el hecho de estar físicamente presente durante la operación. Aquello podía comprometer cualquier posibilidad de una futura rehabilitación, si algo de todo aquello llegaba a los oídos adecuados. Tak la recordó como una belleza de pelo negro y ojos dorados, pasando en su carro lunar de ébano y cromo, tirado por caballos blancos y negros y guiado por su auriga, también blanco y negro, cruzando la Avenida del Cielo, rivalizando incluso con Sarasyati en su gloria. Su corazón latió fuertemente en su peludo pecho. Tenía que verla de nuevo. Una noche, hacía mucho tiempo en tiempos más felices y con una mejor forma, había bailado con ella en un balcón bajo las estrellas. Habían sido tan sólo unos breves momentos. Pero los recordaba, y es difícil ser un mono y tener tales recuerdos.

Descendió de la viga.

Había una torre, una alta torre que se elevaba en la esquina nordeste del monasterio. Dentro de esa torre había una estancia. Se decía que contenía la morada de la presencia de la diosa. Era limpiada cada día, la ropa de la cama cambiada, el incienso quemado y la oferta votiva depositada justo al lado de la puerta. Esa puerta permanecía normalmente cerrada.

Por supuesto, había ventanas. La pregunta de si un hombre podría haber entrado de alguna forma por una de aquellas ventanas era simplemente académica. Tak probó que un mono sí podía.

Subió al techo del monasterio y procedió a escalar la torre, avanzando de resbaladizo ladrillo a resbaladizo ladrillo, de proyección a irregularidad, con el cielo gruñendo como un perro sobre él, hasta que finalmente se aferró a la pared justo debajo del alféizar exterior. Una lluvia persistente caía sobre él. Oyó a un pájaro cantar dentro. Vio el extremo de un pañuelo azul, mojado, colgando sobre el alféizar.

Se aferró al borde y se izó con precaución, hasta que pudo mirar dentro.

Ella le daba la espalda. Llevaba un san azul oscuro y estaba sentada, inmóvil, en un pequeño banco al lado opuesto de la habitación.

Acabó de subir al alféizar y carraspeó.

Ella se volvió rápidamente. Llevaba un velo, de modo que sus rasgos eran indistinguibles. Le miró a su través, luego se levantó y cruzó la estancia.

Se sintió decepcionado. Su silueta, antes esbelta, era ahora ancha de cintura, su andar, antes el oscilar de un junco, era ahora un anadeo, su tez era demasiado oscura, incluso a través del velo las líneas de su nariz y su mandíbula eran excesivamente pronunciadas.

Hizo una inclinación de cabeza.

—«Y así te has acercado a nosotros, que a tu llegada hemos vuelto al hogar —cantó melodiosamente —, como pájaros a su nido sobre un árbol»

Ella se detuvo, inmóvil como su propia estatua en el gran salón de abajo.

—«Guárdanos de la loba y del lobo, y guárdanos del ladrón, oh Noche, para que así nuestro tránsito sea bueno»

Ella adelantó lentamente un brazo y apoyó su mano sobre la cabeza de el.

—Tienes mi bendición, pequeño —dijo al cabo de un momento—Desgraciadamente, eso es todo lo que te puedo dar. No ofrezco protección ni proporciono belleza, pues yo misma carezco de estos lujos ¿Como te llamas?

—Tak —dijo el mono.

Ella se llevó una mano a la frente.

—Una vez conocí a un Tak —dijo—, en un tiempo muy lejano, en un lugar distante.

—Yo soy ese Tak, señora.

Ella se sentó en el alféizar. Al cabo de un momento él se dio cuenta de que estaba llorando tras su velo.

—No llores, diosa Tak está aquí. ¿Recuerdas a Tak, de los Archivos? ¿El de la Brillante Lanza? Sigue estando dispuesto a hacer lo que tú desees.

—Tak... —dijo ella— ¡Oh, Tak! ¿Tú también? ¡No lo sabía! Nunca oí...

—Otra vuelta de la rueda, señora, ¿y quién lo sabe? Puede que algún día las cosas sean mejores de lo que nunca lo fueron antes.

Notó el estremecimiento de los hombros de la diosa. Adelantó una mano, la retiró.

Ella se volvió y la tomó.

Tras una eternidad, ella dijo:

—El curso normal de los acontecimientos no nos devolverá lo que perdimos ni arreglará las cosas, Tak de la Brillante Lanza. Debemos abrirnos nuestro propio camino.

—¿Qué quieres decir? —inquirió él, luego— ¿Sam?

Ella asintió con la cabeza.

—Él es el indicado. Es nuestra esperanza contra el Cielo, querido Tak. Si nuestra llamada tiene éxito, tenemos una posibilidad de vivir de nuevo.

—¿Es por eso por lo que corres este riesgo, por lo que te metes en las fauces del tigre?

—¿Por qué otra razón? Cuando no hay auténticas esperanzas debemos acuñar las nuestras propias. Aunque la moneda esté falsificada sigue existiendo la posibilidad de hacerla circular.

—¿Falsificada? ¿No crees que fue el Buda?

Ella rió brevemente.

—Sam fue el más grande charlatán en la memoria de dioses y hombres. Fue también el más digno oponente con el que jamás se enfrentara Trimurti. ¡No me mires tan impresionado cuando digo esto, Archivero! Sabes que él robó la trama de su doctrina, el sendero y su fin, la tela en sí, de olvidadas fuentes prehistóricas. Era un arma, nada más. Su mayor fuerza fue su insinceridad. Si pudiéramos hacer que *volviera...*

—Señora santo o charlatán, *ha* vuelto.

—No te burles de mí, Tak.

—Diosa y señora, acabo de dejar al Señor Yama cerrando la máquina de oraciones, frunciendo el ceño ante su éxito.

—Las posibilidades estaban tan en contra... El Señor Agni dijo en una ocasión que algo así no podía conseguirse.

Tak se puso en pie.

—Diosa Ratri —dijo—, ¿quién, sea dios u hombre, o cualquier cosa entre ellos, sabe más de tales asuntos que Yama?

—No tengo respuesta para esa pregunta, Tak, porque no existe. ¿Pero cómo puedes decir con segundad que ha atrapado a nuestro pez en su red?

—Porque es Yama.

—Entonces toma mi brazo, Tak. Escóltame de nuevo, como hiciste una vez. Vayamos a ver al durmiente Boddhisatva.

La condujo fuera de la estancia, bajaron las escaleras, y entraron en las habitaciones de abajo.

La luz, no nacida de las antorchas sino de los generadores de Yama, llenaba la caverna. El lecho, instalado sobre una plataforma, estaba cerrado por tres lados con mamparas. La mayor parte de la maquinaria estaba oculta también por mamparas y cortinas. Los monjes de túnica azafrán que se hallaban de servicio se movían silenciosamente de un lado para otro de la habitación. Yama, el maestro artificiero, permanecía de pie junto al lecho.

Mientras se acercaban, algunos de los bien disciplinados e imperturbables monjes lanzaron breves exclamaciones. Tak se volvió hacia la mujer a su lado y retrocedió un paso, sintiendo que su aliento se negaba a brotar de su garganta.

Ya no era la pequeña y rechoncha matrona con la que había hablado. Estaba de nuevo al lado de la Noche inmortal, de la que se había escrito «La diosa ha llenado el enorme espacio, hasta sus profundidades y sus alturas. Su resplandor aleja las tinieblas »

Miró sólo un momento y se cubrió los ojos. Ella seguía mostrando la huella de su Aspecto distante.

—Diosa... —empezó.

—Vayamos junto al durmiente —afirmó ella— Se está agitando.

Avanzaron junto al lecho.

Más tarde reflejado en murales al final de incontables pasillos, tallado en las paredes de los templos y pintado en los techos de numerosos palacios, se produjo el despertar de quien era diversamente conocido como Mahasamatman, Kalkín, Manjusri, Siddhartha, Tathagatha, Binder, Maitreya, el Iluminado, Buda y Sam. A su izquierda estaba la diosa de la Noche, a su derecha se alzaba la Muerte, Tak, el mono, estaba acuclillado a los pies de la cama, eterno comentario sobre la

coexistencia de lo animal y lo divino.

Su cuerpo era de mediana altura y edad, moreno y vulgar, sus rasgos eran regulares, sin nada que los distinguiera, cuando sus ojos se abrieron se revelaron azules.

—¡Salve, Señor de la Luz! —Fue Ratri quien pronunció aquellas palabras.

Los ojos parpadearon. Estaban desenfocados. En ningún lugar de la estancia se apreciaba el menor movimiento.

—¡Salve Mahasamatman, Buda! —dijo Yama.

Lo ojos miraron al frente, sin ver.

—Hola, Sam —dijo Tak.

La frente se frunció un poco, los ojos se entrecerraron, se posaron en Tak se dirigieron a los demás.

—¿Dónde? —preguntó, en un susurro.

—Mi monasterio —respondió Ratri.

Contempló su belleza, inexpresivo.

Luego cerró los ojos y los mantuvo fuertemente apretados, dejando que se formaran arrugas en sus comisuras. Una mueca de dolor curvó su boca, transformándola en un arco cuyas flechas eran los apretados dientes.

—¿Eres realmente aquél a quien hemos nombrado? —preguntó Yama.

No respondió.

—¿Eres tú quien luchó contra el ejército del Cielo y lo detuvo en las orillas del Vedra?

La boca se relajó.

—¿Eres tú quien amó a la diosa de la Muerte?

Los ojos aletearon. Una débil sonrisa cruzó sus labios y desapareció.

—Es él —dijo Yama, luego— ¿Quién eres, hombre?

—¿Yo? No soy nada —respondió el otro— Una hoja atrapada en un remolino, quizás. Una pluma en el viento.

—Lástima —dijo Yama—, porque ya hay suficientes hojas y plumas en el mundo para que yo haya trabajado tanto tiempo únicamente para incrementar su numero. Yo deseaba un hombre, uno que pudiera proseguir una guerra interrumpida por su ausencia , un hombre poderoso que pudiera oponerse con ese poder a la voluntad de los dioses. Creí que tú eras él.

—Soy... —miró de nuevo de soslayo a su alrededor— ...Sam. Soy Sam. Una vez, hace mucho tiempo..., *¿luché?.* Muchas veces...

—Tú fuiste Alma Grande Sam, el Buda ¿No lo recuerdas?

—Quizá fui... —Un lento fuego alumbró sus ojos— Sí —dijo al cabo de un momento— Sí, lo fui. El más humilde de los orgullosos, el más orgulloso de los humildes. Luché. Enseñé el Camino durante un tiempo. Luché de nuevo, enseñé de nuevo, probé la política, la magia, el veneno... Luché en una gran batalla tan terrible que el propio sol ocultó su rostro ante la carnicería... con hombres y dioses, con animales y demonios, con espíritus de la tierra y del aire, del fuego y del agua, con slagartos y caballos, espadas y carros...

—Y perdiste —dijo Yama.

—Sí, es cierto. Pero les dimos un buen espectáculo, ¿no? Tú, dios de la muerte, eras mi auriga. Ahora me vuelve todo a la memoria. Fuimos hechos prisioneros, y los Señores de Karma tenían que ser nuestros jueces. Tú escapaste de ellos mediante la muerte voluntaria y el Camino de la Rueda Negra. Yo no pude.

—Eso es correcto. Tu pasado fue expuesto ante ellos. Fuiste juzgado —Yama miró a los monjes que

ahora se habían sentado en el suelo, con las cabezas inclinadas, y bajó la voz— Hacerte morir la muerte real te hubiera convertido en un mártir. Permitirte deambular por el mundo, bajo cualquier forma, hubiera dejado la puerta abierta para tu regreso. Así que, del mismo modo que tú robaste tus enseñanzas del Gautama de otro tiempo y lugar, ellos robaron el relato de los últimos días de éste entre los hombres. Fuiste juzgado merecedor del Nirvana. Tu *atman* fue proyectado, no a otro cuerpo, sino al interior de la gran nube magnética que rodea este planeta. Eso fue hace más de medio siglo. Ahora eres oficialmente un avatar de Visnú, cuyas enseñanzas fueron mal interpretadas por algunos de sus seguidores más celosos. Tú, personalmente, continuaste existiendo tan sólo en la forma de longitudes de onda autoperpetuantes, que yo conseguí capturar.

Sam cerró los ojos.

—¿Y te atreviste a traerme de vuelta?

—Correcto.

—Durante todo el tiempo fui consciente de mi situación.

—Eso sospechaba.

Los ojos se abrieron, llameantes.

—¿Y pese a ello te atreviste a reclamarme de *allí*?

—Sí.

Sam agitó la cabeza.

—Hacen bien en llamarte el dios de la muerte, Yama—Dharma. Me has arrancado de la experiencia definitiva. Has roto sobre la piedra oscura de tu voluntad lo que se halla más allá de toda comprensión y mortal esplendor ¿Por qué no pudiste dejarme como estaba en el océano del ser?

—Porque hay un mundo que necesita tu humildad, tu piedad, tus grandes enseñanzas y tu maquiavélica astucia.

—Yama, soy viejo —dijo Sam— Soy tan viejo como el mismo hombre sobre este planeta. Fui uno de los Primeros, ya sabes. Uno de los auténticamente primeros que vinieron a establecerse y a construir aquí. Todos los demás están ahora muertos o son dioses... *dei ex machinis.* La oportunidad fue mía también, pero la dejé pasar. Muchas veces. Nunca quise ser un dios, Yama. No, de veras. No fue hasta más tarde, cuando vi lo que ellos estaban haciendo, que empecé a reunir en mí todo el poder que me fue posible. Pero resultó demasiado tarde. Ellos eran demasiado fuertes. Ahora solamente deseo dormir el sueño de los siglos, conocer de nuevo el Gran Descanso, la beatitud eterna, oír las canciones que cantan las estrellas en las orillas del gran mar.

Ratri se inclinó hacia delante y miró directamente a sus ojos.

—Te necesitamos, Sam —dijo.

—Lo sé, lo sé —respondió él— Es la eterna recurrencia de la anécdota. Tienes un caballo voluntarioso, así que espoléale otro kilómetro —Pero sonrió mientras decía aquello, y ella le dio un beso en la frente.

Tak dio un salto en el aire y aterrizó encima de la cama.

—La humanidad se regocija —observó el Buda.

Yama le tendió una bata y Ratri le trajo unas zapatillas.

Recobrarse de la paz que excede de toda comprensión lleva tiempo. Sam durmió. Mientras dormía, soñó, mientras soñaba, dijo cosas en voz muy alta, o simplemente gritó. No tenía apetito, pero Yama había conseguido para él un cuerpo robusto y en perfecta salud, uno capaz de soportar la conversión psicosomática subsiguiente al retiro divino.

Pero Sam se quedaba sentado durante una hora entera, inmóvil, contemplando un guijarro o una semilla o una hoja. Y en tales ocasiones no podía ser despertado.

Yama vio en aquello un peligro, y habló de ello con Ratri y Tak.

—No es bueno que se retire del mundo de esta forma, ahora —dijo—He hablado con él, pero es como si me dirigiera al viento. No puede recuperar lo que ha dejado atrás. El intento le está costando toda su fuerza.

—Quizá has interpretado mal sus esfuerzos —dijo Tak.

—¿Qué quieres decir?

—¿Te das cuenta de cómo observa la semilla que tiene ante él? Estudia las arrugas en las comisuras de sus ojos.

—Sí, ¿Qué hay con ello?

—Parece como si bizqueara, ¿Tiene algún defecto en la vista?

—No.

—Entonces, ¿por qué bizquea?

—Para estudiar mejor la semilla.

—¿Estudiar? Ese no es el Camino tal como nos lo predicó. Sin embargo, la *estudia.* No medita buscando dentro del objeto lo que conduce a la liberación del sujeto. No.

—¿Entonces qué hace?

—Lo inverso.

—¿Lo inverso?

—Estudia el objeto, considerando sus peculiaridades, en un esfuerzo por hallar un nexo de unión. Busca dentro de él una excusa para vivir. Intenta una vez más envolverse dentro del velo de Maya, la ilusión del mundo.

—¡Creo que tienes razón, Tak! —Era Ratri quien había hablado— ¿Cómo podemos ayudarle en sus esfuerzos?

—No estoy seguro, señora.

Yama asintió, y su oscuro pelo captó un reflejo de luz del sol que penetraba en la estrecha terraza cubierta.

—Has puesto el dedo en lo que yo no podía ver —admitió— No ha regresado por completo, aunque tiene un cuerpo, camina sobre pies humanos, habla como lo hacemos nosotros. Sus pensamientos se hallan todavía más allá de nuestro alcance.

—¿Qué podemos hacer, entonces? —repitió Ratri.

—Llevarlo a largos paseos por el campo —dijo Yama— Alimentarlo con exquisiteces. Agitar su alma con poesía y canciones. Servirle bebidas fuertes, no hay ninguna aquí en el monasterio. Vestirle con sedas de brillantes colores. Conseguirle una cortesana, o tres. Sumergirle nuevamente en la vida. Solamente así podremos quizá liberarlo de las cadenas de Dios. Estúpido de mí de no haberlo visto antes.

—No te pongas así, dios de la muerte —dijo Tak.

La llama negra brotó en los ojos de Yama, luego sonrió.

—Soy pagado en mi propia moneda, pequeño —admitió— por los comentarios que, quizá sin pensar, vertí en tus peludas orejas. Pido disculpas, ser—mono. Eres realmente un hombre, y un hombre de ingenio y percepción.

Tak hizo una inclinación de cabeza.

Ratri no.

—Dinos, astuto Tak, porque quizá hemos sido dioses demasiado tiempo y en consecuencia carecemos del ángulo de visión apropiado, ¿cómo debemos actuar en este asunto de rehumanizarlo,

para que sirva mejor a los fines que perseguimos?

Tak desvió ahora su inclinación de cabeza hacia Ratri.

—Como Yama ha propuesto —declaró— Hoy, señora, llévalo a un paseo por las colinas. Mañana, el Señor Yama le conducirá hasta el limite del bosque. Al día siguiente yo le llevaré por entre los árboles y la hierba, las flores y las enredaderas. Y veremos. Veremos. —Que así sea —dijo Yama, y así fue.

En las semanas que siguieron Sam empezó a interesarse por aquellos paseos con lo que a] principio pareció un leve interés, luego un moderado entusiasmo, y finalmente un auténtico apasionamiento. Empezó a salir sin acompañamiento durante períodos más y más largos de tiempo: al principio fue durante varias horas por la mañana, luego, por la mañana y por la tarde. Más tarde empezó a estar fuera todo el día, y en una ocasión un día y una noche.

A finales de la tercera semana, Yama y Ratri discutieron el asunto en la terraza cubierta a primeras horas de la mañana.

—No me gusta esto —dijo Yama— No podemos insultarle obligándole a aceptar nuestra compañía cuando él no la desea. Pero hay peligro ahí fuera, especialmente para alguien nacido de nuevo como él. Me gustaría saber en qué pasa las horas.

—Pero haga lo que haga, eso le está ayudando a recuperarse —dijo Ratri metiéndose un dulce en la boca y agitando una carnosa mano— Está menos distante. Habla más, incluso bromea. Bebe el vino que le traemos. Su apetito está volviendo.

—Sin embargo, si se encontrara con un agente de Trimurti, eso sería el fin.

Ratri masticó lentamente.

—No es probable, sin embargo, que esos agentes estén por aquí en esta época —afirmó— Los animales lo verán como un niño y no le harán ningún daño. Los hombres lo consideraran como un santo ermitaño. Los demonios le temen desde hace mucho, así que lo respetarán.

Pero Yama agito dubitativo la cabeza.

—Señora, no es tan sencillo. Aunque he desmantelado buena parte de mi maquinaria y la he ocultado a centenares de leguas de aquí, un trafico tan masivo de energías como el que he empleado no puede haber pasado desapercibido. Mas pronto o mas tarde este lugar va a ser visitado. Utilice pantallas como dispositivos de desviación pero esta zona en general tiene que haber aparecido en algunos lugares como si el Fuego Universal danzara sobre el mapa. Pronto deberemos trasladarnos. Preferiría esperar hasta que nuestro protegido estuviera completamente recuperado, pero...

—¿No pueden haber fuerzas naturales que hayan producido los mismos electos energéticos que tus trabajos?

—Sí, y se producen en estas inmediaciones, lo cual constituye el motivo de que eligiera este lugar como nuestra base, así que es posible que no ocurra nada. De todos modos, lo dudo. Mis espías en los poblados no informan de actividades inusuales. Pero algunos dicen que el día de su retomo el carro del trueno pasó por encima de la cresta de la tormenta, surcando los cielos y los campos. Esto fue lejos de aquí, pero no puedo creer que no exista ninguna relación.

—Sin embargo, no ha vuelto.

—No que sepamos. Pero temo.

—Entonces vayámonos inmediatamente. Respeto demasiado tus presagios. Tienes más poderes en ti que cualquier otro entre los Caídos. Para mí, representa una gran tensión incluso adoptar una forma agradable durante más de unos pocos minutos.

—Los poderes que poseo —dijo Yama, volviendo a llenar su taza de té— se hallan intactos porque no eran del mismo tipo que los tuyos.

Sonrió, mostrando una regular hilera de largos y brillantes dientes. Su sonrisa se detuvo al borde de una cicatriz en su mejilla izquierda y ascendió hasta la comisura del ojo. Parpadeó para interrumpirla

y prosiguió:

—Gran parte de mi poder se halla en forma de conocimiento, que ni siquiera los Señores de Karma hubieran podido arrebatarme. El poder de la mayor parte de los dioses, en cambio, responde a una fisiología especial, que pierden parcialmente cuando se encaman en un nuevo cuerpo. La mente, que recuerda de algún modo, altera en cierta medida cualquier cuerpo al cabo de un tiempo, engendrando una nueva homeostasis y permitiendo un regreso gradual del poder. El mío regresó rápidamente, y ahora se halla completamente en mí. Pero aunque no fuera así, poseo mi conocimiento para usarlo como un arma, y eso es un poder.

Ratri dio un sorbo a su té.

—Sea cual sea su fuente, si tu poder dice que debemos irnos, entonces debemos irnos, ¿Cuándo?

Yama abrió una bolsita de tabaco y lió un cigarrillo mientras hablaba. Sus dedos, oscuros y flexibles, notó ella, siempre estaban moviéndose, como si se hallaran tocando algún instrumento musical.

—Diría que no debemos demoramos más de otra semana o como máximo diez días. Por entonces deberíamos haberlo llevado fuera de este lugar.

Ella asintió.

—¿Dónde?

—Algún pequeño reino meridional quizá, donde podamos ir y venir sin ser molestados.

Encendió el cigarrillo, aspiró el humo.

—Tengo una idea mejor —dijo ella— ¿Sabes que bajo un nombre mortal soy ama del palacio de Kama en Jaipur?

—¿El Fornicatorio, señora?

Ella frunció el ceño.

—Así lo llama a menudo el vulgo, y no me llames «señora» cuando hables de él, tiene resonancias de un antiguo chiste. Es un lugar de descanso, placer, santidad, y es el origen de gran parte de mis ingresos. Creo que puede ser un buen escondite para nuestro protegido, mientras él se recupera y nosotros trazamos nuestros planes.

Yama se dio una palmada en el muslo.

—¡De acuerdo!, ¿Quién pensaría en ir a buscar el Buda en un prostíbulo? ¡Bien! ¡Excelente! A Jaipur entonces, querida diosa, ¡a Jaipur y el Palacio del Amor!

Ella se puso en pie y pateó con su sandalia el suelo de piedra.

—¡No dejaré que hables así de mi establecimiento!

Él bajó los ojos y borró trabajosamente la sonrisa de su rostro. Se puso en pie e hizo una inclinación de cabeza.

—Me disculpo, querida Ratri, pero la revelación vino de una forma tan repentina —Se atragantó y desvió la mirada. Cuando volvió a fijar los ojos en ella, estaba lleno de sobriedad y decoro. Prosiguió — Fui sorprendido por la aparente incongruencia. Ahora, sin embargo, veo la sabiduría de la idea. Es el más perfecto camuflaje, te proporciona beneficios y, lo que es más importante, una fuente de información confidencial entre los comerciantes, guerreros y sacerdotes. Es una parte indispensable de la comunidad. Te proporciona un puesto y una voz en los asuntos civiles. Ser un dios es una de las más antiguas profesiones del mundo. En consecuencia, es lógico que los dioses caídos busquemos amparo bajo el palio de otra venerable tradición. Te saludo. Te doy las gracias por tu sabiduría y previsión. No criticaré las empresas de un benefactor y conspirador. De hecho, anticipo ya la visita.

Ella sonrió y volvió a sentarse.

—Acepto tus bien aceitadas disculpas, oh hijo de la serpiente. En cualquier caso, es demasiado difícil estar irritada contigo. Ponme un poco más de té, por favor.

Se reclinaron, Ratri sorbiendo su té, Yama fumando. En la distancia, un frente tormentoso dejaba colgar su cortina sobre la mitad de la perspectiva. El sol brillaba aún sobre ellos sin embargo, y una fría brisa visitó la terraza cubierta.

—¿Has visto el anillo ese anillo de hierro que lleva? —preguntó Ratri, comiendo otro dulce.

—Si.

—¿Sabes dónde lo consiguió?

—No.

—Yo tampoco. Pero creo que deberíamos averiguar su origen.

—De acuerdo.

—¿Cómo podemos conseguirlo?

—Le he asignado el trabajo a Tak que se halla más habituado a las sendas del bosque que nosotros. En estos momentos está siguiendo el rastro. Ratri asintió.

—Bien —dijo.

—He oído —señaló Yama— que los dioses siguen visitando ocasionalmente los palacios más notables de Kama a lo largo de toda la región, generalmente disfrazados, pero a veces con todo su poder, ¿Es eso cierto?

—Sí. Hace sólo un año el Señor Indra vino a Jaipur. Hará unos tres años, el falso Krishna hizo una visita. De todo el grupo Celestial, Krishna el Infatigable es quien causa mayor consternación entre el personal. Su última juerga duró un mes, y dio como resultado muchos muebles rotos y los servicios de muchos médicos. Casi vació la bodega y la despensa. Una noche, sin embargo, tocó su flauta para nosotros, y oírlo fue suficiente para perdonarle al viejo Krishna casi todo. Pero no fue auténtica magia lo que oímos aquella noche, porque sólo hay un auténtico Krishna atezado y velludo, con unos ojos muy rojos y resplandecientes. Éste danzó sobre las mesas, causando mucho alboroto, y su acompañamiento musical era insuficiente.

—¿Pagó por todo ese desastre con algo más que con una canción?

Ella se echó a reír.

—Oh, vamos, Yama No nos hagamos preguntas retóricas entre nosotros.

El hombre lanzó una humosa risotada.

—Suyra, el sol, está a punto de cerrar su círculo —dijo Ratri, mirando hacia fuera y arriba—, e Indra acuchilla al dragón. En cualquier momento llegarán las lluvias.

Una ola de grisor cubrió el monasterio. La brisa se hizo más fuerte, y la danza de las aguas empezó a repiquetear contra las paredes. Como una cortina de cuentas, la lluvia cubrió la parte abierta de la terraza desde donde miraban.

Yama sirvió más té. Ratri comió otro dulce.

Tak se abrió camino por en medio del bosque. Avanzaba de árbol en árbol, de rama en rama, observando el rastro a sus pies. Su pelaje estaba húmedo, porque las hojas dejaban escapar pequeñas rociadas sobre él cuando pasaba. Las nubes se acumulaban a su espalda, pero el sol de primera hora de la mañana brillaba todavía en el cielo oriental y el bosque era un hormiguear de colores a su luz dorada rojiza. A su alrededor, los pájaros cantaban entre el enmarañado de ramas, lianas, hojas y hierbas que se alzaban como una pared a cada lado del sendero. Los pájaros creaban su música, los insectos zumbaban, y ocasionalmente sonaba algún gruñido o ladrido El follaje era agitado por el viento. A sus pies las huellas giraron bruscamente, entrando en un claro. Tak se dejó caer al suelo, siguió a pie. Al otro lado del claro saltó de nuevo a los árboles. Ahora, observó, las huellas avanzaban paralelas a las montañas, incluso inclinándose ligeramente en su dirección. Se oía el resonar distante de los truenos, y al cabo de un tiempo empezó a soplar una nueva brisa fría. Siguió avanzando, atravesando húmedas telarañas, asustando a los pájaros que alzaban el vuelo con estallidos de brillantes plumajes. Las huellas seguían avanzando en dirección a la montaña, doblándose ligeramente sobre sí mismas. A veces se cruzaban con otras huellas amarillas,

compactadas, que se mezclaban, se unían y se separaban. En esas ocasiones bajaba al suelo y estudiaba las marcas. Sí, Sam había girado *aquí,* Sam se había detenido al lado de *este* estanque a beber, aquí, donde los hongos naranja crecían más altos que un hombre alto, y lo suficientemente anchos para resguardar a varios de la lluvia, ahora, Sam había tomado *este* ramal del sendero, aquí se había detenido para atarse el cordón de una sandalia, en este punto se había inclinado hacia un árbol que mostraba indicaciones de albergar a una dríada.

Tak siguió adelante, aproximadamente a media hora de distancia de su presa, calculaba, lo cual le daba a ésta todo el tiempo necesario para llegar allá donde estaba yendo e iniciar cualquiera que fuese la actividad que atraía su entusiasmo. El halo del potente resplandor de un relámpago iluminó las cimas de las montañas a las que ahora daba frente. Hubo otro retumbar de truenos. El rastro se encaminaba hacia las primeras estribaciones, allá donde el bosque se hacía menos denso, y Tak empezó a avanzar a cuatro patas entre las altas hierbas. La ladera ascendía empinada, y los salientes rocosos se iban haciendo más y más prominentes. De todos modos, Sam había pasado por aquel lugar, de modo que Tak siguió adelante. Sobre su cabeza, el Puente de los Dioses, de color amarillo polen, se desvaneció cuando las nubes siguieron firmemente su camino hacia el este. Llameó el relámpago, y ahora el trueno le siguió casi de inmediato. El viento era más fuerte allí al abierto, las hierbas se inclinaban ante él, la temperatura pareció descender en picado.

Tak notó las primeras gotas de lluvia y se apresuró a buscar refugio bajo uno de los salientes de roca. Formaba como una especie de estrecho seto, ligeramente inclinado contra la lluvia Tak caminó arriba y abajo por su base mientras las aguas se desataban y el color abandonaba el mundo junto con el último ápice de azul en el cielo.

Un mar de luz turbulenta apareció sobre su cabeza, y tres veces derramó haces que descendieron en un loco *crescendo* para estrellarse contra el colmillo de piedra que se curvaba, negro contra el viento, aproximadamente a medio kilómetro ladera arriba.

Cuando la visión de Tak se aclaró, vio algo que sólo entonces comprendió. Era como si cada rayo que había caído hubiera depositado una parte de sí mismo junto al suelo, de pie, oscilando ligeramente en el gris aire, pulsando fuego, pese al agua que seguía cayendo firmemente del cielo.

Entonces Tak oyó una risa ¿o era un sonido fantasmal dejado en sus oídos por el reciente trueno?

No, era una risa, ¡gigantesca, inhumana!

Al cabo de un momento llegó un aullido de rabia. Luego hubo otro relámpago, otro retumbar.

Otra lengua de fuego osciló al lado del colmillo de piedra.

Tak permaneció inmóvil durante casi cinco minutos. Luego ahí estaba de nuevo, el aullido, seguido por tres brillantes destellos y el estrépito.

Ahora había siete columnas de fuego.

¿Se atrevería a acercarse, eludiendo aquellas cosas, para espiar el pico con forma de colmillo desde el lado opuesto?

Y si lo hacía, y si —como tenía la sensación— Sam estaba implicado de alguna forma en ello, ¿qué bien podía hacer él si el Iluminado en persona no podía manejar la situación?

No halló respuesta, pero se descubrió avanzando de nuevo, agachado entre las empapadas hierbas, dando un amplio rodeo por la izquierda.

Cuando estaba a medio camino ocurrió de nuevo, y diez de aquellas cosas se irguieron rojas y doradas y amarillas, derivando y girando, derivando y girando, como si sus bases estuviesen arraigadas al suelo.

Se agazapó, empapado y tembloroso examino su valor, y descubrió que era realmente muy pequeño. Sin embargo, siguió avanzando hasta situarse paralelamente al extraño lugar, luego más allá.

Se alzó a sus espaldas, y se halló en medio de varias grandes piedras. Agradecido por el abrigo y el refugio que le proporcionaban contra la observación desde abajo, se asomó, sin apartar ni un momento sus ojos del colmillo.

Ahora podía ver que estaba parcialmente hueco. Había una poco profunda pero seca cueva en su

base, y dos figuras arrodilladas en su intenor ¿Hombres santos, en plena plegaria?, se preguntó.

Entonces ocurrió. El relámpago más aterrador que jamás hubiera visto cayó sobre las piedras, no una vez ni por un breve instante. Era como si un animal con lengua de fuego lamiera y lamiera la piedra, creciendo a medida que lo hacía, durante quizá un cuarto de minuto.

Cuando Tak abrió los ojos, contó veinte de las resplandecientes torres.

Uno de los hombres santos se inclinó hacia delante, hizo un gesto. El otro no. El sonido llegó hasta donde estaba Tak, y las palabras:

—¡Ojos de la serpiente! ¡Ahora me toca a mí!

—¿Cuál es la cantidad? —preguntó el segundo, y Tak reconoció la voz del Alma Grande Sam.

—¡Doble o nada! —rugió el otro, y se inclinó hacia delante, luego se echó hacia atrás, después hizo un gesto parecido al que Sam había hecho antes.

—¡Nina de Srinagina! —canturreó, y se inclinó, se echó hacia atrás, e hizo nuevamente el gesto.

—Los sagrados siete —dijo Sam suavemente.

El otro aulló.

Tak cerró los ojos y se cubrió los oídos, esperando lo que podía llegar tras aquel aullido.

No estaba equivocado.

Cuando hubieron pasado el resplandor y el tumulto, miró a una escena fantasmagóricamente iluminada. No se molestó en contar. Era evidente que al menos unas cuarenta de aquellas cosas llameantes flotaban ahora en torno al lugar arrojando su extraña luz: su número se había doblado.

El ritual prosiguió. En la mano izquierda del Buda, el anillo de hierro resplandecía con una luz propia, pálida y verdosa.

Oyó repetir las palabras «Doble o nada», y oyó al Buda decir una vez más «Los sagrados siete» como respuesta.

Esta vez tuvo la impresión de que la ladera de la montaña se hendía bajo él. Esta vez pensó que el resplandor era una imagen residual, tatuada en su retina a través de sus cerrados párpados. Pero estaba equivocado.

Cuando abrió los ojos fue para contemplar un auténtico ejército de oscilantes rayos. Su resplandor apuñaló su cerebro, y se cubrió los ojos para mirar hacia abajo.

—¿Y bien, Raltariki? —preguntó Sam, y una brillante luz esmeralda jugueteó en su mano izquierda.

—Una vez más, Siddhartha. Doble o nada.

La lluvia se interrumpió por un momento y, al gran resplandor de la hueste en la ladera, Tak vio que el llamado Raltariki tenía la cabeza de un carabao y un par extra de brazos.

Se estremeció.

Se tapó los ojos y los oídos y encajó los dientes, y aguardó.

Ocurrió al cabo de un momento. Rugió y llameó, prolongándose y prolongándose hasta que finalmente perdió el conocimiento.

Cuando recuperó los sentidos sólo el grisor y una suave lluvia le separaban del refugio en la roca. En su base había solamente una figura sentada, y no llevaba cuernos ni parecía poseer más brazos que los dos habituales.

Tak no se movió. Aguardó.

—Esto —dijo Yama, tendiéndole un aerosol— es un repelente contra demonios. En el futuro te sugiero que te embadurnes concienzudamente con él si tienes intención de aventurarte lejos del monasterio. Creía que esta región estaba libre de los rakasha, o de otro modo te lo hubiera

proporcionado antes.

Tak aceptó el bote y lo colocó encima de la mesa ante él.

Estaban sentados en las habitaciones de Yama, tras comer frugalmente allí mismo. Yama se reclinó en su asiento, con un vaso de vino del Buda en su mano izquierda y un botellón medio lleno en la derecha.

—Entonces, ¿el llamado Raltariki es realmente un demonio? —preguntó Tak.

—Sí y no —dijo Yama— Si por «demonio» entiendes a una criatura maléfica, sobrenatural, poseedora de grandes poderes, una vida muy larga y la habilidad de asumir temporalmente cualquier forma, entonces la respuesta es no. Ésta es la definición generalmente aceptada, pero es incierta en un aspecto.

—Oh, ¿En cuál?

—No es una criatura sobrenatural.

—¿Pero es todas las demás cosas?

—Si.

—Entonces no acabo de ver qué diferencia representa el que sea sobrenatural o no, si es maléfica, posee grandes poderes y una vida muy larga y la habilidad de cambiar de forma a voluntad.

—Oh, pues la diferencia es muy grande. Es la diferencia entre lo desconocido y lo incognoscible, entre ciencia y fantasía, es un asunto de esencia. Los cuatro puntos cardinales son la lógica, el conocimiento, la sabiduría y lo desconocido. Algunos se inclinan en esa última dirección. Otros avanzan por encima de ella. Inclinarse ante una es perder de vista las otras tres. Puedo someterme a lo desconocido, pero nunca a lo incognoscible. El hombre que se inclina en esa última dirección o es un santo o es un estúpido. Yo no sirvo para ninguna de las dos cosas.

Tak se encogió de hombros y dio un sorbo a su vino.

—¿Pero los demonios?

—Son cognoscibles. Experimenté con ellos durante muchos años, y fui uno de los Cuatro que bajaron al Pozo del Infierno, si lo recuerdas, después de que Taraka huyera del Señor Agni en Palamaídsu, ¿Acaso no eres Tak de los Archivos?

—Lo fui.

—¿No leíste entonces los primeros contactos con los rakasha?

—Leí las crónicas de los días de su encierro.

—Entonces sabrás que eran los habitantes nativos de este mundo, que se hallaban presentes aquí antes de la llegada del hombre desde la desaparecida Urath.

—Sí.

—Son criaturas de energía antes que de materia. Sus propias tradiciones dicen que hubo un tiempo en que tenían cuerpos y vivían en ciudades. Su búsqueda de la inmortalidad personal, sin embargo, los condujo por un sendero distinto al seguido por el hombre. Hallaron una forma de perpetuarse como campos estables de energía. Abandonaron sus cuerpos para vivir eternamente como vórtices de fuerza. Pero no son puro intelecto. Llevan consigo todos sus *egos* y, nacidos de materia, se sienten siempre atraídos por la carne. Aunque pueden asumir una apariencia material por un tiempo, no pueden volver a ella sin ayuda. Durante años estuvieron derivando sin rumbo en torno a este mundo. Luego la llegada del hombre los arrancó de su inactividad. Tomaron las formas de sus pesadillas para atormentarle. Por eso hubo que derrotarles y encerrarles, muy por debajo de los Ratnagaris. No podíamos destruirles a todos. No podíamos permitirles que siguieran con sus intentos de poseer las máquinas de encarnación y los cuerpos de los hombres. De modo que fueron atrapados y encerrados en grandes botellas magnéticas.

—Pero Sam libero a muchos y los sometió a su voluntad —dijo Tak.

—Exacto. Hizo y mantuvo un pacto de pesadilla, de modo que algunos de ellos aun merodean por el

mundo. De todos los hombres, quizá al único al que respetan es a Siddhartha. Y comparten *con* todos los hombres un gran vicio.

—¿Que es...?

—Adoran el juego... Son capaces de aceptar cualquier apuesta, y las deudas de juego son su único punto de honor. Así debe ser, o de otro modo perderían la confianza de los demás jugadores y podrían perder lo que quizá sea su único placer. Sus poderes son grandes, por lo que hasta los príncipes juegan con ellos, esperando ganar sus servicios. Se han perdido reinos enteros de este modo.

—Si —dijo Tak— como tu crees, Sam estaba jugando a uno de los juegos antiguos con Raltanki, ¿cuál podía ser la apuesta?

Yama terminó su vino, volvió a llenar el vaso.

—Sam es un estúpido. No, no lo es. Es un jugador. *Hay* una diferencia. Los rakasha controlan ordenes inferiores de seres de energía. Sam a través del anillo que lleva esta ahora al mando de una guardia de elementales de fuego que le ganó a Raltariki. Se trata de criaturas mortíferas sin mente y cada una de ellas posee la fuerza de un rayo.

Tak terminó su vino.

—¿Pero qué apuesta pudo aportar Sam al juego?

Yama suspiró.

—Todo mi trabajo, todos nuestros esfuerzos de mas de medio siglo.

—¿Quieres decir, su cuerpo?

Yama asintió.

—Un cuerpo humano es el mayor atractivo que puede ofrecérsele a cualquier demonio.

—¿Por qué se arriesgaría Sam a ello?

Yama miró fijamente a Tak, sin verlo.

—Debe haber sido su única forma de apelar a su voluntad de vivir, de ligarse de nuevo a su tarea poniéndose en peligro, ofreciendo su propia existencia en cada rodar de los dados.

Tak se sirvió otro vaso de vino y lo apuró de un trago.

—Eso es incognoscible para mí —dijo.

Pero Yama agitó la cabeza.

—Tan sólo desconocido —rectificó— Sam no es en absoluto un santo, pero tampoco es un estúpido.

«Aunque casi me atrevería a decir que sí —decidió al cabo de un momento, y aquella noche esparció repelente contra demonios por todo el monasterio.

A la mañana siguiente, un hombrecillo se acercó al monasterio y se sentó ante su entrada delantera, colocando un cuenco de mendigo en el suelo a sus pies. Llevaba unas raídas y andrajosas ropas de tosca tela marrón que le llegaban hasta los tobillos. Un parche negro cubría su ojo izquierdo. Lo que quedaba de su pelo era oscuro y muy largo. Su afilada nariz, su pequeña barbilla y sus orejas altas y aplastadas daban a su rostro una apariencia zorruna. Su piel era tensa y curtida por la intemperie. Su único ojo, verde, parecía no parpadear nunca.

Permaneció sentado allí durante cerca de veinte minutos antes de que uno de los monjes de Sam se diera cuenta de su presencia y mencionara el hecho a uno de la orden de Ratri. Este monje localizó a un sacerdote y le transmitió la información. El sacerdote, ansioso de impresionar a la diosa con las virtudes de sus seguidores, ordenó que el mendigo fuera admitido en el monasterio y se le diera de comer, se le ofrecieran ropas nuevas y se le asignara una celda donde pudiera dormir durante todo el tiempo que quisiera quedarse.

El mendigo aceptó la comida con las cortesías de un brahmán, pero declinó comer otra cosa que no fuera pan y fruta. Aceptó, también, el oscuro hábito de la orden de Ratri, echando a un lado sus

ajadas ropas. Luego estudió la celda y el limpio colchón que había sido tendido en el suelo para él.

—Te doy las gracias, digno sacerdote —dijo con voz intensa y resonante, mucho más imponente que su persona— Te doy las gracias y deseo que tu diosa te sonría por tu amabilidad y generosidad en su nombre.

El sacerdote fue quien sonrió ante aquello, pues aún tenía esperanzas de que Ratri pasara por allí en aquel momento y viera su amabilidad y generosidad en su nombre. No lo hizo. De hecho, pocos miembros de la orden la habían visto, ni siquiera aquella noche que se enfundó en su poder y caminó entre ellos porque solamente los que llevaban la túnica *azafrán* habían ayudado al despertar de Sam y estaban seguros de su identidad. Ella recorría por lo general el monasterio mientras sus seguidores estaban rezando o después de que se hubieran retirado por la noche. Normalmente dormía de día, cuando se cruzaba con ellos lo hacía bien arropada en capa y capucha, sus deseos y órdenes eran comunicados directamente a Gandhiji, el jefe de la orden, que cumplía noventa y tres años este ciclo y estaba más que medio ciego.

En consecuencia, tanto sus monjes como los de la túnica azafrán se hacían preguntas respecto a su apariencia y deseaban ganar todo el favor posible a sus ojos. Se decía que su bendición aseguraba que uno se reencarnara como brahmán. Tan sólo a Gandhijí no le importaba, porque había aceptado el camino de la auténtica muerte.

Puesto que la diosa no pasaba por las inmediaciones mientras ellos estaban allí, el sacerdote prolongó la conversación.

—Soy Balarma —indicó— ¿Puedo preguntarte tu nombre, buen señor, y quizá tu destino?

—Me llamo Aram —dijo el mendigo—, e hice voto de pobreza durante diez años y de silencio durante siete. Afortunadamente los siete ya han pasado, de modo que ahora puedo hablar para darles las gracias a mis benefactores y responder a sus preguntas. Me dirijo a las montañas para encontrar una cueva donde pueda meditar y rezar. Quizá pueda aceptar tu hospitalidad durante algunos días, antes de proseguir mi viaje.

—Por supuesto —dijo Balarma—, nos sentiremos honrados de que un santo considere adecuado bendecir nuestro monasterio con su presencia. Te damos la bienvenida. Si hay alguna cosa que necesites para ayudarte a lo largo de tu camino, y nosotros podamos proporcionártela, no dudes en decírnosla.

Aram lo miró fijamente con su no parpadeante ojo verde y dijo:

—El monje que me vio primero no llevaba la túnica de tu orden —Tocó la oscura tela mientras hablaba— Creo, en cambio, que mi pobre ojo vio una de otro color.

—Sí —dijo Balarma—, porque los seguidores del Buda han buscado refugio entre nosotros, para descansar un poco de sus peregrinajes.

—Eso es realmente interesante —dijo Aram—, porque me gustaría hablar con ellos y quizá saber un poco más de su doctrina.

—Tendrás muchas oportunidades de hacerlo si decides quedarte un tiempo con nosotros.

—Entonces eso es lo que haré, ¿Durante cuánto tiempo van a permanecer aquí?

—No lo sé.

Aram asintió.

—¿Cuándo podré hablar con ellos?

—Esta tarde habrá una hora en la que todos los monjes se reúnen y son libres de hablar con quien quieran y de lo que quieran, excepto aquellos que han tomado voto de silencio.

—Entonces rezaré un poco mientras espero a que llegue el momento —dijo Aram— Gracias.

Los dos hombres inclinaron ligeramente sus cabezas, y Aram entró en su celda.

Aquella tarde, Aram asistió a la hora de la comunidad de los monjes. Durante aquel tiempo las dos órdenes se mezclaban y entablaban conversación. Sam no asistió, ni tampoco Tak, y Yama nunca

asistía en persona.

Aram se sentó a la larga mesa del refectorio, frente a varios de los monjes del Buda. Habló con ellos durante algún tiempo, discutiendo de doctrina y práctica, casta y credo, tiempo y asuntos del día.

—Parece extraño —dijo al cabo de un momento— que los de tu orden hayáis llegado tan lejos y tan repentinamente al sur y al oeste.

—Somos una orden errante —respondió el monje al que se había dirigido— Seguimos la dirección del viento. Seguimos nuestros corazones.

—¿A la región del suelo herrumbroso en la estación de los rayos? ¿Acaso se prepara alguna revelación por las inmediaciones, con cuya contemplación pudiera yo ensanchar mi espíritu?

—Todo el universo es una revelación —dijo el monje— Todo cambia y, sin embargo, todo permanece. El día sigue a la noche, cada día es diferente y, sin embargo, es un día. Gran parte del mundo es ilusión, pero las formas de esa ilusión siguen un esquema que es parte de la divina realidad.

—Sí, sí —dijo Aram—. En lo que a formas de ilusión y realidad se refiere estoy muy versado, pero con mi pregunta lo que quería saber en realidad era si por azar había surgido un nuevo maestro en estas inmediaciones, o había vuelto alguno de los viejos, o quizá se había producido alguna manifestación divina de cuya presencia pudiera aprovecharse mi alma.

Mientras hablaba, el mendigo barrió de encima de la mesa, ante él, un escarabajo rojo que se arrastraba lentamente, del tamaño de la uña del pulgar, y giró su sandalia como para aplastarlo.

—Espera, hermano, no le hagas daño —dijo el monje.

—Pero están por todas partes, y los Maestros del Karma han afirmado que un hombre no puede reencarnarse en un insecto, y que por lo tanto matar un insecto es un acto kármicamente intrascendente.

—De todos modos —dijo el monje—, toda vida es una, en este monasterio todos practicamos la doctrina del *ahimsa* y nos reprimimos de eliminar la vida en ninguna de sus manifestaciones.

—De todos modos —dijo Aram—, Patanjali afirma que es la *intención,* antes que el acto, lo que importa. En consecuencia, si mato con amor antes que con malicia, es como si no hubiera matado. Confieso que éste no era el caso y que había malicia presente..., por lo cual, aunque no mate, tengo que cargar con el peso de la culpabilidad debido a la presencia de esa intención. Así que puedo pisarlo y no seré peor por ello, de acuerdo con el principio del *ahimsa.* De todos modos, puesto que soy un huésped, respetaré por descontado la práctica y no realizaré el acto. —Diciendo esto, apartó la sandalia del insecto, que permanecía inmóvil, con las rojizas antenas enhiestas.

—Evidentemente, es un erudito —dijo uno de los miembros de la orden de Ratri

Aram sonrió..

—Gracias, pero no es así —afirmó— Solamente soy un humilde buscador de la verdad, y en varias ocasiones en el pasado he gozado del privilegio de oír los discursos de los eruditos. ¡Me gustaría poder gozar de nuevo de este privilegio! Si hubiera algún gran maestro o erudito por las inmediaciones, os aseguro que caminaría sobre carbones ardiendo para sentarme a sus pies y oír sus palabras u observar su ejemplo. Si...

Se detuvo, porque todos los ojos se habían vuelto repentinamente hacia la puerta a sus espaldas. No movió la cabeza, pero adelantó un brazo para aplastar un escarabajo que estaba cerca de su mano. La punta de un pequeño cristal y dos minúsculos cables sobresalieron de la rota quitina de su lomo.

Luego se volvió, barriendo con su verde ojo la hilera de monjes sentados entre él y la entrada, y miró a Yama, que llevaba pantalones, botas, camisa, faja, capa y guantes, todo rojo, y enrollado en tomo a su cabeza un turbante del color de la sangre. —¿«Sí»? —dijo Yama— ¿Estabas diciendo «si»? ¿Si algún sabio o algún avatar de esencia divina residiera en las inmediaciones, te gustaría conocerlo? ¿Es eso lo que estabas diciendo, extranjero?

El mendigo se levantó de la mesa. Hizo una inclinación con la cabeza.

—Soy Aram —afirmó—, un compañero de búsqueda y viaje de todos aquellos que persiguen la iluminación.

Yama no devolvió el saludo.

—¿Por qué deletreas tu nombre al revés, Señor de la Ilusión, cuando todas tus palabras y acciones la proclaman ante ti?

El mendigo se encogió de hombros.

—No comprendo lo que dices. —Pero la sonrisa afloró de nuevo a sus labios—. Soy alguien que busca el Camino y el Derecho —añadió.

—Considero esto difícil de creer, tras haber sido testigos de al menos mil años de tus traiciones.

—Hablas de la longevidad de los dioses.

—Desgraciadamente, así es. Has cometido un serio error, Mara.

—¿Cuál puede ser?

—Creer que se te permitirá salir de aquí vivo.

—Admito que había anticipado hacerlo.

—Sin tener en cuenta los numerosos accidentes que pueden ocurrirle a un viajero solitario en esta salvaje región.

—He sido un viajero solitario durante muchos años. Los accidentes siempre les ocurren a los otros.

—Puede que creas que, aunque tu cuerpo fuera destruido aquí, tu *atman* sería transferido remotamente a otro cuerpo localizado en otro lugar. Entiendo que alguien ha descifrado mis notas, y que el truco es ahora posible.

Las cejas del mendigo descendieron casi un centímetro y se juntaron.

—No te das cuenta de las fuerzas que incluso ahora contiene este edificio, defendiéndolo contra cualquier transferencia de este tipo.

El mendigo avanzó hacia el centro de la estancia.

—Yama —afirmó—, eres un estúpido si crees poder igualar tus insignificantes poderes caídos a los del Visionario.

—Quizá sí, Señor Mara —respondió Yama—; pero he aguardado demasiado esta oportunidad para posponerla más. ¿Recuerdas mi promesa a Keenset? Si deseas proseguir tu cadena de existencia tendrás que pasar por esta puerta, la única de la estancia, bloqueada por mí. Nada que esté más allá de esta habitación puede ayudarte ahora.

Entonces Mara alzó sus manos, y nacieron los fuegos.

Todo llameó. Las llamas brotaron de las paredes de piedra, las mesas, las túnicas de los monjes. El humo se enroscó y ascendió por toda la habitación. Yama se mantuvo erguido en medio de la conflagración, completamente inmóvil.

—¿Esto es lo mejor que sabes hacer? —preguntó—. Tus llamas están por todas partes, pero nada arde.

Mara dio una palmada y las llamas desaparecieron.

En su lugar, con su oscilante cabeza alzada hasta casi dos veces la altura de un hombre, su plateada capucha desplegada, la mecanicobra adoptó su posición de ataque en S.

Yama la ignoró, y su sombría mirada se clavó como la sonda de un oscuro insecto en el único ojo de Mara.

La mecanicobra se esfumó a medio ataque. Yama avanzó un paso.

Mara retrocedió un paso.

Permanecieron así durante quizá tres latidos de corazón, luego Yama avanzó otros dos pasos más y

Mara retrocedió de nuevo. El sudor perlaba ambas frentes.

El mendigo era ahora más alto y su cabello más espeso, el diámetro de su cintura había aumentado y sus hombros se habían hecho más amplios. Una cierta gracia no evidente hasta entonces acompañaba todos sus movimientos.

Retrocedió otro paso.

—Si Mara hay un dios de la muerte —dijo Yama con los dientes apretados— Caído o no la autentica muerte mora en mis ojos. Enfréntate a ellos. Cuando llegues a la pared no vas a poder seguir retrocediendo. Nota como las fuerzas abandonan tus miembros. Siente como el frío anida en tus manos y tus pies.

Mara mostró los dientes en un gruñido. Su cuello era tan recio como el de un toro. Sus bíceps eran tan grandes como los muslos de un hombre. Su pecho era un barril de fuerza y sus piernas como los troncos de los árboles más grandes del bosque.

—¿Frío? —pregunto extendiendo sus brazos— Puedo quebrar un gigante con estas manos, Yama ¿Que eres tu sino la carroña expulsada de un dios? Tu ceño puede asustar a los viejos y a los enfermos. Tus ojos pueden inmovilizar de espanto a los animales y a las clases inferiores de hombres. Yo permanezco tan arriba sobre ti como permanece una estrella sobre el fondo del océano.

Las manos enguantadas en rojo de Yama cayeron como un par de cobras sobre su garganta.

—Entonces prueba esta fuerza de la que tanto te burlas, Visionario. Has tomado la apariencia del poder ¡Úsalo! ¡Vénceme no con palabras!

Sus mejillas y frente relucieron escarlatas mientras las manos de Yama se cerraban sobre su garganta. Su ojo pareció agitarse de uno a otro lado, un verde faro barriendo el mundo.

Mara cayó de rodillas.

—¡Ya basta, Señor Yama! —jadeó trabajosamente— ¿Te matarías a ti mismo?

Cambió. Sus rasgos fluctuaron, como si se hallara bajo agitadas aguas.

Yama contempló su propio rostro, vio sus propias manos rojas tirando de sus muñecas.

—Estás desesperado, Mara, ahora que la vida te abandona. Pero Yama no es un niño, que teme romper el espejo en que te has convertido. Prueba tu último truco o muere como un hombre, al final todo es lo mismo.

Pero una vez más se produjo la fluctuación y el cambio.

Esta vez Yama vaciló, sintiendo ceder sus fuerzas.

El pelo color bronce de la mujer cayó sobre sus manos. Sus pálidos ojos le suplicaron. En torno a su garganta había un collar de calaveras de marfil, apenas ligeramente más pálidas que su piel. Su san tenia el color de la sangre. Sus manos estaban apoyadas sobre las de él, casi acariciándole...

—¡Diosa! —susurró

—¿No matarás a Kali...? ¿Durga...? —dijo ella con voz estrangulada.

—Te has equivocado de nuevo, Mara —jadeó Yama— ¿No sabes que todos los hombres matan lo que más aman? —y con esas palabras retorció sus manos, y se oyó un ruido de huesos rompiéndose.

—Seas diez veces maldito —dijo, con los ojos fuertemente cerrados— No habrá renacer.

Abrió las manos.

Un hombre alto, de nobles proporciones, yacía en el suelo a sus pies, la cabeza torcida en un ángulo extraño sobre su hombro derecho.

Finalmente, su ojo se había cerrado.

Yama volvió el cadáver con la punta de su bota.

—Ergid una pira y quemad este cuerpo —dijo a los monjes, sin volverse hacia ellos— No prescindáis de ninguno de los ritos. Hoy ha muerto uno de los más altos.

Apartó trabajosamente los ojos de la obra de sus manos, giró sobre sus talones y abandonó la estancia.

Aquella noche los relámpagos cruzaron el cielo y la lluvia cayó como balas procedentes de lo alto.

Los cuatro estaban sentados en la habitación de la alta torre que se alzaba en la esquina nordeste del monasterio.

Yama recorría la estancia arriba y abajo, deteniéndose ante la ventana cada vez que llegaba a ella.

Los otros permanecían sentados, observándole, escuchando.

—Sospechan —dijo—, pero no saben nada. No arrasarán el monasterio de otro dios, mostrando así ante los hombres la escisión en sus filas, no hasta que estén seguros. No están seguros, así que investigarán. Eso significa que el tiempo está aún con nosotros.

Asintieron.

—Un brahmán que había renunciado al mundo para hallar su alma pasó de camino, sufrió un accidente, murió aquí de muerte verdadera. Su cuerpo fue incinerado y sus cenizas arrojadas al río que conduce al mar. Esto es lo que ocurrió. Los monjes peregrinos del Iluminado estaban de visita en aquellos momentos. Se marcharon poco después del suceso, ¿Quién sabe dónde fueron?

Tak se irguió tan erecto como le fue posible.

—Señor Yama —afirmó—, aunque puede que funcione durante una semana, un mes, posiblemente más tiempo incluso, esta historia se hará pedazos en las manos del Maestro que juzgue al primero de cualquiera de los que estaban presentes en este monasterio que entre en la Mansión del Karma Bajo las circunstancias, creo que algunos de ellos pueden conseguir un juicio próximo precisamente por esta razón, ¿Qué entonces?

Yama lió un cigarrillo con cuidado y precisión.

—Puede ser arreglado de modo que lo que he dicho sea lo que realmente ocurrió.

—¿Cómo? Cuando el cerebro de un hombre es sometido a la revisión kármica, todos los acontecimientos de los que ha sido testigo en su más reciente ciclo de vida son presentados ante su juez y la máquina como si fueran un rollo de pergamino.

—Correcto —dijo Yama— ¿Y acaso tú, Tak de los Archivos, no has oído hablar nunca de un palimpsesto, un rollo que ha sido usado previamente, borrado y luego vuelto a usar?

—Por supuesto, pero la mente no es un rollo de pergamino.

—¿No? —Yama sonrió— Bien, la comparación ha sido tuya, no mía ¿Qué es la verdad, de todos modos? La verdad es aquello que tú haces de ella.

Encendió su cigarrillo.

—Esos monjes han presenciado algo terrible y extraño —prosiguió— Me han visto tomar mi Aspecto y esgrimir un Atributo. Han visto a Mara hacer lo mismo, aquí, en este monasterio donde hemos revivido el principio del *ahimsa.* Son conscientes de que un dios puede hacer tales cosas sin que constituyan un peso kármico, pero el *shock* ha sido grande y la impresión vívida. Y la cremación final aún tiene que producirse. En el momento que se produzca, el relato que te he contado debe haberse vuelto cierto en su mente.

—¿Cómo? —preguntó Ratri.

—Esta misma noche, ahora mismo —dijo—, mientras la imagen del acto llamea aun en sus conciencias y sus pensamientos están turbados, la nueva verdad será forjada y clavada en su lugar... Sam, ya has descansado suficiente. Esto te corresponde a ti. Debes predicarles un sermón. Debes apelar en su interior a esos sentimientos más nobles y a esas cualidades más altas del espíritu que hacen a los hombres sujetos a la intromisión divina. Luego, Ratri y yo combinaremos nuestros poderes, y nacerá una nueva verdad.

Sam apartó y bajó los ojos.

—No se si puedo hacerlo. Ha sido tanto tiempo.

—Buda una vez, Buda siempre, Sam. Desempolva algunas de tus viejas parábolas. Dispones de unos quince minutos.

Sam tendió la mano.

—Dame un poco de tabaco y papel.

Aceptó la bolsita, lió un cigarrillo.

—¿Fuego?... Gracias.

Inspiró profundamente, expelió, tosió.

—Estoy cansado de mentirles —dijo finalmente—. Sospecho que ésa es la realidad..

—¿Mentirles? —preguntó Yama—. ¿Quién te ha pedido que le mientas acerca de nada? Cítales el Sermón de la Montaña, sí quieres. O algo del Popul Vuh, o de la Ilíada. No me importa lo que digas. Simplemente conmuévelos un poco, ablándalos algo. Eso es todo lo que te pido.

—¿Y luego?

—¿Luego? Luego yo me ocuparé de salvarlos... ¡y a nosotros!

Sam asintió lentamente.

—Cuando lo planteas de este modo..., pero estoy un poco bajo de forma para enfrentarme a este tipo de cosas. Por supuesto, encontraré un par de verdaderas y les arrojaré algo de fervor..., pero dame veinte minutos.

—Veinte minutos, de acuerdo. Y luego nos vamos. Mañana nos dirigiremos a Jaipur.

—¿Tan pronto? —preguntó Tak.

Yama agitó la cabeza.

—Tan tarde —dijo.

Los monjes estaban sentados en el suelo del refectorio. Las mesas habían sido corridas contra las paredes. Los insectos habían desaparecido. Fuera, la lluvia seguía cayendo.

Alma Grande Sam, el Iluminado, entró y se sentó ante ellos.

Ratri apareció vestida como una monja budista y cubierta con un velo.

Yama y Ratri se dirigieron hasta la parte de atrás de la estancia y se acomodaron en el suelo. Tak estaba también en algún lugar, escuchando.

Sam permaneció sentado con los ojos cerrados durante varios minutos, luego dijo suavemente:

—Tengo muchos nombres, y ninguno de ellos importa. —Abrió ligeramente los ojos, pero no movió la cabeza. No miró a nada en particular.

—»Los nombres no son importantes —dijo—. Hablar es pronunciar nombres, pero hablar no es importante. Una vez, ocurre una cosa que nunca antes había ocurrido. Viéndola, un hombre mira la realidad. No puede decirles a los demás lo que ha visto. Los otros, sin embargo, quieren saber, de modo que le preguntan diciendo: «¿A qué se parece esta cosa que has visto?». Y él intenta decírselo Quizá ha visto el primer fuego del mundo. Les dice «Es rojo como una amapola, pero en su interior danzan otros colores. No tiene forma como el agua, y fluye hacia todos lados. Es caliente como el sol del verano, sólo caliente. Existe durante un tiempo sobre un trozo de madera, y luego la madera ha desaparecido, como si hubiese sido devorada, dejando tras ella una cosa negra y que puede desmenuzarse como arena. Cuando la madera ha desaparecido, él también desaparece». En consecuencia, sus oyentes pueden pensar que la realidad es como una amapola, como el agua, como el sol, como lo que come y excreta. Piensan en él como en todas las cosas a las que el hombre que lo ha conocido les dice que se parece. Pero no han visto el fuego. No pueden conocerlo realmente. Sólo pueden saber de él por referencias. Pero el fuego aparece de nuevo en el mundo, muchas veces. Más

hombres contemplan el fuego. Al cabo de un tiempo, el fuego es algo tan común como la hierba y las nubes y el aire que respiran. Ven que, aunque es parecido a una amapola no es una amapola, aunque es parecido al agua no es agua, aunque es parecido al sol no es el sol, y aunque se parece a las cosas que comen y depositan excrementos no es nada que coma y deposite excrementos, sino algo distinto de cada una de esas cosas, separadas o puestas juntas. De modo que contemplan aquella nueva cosa y crean una nueva palabra para llamarla La llaman «fuego».

»Si se tropiezan con alguien que aún no lo ha visto y le hablan del fuego, éste no sabrá de qué le están hablando. Y así ellos a su vez intentarán explicarle a qué se parece el fuego. Mientras lo hacen, saben por experiencia propia que lo que están diciendo no es la verdad, sino solamente una parte de ella. Saben que este hombre nunca conocerá la realidad a partir de sus palabras, aunque dispongan de todas las palabras del mundo para utilizarlas. Debe mirar directamente el fuego, olerlo, calentarse sus manos en él, contemplar su corazón, o permanecer ignorante para siempre. En consecuencia, «fuego» no importa, «tierra» y «aire» y «agua» no importan «Yo» no importa. Ninguna palabra importa. Pero el hombre olvida la realidad y recuerda las palabras. Cuantas más palabras recuerde, más listo lo consideran sus semejantes. Contempla las grandes transformaciones del mundo, pero no las ve como eran vistas cuando el hombre contempló la realidad por primera vez. Sus nombres acuden a sus labios y sonríe mientras los saborea, pensando que lo conoce todo a través de sus denominaciones. Lo que nunca había ocurrido antes está aún ocurriendo. Sigue siendo un milagro. La gran flor ardiente se extiende y fluye por la superficie del mundo, excretando las cenizas del mundo, y sin ser ninguna de esas cosas que he nombrado y siendo codas esas cosas a la vez, y *esto* es la realidad.., lo Innominado.

»En consecuencia, os recomiendo, olvidad los nombres que lleváis, olvidad las palabras que estoy pronunciando tan pronto como son emitidas. Mirad más bien a lo Innominado que hay dentro de vosotros, que surge cuando me dirijo a ello. No escuchéis mis palabras, sino la realidad que hay dentro de mí, de la cual forman parte. Todo lo demás es irreal. Definir es perder. La esencia de todas las cosas es lo Innominado. Lo Innominado es incognoscible, más poderoso incluso que Brahma. Las cosas pasan, pero la esencia permanece. En consecuencia, estáis sentados en medio de un sueño.

»La esencia lo sueña como un sueño de formas. Las formas pasan, pero la esencia permanece, soñando nuevos sueños. El hombre pone nombres a esos sueños y cree haber capturado la esencia, sin saber que invoca lo irreal. Estas piedras, estas paredes, estos cuerpos que veis sentados a vuestro alrededor son amapolas y agua y sol. Son los sueños de lo Innominado Son fuego, si lo queréis.

«Ocasionalmente, puede aparecer un soñador consciente de que está soñando. Puede controlar algo de la materia de que están formados los sueños, ligándola a su voluntad, o puede despertar a un mayor conocimiento de sí mismo. Si elige el sendero del autoconocimiento, su gloria es grande y durante todas las eras será como una estrella. Si en vez de ello elige el camino de los tantras, combinando el samsara y el nirvana, englobando el mundo y continuando su vida en él, será poderoso entre los soñadores. Puede que sea poderoso para el bien o para el mal, según como lo miremos... aunque esos términos carecen también de significado, fuera de las denominaciones del samsara.

«Morar dentro del samsara, sin embargo, es someterse a las obras de aquellos que son poderosos entre los soñadores. Si son poderosos para el bien, será una época dorada. Si son poderosos para el mal, será una época de oscuridad. El sueño puede convertirse en una pesadilla.

«Está escrito que vivir es sufrir. Esto es así, dicen los sabios, porque el hombre debe liberarse del peso del karma si quiere alcanzar la iluminación. Por esta razón, dicen los sabios, ¿de qué le sirve al hombre debatirse dentro de un sueño contra aquello que han dispuesto para él los hados, que es el sendero que debe seguir para alcanzar la liberación? A la luz de los valores eternos, dicen los sabios, el sufrimiento es como nada; en los términos del samsara, conduce a aquello que es bueno ¿Qué justificación tiene entonces el hombre para debatirse contra aquellos que son poderosos para el mal?

Hizo una momentánea pausa, alzó más su cabeza

—Esta noche el Señor de la Ilusión pasó entre vosotros Mara, poderoso entre los soñadores, poderoso para el mal. Se enfrentó a otro que puede trabajar con la esencia de los sueños de un modo distinto. Se enfrentó a Dharma, que puede expulsar a un soñador de su sueño. Lucharon, y el Señor Mara ya no existe ¿Por qué lucharon, dios de la muerte contra ilusionista? Decís que sus caminos

son incomprensibles, puesto que son los caminos de los dioses. Ésta no es la respuesta.

«La respuesta, la justificación, es la misma tanto para los hombres como para los dioses. Bien o mal, dicen los sabios, no significan nada porque pertenecen al samsara. Estoy de acuerdo con los sabios, que han enseñado a nuestro pueblo durante tanto tiempo como la memoria del hombre puede alcanzar. Estoy de acuerdo, pero tengo en cuenta también una cosa de la que los sabios no hablan. Esta cosa es la «belleza», que es una palabra, pero mirad detrás de la palabra y considerad el Camino de lo Innominado. ¿Y cuál es el camino de lo Innominado? Es el Camino del Sueño ¿Y por qué sueña lo Innominado? Esto es algo que ningún morador dentro del samsara sabe. Así que preguntaos, más bien, *¿que* sueña lo Innominado?

»Lo Innominado, de lo cual todos formamos parte, sueña formas ¿Y cuál es el más alto atributo que puede poseer cualquier forma? Es la belleza. Lo Innominado es, pues un artista. El problema, por consiguiente, no es uno de bien y de mal, sino uno de estética. Luchar contra aquellos que son poderosos entre los soñadores y son poderosos para el mal, o para la fealdad, no es luchar por lo que los sabios nos han enseñado que carecía de significado en términos del samsara o del nirvana sino más bien para luchar por el soñar simétricamente un sueño en términos del ritmo y la exactitud. De esto, los sabios no dicen nada. Esta verdad es tan simple que obviamente la han olvidado. Por esta razón me siento obligado por la estética de la situación a llamar vuestra atención sobre ello. Luchar contra los soñadores que sueñan fealdad, sean hombres o dioses, no puede ser otra cosa más que la voluntad de lo Innominado. Esta lucha comportará también sufrimiento y así el peso kármico de uno se verá aliviado como lo sería soportando la fealdad. Pero este sufrimiento es productivo a un nivel superior a la luz de los valores eternos de los que tan a menudo hablan los sabios.

«así pues, os digo la estética de lo que habéis presenciado esta tarde era de un orden superior. Ahora podéis preguntarme. «¿Cómo puedo saber lo que es hermoso y lo que es feo, y verme impulsado a actuar en consecuencia?» Esta pregunta, os digo, podéis responderla por vosotros mismos. Para hacerlo, olvidad primero lo que he hablado, porque no he dicho nada. Morad en lo Innominado.

Alzó su mano derecha e inclinó la cabeza.

Yama se puso en pie, Ratri se puso en pie, Tak apareció sobre una mesa.

Los cuatro abandonaron juntos la estancia, sabiendo que las maquinarias del karma habían sido derrotadas por un tiempo.

Cruzaron el dentado resplandor de la mañana, bajo el Puente de los Dioses. Altas frondas, húmedas aún con la lluvia matutina, brillaban a los lados del sendero. Las copas de los árboles y los picos de las distantes montañas ondulaban más allá de los flotantes vapores. El día se presentaba sin nubes. La débil brisa de la mañana arrastraba consigo todavía huellas del frío nocturno. El zumbar y resonar y chirriar de la jungla acompañaron a los monjes mientras caminaban. El monasterio del que habían partido era tan sólo parcialmente visible por encima de las copas de los árboles; por encima de él, muy alta en el aire, una retorciente línea de humo pretendía llegar al cielo.

Los servidores de Ratri llevaban su litera en medio del grupo de monjes, sirvientes y su pequeña guardia de guerreros. Sam y Yama caminaban cerca de la cabeza del grupo. Silencioso, sobre sus cabezas, les seguía Tak, pasando sin ser visto por entre hojas y ramas.

—La pira sigue ardiendo —dijo Yama.

—Sí.

—Incineran al vagabundo que sufrió un ataque al corazón mientras descansaba entre ellos.

—Cierto.

—Considerando la improvisación, tu sermón fue cautivador.

—Gracias.

—¿Crees realmente en lo que predicaste?

Sam se echó a reír.

—Soy muy crédulo en lo que se refiere a mis propias palabras. Creo todo lo que digo, pese a saber que soy un mentiroso.

Yama bufó.

—La vara de Trimurti cae aún sobre las espaldas de los hombres. Nirriti se agita en su tenebrosa guarida; hostiga las rutas marítimas del sur. ¿Tienes intención de pasarte otra vida especulando en metafísica..., para hallar nuevas justificaciones que oponer a tus enemigos? Tu charla de anoche sonaba como si hubieras vuelto a considerar de nuevo el *porqué* en vez del *cómo.*

—No —dijo Sam— Sólo deseaba probar otro sistema con mi audiencia. Es difícil agitar la rebelión entre aquellos para quienes todas las cosas son buenas. No hay lugar para el mal en sus mentes, pese al hecho de que lo sufren constantemente. Las perspectivas de un esclavo en el potro que sabe que renacerá otra vez, quizá como un gordo comerciante, si acepta sus sufrimientos, no son las mismas que las de un hombre que sólo tiene una vida que vivir. Puede soportar cualquier cosa, sabiendo que, cuanto mayor sea su dolor actual, más alto será su placer futuro. Si alguien así no elige creer en el bien y el mal, entonces quizá la belleza y la fealdad puedan hacerle servicio Tan sólo se han cambiado los nombres.

—Entonces, ¿ésta es la nueva óptica oficial del partido? —preguntó Yama.

—Lo es —dijo Sam.

Yama pasó la mano como alisando un invisible pliegue de sus ropas y extrajo una daga, que levantó en un saludo.

—Por la belleza —dijo— ¡Abajo la fealdad!

Una oleada de silencio cruzó la jungla. Todos los sonidos de la vida cesaron a su alrededor.

Yama alzó una mano, devolviendo la daga a su oculta funda con la otra.

—¡Alto! —gritó.

Miró hacia arriba, los ojos fruncidos contra el sol, la cabeza ligeramente inclinada a la derecha.

—¡Fuera del camino! ¡A la maleza! —ordenó.

Obedecieron. Los cuerpos vestidos de azafrán desaparecieron rápidamente del sendero. La litera de Ratri fue llevada entre los árboles. La mujer estaba ahora de pie al lado de Yama.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—¡Escucha!

Entonces les llegó, descendiendo del cielo en un estallido sonoro. Llameó sobre los picos de las montañas, cruzó encima del monasterio, barriendo el humo a la invisibilidad. Explosiones de sonido trompetearon su llegada, y el aire se estremeció mientras hendía su rumbo a través del viento y de la luz.

Era una cruz tao muy retorcida, que dejaba una estela de fuego tras ella.

—El Destructor ha salido de cacería —dijo Yama.

—¡El carro del trueno! —exclamó uno de los mercenarios, haciendo un signo con la mano.

—Shiva pasa —dijo un monje, con los ojos muy abiertos por el miedo— El Destructor.

—Si por aquel entonces hubiera conocido muy bien mis poderes —dijo Yama—, hubiera podido limitar intencionalmente sus días. A veces lamento mi genio.

Pasó por debajo del Puente de los Dioses, giró sobre la jungla y enfiló hacia el sur. Su rugir disminuyó gradualmente mientras partía en esa dirección. Luego hubo silencio.

Un pájaro lanzó un breve gorjeo. Otro le replicó. Luego todos los sonidos de la vida empezaron de nuevo, y los viajeros regresaron al camino.

—Volverá —dijo Yama, y estaba en lo cierto.

Dos veces más aquel día tuvieron que abandonar el sendero mientras el carro del trueno pasaba por

encima de sus cabezas. La última vez trazó círculos sobre el monasterio, posiblemente observando los ritos funerales que se celebraban allí. Luego cruzó las montañas y desapareció.

Aquella noche acamparon bajo las estrellas, y lo mismo hicieron la segunda noche.

El tercer día los llevó hasta el río Deeva y la pequeña ciudad portuaria de Koona. Allí encontraron el transporte que deseaban, y siguieron camino aquella misma tarde, viajando en barca esta vez hacia el sur, allá donde el Deeva se unía al tumultuoso Vedra, y más allá, hasta pasar finalmente junto a los muelles de Jaipur, su destino.

Mientras avanzaban con el fluir del río, Sam escuchó sus sonidos. Estaba de pie sobre la oscura cubierta, con las manos apoyadas en la barandilla. Miraba al otro lado de las aguas, donde el brillante cielo se alzaba y caía y las estrellas parecían unirse y separarse. Fue entonces cuando la noche se dirigió a él en la voz de Ratri, desde algún lugar cercano.

—Ya habías pasado por aquí antes, Tathagatha.

—Muchas veces —respondió.

—El Deeva es hermoso bajo las estrellas, con su ondular y su doblarse.

—Ciertamente.

—Ahora vamos a Jaipur y al Palacio de Kama. ¿Qué harás cuando lleguemos?

—Pasaré algún tiempo en meditación, diosa.

—¿Sobre qué vas a meditar?

—Sobre mis vidas pasadas y los errores que contuvieron cada una de ellas. Debo revisar mis propias tácticas, además de las del enemigo.

—Yama piensa que la Nube Dorada te ha cambiado.

—Quizá sea cierto.

—Cree que te ha ablandado, debilitado. Siempre has adoptado la pose del místico, pero ahora cree que te has convertido realmente en uno, para tu propio mal, para nuestro mal.

Él agitó la cabeza y se volvió. Pero no la vio. ¿Permanecía aún allá, invisible, o se había retirado?. Habló suavemente y sin inflexiones.

—Arrancaré esas estrellas del cielo —afirmó— y las arrojaré al rostro de los dioses, si es necesario. Blasfemaré en todos los templos a lo largo y ancho de la región. Tomaré vidas como un pescador toma peces, con red, si es necesario. Subiré de nuevo a la Ciudad Celestial, aunque cada paso sea una llama o una espada desnuda y el camino esté guardado por tigres. Un día los dioses bajarán la vista del Cielo y me verán en la escalera, tendiéndoles el don que más temen. Ese día empezará el nuevo Yuga.

«Pero primero tengo que meditar durante un tiempo —terminó.

Se volvió de nuevo de espaldas y miró por encima de las aguas. El barco seguía su camino. La noche suspiraba a su alrededor.

Sam miró al frente, recordando.

II

Una vez, un pequeño raja de un pequeño principado acudió con su séquito a Mahartha, la ciudad a la que llaman el Pórtico del Sur y la Capital del Alba, para comprar un nuevo cuerpo. Eso fue en los días en que el hilo del destino podía ser extraído de cualquier albañal, los dioses eran menos formales, los demonios aún seguían atados, y la Ciudad Celestial estaba abierta ocasionalmente a los hombres. Ésta es la historia de cómo el príncipe engañó al manco receptor de devociones delante del Templo, incurriendo en el desagrado del Cielo por su presunción...

> Pocos son los seres renacidos entre los hombres, pero numerosos son los renacidos en otro lugar.
> *Anguttara—nikaya (I, 35)*

Entrando en la capital del alba a media tarde, el príncipe, montado en una yegua blanca, ascendió por la amplia avenida de Surya, con su escolta de un centenar de personas agrupada a su espalda, su consejero Strake a su izquierda, su cimitarra en la faja y una parte de sus riquezas en las bolsas que llevaban sus caballos de carga.

El calor se estrellaba contra los turbantes de los hombres, se derramaba más allá de ellos y volvía a ascender desde el camino.

Un carro avanzó con lentitud en dirección opuesta, y su conductor miró de soslayo el estandarte que llevaba el jefe de la comitiva, una cortesana permanecía de pie junto al portal, en su pabellón, observando el tráfico, y una jauría de perros callejeros siguió las huellas de los caballos, ladrando.

El príncipe era alto, y sus bigotes eran del color del humo. Sus manos, negras como el café, estaban señaladas por las rígidas cordilleras de sus venas. Su postura era erguida, y sus ojos eran como los ojos de un viejo pájaro, eléctricos y claros.

Una multitud se reunió al frente para observar el paso del grupo. Sólo montaban a caballo aquellos que podían permitírselos y pocos eran tan ricos como eso. El slagarto era la montura habitual una criatura escamosa con cuello de serpiente, muchos dientes, dudosa estirpe, vida breve y muy temperamental; los caballos por alguna razón, se habían vuelto estériles en las ultimas generaciones.

El príncipe siguió adentrándose en la capital del alba y los mirones siguieron mirando.

En su camino, salieron de la avenida del sol y se adentraron por callejones más estrechos. Avanzaron por entre bajos edificios comerciales, las grandes tiendas de los grandes comerciantes, los bancos, los templos, las posadas, los burdeles. Siguieron adelante hasta que, en el límite del distrito comercial, llegaron a la principesca hostería de Hawkana, el Perfecto Anfitrión. Tiraron de las riendas ante su entrada, porque Hawkana en persona estaba fuera del edificio, vestido con sencillez, elegantemente corpulento y con una sonrisa en los labios, aguardando para conducir personalmente la yegua blanca al interior.

—¡Bienvenido, Señor Siddhartha! —exclamó con voz alta, a fin de que todos los que estaban al alcance de su voz supieran la identidad de su huésped— ¡Bienvenido a esta vecindad predilecta de los ruiseñores y a los perfumados jardines y salones de mármol de este humilde establecimiento! Doy la bienvenida también a tus acompañantes, que han cabalgado durante tanto tiempo contigo y que sin duda desearán comer y descansar lo mismo que tu. Dentro hallarás todas las cosas a tu gusto, espero, como las hallaste en las muchas ocasiones del pasado en que te dignaste penetrar en estos salones en compañía de otros pnncipescos huéspedes y nobles visitantes, demasiado numerosos de mencionar, tales como...

—¡Y buenas tardes también a ti, Hawkana! —exclamó el príncipe, porque el día era caluroso y las retahílas de los posaderos, como los ríos, amenazaban siempre con anegarlo todo— Entremos rápidamente al interior de tu establecimiento, donde, entre otras virtudes demasiado numerosas para mencionarlas, hallaremos el frescor.

Hawkana asintió enérgicamente y, tomando la yegua por la brida, la condujo cruzando el portal hasta el patio, allá sujetó el estribo mientras el príncipe desmontaba, luego entregó los caballos a los cuidadores del establo y envió a un muchachito a limpiar la calle allá donde se habían detenido.

Dentro de la hostería, los hombres fueron bañados, de pie en el baño de mármol, mientras los sirvientes echaban agua sobre sus hombros. Luego se ungieron según la costumbre de la casta guerrera, se pusieron ropas limpias y pasaron al comedor.

El refrigerio duró todo el resto de la tarde, hasta que los guerreros perdieron la cuenta de los platos. A la derecha del príncipe, que se sentaba en la cabecera de la larga y baja mesa de servicio, tres danzarinas tejían intrincadas figuras en el aire, haciendo sonar los címbalos de sus dedos, reflejando en sus rostros las expresiones adecuadas en los momentos adecuados de la danza, mientras cuatro músicos cubiertos con velos tocaban la música tradicional de aquella hora. La mesa estaba cubierta por un mantel ricamente bordado en azul, marrón, amarillo, rojo y verde, representando una serie de escenas de caza y batalla: jinetes montados en slagartos y caballos se enfrentaban con lanzas y arcos a la carga de emplumados pandas, gallos de fuego y plantas de enjoyadas vainas, monos verdes saltaban por entre las copas de los árboles, el pájaro garuda aferraba en sus espolones a un demonio aéreo, atacándolo con pico y alas, de las profundidades del mar emergía un ejército de cornudos peces, blandiendo picas de rosado coral entre sus aletas unidas y enfrentándose a una hilera de hombres con manto y casco que llevaban lanzas y antorchas para impedir su avance a tierra firme.

El príncipe comió frugalmente. Jugueteaba con su comida, escuchaba la música, reía ocasionalmente ante las bromas de alguno de sus hombres.

Bebió un sorbete, y sus anillos tintinearon contra los lados del vaso.

Hawkana apareció a su lado.

—¿Está todo bien, Señor? —inquinó.

—Sí, mi buen Hawkana, todo está bien —respondió.

—No comes como tus hombres. ¿Acaso te desagrada la comida?

—No se trata de la comida, que es excelente, ni de su preparación, que es intachable, mi digno Hawkana. Más bien se trata de mi apetito, que no ha sido mucho últimamente.

—¡Ah! —dijo Hawkana, perspicaz— ¡Tengo el remedio, el auténtico remedio! Sólo alguien como tú podrá apreciarlo realmente. Durante mucho tiempo ha reposado en un estante especial de mi bodega. El dios Krishna lo preservó de alguna forma contra el paso del tiempo. Me lo entregó hace muchos años porque el acomodo que le brindé no le disgustó en absoluto. Te lo traeré.

Hizo una inclinación de cabeza y se retiró del salón.

Cuando regresó llevaba una botella. Antes de ver la etiqueta pegada al cristal, el príncipe reconoció la forma de la botella.

—¡Borgoña! —exclamó.

—Exactamente —dijo Hawkana— Traído de la desaparecida Uratha, hace mucho tiempo.

Lo olió y sonrió. Luego vertió una pequeña cantidad en una copa con forma de pera y la depositó ante su huésped.

El príncipe alzó la copa e inhaló su bouquet. Dio un ligero sorbo. Cerró los ojos.

Hubo un silencio en la estancia, en respeto hacia su placer.

Luego bajó la copa, y Hawkana la llenó de nuevo con el producto de la uva *pinot noir,* que no podía cultivarse en aquella tierra.

El príncipe no tocó la copa. En vez de ello se volvió hacia Hawkana y dijo:

—¿Quién es el músico más antiguo de la casa?

—Mankara, ése de ahí —dijo su anfitrión, señalando al hombre de pelo blanco que descansaba en un rincón de la mesa de servir.

—Viejo no en cuerpo, sino en años —dijo el príncipe.

—Oh, entonces ése tiene que ser Dele —dijo Hawkana—, si puede considerársele un músico. Dice que una vez lo fue.

—¿Dele?

—El muchacho que cuida de los establos.

—Oh, entiendo... Mándalo llamar —Hawkana dio unas palmadas y ordenó al sirviente que apareció de inmediato que fuera a los establos, hiciera que el muchacho de los caballos se pusiera presentable y lo trajera lo antes posible a presencia de los comensales.

—Por favor, no te molestes en hacer que se ponga presentable, simplemente tráelo aquí —dijo el príncipe.

Luego se reclinó en su asiento y aguardó, con los ojos cerrados. Cuando el muchacho de los caballos estuvo ante él, preguntó.

—Dime, Dele, ¿qué música tocas?

—La que ya no encuentra el favor de los oídos de los brahmanes —dijo el muchacho.

—¿Cuál es tu instrumento?

—El piano —dijo Dele.

—¿Puedes tocar alguno de ésos? —Señaló hacia los instrumentos que permanecían, ahora sin usar, sobre la pequeña plataforma al lado de la pared.

El muchacho inclinó la cabeza para mirarlos.

—Supongo que podría arreglármelas con la flauta, si tuviera que hacerlo.

—¿Conoces algún vals?

—Sí.

—¿Tocarías para mí «El Danubio azul»?

La hosca expresión del muchacho desapareció, para dejar paso a una de inquietud. Lanzó una rápida mirada a Hawkana, que asintió.

—Siddhartha es un príncipe entre los hombres, pues es de los Primeros —afirmó el anfitrión.

—¿«El Danubio azul», en una de esas flautas?

—Por favor.

El muchacho se alzó de hombros.

—Lo intentaré —dijo— Ha pasado tanto, tanto tiempo... Sé indulgente conmigo.

Cruzó hasta donde estaban los instrumentos y murmuró algo al propietario de la flauta que seleccionó. El hombre asintió con la cabeza. Luego llevó el instrumento a sus labios y probó unas cuantas notas. Hizo una pausa, repitió la prueba, luego se volvió.

Alzó la flauta una vez más e inició el vibrante movimiento del vals. Mientras tocaba, el príncipe fue bebiendo su vino.

Cuando hizo una pausa para recobrar el aliento, el príncipe le hizo un gesto de que continuara. Fue tocando melodía tras melodía prohibida, y los músicos profesionales adoptaron expresiones profesionales de burla; pero bajo su mesa algunos pies estaban siguiendo el lento ritmo de la música.

Finalmente, el príncipe terminó su vino. La noche se estaba acercando a la ciudad de Mahartha. Arrojó al muchacho una bolsa de monedas y no quiso mirar a sus lágrimas mientras abandonaba la sala. Se levantó y se estiró, ahogando un bostezo con el dorso de la mano.

—Me retiro a mis habitaciones —dijo a sus hombres—. No os juguéis vuestras herencias mientras estoy ausente.

Se echaron a reír y le desearon buenas noches, y pidieron bebidas más fuertes y galletas saladas. Oyó el resonar de los dados mientras se alejaba.

El príncipe se retiró temprano a fin de levantarse antes de que despuntara el día. Dio instrucciones a un sirviente para que permaneciera todo el día siguiente delante de su habitación y negara el paso a todo aquel que quisiera entrar, alegando que estaba indispuesto.

Antes de que las primeras flores se hubieran abierto a los primeros insectos de la mañana, había salido del hostal, sin que nadie excepto un viejo papagayo verde fuera testigo de su partida. No iba vestido con sedas bordadas con perlas, sino con harapos, como era su costumbre en tales ocasiones. No iba precedido por caracola y tambor, sino por el silencio, mientras cruzaba las penumbrosas calles de la ciudad. Calles desiertas, excepto por algún doctor o prostituta ocasionales que regresaban de una llamada tardía. Un perro callejero le siguió mientras cruzaba el distrito comercial, en dirección al puerto.

Se sentó en una canasta al pie de un malecón. El alba llegó para alzar la oscuridad del mundo, y observó los barcos agitándose con la marea, vacíos de velas, atados a sus cables de amarre, las proas talladas con monstruos o doncellas. Cada una de sus visitas a Mahartha lo llevaban siempre al puerto por un rato.

El rosado parasol de la mañana se abrió sobre el enmarañado cabello de las nubes, y una fría brisa cruzó los muelles. Los pájaros carroñeros lanzaron estridentes gritos mientras se lanzaban desde las inclinadas ventanas de las torres y planeaban cruzando las aguas de la bahía.

Observó un barco que se hacía a la mar, con sus velas de lona desplegadas e hinchadas al salado viento, formando como una picuda tienda. A bordo de otros barcos, seguros en sus amarras, había movimiento ahora, mientras las tripulaciones se preparaban para la carga o descarga de los artículos que transportaban, incienso, coral, aceite y todo tipo de telas, así como metales, ganado, maderas y especias. Aspiró los olores del comercio y escuchó las maldiciones de los marineros, dos cosas que admiraba: la primera porque le traía efluvios de riqueza, la segunda porque combinaba sus otras dos preocupaciones principales, la teología y la anatomía.

Al cabo de un rato, habló con un capitán de barco extranjero que había estado supervisando la descarga de sacos de grano y ahora se tomaba un descanso a la sombra de las canastas.

—Buenos días —dijo— Que tus travesías estén libres de tormentas y naufragios, y que los dioses te garanticen un puerto seguro y un buen mercado para tus cargas.

El otro asintió, se sentó sobre una canasta y se dedicó a llenar de tabaco una pequeña pipa de arcilla.

—Gracias, viejo —dijo—. Aunque rezo a los dioses de los Templos de mi propia elección, acepto las bendiciones de todos. Las bendiciones son algo que siempre puede usarse, especialmente cuando se es marino.

—¿Has tenido un viaje difícil?

—Menos difícil de lo que hubiera podido ser —dijo el capitán—. Esa ardiente montaña marina, el Cañón de Nirriti, vuelve a descargar sus rayos contra el cielo.

—¡Ah, procedes del sudoeste!

—Sí. Chatisthan, de Ispar—junto—al—mar. Los vientos son buenos en esta estación del año, pero por esta razón también arrastran las cenizas del Cañón mucho más aprisa de lo que nadie puede imaginar. Durante seis días esa nieve negra cayó sobre nosotros, y los olores del submundo nos persiguieron, contaminando comida y agua, haciendo que lloraran los ojos y las gargantas ardieran. Ofrecimos muchas acciones de gracias cuando finalmente la dejamos atrás. ¿Ves lo ennegrecido que está el casco? Hubieras tenido que ver las velas... ¡negras como el cabello de Ratri!

El príncipe se inclinó hacia delante para observar mejor el barco.

—¿Pero las aguas no estaban particularmente alteradas? —preguntó.

El marino agitó la cabeza.

—Nos encontramos con un crucero cerca de la isla de la Sal, y supimos por él que nos habíamos librado por seis días de las peores descargas del Cañón. En ese momento hizo arder las nubes y levantó grandes olas, hundiendo dos barcos, que el crucero supiera, y posiblemente un tercero. —El marino se reclinó, encendiendo su pipa—. De modo que, como digo, un marino siempre puede hallarle un buen uso a las bendiciones.

—Busco a un hombre de mar —dijo el príncipe—. Un capitán. Su nombre es Jan Olvegg, o quizá sea conocido como Olvagga. ¿Le conoces?

—Le conocí —dijo el otro— Pero ha pasado mucho tiempo desde que navegó por última vez.

—Oh. ¿Qué ha sido de él?

El marino volvió hacia él su cabeza para estudiarlo mejor.

—¿Quién eres tú para preguntar? —inquirió finalmente.

—Mi nombre es Sam. Jan es un amigo mío de muy antiguo.

—¿Cuan antiguo es «muy antiguo»?

—Hace muchos, muchos años, en otro lugar, le conocí cuando era capitán de un barco que no navegaba por estos mares.

El capitán se inclinó repentinamente hacia delante y tomó un trozo de madera, que arrojó al perro que estaba rondando junto a un montón de cajas al otro lado del malecón. Lanzó un gañido y se apresuró a buscar refugio en un almacén. Era el mismo perro que había seguido al príncipe desde la hostería de Hawkana.

—Cuidado con los sabuesos del infierno —dijo el capitán—. Hay perros y perros .., y hay perros. De tres clases distintas, y en este puerto mantenlas todas alejadas de tu presencia. —Volvió a examinar a su interlocutor— Tus manos —dijo, haciendo un gesto con su pipa— han llevado recientemente muchos anillos. Aún está su marca.

Sam miró sus manos y sonrió.

—Tus ojos no dejan escapar nada, marino —respondió—. Así que admito lo obvio. Recientemente he llevado anillos.

—Así que, como los perros, no eres lo que pareces ser..., y vienes preguntando por Olvagga, empleando su nombre más antiguo. Tu nombre, dices, es Sam. ¿Eres por casualidad uno de los Primeros?

Sam no respondió inmediatamente, sino que estudió al otro como si aguardara a que dijese algo más.

Quizá dándose cuenta de ello, el capitán continuó:

—Olvagga, por lo que sé, estaba relacionado entre los Primeros, aunque él nunca hablaba de ello. Tanto si tú también eres de los Primeros como si eres uno de los Maestros, tienes que saberlo. Así que no le traiciono hablando. De todos modos, quiero saber si estoy hablando con un amigo o con un enemigo.

Sam frunció el ceño.

—Jan nunca fue conocido por granjearse enemigos —dijo—. Hablas como si los tuviera ahora, entre aquellos a los que llamas los Maestros.

El marino siguió mirándole.

—Tú no eres un Maestro —dijo finalmente—, y vienes de lejos.

—Estás en lo cierto —dijo Sam—, pero dime cómo sabes estas cosas.

—Primero —dijo el otro—, eres un viejo. Un Maestro también *podría* haber adoptado un cuerpo viejo, pero lo más probable es que no lo hiciera..., como tampoco adoptaría la forma de un perro durante mucho tiempo. Su miedo de morir la auténtica muerte, de pronto, a la manera de los antiguos, sería demasiado grande. Así que no lo usaría el tiempo suficiente como para dejar las marcas de los anillos profundamente señaladas en los dedos. Los ricos nunca son despojados de sus

cuerpos. Si se les niega el renacimiento, viven todo el período hasta el final de sus días. Los Maestros temerían que los seguidores de alguien así se alzaran en armas contra él, si se enfrentaba con algo distinto a un tránsito natural. Así que un cuerpo como el tuyo no puede haber sido obtenido de esta manera. Un cuerpo de los tanques de vida no tendría tampoco marcas en los dedos.

»En consecuencia —concluyó—, te considero un hombre importante, pero no un Maestro. Si conociste a Olvagga hace tiempo, entonces también eres uno de los Primeros, como él. A causa del tipo de información que buscas, te considero alguien que ha venido de lejos. Si fueras un hombre de Mahartha sabrías de los Maestros, y si supieras de los Maestros sabrías por qué Olvagga no puede navegar.

—Tu conocimiento de los asuntos de Mahartha parece superior al mío, oh marino recién llegado.

—Yo también vengo de un lugar distante —admitió el capitán, sonriendo débilmente—, pero en el espacio de una docena de meses puedo visitar dos veces otros tantos puertos. Oigo noticias..., noticias y habladurías y cuentos, de más de dos veces dos docenas de puertos. Oigo de las intrigas del palacio y de los asuntos del Templo. Oigo los secretos susurrados por la noche a las muchachas doradas bajo el arco de caña de azúcar de Kama. Oigo de las campañas del Khshatriya y de los tratos de los grandes comerciantes en el futuro de los granos y las especias, las joyas y la seda. Bebo con los bardos y los astrólogos, con los actores y los sirvientes, los cocheros y los sastres. A veces, quizá, puedo arribar al puerto donde recalan los piratas y saber del destino corrido por sus rehenes. Así que no consideres extraño que yo, que vengo de lejos, pueda saber más de Mahartha que tú, que puede que vivas tan sólo a una semana de viaje. Ocasionalmente, oigo también noticias de los hechos de los dioses.

—Entonces, ¿puedes hablarme de los Maestros, y por qué tienen que ser considerados como enemigos? —preguntó Sam.

—Puedo decirte algo de ellos —respondió el capitán—, porque no debes ir desprevenido. Los comerciantes de cuerpos son ahora los Maestros del Karma. Sus nombres individuales son en la actualidad mantenidos secretos, a la manera de los dioses, de modo que parecen tan impersonales como la Gran Rueda, a la que afirman representar. Ya no son simplemente comerciantes de cuerpos, sino que están aliados con los Templos. Ésos también han cambiado, pues los Primeros que ahora son dioses hacen causa común con ellos desde el Cielo. Si eres realmente de los Primeros, Sam, tu senda debe conducirte o a la deificación o a la extinción, cuando te enfrentes a esos nuevos Maestros del Karma.

—¿Cómo? —preguntó Sam.

—Los detalles deberás buscarlos en otro lugar —dijo su interlocutor—. Ignoro los procesos a través de los cuales se realizan esas cosas. Pregúntale a Jannaveg, el fabricante de velas, en la calle de los Tejedores.

—¿Es así como es conocido Jan ahora?

El otro asintió.

—Y ve con cuidado con los perros —dijo—. O, si he de ser sincero, con cualquiera que esté vivo y demuestre que puede albergar inteligencia.

—¿Cómo te llamas, capitán? —preguntó Sam.

—En este puerto no tengo ningún nombre o el que tengo es falso, y no veo razón para mentirte. Buenos días, Sam.

—Buenos días, capitán. Gracias por tus palabras.

Sam se levantó y se fue del puerto, encaminándose de vuelta al distrito comercial y a las calles de los gremios.

El sol era un disco rojo en el cielo alzándose para salir al encuentro del Puente de los Dioses El príncipe caminó cruzando la ahora despierta ciudad abriéndose camino entre los tenderetes que desplegaban las habilidades de los pequeños artesanos. Los buhoneros de ungüentos y polvos perfumes y aceites iban de un lado para otro a su alrededor. Las floristas agitaban sus guirnaldas y ramilletes a los transeúntes y los vinateros no decían nada sentados con sus odres en hileras de

bancos a la sombra aguardando a que sus clientes acudieran a ellos como siempre habían hecho. La mañana olía a comida cocinándose, almizcle, carne, excrementos, aceites e incienso todo mezclado y flotando por las calles como una nube invisible.

Vestido como iba como un mendigo no parecía fuera de lugar el que se detuviera y hablara con el otro mendigo jorobado con el cuenco de pedir limosna entre las manos.

—Hola hermano —dijo— Me he alejado de mi barrio cumpliendo un encargo ¿Puedes orientarme a la calle de los Tejedores?

El jorobado asintió y agito sugerentemente su cuenco. Sam extrajo una moneda pequeña de la bolsa oculta entre sus andrajosas ropas y la dejó caer en el cuenco del jorobado de donde desapareció rápidamente.

—Por ahí —el hombre hizo un gesto con la cabeza— Cuando llegues a la tercera calle gira a la izquierda. Luego sigue dos calles más y te encontraras en el Circulo de la Fuente delante del Templo de Varuna. Una vez hayas llegado a ese Circulo la calle de los Tejedores esta señalada con el signo del Punzón.

Asintió al jorobado le dio una palmada a su joroba y prosiguió su camino.

Cuando llegó al Circulo de la Fuente el príncipe se detuvo. Varias docenas de personas estaban de pie haciendo cola delante del Templo de Varuna, la más severa y augusta de todas las deidades. Aquella gente no se preparaba para entrar en el templo sino que más bien parecía dedicada a alguna ocupación que requería que aguardaran e hicieran cola. Oyó tintinear de monedas y se acercó.

Formaban cola ante una máquina reluciente y metálica.

Un hombre insertó una moneda en las fauces de un tigre de acero. La máquina empezó a ronronear. Pulsó botones que tenían la forma de animales y demonios. Se produjo un destellar de luces a todo lo largo de la nagas las dos serpientes sagradas que se contorsionaban en el transparente frontal de la maquina.

Se acercó un poco más.

El hombre bajó la palanca que salía de un lado de la máquina y que tenía la forma de una cola de pez.

Una sagrada luz azul llenó el interior de la máquina, las serpientes pulsaron rojizas, y allí, en medio de la luz y de una suave música que empezó a sonar, una rueda de oraciones apareció a la vista y empezó a girar a una velocidad endiablada.

El hombre adoptó una expresión beatífica. Al cabo de unos minutos, la máquina se detuvo por sí misma. Introdujo otra moneda y tiró de nuevo de la palanca, haciendo que varios de los que estaban al final de la cola gruñeran audiblemente haciendo notar que era su séptima moneda, era un día caluroso, había gente esperando para rezar un poco y por qué no iba dentro y entregaba una donación tan grande directamente a los sacerdotes. Alguien respondió que evidentemente el hombre tenía muchas culpas que expiar. A partir de ahí se iniciaron las especulaciones sobre la posible naturaleza de sus pecados. Todo ello acompañado de considerables risas.

Viendo que había vanos mendigos aguardando su tumo en la cola, el príncipe fue a su final y se unió a ella.

A medida que avanzaba la cola observó que mientras algunos de los que pasaban ante la máquina pulsaban sus botones, otros simplemente insertaban un disco plano de metal en la boca del segundo tigre en el lado opuesto del chasis. Después de que la máquina hubiera dejado de funcionar el disco caía en un cajetín, de donde era recuperado por su propietario. El príncipe decidió aventurar una pregunta.

Se dirigió al hombre que estaba ante él en la cola.

—¿Cómo es —preguntó— que algunos hombres tienen discos especiales?

—Es porque se hallan registrados —dijo el otro, sin volver la cabeza.

—¿En el Templo?

—Sí.

—Oh.

Aguardó medio minuto, luego inquirió.

—Aquellos que no están registrados y desean usar la máquina, ¿deben pulsar los botones?

—Sí —dijo el hombre— Deletreando su nombre ocupación y domicilio.

—Supongamos que se trata de un visitante como yo.

—Entonces debes añadir el nombre de tu ciudad.

—Supongamos que se trata de un analfabeto como yo.

El otro se volvió hacia él.

—Entonces quizá será mejor —dijo— que vayas a rezar al viejo estilo y entregues tu donativo directamente en manos de los sacerdote. O te registres y así obtendrás un disco propio.

—Entiendo —dijo el príncipe— Sí, tienes razón. Debo pensar un poco mas en todo esto. Gracias.

Abandonó la fila y rodeó la fuente hasta donde estaba el Signo del Punzón colgado de una columna. Entró en la calle de los Tejedores.

Tres veces preguntó por Janagga el fabricante de velas, la tercera vez a una mujer bajita con poderosos brazos y un pequeño bigote, que estaba sentada, con las piernas cruzadas, trenzando una alfombra en su banco de trabajo bajo el alero de lo que en su tiempo debió haber sido un establo y que aún seguía oliendo como si lo fuera.

Le gruñó sus indicaciones, tras examinarlo de pies a cabeza con unos aterciopelados ojos castaños sorprendentemente atractivos. Siguió esas indicaciones, adentrándose por un zigzagueante callejón y bajando un tramo de escaleras al aire libre pegadas a la pared de un edificio de cinco pisos y que desembocaban en una puerta que daba al pasillo de un sótano. Dentro estaba húmedo y oscuro.

Llamó a la tercera puerta de la izquierda, y al cabo de un tiempo la puerta se abrió.

El hombre del otro lado lo miró con fijeza.

—¿Sí?

—¿Puedo entrar? Es un asunto de una cierta urgencia...

El hombre dudó un momento, luego asintió secamente y se echó a un lado.

El príncipe pasó por su lado y entró en el cuarto. Habla una gran pieza de lona extendida en el suelo, ante el banco donde se sentaba el hombre. Hizo una seña al príncipe indicándole la única otra silla que había en el cuarto.

Era bajo y de anchos hombros; su pelo era de un blanco puro, y las pupilas de sus ojos mostraban el humoso inicio de un proceso de cataratas. Sus manos eran oscuras y recias, con las articulaciones de los dedos como nudos.

—¿Sí? —repitió.

—Jan Olvegg —dijo el otro.

Los ojos del viejo se abrieron mucho, luego se cerraron hasta quedar reducidos a rendijas. Sopesó unas tijeras en su mano.

—It's a long way to Tipperary —dijo el príncipe.

El hombre le miró, luego sonrió repentinamente

—If your heart's not here —dijo, dejando las tijeras sobre su banco de trabajo—. ¿Cuánto tiempo hace, Sam? —preguntó.

—He perdido la cuenta de los años.

—Yo también. Pero deben ser cuarenta..., ¿cuarenta y cinco?.., desde que nos vimos por última vez.

Ha pasado demasiada agua por debajo del maldito puente desde entonces, me atrevería a decir.

Sam asintió

—Realmente no sé por dónde empezar... —dijo el hombre.

—Por el principio. Dime..., ¿por qué «Janagga»?

—¿Por qué no? —preguntó el otro. Suena como un nombre honesto y de clase trabajadora. ¿Qué hay contigo? ¿Aún en el negocio de los príncipes?

—Todavía sigo siendo yo —dijo Sam—, y todavía siguen llamándome Siddhartha cuando vienen a verme.

El otro dejó escapar una risita.

—Y «Atador de Demonios» —recitó—. Muy bien. Entonces he de presumir que, puesto que tu fortuna no encaja con tu atuendo, estás investigando el panorama, como siempre.

Sam asintió.

—Y he me encontrado con muchas cosas que no comprendo.

—Aja —suspiró Jan—. Aja ¿Cómo tengo que empezar? ¿Por dónde? Te hablaré de mí, eso es . He acumulado demasiado karma negativo como para permitirme una transferencia normal.

—¿Qué?

—Karma negativo, eso es lo que he dicho. La vieja religión es no sólo la religión..., es la religión revelada, impuesta y aterradoramente demostrable. Pero no pienses demasiado en voz alta esta última parte. Hará una docena de años el Consejo autorizó el uso de psicosondas sobre aquellos que se presentaban a una renovación. Esto ocurrió inmediatamente después de la escisión entre aceleracionistas y deícratas, cuando la Santa Coalición estrujó a los tecnófilos y siguió estrujando. La solución más sencilla era sobrevivir al problema. La gente del Templo hizo entonces un trato con los vendedores de cuerpos, sus clientes fueron sondeados cerebralmente y a los aceleracionistas se les negó la renovación o..., bien..., así de sencillo. Ahora ya no quedan muchos aceleracionistas. Pero eso fue sólo el principio. El partido de los dioses se dio cuenta rápidamente que allí residía la base del poder. Un sondeo de tu cerebro es ahora el procedimiento normal antes de cualquier transferencia. Los comerciantes de cuerpos se han convertido en los Maestros del Karma y en una parte importante de la estructura del Templo. Leen tu vida pasada, sopesan el karma y determinan la vida que has de llevar en adelante. Es una forma perfecta de mantener el sistema de castas y asegurarse el control deicrático. Incidentalmente, la mayor parte de nuestros viejos conocidos están metidos hasta el halo en el asunto.

—¡Dios! —dijo Sam.

—Plural —corrigió Jan—. Siempre han sido considerados dioses, con sus Aspectos y Atributos, pero ahora lo han hecho espantosamente oficial. Y cualquiera que resulte que se halla entre los Primeros haría muy bien en asegurarse si desea la deificación rápida o la pira cuando entre en la Mansión del Karma estos días.

—¿Cuándo es tu cita? —concluyó.

—Mañana —dijo Sam—, por la tarde ¿Cómo es que aún andas por aquí, si no tienes ni un halo ni un puñado de rayos?

—Porque tengo un par de amigos que me sugirieron que siguiera viviendo, discretamente, en vez de enfrentarme a la sonda. Acepté de corazón su sabio consejo y en consecuencia aquí estoy, remendando velas y organizando ocasionales alborotos en las tabernas locales. De otro modo —alzó una callosa mano, hizo restallar los dedos—, de otro modo, si no la muerte real, me hubiera encontrado con un cuerpo carcomido por el cáncer, o con la interesante vida de un carabao castrado, o...

—¿Un perro? —preguntó Sam.

—Exacto —respondió Jan.

Jan llenó el silencio y dos vasos con el gorgoteo del alcohol.

—Gracias.

—Felices fuegos del infierno —Volvió a colocar la botella en su banco de trabajo.

—Siempre en un estómago vacío... ¿Lo has elaborado tú mismo?

—Aja. Tengo la destilería en la habitación contigua.

—Mis felicitaciones, supongo. Si yo tuviera un karma negativo, esto bastaría para disolverlo en poco tiempo.

—La definición de un karma negativo es algo que no les gusta a nuestros amigos los dioses.

—¿Qué te hace pensar que tú lo tienes?

—Intenté empezar a pasarles máquinas a algunos de nuestros descendientes de aquí. Recibí palos en el Consejo por ello. Me retracté, esperando que se olvidaran. Pero el aceleracionismo se halla tan lejos ahora que nunca volverá a aparecer en lo que me queda de vida. Es una lástima. Me gustaría izar velas de nuevo encaminarme a otros horizontes. O alzar una nave...

—¿Es realmente tan sensible la sonda como para detectar algo tan intangible como una actitud aceleracionista?

—La sonda —dijo Jan— es lo bastante sensible como para decir lo que tomaste para desayunar ayer hizo once años y dónde te cortaste esta mañana al afeitarte, mientras canturreabas el himno nacional andorrano.

—Era algo simplemente experimental cuando nos fuimos de casa —dijo Sam— Las dos que trajimos eran traductores muy básicos de ondas cerebrales ¿Cuándo se produjo el perfeccionamiento?

—Escúchame, primo del campo —dijo Jan— ¿Recuerdas a un mocoso de dudosa ascendencia, tercera generación, llamado Yama? ¿El chico que siempre estaba arreglando generadores, hasta que un día uno estalló y se quemó de tan mala manera que obtuvo su segundo cuerpo, uno de cincuenta años de edad, cuando sólo tenia dieciséis? ¿El chico al que le gustaban las armas? ¿El joven que anestesiaba cualquier cosa que se moviera a su alrededor y la disecaba, extrayendo tanto placer de sus estudios que lo llamábamos el dios de la muerte?

—Sí, lo recuerdo ¿Todavía vive?

—Si quieres llamarlo así. Ahora *es* el dios de la muerte , no como apodo, sino como título. Perfeccionó la sonda hará unos cuarenta años, pero los deícratas mantuvieron el asunto oculto hasta hace muy poco. He oído decir que ha imaginado también algunas otras pequeñas joyas para servir la voluntad de los dioses..., como una cobra mecánica capaz de registrar lecturas encefalográfícas a más de un kilómetro de distancia, cuando retrocede y despliega su abanico. Puede localizar a un hombre en medio de una multitud, independientemente del cuerpo que lleve. No hay antídoto conocido para su veneno. Cuatro segundos..., no más. O la vara de fuego, que se dice achicharró las superficies de las tres lunas mientras el Señor Agni permanecía de pie a la orilla del mar y la agitaba. Y tengo entendido que está diseñando una especie de *juggenaut* con propulsión a chorro para el Señor Shiva en este mismo momento..., cosas así.

—Oh —dijo Sam.

—¿Pasarás la sonda? —preguntó Jan.

—Me temo que no —respondió— Dime, esta mañana he visto un aparato que creo puede ser descrito como una máquina automática de rezos, ¿Son muy comunes?

—Sí —dijo Jan— Aparecieron hará unos dos años, soñadas por el joven Leonardo, una noche, sobre un vaso pequeño de soma. Ahora que la idea del karma ha cuajado, estas máquinas son mejores que los recaudadores de impuestos. Cuando el señor ciudadano se presenta en la clínica del dios, en la iglesia elegida por él, en la vigila de su sexagésimo aniversario, se dice que sus plegarias se cuentan tanto como sus pecados para decidir la casta en la que debe entrar , así como la edad, el sexo y la salud del cuerpo que va a recibir. Precioso. Pulcro.

—No pasaré la sonda —dijo Sam— por muy larga que pueda ser mi lista de oraciones. Se echarán a reír cuando lleguemos a los pecados.

—¿Qué tipo de pecados?

—Pecados que aun tengo que cometer, pero que ya están escritos en mi mente a medida que los voy pensando ahora.

—¿Piensas oponerte a los dioses?

—Sí.

—¿Cómo?

—Todavía no lo sé. Empezaré, sin embargo, entrando en contacto con ellos. ¿Quién es su jefe?

—No puedo nombrarte ninguno. Quien manda es Trimurti, es decir, Brahma, Vishnu y Shiva. Cuál de esos tres es el auténtico jefe en un momento determinado es algo que no puedo decir. Algunos dicen que Brahma.

—¿Quiénes son, en realidad? —preguntó Sam.

Jan agitó la cabeza.

—No lo sé. Todos llevan cuerpos distintos de los que llevaban hace una generación. Todos usan nombres de dioses.

Sam se puso en pie.

—Volveré más tarde, o te mandaré llamar.

—Eso espero... ¿Otro vaso?

Sam negó con la cabeza.

—Debo convertirme en Siddhartha una vez más, para romper mi abstinencia en la hostería de Hawkana y anunciar allí mi intención de visitar los Templos. Si nuestros amigos son ahora dioses, entonces tienen que comulgar con sus sacerdotes Siddhartha irá a rezar.

—Entonces no lo hagas por mí —dijo Jan, mientras se servía otro vaso— No sé si sobreviviría a una visitación divina.

Sam sonrió.

—No son omnipotentes.

—Sinceramente, espero que no —replicó el otro—, pero me temo que ese día ya no está lejos.

—Suerte con tus velas, Jan.

—Skaal.

El príncipe Siddhartha se detuvo en la calle de los Herreros, camino del Templo de Brahma. Media hora más tarde salió de una tienda, acompañado por Strake y otros tres miembros de su comitiva. Sonriendo, como si hubiera recibido una visión de lo que iba a ocurrir, cruzó el centro de Mahartha y llegó al fin frente al alto y vasto Templo del Creador.

Ignorando las miradas de aquellos que estaban frente a las máquinas de rezos, ascendió la larga y llana escalera y se reunió en la entrada del templo con el sumo sacerdote, al que había avisado por anticipado de su llegada.

Siddhartha y sus hombres entraron en el templo, despojándose de sus armas y haciendo las reverencias de rigor hacia la cámara central antes de dirigirse al sacerdote.

Strake y los demás se mantuvieron a una distancia prudencial mientras el príncipe colocaba una pesada bolsa en manos del sacerdote y decía en voz baja.

—Me gustaría hablar con Dios.

El sacerdote estudió su rostro mientras respondía.

—El Templo está abierto a todos Señor Siddhartha para que uno pueda comulgar con el Cielo durante tanto tiempo como desee.

—No es eso exactamente lo que quiero —dijo Siddharta— Estaba pensando en algo más personal que un sacrificio y una larga letanía.

—No te comprendo...

—Pero comprendes el peso de esta bolsa, ¿no? Contiene plata. Llevo otra llena de oro a pagar contra entrega. Quiero utilizar tu teléfono.

—¿Tele...?

—Tu sistema de comunicación. Si fueras de los Primeros, como yo, comprenderías mi referencia.

—Yo no...

—Te aseguro que mi llamada no se reflejará adversamente en tu ministerio aquí. Soy consciente de estos asuntos, y mi discreción siempre ha sido famosa entre los Primeros. Llama tú mismo a la Primera Base y pregunta, si eso ha de tranquilizarte. Aguardaré aquí en la cámara exterior. Diles que Sam quiere tener unas palabras con Trimurti. Aceptarán la llamada.

—No sé...

Sam extrajo la segunda bolsa y la sopeso en la palma de su mano. Los ojos del sacerdote se posaron en ella, y se humedeció los labios.

—Espera aquí —ordenó, y se dio la vuelta y abandonó la estancia.

Ili. la quinta nota del arpa, zumbó en el Jardín del Loto Púrpura.

Brahma descansaba al borde de la piscina de agua caliente,

donde se bañaba con su harén. Sus ojos parecían estar cerrados

mientras permanecía recostado allí, apoyado sobre los codos, con

los pies oscilando en el agua.

Pero miraba por debajo de sus largas pestañas, observando a las doce muchachas que jugaban en la piscina, esperando ver a una o más lanzar una ojeada apreciativa a su moreno cuerpo fuertemente musculado. Negro sobre tostado, sus bigotes relucían húmedos y enmarañados, y su pelo era un ala negra a su espalda. Sonreía deslumbradoramente a la filtrada luz del sol.

Pero ninguna de ellas parecía reparar en él, de modo que se guardó su sonrisa y la olvidó. Toda su atención se centró en el partido de waterpolo que estaban jugando.

Ili, el timbre de comunicación, zumbó una vez más, mientras una brisa artificial traía el aroma de los jazmines del jardín hasta sus fosas nasales. Suspiró. Deseaba tanto que le adoraran..., su poderoso físico, sus rasgos cuidadosamente moldeados. Que le adoraran como un hombre, no como un dios.

Pero aunque su cuerpo, especial y mejorado, le permitía realizar hazañas que ningún hombre mortal podía emular, seguía sintiéndose incómodo en presencia de un viejo caballo de guerra como el Señor Shiva..., el cual, pese a su predilección por los cuerpos de matriz normal, parecía atraer más la atención de las mujeres. Era casi como si el sexo fuera algo que trascendía de la biología; y, no importaba lo mucho que intentara suprimir los recuerdos y destruir aquel segmento de su espíritu, Brahma había nacido mujer, y de alguna forma seguía siendo mujer. Puesto que odiaba aquella circunstancia, había elegido encamarse una y otra vez como un hombre eminentemente masculino, así lo había hecho, y pese a todo seguía sintiendo algo inadecuado, como si la huella de su auténtico sexo estuviera marcada al fuego sobre su frente. Eso le hacía sentir deseos de patear y hacer muecas.

Se levantó y se dirigió hacia su pabellón, pasando junto a árboles atrofiados que se retorcían con una cierta belleza grotesca, emparrados tejidos con gloria matutina, estanques de azules lirios de agua, ristras de perlas que pendían de anillos de oro blanco, lámparas con forma de muchacha, trípodes

donde ardían aromáticos ungüentos y una estatua con ocho brazos de una diosa azul que tocaba la vina cuando uno se dirigía apropiadamente a ella.

Brahma entró en el pabellón y lo cruzó hasta la pantalla de cristal junto a la que se retorcía una naga de bronce, con la cola entre los dientes. Activó el mecanismo de respuesta.

Hubo la clásica nieve de la estática, y luego la pantalla mostró el rostro del sumo sacerdote de su Templo en Mahartha. El sacerdote se dejó caer de rodillas y tocó tres veces el suelo con la marca de su casta.

—♪ De los cuatro órdenes de dioses y las dieciocho huestes del Paraíso, el más poderoso es Brahma. —salmodió el sacerdote— ♪ Creador de todo, Señor del Alto Cielo y de todo lo que hay debajo. ♪ Un loto brota de tu ombligo, tus manos acarician los océanos, tus pies abarcan con tres zancadas todos los mundos. ♪ El tambor de tu gloria despierta el terror en los corazones de tus enemigos. ♪ Sobre tu mano derecha se halla la rueda de la ley. ♪ Contienes las catástrofes, utilizando una serpiente como cuerda. ♪ ¡Salve! ♪ Acepta la plegaria de tu sacerdote. ♪ ¡Bendíceme y óyeme, oh Brahma! ♪

—Levántate... sacerdote —dijo Brahma, que había olvidado su nombre—. ¿Qué de suma importancia te ha impulsado a llamarme de este modo?

El sacerdote se puso en pie, lanzó una rápida mirada a la chorreante persona de Brahma y apartó de nuevo la vista.

—Señor —dijo el sacerdote—, no era mi intención llamarte mientras estabas en el baño, pero hay uno de tus adoradores aquí que desea hablar contigo, de un asunto que considero de gran importancia.

—¡Uno de mis adoradores! Dile que Brahma, el que todo lo oye, lo oye todo, ¡e indícale que me rece de la forma ordinaria, en el Templo adecuado!

La mano de Brahma avanzó hacia el interruptor, luego se detuvo.

—¿Cómo ha llegado a saber de la línea Templo—Cielo? —inquirió—. ¿Y de la comunión directa de santos y dioses?

—Dice —respondió el sacerdote— que es de los Primeros, y que debo transmitir el mensaje de que Sam quiere hablar con Trimurti.

—¿Sam? —dijo Brahma—. Seguro que no es... ¿ese Sam?

—Es aquel al que llamaban Siddhartha, el Atador de los Demonios.

—Aguarda mi gracia —dijo Brahma— mientras cantas los versículos apropiados de los Vedas.

—Entiendo, mi Señor —dijo el sacerdote, y se puso a cantar.

Brahma se retiró a otra parte del pabellón y permaneció unos instantes inmóvil ante su guardarropa, decidiendo qué ponerse.

El príncipe, al oír llamar su nombre, se volvió, dejando de contemplar el interior del templo. El sacerdote, cuyo nombre había olvidado, le hizo señas de que le siguiera por el corredor. Le siguió, y el pasillo le condujo al almacén. El sacerdote trasteó un mecanismo oculto, y tiró de una estantería, que se abrió hacia fuera, como una puerta.

El príncipe cruzó la abertura. Se halló dentro de una capilla ricamente decorada. Una resplandeciente pantalla visora colgaba sobre su altar/panel de control, rodeada por una naga de bronce que sujetaba su cola entre los dientes.

El sacerdote hizo tres inclinaciones de cabeza. — ♪ Salve, regidor del universo, el más poderoso de los cuatro órdenes de dioses y las dieciocho huestes del Paraíso. ♪ Un loto brota de tu ombligo, tus manos acarician los océanos, en tres zancadas... ♪

—Reconozco la verdad de todo lo que dices. —respondió Brahma— Te he escuchado y tienes mi bendición. Ahora déjanos.

—¿♪?

—Ya lo has oído. Sin duda Sam te pagó por una línea privada, ¿no?

—¡Señor...!

—¡Ya basta! ¡Vete!

El sacerdote hizo una rápida inclinación de cabeza y se marchó, cerrando la estantería tras él.

Brahma estudió a Sam, que llevaba pantalones de montar oscuros, *khameez* azul cielo, el turbante verdeazulado de Urath y la funda vacía de una espada colgando de un cinturón de cadena de oscuro hierro.

Sam estudió a su vez al otro, que permanecía de pie sobre un fondo negro, con una capa de plumas sobre un traje de malla ligera. La capa estaba sujeta a su cuello con un cierre de ópalo de fuego. Brahma llevaba una corona púrpura, incrustada con pulsantes amatistas, y llevaba en su mano derecha un cetro montado con las nueve gemas auspiciales. Sus ojos eran dos manchas oscuras sobre su oscuro rostro. El suave rasgueo de una *vina* lo envolvía.

—¿Sam? —dijo.

Sam asintió.

—Estoy intentando adivinar tu verdadera identidad, Señor Brahma. Te confieso que me resulta imposible.

—Así es como debe ser —dijo Brahma—, si uno aspira a ser el dios que fue, es y siempre será.

—Llevas un espléndido atuendo —dijo Sam—. Completamente adecuado.

—Gracias. Me resulta difícil creer que aún existas. He hecho algunas comprobaciones, y observo que no has pedido un cuerpo nuevo desde hace medio siglo. Esto es correr un gran riesgo.

Sam se encogió de hombros.

—La vida está llena de riesgos, apuestas, incertidumbres...

—Cierto —dijo Brahma—. Por favor, toma una silla y siéntate. Ponte cómodo.

Sam hizo lo indicado, y cuando miró de nuevo, Brahma estaba sentado en un alto trono tallado en mármol rojo, con un parasol a juego abierto encima.

—Eso parece más bien incómodo —observó.

—El almohadón es de gomaespuma —respondió el dios, sonriendo— Puedes fumar, si quieres.

—Gracias —Sam extrajo su pipa de la bolsa de su cinturón, la cargó cuidadosamente y la encendió.

—¿Qué has estado haciendo todo este tiempo, desde que abandonaste el lugar de descanso del Cielo? —preguntó el dios.

—He estado cultivando mis propios jardines —dijo Sam.

—Hubiéramos podido emplearte —dijo Brahma— en nuestra sección hidropónica. Por cierto, quizá aún podamos. Cuéntame más de tu estancia entre los hombres.

—Cacerías de tigres, disputas fronterizas con reinos vecinos, mantener alta la moral del harén, un poco de investigación botánica, cosas así..., la esencia de la vida —dijo Sam—. Ahora mis poderes menguan, y busco una vez más la juventud. Pero, para conseguirla de nuevo, tengo entendido que mi cerebro debe ser violentado. ¿Es eso verdad?

—En cierto modo —dijo Brahma.

—¿Con qué fin, puedo preguntar?

—Para que fracase el mal y el bien prevalezca —dijo el dios, sonriendo.

—Supongamos que yo pertenezco al mal —preguntó Sam—. ¿Qué forma adoptará mi fracaso?

—Se te pedirá que descargues tu peso kármico en una forma inferior.

—¿Tienes cifras disponibles respecto al porcentaje de los que fracasan en relación a los que prevalecen?

—No tengas a menos mi omnisciencia —dijo Brahma, ahogando un bostezo con su cetro— si admito haber olvidado, en estos momentos, las cifras.

Sam dejó escapar una risita.

—¿Dices que necesitáis un jardinero ahí en la Ciudad Celestial?

—Sí —dijo Brahma—. ¿Te gustaría hacerte cargo del trabajo?

—No lo sé —dijo Sam—. Quizá.

—¿O quizá no? —dijo el otro.

—Sí, quizá no —admitió Sam— En los viejos días no había todo ese trastear con la mente de un hombre. Si uno de los Primeros quería la renovación, pagaba el precio del cuerpo y era servido.

—Ya no vivimos en los viejos días, Sam. La nueva era está al alcance de la mano.

—Casi das a pensar que buscáis la extirpación de todos los Primeros que no están encuadrados en vuestras filas.

—Un panteón tiene sitio para mucha gente, Sam. Hay un nicho para ti, si decides reclamarlo.

—¿Y si no lo hago?

—Entonces solicita tu cuerpo en la Mansión del Karma.

—¿Y si elijo ser un dios?

—Tu cerebro no será sondeado. Los Maestros serán advertidos de que deben servirte rápido y bien. Se enviará una máquina volante para trasladarte al Cielo.

—Esto merece pensarlo un poco —dijo Sam— Siento debilidad hacia este mundo, aunque esté sumido en una era de oscuridad. Por otra parte, esa debilidad no me servirá para gozar de las cosas que deseo, si se decreta que debo morir la muerte real o tomar la forma de un mono y vagabundear por las junglas. Pero tampoco me siento atraído por la perfección artificial tal como existía en el Cielo la última vez que lo visité. Quédate conmigo un momento mientras medito.

—Considero presuntuosa esta indecisión —dijo Brahma—, cuando a uno acaban de hacerle una oferta así.

—Lo sé, y quizá pensara como tú si nuestras posiciones estuvieran invertidas. Pero si yo fuera Dios y tú fueras yo, creo que extendería un momento de piadoso silencio mientras un hombre toma una decisión importante relativa a su vida.

—¡Sam, eres un regateador imposible! ¿Quién más me mantendría esperando mientras su inmortalidad pende en la balanza? Supongo que no pensarás negociar *conmigo.*

—Bueno, procedo de una larga dinastía de comerciantes en slagartos..., y hay algo que deseo muy intensamente.

—Que es...

—Como sabes muy bien, dejé de asistir a las antiguas reuniones del Consejo hará más de un siglo, porque se habían convertido en largas sesiones calculadas para posponer la toma de decisiones, y no eran más que una excusa para un Festival de los Primeros. Bueno, no tengo nada contra los festivales. De hecho, durante un siglo y medio asistí a ellos únicamente para beber una vez más el buen alcohol terrestre. Pero tenía la sensación de que debíamos hacer algo por los pasajeros, así como por la descendencia de nuestros muchos cuerpos, antes que dejarles vagar por un mundo hostil, volviendo al salvajismo. Tenía la sensación de que nosotros, la tripulación, debíamos ayudarles, garantizándoles los beneficios de la tecnología que habíamos preservado, en vez de construir para nosotros un impregnable paraíso y tratar el mundo como una combinación de coto de caza y burdel. Así que muchas veces me pregunté por qué no se hacía eso. Parecía una forma justa y equitativa de gobernar un mundo.

—¿Debo entender por eso que eres un aceleracionista?

—No —dijo Sam—, simplemente un inquisitivo. Soy curioso, eso es todo, respecto a los motivos.

—Entonces, para responder a tus preguntas —dijo Brahma—, ello es debido a que no se hallan preparados todavía. Si hubiéramos actuado inmediatamente..., sí, hubiéramos podido hacerlo. Pero al principio nos mostramos indiferentes. Luego, cuando surgió la cuestión, nos vimos divididos. Había pasado demasiado tiempo. No están preparados, y no lo estarán durante muchos siglos. Si fueran expuestos a una tecnología avanzada en este punto, las guerras subsiguientes darían como resultado la destrucción de los principios que ya hemos asentado. Han llegado lejos. Han iniciado una civilización a la manera de sus padres de antaño. Pero siguen siendo niños, y como niños jugarán con nuestros dones y se quemarán con ellos. *Son* nuestros hijos, de nuestros hace tiempo muertos Primeros cuerpos, y de los segundos, y terceros, y muchos más después..., y así, nuestra responsabilidad respecto a ellos es la de padres. No debemos permitirles que se vean acelerados a una revolución industrial, destruyendo así la primera sociedad estable sobre este planeta. Nuestras funciones de padres pueden ser realizadas mejor guiándoles como lo hacemos, a través de los Templos. Dioses y diosas son básicamente figuras paternas, de modo que ¿qué puede ser más exacto y más justo que asumir esos papeles y llevarlos hasta sus últimas consecuencias?

—¿Por qué entonces destruís su incipiente tecnología? La prensa de imprimir ha sido descubierta en tres ocasiones que yo pueda recordar, y suprimida cada vez..

—Esto se hizo por la misma razón..., todavía no estaban preparados para ella. Y no fue descubierta realmente, sino más bien recordada. Era un tema surgido de las leyendas, que alguien intentó duplicar. Si ha de aparecer una cosa, ha de hacerlo como resultado de factores ya presentes en la cultura, y no extraída del pasado como un conejo es extraído de un sombrero.

—Me parece que estás hilando muy fino en este punto, Brahma. ¿Debo dar por sentado, por lo que dices, que tus esbirros están yendo constantemente de un lado para otro del mundo, destruyendo todo signo de progreso con el que tropiecen?

—Eso no es cierto —dijo el dios—. Hablas como si deseáramos perpetuar esta carga de ser dioses, ¡como si buscáramos mantener una edad oscura a fin de gozar eternamente de la fatigosa condición de nuestra forzada divinidad!

—En una palabra —dijo Sam—, sí. ¿Qué hay de la máquina automática de oraciones que tenéis arrellanada delante de este mismo Templo? ¿Puede emparejarse, culturalmente, con un carro?

—Eso es diferente —dijo Brahma—. Como manifestación divina, es contemplada con maravilla por los ciudadanos, y no es cuestionada por razones religiosas Es algo completamente distinto a si fuera introducida la pólvora

—Supongamos que algún ateo local se apodera de una de ellas y la desmonta Y supongamos que ese ateo resulta ser un Thomas Edison. ¿Qué entonces?

—Poseen combinaciones difíciles de abrir. Si alguien que no sea un sacerdote abre una, estallará, llevándoselo con ella.

—Y observo que fuisteis incapaces de suprimir el redescubrirmento de la destilación, pese a que lo intentasteis. Así que decretasteis un fuerte impuesto sobre el alcohol, pagadero a los Templos.

—La humanidad siempre ha buscado alivio en la bebida —dijo Brahma— Generalmente ha figurado además, en algún lugar de sus ceremonias religiosas. Así implica menos culpabilidad. Cierto, intentamos suprimirla al principio, pero vimos rápidamente que no podíamos. Así, a cambio de nuestros impuestos, reciben aquí una bendición sobre su alcohol. Menos culpabilidad, menos resaca, menos recriminaciones, es psicosomático, ya sabes, y el impuesto tampoco es tan alto.

—Curioso, de todos modos, como muchos prefieren la bebida profana.

—Viniste a rezar y ahora te quedas para burlarte, ¿es eso lo que estás diciendo, Sam? Ofrecí responder a tus preguntas, no debatir la política deicrática contigo ¿Has tomado ya alguna decisión respecto a mi oferta?

—Sí, Madeleine —dijo Sam— ¿Y nadie te ha dicho nunca lo encantadora que estás cuando te irritas?

Brahma saltó de su trono

—¿Cómo has podido? ¿Cómo has conseguido adivinarlo? —chilló el dios.

—En realidad no pude —dijo Sam— Hasta ahora. Fue solamente una suposición, basada en algunas de tus peculiaridades del habla y algunos gestos que recordaba de antes. Así que finalmente has conseguido la ambición de toda tu vida, ¿eh? Apostaría que incluso tienes un harén ¿Qué se siente, señora, siendo un auténtico semental después de haber empezado como una muchachita? Apuesto a que todos los afeminados del mundo te envidiarían si lo supiesen. Felicitaciones.

Brahma se irguió en toda su estatura y le miró con ojos llameantes. El trono era una llama a sus espaldas. La *vina* sonaba desapasionadamente. Alzó su cetro y habló con voz potente.

—Prepárate a recibir la maldición de Brahma... —empezó.

—¿Por qué? —preguntó Sam— ¿Porque adiviné tu secreto? Si voy a ser un dios, ¿qué diferencia representa? Otros deben saberlo también. ¿Estás irritada porque la única forma en que pude adivinar tu auténtica identidad fue engañándote un poco? Había supuesto que lo apreciarías más si demostraba mi valía desplegando de este modo mi ingenio. Si te he ofendido, te pido disculpas.

—No se trata de que hayas adivinado, ni siquiera por la forma en que lo hayas adivinado, sino porque te has burlado de mi, por lo que te maldigo.

—¿Burlado de ti? —dijo Sam— No comprendo. No pretendía faltarte al respeto. Siempre mantuve buenas relaciones contigo en los viejos tiempos. Si te molestas en recordarlos, verás que es cierto. ¿Por qué debería arriesgar mi posición burlándome de ti ahora?

—Porque dijiste demasiado rápidamente lo que pensabas, sin meditarlo una segunda vez.

—No, mi Señor. No hice más que bromear contigo del mismo modo que lo haría un hombre discutiendo con otro sobre tales asuntos. Lamento que lo interpretaras mal. Estoy convencido de que tienes un harén que yo envidiaría, y al que indudablemente intentaré deslizarme alguna noche. Si maldices siempre a aquellos que te sorprenden, entonces adelante con tu maldición —Dio una chupada a su pipa y envolvió en humo su sonrisa.

Finalmente, Brahma dejó escapar una risita.

—Soy un tanto temperamental, es cierto —explicó—, y quizá demasiado quisquilloso sobre mi pasado. Por supuesto, a menudo he bromeado sobre el asunto con otros hombres. Estás perdonado. Retiro la maldición que iba a lanzar.

»¿Y tu decisión, infiero, es aceptar mi oferta? —inquinó.

—Correcto —dijo Sam.

—Bien. Siempre he sentido un afecto fraternal hacia ti. Ve ahora a llamar a mi sacerdote, para que pueda darle instrucciones relativas a tu reencarnación. Te veré pronto.

—Por supuesto, Señor Brahma —asintió Sam, y alzó su pipa. Luego empujó la estantería y buscó al sacerdote en la sala de fuera. Varios pensamientos cruzaron por su cabeza, pero esta vez prefino no expresarlos.

Aquella tarde, el príncipe celebró consejo con los miembros de su séquito que habían visitado a familiares y amigos dentro de Mahartha y con aquellos que habían recorrido la ciudad en busca de noticias y habladurías. Por ellos supo que solamente había diez Maestros del Karma en Mahartha y que tenían sus alojamientos en un palacio en las laderas del sudeste de la ciudad. Efectuaban visitas programadas a las clínicas o salas de lectura de los Templos, donde se presentaban a juicio los ciudadanos cuando solicitaban una renovación. La propia Mansión del Karma era una enorme estructura negra en el patio de su palacio, donde acudía el solicitante, tras haberse sometido al juicio, para que se efectuara la transferencia a su nuevo cuerpo. Strake, junto con dos de sus consejeros, partió mientras aún era de día para tomar bocetos de las fortificaciones del palacio. Dos de los cortesanos del príncipe fueron despachados al otro lado de la ciudad para entregar una invitación a cenar y a una velada al Shan de Irabek, un viejo y distante vecino de Siddhartha con el que había mantenido tres sangrientas escaramuzas fronterizas y con el que ocasionalmente había salido a la

caza del tigre. El Shan estaba visitando a unos familiares mientras aguardaba su cita con los Maestros del Karma. Otro hombre fue enviado a la calle de los Herreros, donde pidió a los trabajadores del metal que doblaran el encargo del principie y lo tuvieran a punto para primera hora de la mañana. Llevaba consigo dinero adicional para asegurar su cooperación.

Más tarde, el Shan de Irabek llegó a la hostería de Hawkana, acompañado por seis de sus parientes, que pertenecían a la casta de los comerciantes, pero iban armados como si fuesen guerreros. De todos modos, viendo que el ambiente de la hostería era pacífico y que ninguno de los demás huéspedes o visitantes llevaba armas, dejaron a un lado las suyas y se sentaron cerca de la Cabecera de la mesa, al lado del príncipe.

El Shan era un hombre alto, pero considerablemente encorvado. Llevaba atuendo marrón y un turbante oscuro que casi cubría sus grandes cejas parecidas a orugas del color de la leche. Su barba era como un arbusto nevado, sus dientes asomaban como oscuros tocones cuando se reía, y sus párpados inferiores sobresalían enrojecidos, como si estuvieran inflamados y doloridos tras muchos años de contener los enrojecidos globos oculares de su obvio intento de salirse de sus órbitas. Rió con una risa flemosa y golpeó la mesa, repitiendo por sexta vez: «¡Los elefantes son demasiado caros en estos días, y en el barro no sirven absolutamente para nada!», a raíz de su conversación respecto a la mejor época del año para enzarzarse en una guerra. Decidieron que solamente alguien muy nuevo en el negocio podía ser tan estúpido como para insultar al embajador de uno de sus vecinos durante la estación de las lluvias, y que a raíz de ello ese hombre seria estigmatizado por el resto de sus días como un *nouveau roi.*

En un momento determinado de la velada, el médico del príncipe se disculpó y se retiró, a fin de poder supervisar la preparación del postre e introducir un narcótico en los pastelillos que iban a serle servidos al Shan. A medida que avanzaba la noche, y con posterioridad a los postres, el Shan se mostró más y más inclinado a cerrar los ojos y dejar que su cabeza colgara sobre su pecho durante periodos cada vez más largos de tiempo. «Una buena fiesta», murmuró entre ronquidos; y finalmente: «Los elefantes no sirven para malditamente...», y así se sumió en el sueño y no pudo ser despertado. Sus parientes no estaban en condiciones de escoltarlo hasta su casa a aquellas horas, puesto que el médico del príncipe habla añadido hidrato de cloral en su vino y por aquel entonces se hallaban despatarrados en el suelo, roncando. El jefe del cortejo del príncipe arregló las cosas con Hawkana para su acomodación, y el Shan fue llevado a la propia suite de Siddhartha, donde fue visitado al cabo de poco tiempo por el médico, que aflojó sus ropas y le habló con una voz suave y persuasiva.

—Mañana por la tarde —le dijo— serás el príncipe Siddhartha, y ésa será tu comitiva. Te presentarás en la Mansión del Karma en su compañía, para reclamar allí el cuerpo que Brahma te ha prometido sin necesidad de un juicio previo. Seguirás siendo Siddhartha durante la transferencia, y regresarás aquí en compañía de tu séquito, para ser examinado por mí. ¿Has comprendido?

—Sí —susurró el Shan.

—Entonces repite lo que te he dicho.

—Mañana por la tarde —dijo el Shan—, seré Siddhartha, al mando de esta comitiva...

El día amaneció brillante, y las deudas fueron saldadas antes de que despuntara. La mitad de los hombres del príncipe salieron de la ciudad, encaminándose al norte. Cuando estuvieron fuera de la vista de Mahartha empezaron a trazar un círculo hacia el sudoeste, por entre las colinas, deteniéndose solamente para ceñirse sus equipos de batalla.

Media docena de hombres fueron despachados a la calle de los Herreros, de donde regresaron portando pesados sacos de lona, cuyo contenido fue dividido en las bolsas de tres docenas de hombres, que partieron tras el desayuno hacia distintos puntos de la ciudad.

El príncipe celebró consejo con su médico, Narada.

—Si he juzgado mal la clemencia del Cielo —dijo—, entonces estoy realmente maldito.

Pero el médico sonrió y respondió:

—Dudo que la hayas juzgado mal.

Y así pasaron de la tranquila mañana a la tranquila parte central del día, mientras el Puente de los Dioses se reflejaba dorado sobre ellos.

Cuando los otros se despertaron se ocuparon de sus respectivas resacas. Al Shan le fue administrado un posthipnótico y fue enviado con seis miembros del acompañamiento de Siddhartha al Palacio de los Maestros. A sus familiares se les aseguró que seguía durmiendo en los aposentos del príncipe.

—Nuestro mayor riesgo en este punto —dijo el médico— es el Shan. ¿Será reconocido? Los factores a nuestro favor estriban en que es un potentado menor de un reino distante, lleva muy poco tiempo en la ciudad, ha pasado la mayor parte de ese tiempo con sus parientes y aún no se ha presentado a su propio juicio. Los Maestros, además, desconocen todavía tu auténtica apariencia física.

—A menos que haya sido descrito a ellos por el Brahma o su sacerdote —dijo el príncipe— Por todo lo que sé, nuestra conversación puede haber sido grabada y la cinta enviada a ellos para identificación.

—¿Por qué habrían de hacerlo? —inquinó Narada— Es difícil que esperen reticencias y elaboradas precauciones por parte de alguien a quien le están haciendo un favor. No, creo que podemos salirnos con bien de esto. El Shan no conseguiría pasar una sonda, por supuesto, pero debe pasar sin problemas un escrutinio superficial, acompañado como va por tus hombres. Por el momento, *cree* que es Siddhartha, y puede pasar cualquier detector de mentiras sencillo que se le ponga al efecto, lo cual creo que es el obstáculo más serio con el que es posible que se encuentre.

Así que aguardaron, y las tres docenas de hombres regresaron con sus bolsas vacías, reunieron sus pertenencias, montaron en sus caballos y uno tras otro se dispersaron por la ciudad, como si fueran en busca de diversión, pero dirigiéndose en realidad hacia el sudeste.

—Adiós, mi buen Hawkana —dijo el príncipe, mientras el resto de sus hombres recogía sus cosas y montaba— Como siempre, hablaré muy bien de tu alojamiento a todos aquellos con quienes me encuentre en mis tierras. Lamento que mi estancia aquí se haya visto interrumpida tan bruscamente, pero debo volver para sofocar un levantamiento en mis provincias tan pronto como abandone la Mansión del Karma. Ya sabes cómo surgen esas cosas apenas el gobernante da la espalda. Así que, aunque me hubiera gustado pasar otra semana bajo tu techo, me temo que este placer deberá ser postergado para otra ocasión. Si alguien pregunta por mí, dile que me busque en Hades.

—¿Hades mi Señor?

—Es la provincia más meridional de mi reino conocida por su clima excesivamente cálido. Asegúrate de decirlo exactamente así, en especial a los sacerdotes de Brahma que puede que demuestren su preocupación por mi paradero en los próximos días.

—Así lo haré, mi Señor.

—Y cuida especialmente de ese muchacho, Dele. Espero oírle tocar de nuevo en mi próxima visita.

Hawkana hizo una profunda reverencia y fue a decir algo, de modo que el príncipe decidió arrojarle en aquel momento la última bolsa de monedas y hacer un comentario adicional respecto a los vinos de Urath, antes de montar rápidamente y empezar a dar órdenes a sus hombres, ahogando cualquier posible intento posterior de conversación.

Salieron de la hostería y se fueron, dejando tras ellos solamente al médico y a tres guerreros, a los que tenía que tratar durante otro día de una oscura dolencia relacionada con el cambio de clima antes de poder emprender camino y alcanzar a los otros.

Cruzaron la ciudad, utilizando calles laterales, y al cabo de un tiempo llegaron al camino que ascendía hasta el Palacio de los Maestros del Karma. Mientras lo recorrían, Siddhartha intercambió señales secretas con sus tres docenas de guerreros que permanecían ocultos en distintos puntos entre los árboles.

Cuando habían recorrido la mitad de la distancia al palacio, el príncipe y los ocho hombres que lo acompañaban tiraron de sus nendas e hicieron como si descansaran, mientras aguardaban a que los otros avanzaran por delante de ellos, deslizándose cautelosamente entre los árboles.

Al cabo de poco tiempo, sin embargo, vieron movimiento en el camino, frente a ellos. Siete jinetes avanzaban a lomos de sus caballos, y el príncipe supuso que eran sus seis lanceros y el Shan. Cuando estuvieron cerca, se dirigieron a su encuentro.

—¿Quiénes sois? —inquinó el jinete alto y de ojos penetrantes que montaba la yegua blanca— ¿Quiéneis sois para atreveros a bloquear el paso del príncipe Siddhartha, Atador de Demonios?

El príncipe lo miró, bronceado y musculoso, entre los veinte y los treinta años, con rasgos de halcón y una poderosa prestancia, y sintió de pronto que sus dudas habían sido infundadas y que se había traicionado a sí mismo con sus sospechas y desconfianzas. A juzgar por el espléndido espécimen montado en su propio caballo, Brahma había cumplido su parte del trato de buena fe, autorizando para su uso un cuerpo vigoroso y excelente, que ahora estaba en posesión del anciano Shan.

—Señor Siddhartha —dijo su hombre, que había cabalgado al lado del Señor de Irabek—, parece que obraron lealmente. No veo nada irregular en él.

—¡Siddhartha! —exclamó el Shan—. ¿Quién es ese al que te atreves a dirigirte con el nombre de tu amo? *Yo* soy Siddhartha, Atador de... —Y al decir eso echó su cabeza hacia atrás y las palabras gorgotearon en su garganta.

Luego el ataque se apoderó del Shan. Se puso rígido, perdió su apoyo en la silla y cayó al suelo. Siddhartha corrió a su lado. Había pequeños flecos de espuma en las comisuras de su boca, y las pupilas de sus ojos habían desaparecido bajo sus párpados superiores.

—¡Epiléptico! —exclamó el príncipe— Pretendían darme un cerebro dañado.

Los otros se agolparon a su alrededor y ayudaron al príncipe a sujetar al Shan hasta que pasó el ataque y recuperó los sentidos.

—¿Q...que ha ocurrido? —preguntó.

—Una traición —dijo Siddhartha—. Una traición, oh Shan de Irabek. Uno de mis hombres te llevará ahora a mi médico personal para que te examine. Una vez hayas descansado, te sugiero que presentes una protesta ante la sala de lectura de Brahma. Mi médico te cuidará en la hostería de Hawkana, y luego podrás irte. Lamento que haya ocurrido todo esto. Probablemente todo se arreglará. Pero si no, recuerda el último asedio de Kapil y considera que estamos empatados. Buenas tardes, hermano príncipe. —Le dirigió una inclinación de cabeza, y sus hombres ayudaron al Shan a montar en el bayo de Hawkana, que Siddhartha había tomado prestado antes.

Montando en la yegua, el príncipe observó su partida, luego se volvió a los hombres que le rodeaban y habló con voz lo suficientemente alta como para ser oído por aquellos que aguardaban fuera del camino:

—Vamos a entrar los nueve. Cuando oigáis dos sones de cuerno, los demás nos seguiréis. Si se resisten, hacedles saber que es más aconsejable la prudencia, ya que otros tres sones de cuerno traerán aquí a los cincuenta lanceros que aguardan en las colinas, si es necesario. Se trata de un palacio de paz, no de una fortaleza donde se libren batallas. Tomad prisioneros a los Maestros. No dañéis su maquinaria ni permitáis que otros lo hagan. Si no se os resisten, tanto mejor. Si lo hacen, deberemos recorrer el palacio y la Mansión de los Maestros del Karma como lo haría un niño pequeño sobre un extenso y elaborado hormiguero. Buena suerte. ¡Que los dioses no os acompañen!

Y, haciendo dar la vuelta a su caballo, siguió camino arriba, con los ocho lanceros cantando suavemente a sus espaldas.

El príncipe cruzó la amplia doble puerta, que permanecía abierta y sin guardia. Empezó a preguntarse inmediatamente sobre las defensas secretas que a Strake podían haberle pasado por alto.

El patio estaba ajardinado y parcialmente enlosado. En una amplia zona del jardín había algunos sirvientes podando, limpiando y cultivando. El príncipe buscó emplazamientos de armas y no vio ninguno. Los sirvientes alzaron la vista hacia ellos cuando entraron, pero no detuvieron su trabajo.

En el otro extremo del patio estaba la Mansión de piedra negra. Avanzó en aquella dirección, seguido por sus jinetes, hasta que fue interpelado desde los escalones del propio palacio, que estaba a

su derecha.

Tiró de las riendas y se volvió para mirar en aquella dirección. El hombre llevaba una librea negra con un círculo amarillo al pecho, y agitaba un bastón de ébano. Era alto, corpulento, e iba embozado hasta los ojos. No repitió su saludo, sino que se inmovilizó, aguardando.

El príncipe guió su montura hasta el pie de la amplia escalinata.

—Debo hablar con los Maestros del Karma —afirmó.

—¿Tienes concertada cita? —preguntó el hombre.

—No —dijo el príncipe—, pero se trata de un. asunto de importancia.

—Entonces lamento que hayas hecho este viaje para nada —respondió el otro—. Es necesaria una cita previa. Puedes hacer los arreglos necesarios en cualquier Templo de Mahartha.

Dio un golpe en la escalinata con su bastón, se volvió de espaldas y empezó a alejarse.

—Destrozad el jardín —dijo el príncipe a sus hombres—. Arrancad los árboles, apiladlos en cualquier lado y prendedles fuego.

El hombre de negro se detuvo, se volvió de nuevo.

Solamente el príncipe aguardaba al pie de las escaleras. Sus hombres estaban dirigiéndose ya hacia el jardín.

—No puedes hacer eso —dijo el hombre.

El príncipe sonrió.

Sus hombres desmontaron y empezaron a arrancar arbustos, abriéndose camino a patadas por entre los macizos de flores.

—¡Diles que se detengan!

—¿Por qué debería hacerlo? He venido a hablar con los Maestros del Karma, y tú me dices que no puedo. Yo te digo que sí puedo, y lo haré. Veamos quién de los dos tiene razón.

—Ordénales que se detengan —dijo el otro—, y transmitiré tu mensaje a los Maestros.

—¡Alto! —gritó el príncipe— Pero estad preparados para empezar de nuevo.

El hombre de negro subió las escaleras, desapareció dentro del palacio. El príncipe acarició con los dedos el cuerno que colgaba de una cuerda en torno a su cuello.

Al cabo de poco se apreció movimiento, y por la puerta empezaron a salir hombres armados. El príncipe alzó su cuerno e hizo sonar dos secas notas.

Los hombres llevaban armaduras de cuero, que algunos estaban todavía colocando en su lugar, y cascos del mismo material. Llevaban el brazo de blandir la espada acolchado hasta el codo, y al otro pequeños escudos metálicos de forma ovalada, con el lema de una rueda amarilla sobre campo negro. Sus espadas eran de hoja larga y curvada. Llenaron completamente la escalera y se detuvieron, como aguardando órdenes.

El hombre de negro emergió de nuevo, y se detuvo al pie de la escalinata.

—Muy bien —afirmó—. ¡Si tienes un mensaje para los Maestros, dilo!

—¿Eres tú un Maestro? —inquirió el príncipe.

—Lo soy.

—Entonces debes pertenecer al rango más bajo, si también haces funciones de portero. Quiero hablar con el Maestro que esté al cargo de esto.

—Pagarás dos veces tu insolencia, ahora y en tu próxima vida —observó el Maestro.

En aquel momento tres docenas de lanceros cruzaron a caballo la puerta y se alinearon a ambos lados del príncipe Los ocho que habían empezado a arrancar las plantas del jardín volvieron a montar en sus caballos y se unieron a la formación, con sus armas desnudas cruzadas sobre su regazo.

—¿Tenemos que entrar a caballo en tu palacio? —inquinó el príncipe—. ¿O llamarás ahora a los demás Maestros, con quienes quiero mantener una conversación?

Cerca de ochenta hombres se alineaban en las escaleras, haciéndoles frente, con las espadas en la mano. El Maestro pareció sopesar el equilibrio de fuerzas. Decidió mantener las cosas tal como estaban.

—No hagas nada temerario —señaló—, porque mis hombres se defenderán de una forma particularmente feroz. Aguarda mi regreso. Llamaré a los otros.

El príncipe llenó su pipa y la prendió. Sus hombres permanecían sentados en sus sillas como estatuas, las lanzas preparadas. El sudor era muy evidente en los rostros de los soldados de a pie que formaban la primera fila de las escaleras.

El príncipe, para pasar el tiempo, observó a sus lanceros.

—No quiero que despleguéis vuestras habilidades como lo hicisteis en el último asedio de Kapil —dijo—. Apuntad al pecho en vez de a la cabeza.

«También —prosiguió— recordad que no debéis dedicaros a la habitual mutilación de heridos y muertos..., porque éste es un lugar santo y no debe ser profanado de ese modo.

«Por otra parte —añadió—, tomaré como una afrenta personal el que no consigáis diez prisioneros para sacrificarlos a Nirriti el Negro, mi protector personal..., fuera de estas paredes, por supuesto, donde la observancia del Festín Negro podrá realizarse sin problemas...

Se oyó un chasquido a su derecha cuando uno de los soldados de a pie, que durante todo el rato había estado contemplando fijamente la lanza de Strake, se desvaneció y cayó desde el último peldaño de las escaleras.

—¡Alto! —exclamó la figura de negro, que emergió con otras seis, vestidas del mismo modo, en la parte superior de las escaleras—. No profanéis el Palacio del Karma con derramamiento de sangre. La sangre de este soldado caído ya está...

—Ascendiendo a sus mejillas —terminó el príncipe—, si es que está consciente..., porque nadie lo ha tocado.

—¿Qué es lo que quieres? —La figura de negro que se dirigía ahora a él era de mediana estatura, pero de enorme corpulencia. Permanecía de pie como un enorme barril oscuro, y su bastón tenía la apariencia de un rayo negro.

—Cuento siete —respondió el príncipe—. Tengo entendido que son diez los Maestros que residen aquí. ¿Dónde están los otros tres?

—Esos otros se hallan en estos momentos atendiendo tres salas de lectura en Mahartha. ¿Qué quieres de nosotros?

—¿Tú estás a cargo de esto?

—Tan sólo la Gran Rueda de la Ley está a cargo de esto.

—¿Eres el representante principal de la Gran Rueda dentro de estas paredes?

—Lo soy.

—Muy bien. Quiero hablar contigo en privado... allí —dijo el príncipe, haciendo un gesto hacia la negra Mansión.

—¡Imposible!

El príncipe golpeó su pipa vacía contra el tacón de su bota, rascó la cazoleta con la punta de su daga, volvió a guardarla en su bolsa. Luego se sentó muy erguido sobre la yegua blanca y sujetó el cuerno con su mano izquierda. Sus ojos se cruzaron con los del Maestro.

—¿Estás absolutamente seguro de eso? —preguntó.

La boca del Maestro, pequeña y brillante, se crispó en palabras que no llegaron a brotar. Luego:

—Como digas —aceptó finalmente— ¡Dejadme pasar! —y cruzó las hileras de guerreros y se

detuvo frente a la yegua blanca.

El príncipe condujo su montura con las rodillas, volviéndola hacia la negra Mansión.

—¡Cerrad filas, por ahora! —gritó el Maestro.

—Lo mismo digo —señaló el príncipe a sus hombres.

Los dos cruzaron el patio, y el príncipe desmontó ante la Mansión.

—Me debes un cuerpo —dijo en voz baja.

—¿De qué estás hablando? —murmuró el Maestro.

—Soy el príncipe Siddhartha de Kapil, Atador de Demonios.

—Siddhartha ya ha sido servido —dijo el otro.

—Eso crees —dijo el príncipe— Convertido en un epiléptico, por orden de Brahma. Pero no es así. El hombre al que tratasteis antes era un impostor involuntario. Yo soy el auténtico Siddhartha, oh sacerdote sin nombre, y he venido a reclamar mi cuerpo, uno que sea completo y sano y sin enfermedades ocultas. Me servirás en este asunto. Me servirás voluntaria o involuntariamente, pero me servirás.

—¿Eso crees?

—Eso creo —respondió el príncipe.

—¡Atacad! —gritó el Maestro, y lanzó su oscuro palo contra la cabeza del príncipe.

El príncipe esquivó el golpe y retrocedió, sacando su espada. Dos veces paró el golpe del bastón. Luego recibió un tremendo golpe en el hombro, precipitado, pero lo suficientemente fuerte como para hacerle tambalear. Dio la vuelta a la yegua blanca, perseguido por el Maestro. Eludiéndolo, manteniendo el caballo entre él y su oponente, alzó el cuerno a sus labios y lo hizo sonar tres veces. Sus notas se alzaron por encima de los fuertes ruidos del combate que tenía lugar en la escalinata del palacio. Jadeando, se volvió y alzó su guardia justo a tiempo para desviar un golpe contra su sien que a buen seguro le hubiera matado si llegaba a alcanzarle.

—Está escrito —dijo el Maestro, casi jadeando sus palabras— que quien da órdenes sin poseer el poder para hacerlas cumplir es un estúpido.

—Hace diez años —jadeó el príncipe—, jamás hubieras podido alcanzarme con tu bastón.

Lanzó un tajo contra él, esperando partir la madera, pero el otro siempre conseguía desviar el filo de su hoja, de modo que, aunque conseguía mellarla y astillarla en algunos lugares, la madera resistía y el bastón seguía de una pieza.

Utilizándolo como un bastón de esgrima, el Maestro lanzó un fuerte golpe contra el costado izquierdo del príncipe, y éste sintió sus costillas quebrarse en su interior. Cayó.

No ocurrió intencionadamente, porque la espada escapó de sus manos en su caída, pero el arma alcanzó al Maestro en las espinillas con el filo, y éste cayó de rodillas, aullando.

—Ahora estamos igualados —jadeó el príncipe— Mi edad contra tu gordura.

Extrajo su daga mientras yacía tendido, pero no podía sujetarla con firmeza. Apoyó su codo en el suelo. El Maestro, con lágrimas en los ojos, intentó levantarse y cayó de nuevo de rodillas.

Les llegó el sonido de muchos cuernos.

—No soy un estúpido —dijo el príncipe—, y ahora tengo el poder de hacer cumplir mis órdenes.

—¿Qué está ocurriendo?

—El resto de mis lanceros ha llegado. Si hubiera entrado con todas mis fuerzas, te hubieras escondido como un *gekk* en un montón de leña, y quizá hubiera necesitado días para desmantelar el palacio y encontrarte y hacerte salir. Ahora te tengo en la palma de mi mano.

El Maestro alzó su bastón. El príncipe echó hacia atrás su brazo.

—Bájalo —dijo— o te arrojaré la daga. Ni yo mismo sé si acertaré o fallaré, pero puedo acertar. Supongo que no estás tan ansioso de enfrentarte a la muerte real.

El Maestro bajó su bastón.

—Tú conocerás la muerte real —dijo el Maestro— cuando los guardianes del Karma hayan hecho picadillo de perro de tus soldados a caballo.

El príncipe tosió, contempló con desapego su ensangrentado esputo.

—Mientras tanto, hablemos de política —sugirió.

Cuando terminaron los sonidos de la batalla, fue Strake —alto, polvoriento, con el pelo casi haciendo juego con la sangre que se secaba en su hoja— quien fue recibido por los resoplidos de la yegua blanca mientras saludaba al príncipe y decía— Todo ha terminado.

—¿Lo oyes, Maestro del Karma? —preguntó el príncipe—. Son tus guardianes el picadillo de perro.

El Maestro no respondió.

—Sírveme ahora, y puede que conserves tu vida —dijo el príncipe—. Niégate, y la perderás.

—Te serviré —dijo el Maestro.

—Strake —ordenó el príncipe—, envía a dos hombres a la ciudad..., uno para traer a Narada, mi médico, y el otro para ir a la calle de los Tejedores y traer aquí a Jannaveg el fabricante de velas. De los tres lanceros que quedan con Hawkana, deja solamente uno para que custodie al Shan de Irabek hasta la puesta del sol. Entonces que lo ate y lo deje, y se reúna aquí conmigo.

Strake sonrió y saludó.

—Ahora trae gente para que me lleve al interior de la Mansión y mantenga estrechamente vigilado a este Maestro.

Quemó su viejo cuerpo junto con todos los demás. Los guardianes del Karma, hasta el último hombre, habían perecido en la batalla. De los siete Maestros sin nombre, solamente el gordo había sobrevivido. Si bien los bancos de esperma y óvulos, los tanques de crecimiento y los depósitos de cuerpos no podían ser transportados, todo el equipo de transferencia fue desmontado bajo la dirección del doctor Narada y sus componentes cargados en los caballos de aquellos que habían caído en la batalla. El joven príncipe montó en su yegua blanca y observó las mandíbulas de llamas cerrarse sobre los cuerpos. Ocho piras llamearon contra el cielo del preamanecer. El que había sido fabricante de velas volvió su mirada a la pira más cercana a la puerta..., la última en ser prendida, cuyas llamas aún no habían alcanzado toda su altura, donde yacía la gorda masa de uno que llevaba ropas negras con un círculo amarillo en el pecho. Cuando las llamas lo alcanzaron y la tela empezó a fundirse, el perro que permanecía agazapado en el arruinado jardín alzó la cabeza y dejó escapar un aullido que era lo más parecido a un sollozo que hubiera oído nunca.

—Hoy tu lista de pecados se ha llenado a rebosar —dijo el fabricante de velas.

—¡Pero, ah, mi cuenta de plegarias! —respondió el príncipe—. Me ocuparé de ello a partir de ahora. De todos modos, los teólogos del futuro deberán ser quienes tomen la decisión final respecto a la aceptabilidad de todas esas fichas en las máquinas de oraciones. Dejemos que el Cielo se pregunte qué ha ocurrido aquí hoy... dónde estoy, si estoy, quién soy. Ha llegado el momento de cabalgar, mi capitán. A las montañas por un tiempo, y luego por caminos distintos, por razones de seguridad. No estoy seguro de qué senda voy a seguir, excepto que si conduce a la puerta del Cielo voy a tener que ir armado.

—Atador de Demonios —dijo el otro, y sonrió.

El lancero jefe se acercó. El príncipe le hizo una seña afirmativa con la cabeza. Fueron gritadas órdenes.

Las columnas de hombres a caballo emprendieron la marcha, cruzaron las puertas del Palacio del

Karma, se apartaron del sendero y se encaminaron hacia la ladera que ascendía al sudeste de la ciudad de Mahartha, dejando a sus espaldas a los camaradas que llameaban como el amanecer.

III

Sé dice que, cuando apareció el Maestro, de todas las castas vinieron a escuchar sus enseñanzas, así como animales, dioses y algún santo ocasional, para marcharse mejorados y elevados. Se aceptó en general que había sido iluminado, excepto aquellos que creían que era un fraude, un pecador, un criminal o un bromista pesado. Esos últimos no podían contarse todos entre sus enemigos; sin embargo, por otra parte, no todos aquellos mejorados y elevados podían ser contados entre sus amigos y defensores. Sus seguidores lo llamaban Mahasamatman, y algunos decían que era un dios. Así, después de verse que había sido aceptado como un maestro, fue considerado con respeto, fue apoyado por muchos que gozaban de fortuna y consiguió una reputación que alcanzaba hasta muy lejos, y fue llamado también Tathagatha, que significa El Que Lo Ha Conseguido. Hay que notar que, si bien la diosa Kali (conocida en ocasiones como Durga en sus momentos más suaves) nunca hizo pública una opinión formal sobre su condición búdica, le rindió el singular honor de enviarle su ejecutor sagrado para ofrecerle su tributo, en vez de un simple asesino pagado...

> No hay desaparición del auténtico Dhamma hasta que un falso Dhamma surja en el mundo. Cuando surge el falso Dhamma, hace que el auténtico Dhamma desaparezca.
>
> *Samyutta—nikaya (U, 224)*

Cerca de la ciudad de Alundil había un denso bosquecillo de árboles de corteza azul, provistos de hojas púrpura parecidas a plumas. Era famoso por su belleza y por la monástica paz de su sombra. Había sido propiedad del comerciante Vasu hasta su conversión, en cuyo momento fue obsequiado al maestro conocido por los distintos nombres de Mahasamatman, Tathagatha y el Iluminado. En aquel bosque buscó cobijo el maestro con sus seguidores, y cuando iban a la ciudad al mediodía sus cuencos de mendigo jamás quedaban vacíos.

Siempre había gran número de peregrinos en torno al bosquecillo. Los creyentes, los curiosos y aquellos que vivían de los demás lo estaban cruzando constantemente. Venían a caballo, venían en bote, venían a pie.

Alundil no era una ciudad muy grande. Tenía su cuota de destartaladas cabañas, junto con casitas de madera, su calle principal estaba sin pavimentar y llena de roderas, tenía dos bazares grandes y muchos pequeños, había amplios campos de grano, propiedad de los vaisyas, cuidados por los sudras, que se agitaban y ondulaban, verdeazulados, en tomo a la ciudad, tenía vanas hosterías (aunque ninguna tan espléndida como la legendaria hostería de Hawkana, en la lejana Mahartha), debido al constante paso de viajeros, tenía sus hombres santos y sus contadores de historias, y tenía su Templo.

El Templo estaba localizado en una colina baja cerca del centro de la ciudad, con puertas enormes en cada uno de sus cuatro lados. Esas puertas, y las paredes que las rodeaban, estaban llenas con hilera tras hilera de tallas decorativas, mostrando músicos y danzarines, guerreros y demonios, dioses y diosas, animales y artistas, amantes y semigente, guardianes y devas. Esas puertas conducían al primer patio, que contenía más paredes y más puertas, que conducían a su vez al segundo patio. El primer patio contenía un pequeño bazar, donde se vendían ofrendas para los dioses. También albergaba numerosas capillas pequeñas dedicadas a las divinidades menores. Había mendigos, meditabundos hombres santos, rientes niños, mujeres charlatanas, quemadores de incienso, pájaros cantores, gorgoteantes tanques de purificación y zumbantes máquinas de oraciones, todo ello a cualquier hora del día.

El patio interior, en cambio, con sus enormes capillas dedicadas a las deidades superiores, era un punto focal de intensidad religiosa. La gente cantaba o gritaba plegarias, murmuraba versos de los Vedas, o permanecía de pie, o arrodillada, o postrada ante enormes imágenes de piedra, que a

menudo estaban tan cubiertas con guirnaldas de flores, untadas con la roja pasta del *kumkum,* rodeadas por montones de ofrendas, que era imposible decir qué deidad se hallaba sumergida bajo tan tangible adoración. Periódicamente se hacían sonar los cuernos del Templo, y se producía un momento de murmurante silencio ante su eco antes de que el clamor se iniciara de nuevo.

Y nadie disputaba el hecho de que Kali era la reina de aquel Templo. Su alta estatua de piedra blanca, dentro de su enorme capilla, dominaba el patio interior. Su débil sonrisa, quizá despectiva hacia los demás dioses y sus adoradores, era, a su manera, tan llamativa como las encadenadas sonrisas de los cráneos que llevaba como un collar. Sostenía dagas en sus manos, y permanecía inclinada hacia delante como a medio dar un paso, como si estuviera dudando entre danzar o acuchillar a aquellos que acudían a su altar. Sus labios eran carnosos, sus ojos enormes. Vista a la luz de las antorchas, parecía moverse.

Era lógico, en consecuencia, que su altar estuviera frente al de Yama, dios de la Muerte. Había sido decidido, lógicamente, por los sacerdotes y arquitectos, que él era la más adecuada de todas las deidades para pasar todos los minutos del día frente a ella, enfrentando su fija y mortífera mirada con la suya, devolviéndole su semisonrisa con la retorcida sonrisa de su boca. Incluso los más devotos daban generalmente un rodeo antes que pasar entre las dos capillas, y, después de oscurecer, aquella sección del patio era siempre sede del silencio y la quietud, en ausencia de todo tipo de adoradores rezagados.

Procedente del norte, mientras los vientos primaverales soplaban por todo el territorio, vino el llamado Rild. Un hombre pequeño, de cabello blanco, aunque sus años eran pocos, Rild, que llevaba el oscuro atuendo del peregrino, pero cuyo antebrazo, cuando lo hallaron tendido en una zanja devorado por la fiebre, exhibía la cuerda de estrangular carmesí que revelaba su auténtica profesión: Rild.

Rild llegó con la primavera, en la época del festival, a Alundil, la de los campos verdeazulados, las destartaladas chozas y las casitas de madera, las calles sin pavimentar y los muchos hostales, los bazares y los hombres santos y los contadores de historias, el gran renacimiento religioso y su Maestro, cuya reputación se había extendido por todas partes, a Alundil, la del Templo, donde su diosa patrona era reina.

Época del festival.

Hacía veinte años, el pequeño festival de Alundil había sido un asunto casi exclusivamente local. Ahora, sin embargo, con el paso de incontables viajeros, ocasionado por la presencia del Iluminado, que enseñaba el Camino del Sendero Óctuple, el Festival de Alundil atraía a tantos peregrinos que las acomodaciones locales quedaban llenas a rebosar. Aquellos que poseían tiendas podían cobrar un precio alto por su alquiler. Los establos eran alquilados para ocupación humana. Incluso los terrenos baldíos eran habilitados como lugares de acampada.

Alundil amaba a su Buda. Muchas otras ciudades habían intentado atraerle, alejándolo de su bosquecillo púrpura Shengodu, la Flor de las Montañas, le había ofrecido un palacio y un harén para que acudiera a impartir sus enseñanzas en sus laderas. Pero el Iluminado no deseaba ir a la montaña. Kannaka, la del río Serpiente, le había ofrecido elefantes y barcos, una casa en la ciudad y una villa en el campo, caballos y sirvientes, para que fuera a predicar a sus muelles. Pero el Iluminado no fue al río.

El Buda permanecía en su bosquecillo, y todas las cosas acudían a él. Con el paso de los años el festival se hizo más grande y más largo y más elaborado, como un dragón bien alimentado, con todas sus escamas resplandeciendo. Los brahmanes locales no aprobaban las enseñanzas antirrituales del Buda, pero su presencia llenaba sus arcas a rebosar; de modo que aprendieron a vivir a su sentada sombra, sin pronunciar jamás la palabra *tirthika,* hereje.

Así el Buda siguió en su bosquecillo, y todas las cosas acudían a él. incluso Rild.

Época del festival.

Los tambores empezaron al atardecer del tercer día.

Al tercer día, los enormes tambores de los *kathakali* iniciaron su rápido resonar. El *staccato* cubrió kilómetros y kilómetros, cruzando los campos que rodeaban la ciudad, cruzando la ciudad, cruzando el bosquecillo púrpura y cruzando las extensiones de marismas que se extendían tras él. Los que los hacían sonar, llevando *mundus* blancos, desnudos hasta la cintura, con su oscura piel brillando por la transpiración, trabajaban por turnos, tan extenuante era el poderoso batir, y nunca se interrumpía el ritmo del sonido, ni siquiera mientras el relevo se situaba en posición ante los tensos parches de los instrumentos.

Cuando la oscuridad se extendió sobre el mundo, los viajeros y ciudadanos que habían echado a andar tan pronto como oyeron el resonar de los tambores empezaron a llegar al campo del festival, tan enorme como uno de los antiguos campos de batalla. Allá ocuparon sus lugares y aguardaron a que la noche se hiciera más profunda y se iniciara el drama, bebiendo el té de dulzón aroma que adquirían en los tenderetes situados al pie de los árboles.

Un gran caldero de latón lleno de aceite, alto como un hombre, con mechas colgando de sus bordes, se erguía en el centro del campo. Las mechas fueron prendidas, y las antorchas parpadearon junto a las tiendas de los actores.

El sonido de los tambores, a poca distancia, era ensordecedor e hipnótico, el ritmo complicado, sincopado, insidioso. Al aproximarse la medianoche se iniciaron los cantos devotos, ascendiendo y descendiendo al ritmo de la percusión, tejiendo una red en tomo a los sentidos.

Hubo un breve paréntesis cuando llegaron el Iluminado y sus monjes, con sus ropajes amarillos casi anaranjados a la luz de las llamas. Pero echaron hacia atrás sus capuchas y se sentaron con las piernas cruzadas en el suelo. Al cabo de un tiempo, solamente los cantos y las voces de los tambores llenaban las mentes de la concurrencia.

Cuando aparecieron los actores, gigantescos en sus maquillajes y con las campanillas sonando mientras sus pies batían contra el suelo, no hubo aplausos, sólo una fascinada atención. Los danzarines *kathakali* eran famosos, entrenados desde su juventud tanto en las acrobacias como en los esquemas antiguos de la danza clásica, conocedores de los nueve movimientos distintos del cuello y de los ojos y los centenares de posiciones de las manos requeridas para reactualízar las antiguas epopeyas de amor y batalla, de los encuentros de dioses y demonios, de las valientes luchas y las sangrientas traiciones de la tradición. Los músicos gritaron las palabras de las historias mientras los actores, que nunca hablaban, reflejaban las maravillosas hazañas de Rama y de los hermanos Pandava. Con sus maquillajes verdes y rojos, o negros y blancos puros, cruzaban majestuosos el campo, con sus faldas oscilando, sus espejeantes halos reluciendo a la luz de las antorchas. Ocasionalmente alguna antorcha llameaba u oscilaba, y entonces se formaba un nimbo de luz sagrada o profana que jugueteaba en tomo a sus cabezas, borrando enteramente el sentido del suceso, haciendo que los espectadores sintieran por un momento que eran ellos la ilusión, y que las figuras de grandes cuerpos de la ciclópea danza eran las únicas cosas reales en el mundo.

La danza proseguía hasta despuntar el día, terminando con la salida del sol. Antes del amanecer, sin embargo, uno de los portadores de la túnica azafrán llegó de la dirección de la ciudad, se abrió camino entre la multitud y dijo algo al oído del Iluminado.

El Buda empezó a levantarse, pareció pensarlo mejor y se volvió a sentar. Transmitió un mensaje al monje, que asintió y se marchó del campo del festival.

El Buda, con aspecto imperturbable, volvió su atención al drama. Un monje sentado cerca de él observó que tabaleaba el suelo con sus dedos, y decidió que el Iluminado debía estar siguiendo el ritmo de los tambores, porque era del conocimiento común que estaba por encima de cosas tales como la impaciencia.

Cuando el drama hubo terminado y Surya el sol tiñó de rosa las faldas del Cielo por encima del borde oriental del mundo, fue como si la noche que acababa de pasar hubiera mantenido prisionera a la multitud dentro de un tenso y aterrador sueño, del que acababa de ser liberada, débil y temblorosa, para vagar por el nuevo día.

El Buda y sus seguidores echaron a andar inmediatamente en dirección a la ciudad. No se detuvieron a descansar por el camino, sino que cruzaron Alundil a un paso rápido, pero digno.

Cuando llegaron de nuevo al bosquecillo púrpura, el Iluminado dio instrucciones a sus monjes de

que descansaran, y él siguió hacia el pequeño pabellón localizado en sus profundidades.

El monje que había traído el mensaje durante el drama permanecía sentado dentro del pabellón. Allá atendía la fiebre del viajero que había encontrado en las marismas, donde iba a pasear a menudo para mejor meditar sobre la pútrida condición que su cuerpo asumiría después de la muerte.

Tathagatha estudió al hombre que yacía sobre el jergón. Sus labios eran delgados y pálidos poseía una alta frente, altos pómulos, cejas parecidas a escarcha, orejas puntiagudas, y Tathagatha supuso que, cuando sus párpados se abrieran, sus ojos se revelarían de un azul difuso o gris. Había una cualidad de —¿translúcida?—fragilidad en aquella forma inconsciente, que en parte podía ser causada por la fiebre que agitaba su cuerpo, pero que no podía ser atribuida enteramente a ella. El hombrecillo no daba la impresión de ser alguien que llevara lo que ahora sostenía. Tathagatha en sus manos. Antes bien, a la primera mirada, parecía un hombre muy viejo. Si uno le concedía una segunda mirada, sin embargo, y se daba cuenta de que la ausencia de color de su pelo y su delicada estructura ósea no significaban una edad avanzada, se sentía entonces impresionado por algo infantil en su apariencia. Por su complexión, Tathagatha dudaba que necesitara afeitarse a menudo. Quizá mantuviera oculta en algún lugar entre sus mejillas y las comisuras de su boca una mueca ligeramente malévola. O quizá no.

El Buda alzo la cuerda de estrangular carmesí, que era algo que solamente llevaban los ejecutores sagrados de la diosa Kali. Palpó con sus dedos su sedosa longitud y pasó como una serpiente por su mano, pegándose ligeramente a ella. No dudaba que su finalidad era efectuar el mismo movimiento en torno a su garganta. Casi inconscientemente, la sujetó y retorció las manos, ejecutando los movimientos necesarios.

Luego alzó la vista hacia el monje de ojos muy abiertos que le había estado observando, sonrió con su imperturbable sonrisa y dejó la cuerda a un lado. El monje secó con un trapo húmedo la transpiración de la pálida frente.

El hombre del jergón se estremeció ante el contacto y sus ojos se abrieron de golpe. La locura de la fiebre estaba en ellos y no veía realmente, pero Tathagatha sintió un repentino estremecimiento a su contacto.

Oscuros, tan oscuros que eran casi de azabache, y era imposible decir dónde terminaba la pupila y dónde empezaba el iris. Había algo extremadamente inquietante en unos ojos con un tal poder encajados en un cuerpo tan frágil y consumido.

Adelantó un brazo y golpeó fuertemente las manos del hombre, y fue como tocar acero, frío e impenetrable. Trazó un surco apretando la uña sobre el dorso de su mano derecha. Ningún arañazo ni indentación señaló su paso, y su uña pareció resbalar, como sobre un cristal. Apretó con fuerza la uña del dedo pulgar del hombre y la soltó. No hubo ningún repentino cambio de color. Era como si aquellas manos estuviesen muertas o fuesen algo mecánico.

Prosiguió su examen. El fenómeno terminaba en algún lugar por encima de las muñecas, volvía a presentarse en otros lugares. Sus manos, pecho, abdomen, cuello y porciones de su espalda estaban empapados con el baño de muerte, que proporcionaba aquella fuerza especial de impenetrabilidad. Una inmersión total, por supuesto, se revelaría fatal; pero, al parecer, el hombre había cambiado parte de su sensibilidad táctil por el equivalente a invisibles guanteletes, peto, gorguera y espalda de una armadura de acero. Era evidentemente uno de los asesinos selectos de la terrible diosa.

—¿Quién más sabe de este hombre? —preguntó el Buda.

—El monje Simha —respondió el otro—, que me ayudó a traerlo hasta aquí.

—¿Vio él. —Tathagatha hizo un gesto con la mirada hacia la cuerda carmesí— ...esto?

El monje asintió.

—Entonces ve a buscarlo. Tráemelo inmediatamente. No menciones nada de esto a nadie, excepto que hay un peregrino que ha sido recogido enfermo y lo estamos atendiendo aquí. Yo personalmente me ocuparé de su cuidado y le velaré.

—Sí, Ilustrísimo.

El monje se apresuró a salir del pabellón. Tathagatha se sentó al lado del jergón y aguardó.

Dos días más tarde la fiebre remitió y la inteligencia regresó a aquellos ojos oscuros. Pero durante aquellos dos días, cualquiera que pasara junto al pabellón hubiera podido oír la voz del Iluminado canturreando y canturreando, como si se dirigiera al durmiente. En ocasiones éste también murmuraba y hablaba en voz alta, como suelen hacer a menudo aquellos que son presa de la fiebre.

Al segundo día, el hombre abrió repentinamente los ojos y miró hacia arriba. Luego frunció el ceño y volvió la cabeza.

—Buenos días, Rild —dijo Tathagatha.

—¿Tú eres...? —preguntó el otro, con una inesperada voz de barítono.

—Alguien que enseña el camino de la liberación —replicó.

—¿El Buda?

—He sido llamado así.

—¿Tathagatha?

—También he llevado este nombre.

El otro intentó levantarse, fracasó, se reclinó. Sus ojos nunca se apartaron de la expresión plácida que tenía ante sí.

—¿Cómo sabes mi nombre? —dijo finalmente.

—En tu fiebre hablaste mucho.

—Sí, estuve muy enfermo, e indudablemente balbuceé muchas cosas. Fue en ese maldito pantano que cogí el enfriamiento.

Tathagatha sonrió.

—Una de las desventajas de viajar solo es que cuando caes no hay nadie para ayudarte.

—Cierto —admitió el otro, y sus ojos se cerraron de nuevo, y su respiración se hizo más profunda.

Tathagatha siguió en la postura del loto, aguardando.

Cuando Rild despertó de nuevo, anochecía. —Sed—dijo.

Tathagatha le trajo agua. —¿Hambre? —preguntó. —No, todavía no. Mi estómago se rebelaría. Se alzó sobre sus codos y miró a su interlocutor. Luego volvió a hundirse en el jergón. —Eres tú —anunció. —Sí —respondió el otro.

—¿Qué vas a hacer?

—Darte de comer, cuando digas que tienes hambre.

—Me refiero después de eso.

—Vigilar mientras duermes, para impedir que vuelvas a sumirte en la fiebre.

—No es eso lo que quería decir.

—Lo sé

—Después de que haya comido y descansado y haya recuperado mis fuerzas... ¿qué entonces?

Tathagatha sonrió mientras extraía la cuerda de seda de algún lugar debajo de sus ropas.

—Nada —respondió—. Nada en absoluto. —Y cruzó la cuerda sobre el hombro de Rild y retiró la mano.

El otro agitó la cabeza y se reclinó. Alzó una mano y acarició la larga tira carmesí. La enrolló en tomo a sus dedos y luego en tomo a su muñeca. La apretó fuertemente.

—Es sagrada —dijo al cabo de un tiempo.

—Así parece.

—¿Conoces su uso y finalidad?

—Por supuesto.

—¿Por qué entonces no vas a hacer nada en absoluto?

—No tengo necesidad de moverme ni de actuar. Todas las cosas vienen a mí. Si hay que hacer algo, eres tú quien tendrá que hacerlo.

—No comprendo.

—También sé eso.

El hombre miró a las sombras encima de su cabeza.

—Probaré de comer ahora —anunció.

Tathagatha le trajo caldo y pan, que el otro consiguió tragar. Luego bebió más agua, y cuando hubo terminado estaba respirando pesadamente.

—Has ofendido al Cielo —afirmó.

—Soy consciente de ello.

—Y has ultrajado la gloria de una diosa cuya supremacía aquí no ha sido disputada nunca.

—Lo sé.

—Pero te debo mi vida, y he comido tu pan...

No hubo respuesta.

—Debido a ello, debo romper uno de los votos más sagrados —terminó Rild— No puedo matarte, Tathagatha.

—Entonces le debo mi vida al hecho de que tú me debes la tuya. Consideremos las deudas vitales equilibradas.

Rild lanzó una seca risita.

—Que así sea —dijo

—¿Qué vas a hacer, ahora que has abandonado tu misión?

—No lo sé. Mi pecado es demasiado grande para permitirme regresar. Ahora yo también he ofendido al Cielo, y la diosa volverá su rostro de mis plegarias. Le he fallado.

—Puesto que éste es el caso, quédate aquí. Al menos tendrás compañía en la condenación.

—Muy bien —admitió Rild— No me queda nada más.

Durmió de nuevo, y el Buda sonrió.

En los días que siguieron mientras el festival iba desarrollándose, el Iluminado predicó a las multitudes que pasaban por el bosquecillo púrpura. Habló de la unidad de todas las cosas, grandes y pequeñas, de la ley de la causa, del crecimiento y de la muerte, de la ilusión del mundo, del destello del *atman,* del camino de la salvación a través de la renunciación del yo y la unión con el todo, habló de realización e iluminación, de la falta de sentido de los rituales brahmánicos, comparando sus formas a cuencos vacíos de contenido. Muchos escucharon, unos pocos oyeron y algunos se quedaron en el bosquecillo púrpura para vestir la túnica azafrán del buscador.

Y cada vez que enseñaba, el hombre Rild estaba sentado cerca, llevando sus ropajes negros y su arnés de cuero, con sus extraños ojos oscuros siempre fijos en el Iluminado.

Dos semanas después de su recuperación, Rild acudió a su maestro mientras éste caminaba por el bosque, meditando. Acomodó su paso al del otro, situándose a su lado, y al cabo de un tiempo dijo:

—Iluminado he escuchado tus enseñanzas, y he escuchado bien. Y he pensado mucho en tus palabras.

El otro asintió.

—Siempre he sido un hombre religioso —afirmó—, o de otro modo no hubiera sido seleccionado para el puesto que antes ocupé. Después de que me resultara imposible cumplir con mi misión, sentí un gran vacío. Le había fallado a mi diosa, y la vida carecía de significado para mí.

El otro escuchó en silencio.

—Pero he oído tus palabras —dijo—, y me han llenado con una especie de alegría. Me han mostrado otro camino a la salvación, un camino que considero superior al que antes había seguido.

El Buda estudió su rostro mientras hablaba.

—Tu camino de renunciación es estricto, lo cual considero que es bueno. Encaja con mis necesidades. En consecuencia, pido permiso para integrarme en tu comunidad de buscadores, y para seguir tu sendero.

—¿Estás seguro —preguntó el Iluminado— que no buscas simplemente castigarte a ti mismo por lo que pesa sobre tu conciencia como un fracaso o un pecado?

—De eso estoy seguro —dijo Rild— He mantenido tus palabras dentro de mí, y he sentido la verdad que contienen. Al servicio de la diosa he matado a más hombres que frondas púrpura cuelgan de esta rama. Y no cuento ni a las mujeres ni a los niños. De modo que no me dejo impresionar fácilmente por las palabras, tras haber oído tantas, expresadas en todos los tonos posibles, palabras que suplicaban, argumentaban, maldecían. Pero tus palabras me conmueven, y son superiores a las enseñanzas de los brahmanes. Me convertiría fácilmente en tu ejecutor, eliminando para ti a tus enemigos con una cuerda color azafrán, o con una hoja, o una pica, o con mis manos, porque soy hábil con todas las armas, tras pasar tres vidas aprendiendo su uso, pero sé que no es éste tu camino. La muerte y la vida son una sola cosa para ti, y no buscas la destrucción de tus enemigos. Así que solicito entrar en tu orden. Para mí no resulta una cosa tan difícil como pueda serlo para otro. Uno debe renunciar a hogar y familia, origen y propiedad. Yo carezco de esas cosas. Uno debe renunciar a su propia voluntad, cosa que yo ya he hecho. Todo lo que necesito ahora es la túnica amarilla.

—Es tuya —dijo Tathagatha—, con mi bendición.

Rild vistió la ropa de un monje budista y se consagró al ayuno y a la meditación. Al cabo de una semana, cuando el festival estaba cerca de su cierre, partió a la ciudad con su cuenco de mendigo, en compañía de los demás monjes. Sin embargo, no regresó con ellos. El día llegó a su final, el crepúsculo se convirtió en oscuridad. Los cuernos del Templo habían sonado ya las últimas notas del *nagaswaram,* y muchos de los viajeros hablan partido ya del festival.

Durante largo rato, el Iluminado caminó por el bosque, meditando. Luego el también desapareció.

Alejándose del bosquecillo con las marismas a su espalda, hacia la ciudad de Alundil, sobre la que gravitaban las colinas rocosas y en torno a la cual se extendían los campos verdeazulados, entrando en la ciudad de Alundil, agitada aún por los viajeros, muchos de ellos en plena diversión, ascendiendo las calles de Alundil hacia la colina con su Templo, por allí caminó el Buda.

Entró en el primer patio y estaba tranquillo. Los perros y niños y mendigos se habían ido. Los sacerdotes dormían. Un adormecido asistente estaba sentado en un banco del bazar. Muchas de las capillas estaban ahora vacías, tras haber retirado dentro las estatuas. Ante algunas de las otras quedaban aún unos pocos adoradores rezagados, arrodillados, rezando.

Entró en el patio interior. Un asceta estaba sentado en una esterilla de plegarias ante la estatua de Ganesha. Él también parecía una estatua, sin hacer ningún movimiento visible. Cuatro lámparas de aceite oscilaban en torno al patio, con su danzante luz sirviendo primariamente para acentuar las sombras que invadían la mayor parte de las capillas antes que para disiparlas. Pequeñas lámparas votivas arrojaban una débil iluminación sobre algunas de las estatuas.

Tathagatha cruzó el patio y se detuvo frente a la imponente figura de Kali, a cuyos píes parpadeaba

una pequeña lámpara. Su sonrisa parecía una cosa plástica dotada de movimiento mientras miraba al hombre de pie ante ella.

Colgada de su mano tendida, enrollada una sola vez en la punta de su daga, había una cuerda de estrangular escarlata.

Tathagatha le devolvió la sonrisa, y ella pareció, en aquel momento, fruncir casi el ceño.

—Es una dimisión, querida —afirmó— Esta vez perdiste.

Ella pareció asentir.

—Estoy complacido de haber conseguido tantas cosas en tan poco espacio de tiempo —prosiguió él — Pero aunque tú hubieras tenido éxito, vieja muchacha, te hubiera reportado pocos beneficios. Ahora ya es demasiado tarde. He iniciado algo que no puedes deshacer. Demasiados han oído las antiguas palabras. Pensaste que estaban perdidas, y así lo pensé yo también. Pero los dos estábamos equivocados. La religión por la que gobiernas es muy antigua, diosa, pero mi protesta es también la de una venerable tradición. Así que llámame protestante, y recuerda , ahora soy más que un hombre. Buenas noches.

Abandonó el templo y la capilla de Kali, donde los ojos de Yama habían permanecido fijamente clavados en su espalda.

Pasaron muchos meses antes de que ocurriera el milagro, y cuando se produjo, no pareció un milagro, porque había ido creciendo lentamente a su alrededor.

Rild, que había venido del norte cuando los vientos primaverales soplaban por todo el paisaje, llevando la muerte en su brazo y el fuego negro en sus ojos, Rild, el de las cejas blancas y orejas puntiagudas habló una tarde, después de que hubiera pasado la primavera, cuando los largos días del verano colgaban cálidos bajo el Puente de los Dioses. Habló, con aquella inesperada voz de barítono suya, para responder a una pregunta que le había formulado un viajero.

El hombre le hizo una segunda pregunta, y luego una tercera.

Siguió hablando, y algunos de los otros monjes y varios peregrinos se congregaron en torno a él. Las respuestas siguieron a las preguntas, que ahora llegaban de todos lados, y se hicieron más y más largas, porque se convirtieron en parábolas, ejemplos, alegorías.

Luego todos se sentaron a sus pies, y sus oscuros ojos se convirtieron en extraños pozos, y su voz brotó como del Cielo, clara y suave, melódica y persuasiva.

Escucharon, y luego los viajeros prosiguieron su camino. Pero se encontraron y hablaron con otros viajeros por las sendas, de modo que, antes de que hubiera transcurrido el verano, los peregrinos que acudían al bosquecillo púrpura pedían conocer a aquel discípulo del Buda, y oír también sus palabras.

Tathagatha compartió sus prédicas con él. Juntos, enseñaron el Camino del Sendero Óctuple, la gloria del Nirvana, la ilusión del mundo y las cadenas que el mundo arrojaba sobre el hombre.

Y luego hubo ocasiones en las que incluso Tathagatha, el de la voz suave, escuchó las palabras de su discípulo, que había digerido todas las cosas que él había predicado, había meditado larga y enteramente sobre ellas y ahora, como si hubiera hallado la entrada a un secreto mar, se zambullía con su mano dura como el acero en lugares de aguas ocultas, y luego rociaba verdad y belleza sobre las cabezas de sus oyentes.

Pasó el verano. No había duda ahora de que eran dos los que habían sido iluminados. Tathagatha y su pequeño discípulo, al que llamaban Sugata. Se decía incluso que Sugata era un sanador, y que cuando sus ojos brillaban extrañamente y el toque helado de sus manos se posaba sobre un miembro retorcido, ese miembro se ponía derecho de nuevo. Se decía que la visión de un hombre ciego le había vuelto repentinamente durante uno de los sermones de Sugata.

Había dos cosas en las cuales creía Sugata: el Camino de la Salvación y Tathagatha, el Buda.

—Ilustre —le dijo un día—, mi vida estaba vacía hasta que me revelaste el Auténtico Camino.

Cuando recibiste tu iluminación, antes de que iniciaras tus enseñanzas, ¿fue como una ráfaga de fuego y un rugir de agua y tú en todas partes y formando parte de todo, las nubes y los árboles, los animales del bosque, toda la gente, la nieve en la cima de las montañas y los huesos en el campo?

—Sí —dijo Tathagatha.

—Yo también conozco la alegría de todas las cosas —dijo Sugata.

—Sí, lo sé —dijo Tathagatha.

—Ahora veo por qué en una ocasión dijiste que todas las cosas vienen a ti. Haber traído al mundo semejante doctrina, puedo ver por qué los dioses se sintieron envidiosos. ¡Pobres dioses! Hay que compadecerles. Pero tú sabes. Tú conoces todas las cosas.

Tathagatha no respondió.

Cuando los vientos de la primavera soplaron de nuevo cruzando el paisaje, tras haber recorrido el año un ciclo completo desde la llegada del segundo Buda, un aterrador alarido llegó un día de los cielos.

Los ciudadanos de Alundil salieron a las calles para mirar al cielo. Los sudras en los campos interrumpieron su trabajo y alzaron la vista. En el gran Templo de la colina hubo un repentino silencio. En el bosquecillo púrpura más allá de la ciudad, los monjes volvieron sus cabezas.

Aquel que había nacido para gobernar los vientos recorría las alturas... Procedía del norte, verde y rojo, amarillo y amarronado... Su deslizarse era como una danza, su camino era el aire...

Llegó otro alarido, y luego el batir de poderosas alas mientras ascendía más allá de las nubes para convertirse en un minúsculo punto negro.

Y luego cayó, como un meteoro, estallando en llamas, con todos sus colores brillando con un candente resplandor, a medida que crecía y crecía, más allá de toda creencia de que alguna cosa pudiera vivir con aquel tamaño, aquella velocidad, aquella magnificencia....

Medio espíritu, medio pájaro, una leyenda que oscurecía el cielo.

El Monte de Vishnu, cuyo pico tritura los carros.

El Pájaro Garuda sobrevolaba Alundil.

Trazaba círculos, y pasaba más allá de las colinas rocosas que se alzaban detrás de la ciudad.

—¡Garuda! —La palabra recorrió la ciudad, los campos, el Templo, el bosquecillo.

Quizá no volara solo, se sabia que solamente un dios podía utilizar al Pájaro Garuda como montura.

Hubo un silencio. Tras aquellos alaridos y aquel batir de alas, las voces descendieron automáticamente a un susurro casi inaudible.

El Iluminado se irguió en el camino ante el bosquecillo, rodeado por sus monjes, haciendo frente a la dirección de las colinas rocosas.

Sugata se situó a su lado y se inmovilizó allí.

—Apenas fue la primavera pasada... —dijo.

Tathagatha asintió.

—Rild fracasó —dijo Sugata—. ¿Qué nueva cosa viene ahora del Cielo?

El Buda se alzó de hombros.

—Temo por ti, maestro —dijo—. En todas mis vidas, tú has sido mi único amigo. Tus enseñanzas me han proporcionado la paz. ¿Por qué no pueden dejarte tranquilo? Eres el más inofensivo de los hombres, y tu doctrina la más gentil de todas. ¿Qué mal puedes causarles?

Tathagatha se volvió hacia otro lado.

En aquel momento, con un poderoso batir del aire y un entrecortado grito de su pico abierto, el

Pájaro Gañida se alzó una vez más por encima de las colinas. Esta vez no trazó un círculo sobre la ciudad, sino que trepó hasta gran altura en los cielos y aleteó hacia el norte. Tan grande fue su velocidad que desapareció en cuestión de un instante.

—Su pasajero ha desmontado y se ha quedado atrás —sugirió Sugata.

El Buda se adentró en el bosquecillo púrpura.

Vino de detrás de las colinas rocosas, caminando.

Llegó a un paso entre las rocas, y siguió el sendero, y sus botas de piel roja no producían el menor ruido en el suelo de roca.

Ante él se oía rumor de agua: un riachuelo cortaba su camino. Echándose sobre los hombros su capa color sangre, avanzó girando un recodo en el sendero; la empuñadura rubí de su cimitarra resplandeció en su faja carmesí.

Rodeó el recodo de piedra y se detuvo.

Alguien aguardaba allí al frente, de pie junto al tronco que cruzaba el arroyo.

Sus ojos se entrecerraron por un instante, luego siguió avanzando.

Era un hombre de pequeña estatura el que le aguardaba, vistiendo la ropa oscura de un peregrino, sujeta con un arnés de cuero del que colgaba una corta hoja curva de brillante acero. La cabeza de aquel hombre estaba afeitada excepto un pequeño mechón de pelo blanco. Sus cejas eran blancas sobre unos ojos profundamente oscuros, y su piel era pálida; sus orejas presentaban un aspecto puntiagudo.

El viajero alzó su mano y se dirigió a aquel hombre.

—Buenas tardes, peregrino.

El hombre no respondió, sino que se movió para cortarle el paso, situándose delante del tronco que cruzaba el arroyo.

—Discúlpame, buen peregrino, pero quiero cruzar por ahí, y tú estás dificultando mi paso —señaló.

—Estás equivocado, Señor Yama, sí crees que vas a pasar por aquí —respondió el otro.

El hombre vestido de rojo sonrió, mostrando una larga hilera de dientes blancos e iguales.

—Siempre es un placer ser reconocido —admitió—, incluso por alguien que está mal informado respecto a otros asuntos.

—No lucho con palabras —dijo el hombre de negro.

—¿Oh? —El otro alzó las cejas en una expresión exageradamente interrogativa—, ¿Con qué luchas entonces, señor? Seguramente no con ese trozo de metal doblado que llevas.

—Con ninguna otra cosa.

—Al primer momento lo tomé por algún bárbaro bastón de plegarias. Comprendo que ésta es una región forjada con extraños cultos y primitivas sectas. Por un momento te tomé por un devoto de una de tales supersticiones. Pero si, como dices, es realmente un arma, entonces confío en que estés familiarizado con su uso.

—Algo —respondió el hombre de negro.

—Bien, entonces —dijo Yama—. Porque me desagrada tener que matar a un hombre que no sabe defenderse. Me siento obligado a señalarte, sin embargo, que cuando te presentes ante el Altísimo para ser juzgado, se te imputará suicidio.

El otro sonrió débilmente.

—Cuando estés preparado, dios de la muerte, facilitaré el paso de tu espíritu fuera de esta envoltura carnal.

—Sólo una cosa más, entonces —dijo Yama—, y pondré fin rápidamente a esta conversación. Dame un nombre para decírselo a los sacerdotes, a fin de que sepan a quién deben ofrecer los ritos.

—Renuncié a mi último nombre hace poco —respondió el otro—. Por esta razón, el consorte de Kali deberá atribuir su muerte a alguien anónimo.

—Rild, eres un estúpido —dijo Yama, y extrajo su hoja.

El hombre de negro sacó la suya.

—Y nada más justo que te enfrentes anónimo a tu destino. Traicionaste a tu diosa.

—La vida está llena de traiciones —respondió el otro, antes de golpear— Oponiéndome a ti ahora y de este modo traiciono también las enseñanzas de mi nuevo maestro. Pero debo seguir los dictados de mi corazón. Ni mi antiguo nombre ni el nuevo encajan por lo tanto conmigo, y tampoco los merezco... ¡así que no me llames por ningún nombre!

Entonces su hoja se convirtió en fuego, saltando hacia todos lados, llameando, chasqueando.

Yama retrocedió ante la embestida, cediendo terreno paso a paso, moviendo solamente su muñeca mientras paraba los golpes que llovían sobre él.

Luego, tras retroceder diez pasos, mantuvo su terreno, dispuesto a no cederlo. Sus paradas se ampliaron ligeramente, pero sus respuestas se volvieron más repentinas ahora, y se alternaron con fintas y ataques inesperados.

Midieron sus fuerzas hasta que el sudor empezó a caer a chorros al suelo; y entonces Yama empezó a presionar su ataque, poco a poco, forzando a su oponente a retirarse. Paso a paso, recuperó los diez que había cedido.

Cuando estuvieron de nuevo ocupando las posiciones que tenían cuando fue dado el primer golpe, Yama reconoció, por encima del chasquear del acero.

—¡Has aprendido bien tus lecciones, Rild! ¡Mejor de lo que había pensado! ¡Felicitaciones!

Mientras hablaba, su oponente tejió su hoja en una elaborada doble finta y consiguió alcanzarle ligeramente: un corte en su hombro, del que empezó a manar sangre que se mezcló de inmediato con el color de sus ropas.

Yama saltó hacia delante ante aquello, rompiendo la guardia del otro y lanzándole un golpe al lado del cuello que hubiera podido decapitarle.

El hombre de negro alzó la guardia, agitando la cabeza, detuvo otro ataque y se lanzó hacia delante, para ser parado a su vez.

—Así que el baño de muerte protege tu garganta con un collar —dijo Yama—. Buscaré la entrada por otro lugar, entonces —y su hoja cantó una canción más rápida mientras buscaba un golpe más bajo.

Yama desencadenó toda la furia de su hoja, respaldada por los

siglos y los maestros de muchas eras. Sin embargo, el otro rechazó

sus ataques, parando más y más ampliamente, retirándose con

rapidez ahora, pero manteniéndole a raya mientras retrocedía y

contraatacando constantemente.

Retrocedió hasta que tuvo el arroyo a sus espaldas. Entonces Yama disminuyó su ritmo y comentó:

—Hace medio siglo, cuando fuiste mi pupilo por breve tiempo, me dije a mi mismo «Éste lleva dentro la habilidad de un maestro.» No estaba equivocado, Rild. Quizá seas el mejor espadachín con el que me he enfrentado a lo largo de las eras, por todo lo que puedo recordar. Casi podría olvidar tu apostasía ante el testimonio de tu habilidad. De hecho, es una lástima.

Hizo una finta hacia el pecho de su oponente, y en el último instante eludió el quite y buscó la muñeca del otro.

Saltando hacia atrás, parando alocadamente y lanzando estocadas a la cabeza de Yama, el hombre de negro se apostó al extremo del tronco que cruzaba la hendidura por donde discurría el arroyo.

—¡Tu mano también, Rild! De hecho, la diosa es generosa en su protección. ¡Prueba esto!

El acero rechinó al resbalar sobre el de la otra arma y abrió un tajo con la punta en el bíceps de su oponente.

—¡Aja! ¡He aquí un lugar que olvidó! —exclamó—. ¡Probemos otro!

Las hojas se trabaron y se soltaron, fintaron, golpearon, pararon, respondieron.

Yama detuvo un elaborado ataque con una brusca embestida, y su hoja, mas larga, abrió otro sangriento surco en el brazo de su oponente.

El hombre de negro saltó sobre el tronco, lanzando un furioso tajo a la cabeza, que Yama detuvo y desvió. Presionando más su ataque, Yama lo obligó a retroceder sobre el tronco, y entonces pateó de lado el improvisado puente.

El otro saltó hacia atrás, aterrizando en la orilla opuesta. Tan pronto como sus pies tocaron el suelo, él también pateó el tronco, haciéndolo moverse aún más.

Rodó antes de que Yama pudiera saltar sobre él, se deslizó libre de sus apoyos en los lados y fue a estrellarse contra el arroyo, abajo, oscilando unos momentos antes de ser arrastrado por las aguas hacia el oeste.

—¡Diría que sólo es un salto de poco más de dos metros, Yama! ¡Adelante, cruza! —exclamó el otro.

El dios de la muerte sonrió.

—Conserva tu aliento mientras puedes —dijo—. El aliento es el menos apreciado de los dones de los dioses. Nadie le canta himnos alabando el buen aire, respirado tanto por dioses como por mendigos, amos y perros a la vez. ¡Pero oh, carecer de él! Aprecia cada bocanada, Rild, como si fuera la última..., ¡porque ésta se halla ya muy cerca!

—Sé dice que eres sabio en esos asuntos, Yama —dijo el que había sido llamado Rild y Sugata—. Se dice que eres un dios, cuyo reino es la muerte y cuyo conocimiento se extiende más allá del alcance de los mortales. En consecuencia, quisiera hacerte unas preguntas, mientras estás ahí de pie, ocioso.

Yama no exhibió su burlona sonrisa, como había hecho con todas las afirmaciones anteriores de su oponente. Esta vez sus palabras tenían un toque ritual.

—¿Qué es lo que quieres saber? Te garantizo la última voluntad de una pregunta.

Entonces, con las antiguas palabras del *Katha Upanishad,* el que había sido llamado Rild y Sugata salmodió:

—«Hay dudas relativas a un hombre cuando está muerto. Algunos dicen que todavía existe. Otros dicen que no. Esto es lo que querría saber de tus labios.»

Yama replicó con las antiguas palabras.

—«Sobre este tema incluso los dioses tienen sus dudas. No es fácil comprender, porque la naturaleza del *atman* es algo sutil. Hazme otra pregunta. ¡Libérame de responder a ésta!»

—«Disculpa mi insistencia, oh Muerte, pero no puedo hallar a otro maestro como tú, y seguramente no hay otra respuesta que anhele tanto como ésa en estos momentos.»

—«Conserva tu vida y sigue tu camino» —dijo Yama, volviendo a enfundar su hoja—. «Te libero de tu destino. Elige hijos y nietos; elige elefantes, caballos, ganado y oro. Elige cualquier otra gracia..., hermosas doncellas, carruajes, instrumentos musicales. Te los daré y podrás sacar de ellos todo el provecho que desees. Pero no me preguntes sobre la muerte.»

—«Oh Muerte» —cantó el otro—, «eso permanece sólo hasta mañana. Guarda tus doncellas, caballos, danzas y canciones para ti mismo. No aceptaré ninguna otra gracia que no sea la respuesta a la pregunta que te he formulado. Dime, oh Muerte, qué yace más allá de la vida, eso sobre lo que

hombres y dioses tienen sus dudas.»

Yama permanecía completamente inmóvil, y no continuó el poema.

—Muy bien, Rild —dijo, y sus ojos se clavaron en los del otro—, pero no es un tema sujeto a las palabras Tengo que mostrártelo.

Permanecieron quietos así por un momento, y entonces el hombre de negro vaciló. Alzó su mano ante su rostro, cubriéndose los ojos, y un solo sollozo escapó de su garganta.

Cuando esto ocurrió, Yama se quitó la capa de sus hombros y la arrojó como una red por encima del arroyo.

Lastrada en sus bordes para esta maniobra, la capa cayó, como una red, sobre su oponente.

Mientras se debatía para liberarse, el hombre de negro oyó unos rápidos pasos y luego un golpe, cuando las botas color rojo sangre de Yama golpearon el suelo a su orilla del arroyo. Echó a un lado la capa y alzó la guardia, parando el nuevo ataque de Yama. El terreno tras él era cuesta arriba, y fue retrocediendo más y más, hasta donde se hacía más empinado, de modo que la cabeza de Yama estaba ahora a la altura de su cinturón. Entonces lanzó un golpe hacia abajo contra su oponente. Yama ascendía penosamente la cuesta.

—Dios de la muerte, dios de la muerte —salmodió—, disculpa mi presuntuosa pregunta, y dime que no has mentido.

—Pronto lo sabrás —dijo Yama, lanzando un tajo contra sus piernas.

Luego lanzó un golpe que hubiera atravesado a otro hombre, ensartando su corazón. Pero la hoja resbaló sobre el pecho de su oponente.

Cuando llegó a un lugar donde el terreno era accidentado, el hombre vestido de negro pateó y pateó, enviando una lluvia de polvo y grava contra su adversario. Yama se protegió los ojos con la mano izquierda, pero entonces empezaron a lloverle piedras más grandes. Éstas rodaron por el suelo, algunas se metieron bajo sus botas, perdió pie y cayó, resbalando hacia atrás ladera abajo. Entonces el otro pateó rocas más grandes, desprendiendo incluso una piedra de respetables dimensiones, y siguió la avalancha ladera abajo, con el arma alzada.

Incapaz de hacer pie a tiempo para detener el ataque, Yama siguió rodando y deslizándose hacia él arroyo. Consiguió frenar al borde de la hendidura, pero vio la piedra que se le venía encima e intentó apartarse de su trayectoria. Mientras se sujetaba al suelo con ambas manos, su hoja se deslizó y fue a caer al agua, abajo.

Con su daga, que extrajo mientras conseguía hacer frente a su oponente en una posición semiagachada, consiguió parar el tajo de la otra hoja. La piedra cayó al arroyo con un chapoteo.

Entonces adelantó rápidamente su mano izquierda, aferrando el puño que había guiado la otra hoja. Lanzó su daga en un violento golpe hacia arriba, y sintió que su propia muñeca era sujetada.

Permanecieron así, el uno frente al otro, midiendo sus fuerzas, hasta que Yama se echó hacia atrás y rodó de costado, apartando al otro de sí.

Pero siguieron aferrados, y continuaron rodando por la fuerza de su empuje. Luego el borde de la hendidura estuvo al lado de ellos, bajo ellos, encima de ellos. Sintió que la daga escapaba de su mano cuando golpeó el lecho del arroyo.

Cuando emergieron de nuevo a la superficie del agua, jadeando en busca de aire, los dos no tenían más que agua en sus manos.

—Es el momento del bautismo final —dijo Yama, y lanzó un golpe con su mano izquierda.

El otro bloqueó el puñetazo, lanzando a su vez uno.

Se movieron hacia la izquierda, arrastrados por el agua, hasta que sus pies se asentaron en roca, y lucharon, dificultados por el empuje de la corriente.

El arroyo se ensanchaba y se hacia menos profundo a medida que avanzaban, hasta que las aguas remolinearon en torno a sus cinturas. En algunos lugares, la orilla estaba casi al mismo nivel que el

agua.

Yama lanzó golpe tras golpe, tanto con sus puños como con el filo de sus manos, pero era como si golpeara una estatua, porque el que había sido el sagrado ejecutor de Kali encajaba cada golpe sin cambiar de expresión, y los devolvía con retorcientes puñetazos de demoledora fuerza. La mayor parte de esos golpes eran frenados por el agua o bloqueados por la guardia de Yama, pero uno le alcanzó entre las costillas y el hueso de la cadera y otro resbaló sobre su hombro izquierdo y le dio en plena mejilla.

Yama se echó hacia atrás y buscó aguas menos profundas.

El otro le siguió y saltó sobre él, para ser atrapado en su impenetrable torso por una bota roja, mientras la parte frontal de sus ropas recibía un violento tirón hacia adelante y hacia abajo. Siguió la trayectoria, pasando por encima de la cabeza de Yama, para aterrizar de espaldas sobre un fondo de esquistos.

Yama se puso de rodillas y se volvió, mientras el otro se ponía en pie y extraía una daga de su cinturón. Su rostro seguía impasible cuando se agazapó.

Por un momento sus ojos se cruzaron, pero esta vez el otro no se estremeció.

—Ahora puedo resistir tu mirada de muerte, Yama —afirmó—, y no verme detenido por ella. ¡Me has enseñado demasiado bien!

Y mientras saltaba, las manos de Yama se apartaron de su cintura, haciendo restallar su empapada faja como un látigo contra los muslos del otro.

Lo atrapó y tiró de él mientras el otro caía, dejando caer su arma, y de una patada envió a los dos a aguas más profundas.

—Nadie le canta himnos al aliento —dijo Yama— ¡Pero ay de quién no lo tenga!

Entonces se hundió, arrastrando al otro consigo, sus brazos convertidos en tenazas de hierro en tomo a su cuerpo.

Más tarde, mucho más tarde, mientras la empapada figura se erguía junto al arroyo, murmuró con voz cansada, resollando fuertemente.

—Fuiste... el más grande que jamás se alzara contra mí... en todas las eras que puedo recordar. Es realmente una lástima...

Luego, tras cruzar el curso de agua, prosiguió su camino, caminando, por entre las rocosas colinas.

Al entrar en la ciudad de Alundil, el viajero se detuvo en el primer albergue que encontró. Tomó una habitación y ordenó una tina de agua. Se bañó mientras un sirviente limpiaba sus ropas.

Antes de cenar, se dirigió a la ventana y miró a la calle. El olor a slagarto permeaba el aire, y de abajo le llegaba el rumor de numerosas voces.

La gente abandonaba la ciudad. En el patio a sus espaldas se llevaban a cabo los preparativos para la partida de una caravana por la mañana. Aquella noche marcaba el final del festival de primavera. Bajo él, en la calle, los comerciantes seguían haciendo aún sus negocios, las madres acunaban a sus cansados hijos, y un príncipe local regresaba con sus hombres de la caza, con dos gallos de fuego atados a lomos de un trotante slagarto. Contempló a una cansada prostituta que discutía algo con un sacerdote, que parecía más cansado aún, agitaba su cabeza y finalmente se alejaba caminando. Una luna estaba ya alta en el cielo, dorada a través del Puente de los Dioses, y la segunda luna, más pequeña, acababa de aparecer por el horizonte. Había un frió mordiente en el aire del anochecer, que le llevaba, junto con los olores de la ciudad, los aromas de las cosas que crecían en primavera: las pequeñas yemas y la tierna hierba, el límpido aroma del verdeazulado trigo de primavera, la húmeda tierra, la crecida de las aguas. Inclinándose hacia delante podía ver el Templo que se erguía en la colina.

Llamó a un sirviente para que le trajera la cena a su habitación, y mandó llamar a un comerciante local.

Comió lentamente, sin prestar una atención especial a la comida, y cuando hubo terminado fue introducido el comerciante.

El hombre llevaba una capa llena de muestras, y de entre todas ellas se decidió finalmente por una espada larga y curvada y una daga corta y recta; metió ambas en su faja.

Luego salió al anochecer y echó a andar por la calle principal, señalada con profundas roderas. Los amantes se abrazaban en los portales. Pasó junto a una casa donde las plañideras lloraban por alguien muerto. Un mendigo cojeó tras él durante media manzana, hasta que se volvió y le miró a los ojos, diciendo: «No eres cojo», y entonces el hombre se apresuró a alejarse, perdiéndose en la multitud. Sobre su cabeza empezaron a estallar los fuegos de artificio, iluminando el cielo, enviando largas estelas color cereza de vuelta al suelo. Del Templo le llegó el sonido de los cuernos de calabaza tocando la música *nagaswaram.* Un hombre salió tambaleándose de un portal, rozándole, y le rompió la muñeca cuando sintió su mano deslizarse dentro de su bolsa. El hombre lanzó una maldición y gritó pidiendo ayuda, pero lo empujó a una zanja de desagüe y siguió caminando, alejando a sus dos compinches con una torva mirada.

Finalmente llegó al Templo, dudó un momento y entró.

Pasó al patio interior tras un sacerdote que llevaba una pequeña estatua de un nicho exterior.

Examinó el patio, luego avanzó rápidamente hacia el lugar ocupado por la estatua de la diosa Kali. La estudió durante largo rato, extrayendo su hoja y colocándola a sus pies. Cuando la recogió y volvió a guardarla, vio que el sacerdote estaba observándole. Le hizo una inclinación de cabeza, y el hombre se acercó inmediatamente y le dio las buenas noches.

—Buenas noches, sacerdote —respondió.

—Que Kali santifique tu hoja, guerrero.

—Gracias. Lo ha hecho.

El sacerdote sonrió.

—Hablas como si lo supieras a ciencia cierta.

—Y eso es presuntuoso por mi parte, ¿no?

—Bueno, puede que no sea de muy buen gusto.

—Sea como sea, sentí su poder fluir sobre mi mientras contemplaba su altar.

El sacerdote se estremeció.

—Pese a mi oficio —afirmó—, ésa es una sensación de poder de la que puedo prescindir.

—¿Temes su poder?

—Digamos —murmuró el sacerdote— que, pese a su magnificencia, la capilla de Kali no es tan frecuentemente visitada como las de Lakshmi, Sarasvati, Shakti, Sítala, Ratri y las demás diosas menos formidables.

—Pero ella es más grande que todas ésas.

—Y más terrible.

—¿Realmente? Pese a su fuerza, no es una diosa injusta.

El sacerdote sonrió.

—¿Qué hombre que ha vivido más de una veintena de años desea justicia, guerrero? Por mi parte, considero la misericordia infinitamente más atractiva. Dame cada día una deidad misericorde.

—Bien dicho —admitió el otro—, pero soy, como sabes, un guerrero. Mi propia naturaleza está cerca de la de ella. Pensamos igual, la diosa y yo. Generalmente estamos de acuerdo en la mayor parte de los asuntos. Y cuando no, recuerdo que ella es también una mujer.

—Yo vivo aquí —dijo el sacerdote—, y no hablo de una forma tan íntima con los dioses que están a mi cargo.

—En público, por supuesto. —dijo el otro— No me hables de los sacerdotes. He bebido con muchos de vosotros, y he podido comprobar que sois tan blasfemos como el resto de la humanidad.

—Hay un tiempo y un lugar para cada cosa —dijo el sacerdote, mirando de reojo a la estatua de Kali.

—De acuerdo, de acuerdo. Ahora dime por qué la base de la estatua de Yama no ha sido limpiada recientemente. Está llena de polvo.

—Fue limpiada ayer, pero ha pasado tanta gente desde entonces que se ha ensuciado bastante.

El otro sonrió.

—¿Por qué entonces no hay ofrendas depositadas a sus pies, ni restos de sacrificios?

—Nadie le trae flores a la Muerte —dijo el sacerdote— Simplemente vienen a mirar y se van. Nosotros los sacerdotes siempre hemos considerado que las dos estatuas se hallan muy bien situadas. Forman una terrible pareja, ¿no crees? La muerte, y la señora de la destrucción.

—Un poderoso equipo —admitió el otro— ¿Pero quieres decir que nadie sacrifica nada a Yama? ¿Nadie en absoluto?

—Excepto nosotros los sacerdotes, cuando el calendario de devociones lo requiere, y algún ciudadano ocasional, cuando alguien amado se halla en el hecho de muerte y le ha sido negada la reencarnación directa , excepto esos casos, no, nunca he visto dedicarle un sacrificio a Yama, simplemente, sinceramente, con buena voluntad o afecto.

—Debe sentirse ofendido.

—No es así, guerrero ¿Acaso no son todas las cosas vivientes, en sí mismas, sacrificios a la Muerte?

—Realmente, tienes razón ¿Qué necesidad tiene él de su buena voluntad o afecto? Los dones son innecesarios, puesto que toma lo que quiere.

—Como Kali —admitió el sacerdote— Y en la existencia de ambas deidades he buscado a menudo justificación para el ateísmo. Desgraciadamente, las dos se manifiestan de una forma demasiado intensa en el mundo como para que su existencia pueda ser negada. Lastima.

El guerrero se echó a reír.

—¡Un sacerdote que es un creyente a la fuerza! Me gusta eso. Hace repicar mi sentido del humor. Toma, cómprate un barril de soma... para finalidades sacrificiales.

—Gracias, guerrero. Lo haré. ¿Quieres unirte a mí en una pequeña libación en el Templo?

—¡Por Kali, claro que sí! —dijo el otro— Pero sólo una pequeña.

Acompañó al sacerdote al edificio central y descendieron un tramo de escaleras hasta el sótano, donde fue abierto un barril de soma y servidos dos vasos.

—Por tu salud y larga vida —dijo, alzando el suyo.

—Por tus mórbidos patronos... Yama y Kali —dijo el sacerdote.

—Gracias.

Apuraron el potente brebaje, y el sacerdote sirvió dos vasos más.

—Para proteger tu garganta contra la noche.

—Muy bien.

—Es una buena cosa ver a algunos de esos viajeros marcharse. —dijo el sacerdote— Sus devociones han enriquecido el Templo, pero también han agotado considerablemente al personal.

—¡Por la partida de los peregrinos!

—¡Por la partida de los peregrinos!

Bebieron de nuevo.

—Creo que la mayoría de ellos han venido a ver al Buda. —dijo Yama.

—Eso es cierto —respondió el sacerdote— Pero, por otra parte, tampoco se muestran ansiosos de enemistarse con los dioses de aquí. Así que, antes de visitar el bosquecillo púrpura, generalmente hacen algún sacrificio u ofrecen alguna donación al Templo para plegarias.

—¿Qué sabes tú del llamado Tathagatha y de sus enseñanzas?

El otro apartó la vista.

—Soy un sacerdote de los dioses y un brahmán, guerrero. No deseo hablar de eso.

—¿Así que también te ha atraído a ti?

—¡Ya basta! Te he hecho saber mis deseos. No es un tema del cual quiera discutir.

—No importa... y dentro de poco aún importará menos. Gracias por el soma. Buenas noches, sacerdote.

—Buenas noches, guerrero. Que los dioses sonrían en tu camino.

—Y también en el tuyo.

Subió las escaleras, y salió del Templo, y prosiguió andando a través de la ciudad.

Cuando llegó al bosquecillo púrpura había tres lunas en el cielo, pequeños fuegos de acampada tras los árboles, pálidas flores de fuego en el cielo sobre la ciudad y una brisa con una cierta humedad agitando las plantas a su alrededor.

Entró silenciosamente en el bosquecillo.

Cuando llegó a la zona iluminada, se halló frente a hilera tras hilera de hombres sentados, inmóviles. Cada uno de ellos llevaba una túnica amarilla con una capucha amarilla sobre su cabeza. Eran centenares, y ninguno emitía el menor sonido.

Se acercó al que estaba más próximo a él.

—He venido a ver a Tathagatha, el Buda —dijo.

El hombre no pareció haberle oído.

—¿Dónde está?

El hombre no respondió.

Se inclinó hacia delante y miró a los semicerrados ojos del monje. Por un momento lo taladró con su mirada, pero era como si el otro estuviera dormido, porque los ojos ni siquiera se cruzaron con los suyos.

Entonces alzó la voz, de modo que todos los que estaban en el bosquecillo pudieran oírle.

—He venido a ver a Tathagatha, el Buda —dijo— ¿Dónde está?

Era como si se hubiera dirigido a un campo de piedras.

—¿Pensáis ocultarle de esta manera? —exclamó— ¿Creéis que siendo muchos, y yendo todos vestidos igual, y no respondiéndome, no lo voy a encontrar entre vosotros?

Solamente se escuchaba el suspiro del viento pasando por entre las ramas del bosquecillo. La luz osciló y las frondas púrpuras se agitaron.

Se echó a reír.

—En esto puede que tengáis razón. —admitió— Pero tendréis que moveros en un momento u otro, si tenéis intención de seguir viviendo, y puedo esperar tanto como cualquier otro hombre.

Con esto se sentó en el suelo, con la espalda apoyada en la corteza azul de un alto árbol, la espada cruzada sobre sus rodillas.

Inmediatamente se vio invadido por la somnolencia. Su cabeza cayó y se alzó sobresaltada varias veces. Luego su barbilla terminó descansando sobre su pecho, y empezó a roncar.

Estaba caminando, cruzando una llanura verdeazulada, y la hierba se inclinaba ante el para formar un sendero. Al extremo de aquel sendero había un enorme árbol, un árbol como no crecía ninguno en el mundo, sino que más bien mantenía al mundo unido con sus raíces, y cuyas ramas se alzaban hacia el cielo para esparcir sus hojas entre las estrellas.

En su base se hallaba sentado un hombre, con las piernas cruzadas, una ligera sonrisa en los labios. Sabía que aquel hombre era el Buda, y se acercó y se detuvo frente a él.

—Mis saludos, oh Muerte. —dijo el hombre sentado, coronado con una aureola rosada que brillaba a las sombras del árbol.

Yama no respondió, sino que extrajo su hoja.

El Buda siguió sonriendo, y cuando Yama avanzó oyó un sonido como distante música.

Se detuvo y miró a su alrededor, con la hoja aún levantada.

Procedentes de los cuatro puntos cardinales, los cuatro Regentes del mundo bajaron del monte Sumemu: el Maestro del Norte avanzó, seguido por sus yakshas, todos vestidos de oro, montados sobre caballos amarillos, llevando escudos que resplandecían con luz dorada, el Ángel del Sur avanzó también, seguido por sus huestes, los kumbhandas, montados sobre corceles azules y llevando escudos zafiro, del este avanzó el Regente cuyos jinetes llevaban escudos de perla e iban vestidos todos de plata, y del oeste avanzó Aquel cuyos nagas montaban caballos color rojo sangre, iban vestidos totalmente de rojo y sujetaban ante ellos escudos de coral. Sus cascos no parecían tocar la hierba, y el único sonido en el aire era la música, que se hacía más intensa cada vez.

—¿Por qué se acercan los Regentes del mundo? —se dio cuenta de que estaba diciendo Yama.

—Vienen a llevarse mis huesos —respondió el Buda, aún sonriendo.

Los cuatro Regentes tiraron de sus riendas, con sus hordas a sus espaldas, y Yama se enfrentó a ellos.

—Venís a llevaros sus huesos —dijo Yama—, ¿pero quién vendrá a por los vuestros?

Los Regentes desmontaron.

—No puedes disponer de este hombre, oh Muerte —dijo el Maestro del Norte—, porque pertenece al mundo, y nosotros los del mundo lo defenderemos.

—Oídme, Regentes que moráis en la cima del Sumemu —dijo Yama. envolviéndose en su Aspecto — A vuestras manos se ha confiado el mantenimiento del mundo, pero la Muerte toma a quien quiere de ese mundo, y ella es la que elige. No se os ha dado el cuestionar mis Atributos, o la forma en que son ejecutados.

Los cuatro Regentes avanzaron a una posición entre Yama y Tathagatha.

—Cuestionamos la forma en que son ejecutados con este hombre, Señor Yama. Porque en sus manos sostiene el destino de nuestro mundo. Podrás tocarlo solamente una vez hayas vencido a los cuatro Poderes.

—Que así sea, —dijo Yama— ¿Quién de vosotros va a ser el primero en oponérseme?

—Yo lo haré. —dijo el portavoz, extrayendo su espada de oro.

Yama, envuelto en su Aspecto, cortó el blando metal como mantequilla y golpeó con el plano de su cimitarra la cabeza del Regente, enviándolo despatarrado al suelo.

Un gran grito brotó de las filas de los yakshas, y dos de los jinetes dorados avanzaron para retirar a su líder. Luego dieron la vuelta a sus monturas y partieron de regreso al norte.

—¿Quién es el siguiente?

El Regente del Este avanzó hacia él, portando una espada recta de plata y una red hecha de rayos lunares.

—Yo. —dijo, y lanzó la red.

Yama puso un pie encima, la agarró entre sus dedos y tiró, haciendo perder al otro el equilibrio.

Mientras el Regente caía hacia delante, dio la vuelta a su espada y le golpeó en la mandíbula con la empuñadura.

Dos guerreros plateados le miraron con ojos llameantes, luego bajaron los ojos, mientras se llevaban a su Maestro de vuelta al este, con una música discordante sonando tras ellos.

—¡E1 siguiente! —dijo Yama.

Ante él se irguió el robusto líder de los nagas, que arrojó sus armas y se despojó de su túnica, diciendo:

—Quiero luchar cuerpo a cuerpo contigo, dios de la muerte.

Yama dejó a un lado sus armas y se desnudó de cintura para arriba.

Mientras estaba ocurriendo todo esto, el Buda permanecía sentado a la sombra del gran árbol, sonriendo, como si el lance de armas no significara nada para él.

El jefe de los nagas agarró a Yama por la nuca con su mano izquierda, tirando de su cabeza hacia delante. Yama hizo lo mismo con él, y el otro retorció entonces su cuerpo, echando su brazo derecho sobre el hombro izquierdo de Yama y por detrás de su cuello, sujetándolo fuertemente contra su cabeza, que impulsó fuertemente contra su cadera, haciendo girar su cuerpo mientras arrastraba al otro hacia delante.

Tendiéndose por detrás de la espalda del jefe de los nagas, Yama agarró su hombro izquierdo con su mano izquierda y luego situó su mano derecha detrás de las rodillas del Regente, de tal modo que alzó sus dos piernas del suelo mientras tiraba hacia atrás de su hombro.

Por un momento lo mantuvo acunado entre sus brazos como un niño, luego lo alzó al nivel de sus hombros y soltó sus brazos.

Cuando el Regente golpeó el suelo, Yama cayó violentamente sobre él de rodillas y luego volvió a levantarse. El otro no.

Cuando los jinetes del oeste hubieron partido, solamente el Ángel del Sur, vestido totalmente de azul, se erguía frente al Buda.

—¿Y tú? —preguntó el dios de la muerte, tomando de nuevo sus armas.

—Yo no tomaré armas de acero o cuero o piedra, como un niño toma unos juguetes, para enfrentarme a ti, dios de la muerte. Ni compararé la fuerza de mi cuerpo con la del tuyo. —dijo el Ángel—Sé que sería derrotado si hiciera esas cosas, porque nadie puede enfrentarse a ti con las armas.

—Entonces sube de nuevo a tu corcel azul y cabalga de vuelta a tu lugar, si no quieres luchar —dijo Yama.

El Ángel no respondió, pero arrojó su escudo azul al aire, de modo que giró como una rueda de zafiro, creciendo y haciéndose más y más grande mientras flotaba sobre ellos.

Luego cayó al suelo y empezó a hundirse en él, sin un sonido, creciendo todavía mientras desaparecía de la vista, y la hierba volvió a unirse entre sí encima del lugar donde había golpeado.

—¿Y qué significa esto? —preguntó Yama.

—No me enfrentaré contigo de una forma activa. Simplemente me defenderé. El mío es el poder de la oposición pasiva. El mío es el poder de la vida, del mismo modo que el tuyo es el poder de la muerte. Aunque puedas destruir lo que envíe contra ti, no puedes destruirlo todo, oh Muerte. El mío es el poder del escudo, pero no el de la espada. La vida se te opondrá, Señor Yama, para defender a tu víctima.

El Ángel Azul se volvió, montó en su corcel azul y cabalgó hacia el sur, con los kumbhandas tras él. El sonido de la música no se fue con él, sino que permaneció en el aire que había ocupado.

Yama avanzó una vez más, con la espada en la mano.

—Sus esfuerzos no han servido de nada. —dijo— Tu hora ha llegado.

Golpeó con su espada.

El golpe no alcanzó su destino, sin embargo, porque una rama del gran árbol cayó entre ellos y le arrancó la cimitarra de la mano.

Se agachó a recogerla y la hierba se apresuró a cubrirla, entretejiéndose entre sí hasta formar una densa e impenetrable red.

Maldiciendo, extrajo su daga y golpeó de nuevo.

Una poderosa rama se inclinó y se interpuso oscilando ante su blanco, de modo que la hoja se enterró profundamente en sus fibras. Luego la rama se alzó de nuevo hacia el cielo, llevándose el arma con ella, muy arriba, fuera de su alcance.

Los ojos del Buda estaban cerrados en meditación, y su halo brillaba en la sombra.

Yama dio un paso adelante, alzó las manos, y las hierbas se entrelazaron en torno a sus tobillos, sujetándolo allá donde estaba.

Se debatió por un momento, tirando de las resistentes raíces. Luego se detuvo en sus intentos y alzó ambas manos, echó la cabeza hacia atrás y la muerte brotó de sus ojos.

—¡Oídme, Poderes! —exclamó—. ¡Desde este momento en adelante, este lugar llevará la maldición de Yama! ¡Ninguna cosa viva volverá a agitarse de nuevo sobre este suelo! ¡Ningún pájaro cantará, ninguna serpiente se deslizará aquí! ¡Será un lugar desierto y desolado, un lugar de rocas y derivante arena! ¡Ni una hoja de hierba se alzará nunca contra el cielo aquí! ¡Pronuncio esta maldición y arrojo este destino sobre los defensores de mi enemigo!

Las hierbas empezaron a marchitarse, pero antes de que le soltaran se produjo un gran sonido crujiente, como de algo partiéndose, mientras el árbol cuyas raíces mantenían unido al mundo y entre cuyas ramas estaban atrapadas las estrellas, como peces en una red, se inclinó hacia delante, hendido por la mitad, sus ramas superiores desgarrando el cielo, sus raíces abriendo abismos en el suelo, sus hojas cayendo como una lluvia verdeazulada a su alrededor. Una enorme sección de su tronco cayó hacia él, arrojando una sombra premonitoria tan negra como la noche.

En la distancia vio todavía al Buda, sentado, meditando, como ajeno al caos que entraba en erupción a su alrededor.

Luego sólo hubo oscuridad, y un sonido como el retumbar de un trueno.

Yama alzó bruscamente la cabeza y abrió los ojos.

Estaba sentado en el bosquecillo púrpura, con la espalda apoyada contra el tronco de un árbol azul, su hoja cruzada sobre sus rodillas.

Nada parecía haber cambiado.

Las hileras de monjes seguían sentados, como en meditación, ante él. La brisa era aún fría y húmeda, y las luces oscilaban a su paso.

Yama se puso en pie, sabiendo, de algún modo, dónde podía encontrar lo que buscaba.

Avanzó por entre los monjes, siguiendo un sendero de tierra muy batida que conducía a lo más profundo del bosque.

Desembocó en un pabellón púrpura, pero estaba vacío.

Continuó avanzando, siguiendo el sendero hasta donde el bosque se convertía en una selva. Allá el terreno era húmedo y una ligera neblina flotaba a su alrededor. Pero el camino se divisaba aún claramente ante él, iluminado por la luz de las tres lunas.

El sendero descendía, los árboles azules y púrpuras eran más bajos y más retorcidos allí que más arriba. Pequeños charcos de agua, con flotantes manchas de leprosa espuma plateada, empezaron a aparecer a ambos lados del camino. Un olor a marisma alcanzó su olfato, y el silbido de extrañas criaturas pobló los cercanos matorrales.

Oyó el sonido de cánticos procedentes de arriba, lejos, a sus espaldas, y comprendió que los monjes que había dejado atrás estaban ahora despiertos y agitados por el bosquecillo. Habían terminado con la tarea de combinar sus pensamientos para forzar en él la visión de la invencibilidad de su líder. Su canto era probablemente una señal, dirigida a...

¡Allí!

Estaba sentado sobre una roca en medio de un campo, con la luz de la luna cayendo directamente sobre él.

Yama extrajo su espada y avanzó.

Cuando estaba a unos veinte pasos de distancia, el otro volvió la cabeza.

—Saludos, oh Muerte —dijo.

—Saludos, Tathagatha.

—Dime por qué has venido aquí.

—Ha sido decidido que el Buda debe morir.

—Eso no responde a mi pregunta, sin embargo. ¿Por qué has venido aquí?

—¿Acaso no eres tú el Buda?

—He sido llamado Buda, y Tathagatha, y el Iluminado, y muchas otras cosas. Pero, en respuesta a tu pregunta, no, no soy el Buda. Ya has hecho lo que habías venido a hacer. Mataste al auténtico Buda hoy.

—Mi memoria debe estar debilitándose, porque confieso que no recuerdo haber hecho tal cosa.

—El auténtico Buda era llamado entre nosotros Sugata —respondió el otro—. Antes de eso, era conocido como Rild.

—¡Rild! —rió Yama—. ¿Estás intentando decirme que era más que un ejecutor al que convenciste de que no hiciera su trabajo?

—Muchas personas son ejecutores a los que se ha convencido de que no hicieran su trabajo — respondió el hombre en la roca—, Rild abandonó voluntariamente su misión y se convirtió en un seguidor del Camino. Fue el único hombre que haya conocido nunca que realmente consiguió la iluminación.

—¿Acaso esta cosa que has estado difundiendo no es una religión pacifista?

—Sí.

Yama echó hacia atrás su cabeza y rió a carcajadas.

—¡Dioses! ¡Entonces menos mal que no predicas una religión militarista! ¡Tu principal discípulo, iluminado y todo, casi consiguió mi cabeza esta tarde!

Una expresión de cansancio cubrió el ancho rostro del Buda.

—¿Crees que realmente te hubiera ganado?

Yama guardó unos instantes de silencio, luego:

—No —dijo.

—¿Crees que lo sabía?

—Quizá —replicó Yama.

—¿No os conocíais de antes del encuentro de hoy? ¿No os habíais visto el uno al otro ejerciendo vuestras habilidades?

—Sí —dijo Yama—. Nos conocíamos.

—Entonces él sabía cuál era tu habilidad y era consciente del resultado del encuentro.

Yama guardó silencio.

—Fue voluntariamente a su martirio, aunque en aquel momento yo no lo sabía. No creo que fuera con la auténtica esperanza de vencerte.

—¿Para qué fue, entonces?

—Para probar algo.

—¿Qué esperaba probar de aquel modo?

—No lo sé. Solamente sé que tuvo que ser como he dicho, porque le conocía. He escuchado demasiado a menudo sus sermones, sus sutiles parábolas, para creer que haría una cosa como aquélla sin una finalidad. Has matado al auténtico Buda, dios de la muerte. Tú sabes quién soy yo.

—Siddhartha —dijo Yama—. Sé que eres un fraude. Sé que no eres un Iluminado. Me doy cuenta de que tu doctrina es algo que puede ser recordado por cualquiera de los Primeros. Elegiste resucitarla, pretendiendo ser su originador. Decidiste difundirla, con la esperanza de alzar una oposición a la religión por la cual gobiernan los auténticos dioses. Admiro el esfuerzo. Fue ingeniosamente planeado y ejecutado. Pero tu error más grande, creo, es que elegiste un credo pacifista para oponerte a uno activo. Siento curiosidad respecto a por qué lo hiciste así, cuando había muchas otras religiones mucho más apropiadas entre las que escoger.

—Quizá simplemente me sentía curioso por ver cómo funcionaría una contracorriente así —respondió el otro.

—No, Sam, no es eso —respondió Yama—. Tengo la sensación de que solamente es parte de un plan más grande que has trazado, y que durante todos esos años, mientras pretendes ser un santo y predicar sermones en los que no crees realmente, has estado maquinando otros planes. Un ejército, grande en espacio, puede ofrecer oposición durante un breve espacio de tiempo. Un hombre, breve en espacio, puede difundir su oposición a lo largo de un periodo de muchos años si tiene la suerte de tener éxito. Tú eres consciente de ello, y ahora que has sembrado las semillas de este credo robado estás planeando moverte a otra fase de oposición. Estás intentando ser una antítesis individualizada al Cielo, oponiéndote a la voluntad de los dioses a lo largo de los años, de muchas formas y desde detrás de muchas máscaras. Pero esto terminará aquí y ahora, falso Buda.

—¿Por qué, Yama? —preguntó.

—Ha sido estudiado muy cuidadosamente —dijo Yama—. No deseamos hacer de ti un mártir, animando más que nunca el crecimiento de esta cosa que has estado enseñando. Por otra parte, si no eres detenido, seguirá creciendo. En consecuencia, se ha decidido que debes hallar tu fin en manos de un agente del Cielo..., demostrando así cuál es la religión más fuerte. De este modo, mártir o no, el budismo será a partir de ahora una religión de segundo orden. Es por eso por lo que debes morir la muerte real.

—Cuando he preguntado «¿Por qué?» me refería a otra cosa distinta. Has respondido a la pregunta equivocada. Lo que quiero saber es: ¿por qué has venido *tú* a hacerlo, Yama? ¿Por qué tú, maestro de armas, maestro de ciencias, vienes como lacayo de una pandilla de cambiacuerpos borrachos, que ni siquiera están cualificados para pulir la hoja de tu espada o lavar tus tubos de ensayo? ¿Por qué tú, que deberías ser el espíritu más libre de todos nosotros, te dedicas a servir a tus inferiores?

—Por lo que has dicho, tu muerte no va a ser una muerte limpia.

—¿Por qué? Sólo te hice una pregunta que desde hace tiempo tiene que haber cruzado por muchas mentes, además de la mía. No me ofendí cuando me llamaste falso Buda. Sé que lo soy. ¿Quién eres tú, dios de la muerte?

Yama metió la espada en su faja y extrajo una pipa, que había comprado en la posada aquel mismo día. Llenó su cazoleta de tabaco, la encendió y fumó.

—Es obvio que debemos hablar un poco más, aunque sólo sea para aclarar nuestras dos mentes de cuestiones —afirmó—, así que voy a ponerme cómodo. —Se sentó sobre una roca baja—. Primero, un hombre puede ser en algunos aspectos superior a sus compañeros y pese a todo servirles, si juntos sirven a una causa común que es mayor que la de cualquier hombre. Creo servir a esa causa, o de otro modo no estaría haciendo esto. Doy por sentado que tú sientes del mismo modo con relación a lo que estás haciendo, o de otro modo no llevarías esta vida de miserable ascetismo, aunque observo

que no estás tan flaco como tus seguidores. Hace algunos años te fue ofrecida la divinidad en Mahartha, según recuerdo, y te burlaste de Brahma, devastaste el Palacio del Karma y llenaste todas las máquinas de oración de la ciudad con monedas falsas...

El Buda dejó escapar una risita. Yama se le unió brevemente en su risa y prosiguió:

—Ya no quedan aceleracionistas en el grupo, excepto tú. Es una causa perdida, que nunca hubiera debido ser ni siquiera una causa. Siento un cierto respeto hacia la forma en que te has comportado a lo largo de los años. Incluso he llegado a pensar que, si pudiera hacérsete ver lo inútil y desesperado de tu actual posición, aún podrías ser persuadido de unirte a las fuerzas del Cielo. Aunque he venido aquí para matarte, si pudieras ser convencido ahora de esto y me dieras tu palabra al respecto, prometiéndome terminar con tu estúpida lucha, te respaldaría. Te llevaría a la Ciudad Celestial conmigo, donde podría aceptar lo que antes rechazaste. Ellos me escucharán, porque me necesitan.

—No —dijo Sam—, porque no estoy convencido de la futilidad de mi posición, y estoy plenamente decidido a proseguir con mi espectáculo.

Los cánticos descendían del campamento en el bosquecillo púrpura. Una de las lunas desapareció detrás de las copas de los árboles.

—¿Por qué no están tus seguidores batiendo el bosque, intentando salvarte?

—Vendrían si los llamara, pero no los llamaré. No lo necesito.

—¿Por qué me han hecho soñar ese sueño estúpido?

El Buda se encogió de hombros.

—¿Por qué no me mataron mientras estaba dormido?

—No es su forma de actuar.

—Pero tú sí podrías, ¿no? Si pudieras hacerlo impunemente. Si nadie supiera que era el Buda quien lo había hecho.

—Quizá —dijo el otro—. Como sabes, las fuerzas y debilidades personales de un líder no son un auténtico indicativo de los méritos de su causa.

Yama dio una chupada a su pipa. El humo se enroscó en torno a su cabeza y se perdió uniéndose a la neblina, que empezaba a espesarse ahora junto al suelo.

—Sé que estamos solos aquí, y que tú estás desarmado —dijo Yama.

—Estamos solos aquí. Mi equipaje está oculto más allá del camino.

—¿Tu equipaje?

—Ya he terminado aquí. Has supuesto correctamente. He iniciado lo que me había propuesto iniciar. Cuando hayamos terminado nuestra conversación, me iré.

Yama rió suavemente.

—El optimismo de un revolucionario siempre despierta un sentimiento de maravilla ¿Cómo te propones irte? ¿Sobre una alfombra mágica?

—Me iré como se van los demás hombres.

—Eso es más bien condescendiente por tu parte. ¿Se alzarán todos los poderes del mundo para defenderte? No veo ningún gran árbol para protegerte con sus ramas. No hay ninguna hierba lista para agarrarse a mis pies. Dime cómo conseguirás marcharte.

—Te sorprendería un tanto.

—¿Qué me dices si luchamos? No me gusta matar a un hombre desarmado. Si tienes realmente un equipo guardado en algún lugar cerca, ve a buscar tu espada. Es mejor eso que ninguna posibilidad. He oído decir incluso que el Señor Siddhartha era, en sus días, un formidable espadachín.

—Gracias, pero no. En otra ocasión, quizá. Pero no ahora.

Yama dio otra chupada a su pipa, se estiró y bostezó.

—Entonces no puedo pensar en más preguntas que desee hacerte. Es inútil discutir contigo. No tengo nada más que decir. ¿Hay alguna otra cosa que desees añadir a la conversación?

—Sí —dijo Sam— ¿A qué se parece esa perra de Kali? Hay tantos informes diferentes que estoy empezando a creer que es todo para todos los hombres...

Yama dejó caer la pipa, que golpeó su hombro y envió una lluvia de chispas bajando por su brazo. Su cimitarra fue un brillante destello sobre su cabeza cuando saltó hacia delante.

Cuando alcanzó la región arenosa que se extendía delante de la roca, sus movimientos se vieron detenidos. Estuvo a punto de caer, se retorció perpendicularmente y consiguió mantener el equilibrio. Se debatió, pero no consiguió moverse.

—Algunas arenas movedizas —dijo Sam— son más rápidas que otras. Afortunadamente, ahora te hallas en unas de tipo lento. Así que todavía te queda bastante tiempo a tu disposición. Me gustaría prolongar la conversación, si creyera que tengo alguna posibilidad de persuadirte de que te unas a mí. Pero sé que no la tengo..., no más de la que tienes tú de persuadirme de que vaya al Cielo.

—Me liberaré de esto —dijo Yama suavemente, sin moverse—. Me liberaré de alguna manera, e iré tras de ti de nuevo.

—Sí —dijo Sam— Me doy cuenta de que esto es cierto. De hecho, dentro de poco te daré las instrucciones necesarias para que salgas de aquí. Por el momento, sin embargo, eres algo que cualquier predicador ansia..., una audiencia cautiva, representando a la oposición. De modo que tengo un breve sermón para ti, Señor Yama.

Yama alzó su hoja con intención de lanzarla, se lo pensó mejor y volvió a guardarla en su faja.

—Predica —dijo, y consiguió fijar su mirada en los ojos del otro.

Sam vaciló ligeramente allá donde estaba sentado, pero habló de nuevo:

—Es sorprendente —dijo— cómo ese cerebro imitante vuestro generó una mente capaz de transferir sus poderes a cualquier nuevo cerebro que eligierais ocupar. Han pasado años desde que ejercité por última vez mi única habilidad, como la estoy ejercitando en este momento..., pero sigue comportándose de igual modo. No importa qué cuerpo ocupe, parece que mi poder me sigue. Comprendo que es lo mismo también con la mayor parte de nosotros. Sítala, he oído decir, puede controlar la temperatura a grandes distancias en torno a ella. Cuando asume un nuevo cuerpo, el poder la acompaña a su nuevo sistema nervioso, aunque parece un poco debilitado al principio. Agni, lo sé, puede prender fuego a los objetos con sólo mirarlos durante un período de tiempo y desear que ardan. Ahora, toma por ejemplo la mirada de muerte que en este momento me estás lanzando. ¿No es sorprendente que conserves contigo este don a lo largo del tiempo y los lugares, siglo tras siglo? A menudo me he preguntado acerca de las bases fisiológicas del fenómeno. ¿Has investigado alguna vez esa área?

—Sí —dijo Yama, con los ojos ardiendo bajo sus oscuras cejas.

—¿Y cuál es la explicación? Una persona nace con un cerebro anormal, su psique es transferida luego a uno normal y, sin embargo, sus habilidades anormales no son destruidas por la transferencia. ¿Por qué ocurre esto?

—Porque realmente no tienes más que una imagen corporal, que es de naturaleza tanto eléctrica como química. Empieza inmediatamente a modificar su nuevo entorno fisiológico. El nuevo cuerpo tiene mucho en él que es tratado como una enfermedad, intentando transformarlo en el viejo cuerpo. Si el cuerpo que ocupas ahora pudiera hacerse físicamente inmortal, llegaría un día en que se parecería a tu cuerpo original.

—Interesante.

—Por eso el poder transferido es débil al principio, pero se va haciendo más fuerte a medida que sigue la ocupación. Por eso es mejor cultivar un Atributo, y quizá emplear ayudas mecánicas también.

—Bien. Eso es algo sobre lo que a menudo me he preguntado. Gracias. Incidentalmente, sigue intentándolo con tu mirada de muerte..., es dolorosa, ya sabes. Así que es algo, al menos. Ahora. en

cuanto al sermón..., un hombre orgulloso y arrogante como tú, con una cualidad admitidamente admirable de didactismo, se dedico a investigar en el área de una cierta enfermedad desfiguradora y degenerativa. Un día él mismo la contrajo. Puesto que aún no había desarrollado una cura para la afección, se tomó su tiempo en mirarse al espejo y dijo: «Pero en *mí* queda bien.» Tú eres ese hombre, Yama. No intentaste luchar contra tu afección. Antes bien, te sientes orgulloso de ella. Te traicionaste a ti mismo en tu furia, de modo que sé que digo la verdad cuando afirmo que el nombre de tu enfermedad es Kali. No entregarías el poder en manos de los indignos si esa mujer no te hubiera pedido que lo hicieras. La conozco de antiguo, y estoy seguro de que no ha cambiado. No puede amar a un hombre. Solamente se preocupa de aquellos que le traen la ofrenda del caos. Si alguna vez dejas de serle útil para sus propósitos, te echará a un lado, dios de la muerte. No te digo esto porque seamos enemigos, sino como un hombre a otro. Lo sé. Créeme. Quizá sea una desgracia que tú no seas nunca realmente joven, Yama, y así no conozcas tu primer amor en los días de primavera... En consecuencia, la moraleja de mi sermón en esta pequeña montaña es: ni siquiera un espejo te mostrará a ti mismo, si no quieres ver. Llévale la contraria una sola vez para probar la veracidad de mis palabras, incluso en un asunto insignificante, y observa lo rápidamente que responde, y de qué manera. ¿Que harás si tus propias armas se vuelven contra ti, Muerte?

—¿Has terminado ya de hablar? —preguntó Yama.

—Sobre esto sí. Un sermón es una advertencia, y tú ya has sido advertido.

—Sea cual sea tu poder, Sam, veo que en este momento es a prueba de mi mirada de la muerte. Considérate afortunado de que en estos momentos me sienta debilitado...

—Lo soy, por supuesto, porque mi cabeza está a punto de estallar. ¡Malditos sean tus ojos!

—Un día probaré de nuevo tu poder, y aunque vuelva a revelarse a prueba del mío, ese día caerás. Si no por mi Atributo, si por mi hoja.

—Si ése es el desafío, elijo diferir la aceptación. Sugiero que pruebes mis palabras antes de intentarlo.

En aquel momento, la arena estaba a la mitad de los muslos de Yama.

Sam suspiró y abandonó su percha.

—Sólo hay un camino seguro hasta esta roca, y voy a seguirlo para irme de aquí. Ahora te diré cómo conservar tu vida, si no eres demasiado orgulloso. He dado instrucciones a los monjes para que acudan en mi ayuda, aquí en este lugar, si oyen un grito de socorro. Te dije antes que yo no iba a pedir ayuda, y es cierto. Tú, sin embargo, puedes pedir socorro con esa poderosa voz tuya, y ellos estarán aquí antes de que te hayas hundido demasiado. Te sacarán a salvo a terreno firme y no intentarán hacerte ningún daño, porque ésa es su forma de actuar. Me gusta el pensamiento del dios de la muerte siendo salvado por los monjes del Buda. Buenas noches, Yama. Me voy.

Yama sonrió.

—Habrá otro día, oh Buda —afirmó—. Puedo esperarlo. Huye ahora tan rápido y lejos como puedas. El mundo no es lo bastante grande para ocultarte de mi ira. Te seguiré y te enseñaré la iluminación que es puro fuego del infierno.

—Mientras tanto —dijo Sam—, te sugiero que solicites ayuda a mis seguidores o aprendas el difícil arte de respirar lodo.

Siguió el único sendero seguro a través del campo, con los ojos de Yama ardiendo a sus espaldas.

Cuando llegó al sendero se volvió.

—Y puedes mencionar en el Cielo —dijo— que fui llamado fuera de la ciudad por asuntos de negocios.

Yama no respondió.

—Creo que voy a hacer un trato respecto a algunas armas —terminó—, unas armas más bien especiales. Así que, cuando vengas tras de mí, tráete contigo a tu amiga. Si le gusta lo que va a ver, puede que te persuada a que cambies de lado.

Luego se internó en el sendero y se adentró en la noche, silbando, bajo una luna que era blanca y una luna que era dorada.

IV

Se cuenta cómo el Señor de la Luz descendió al Pozo de los Demonios, para hacer un trato con el jefe de los rakasha. Él actuaba de buena fe, pero los rakasha son los rakasha. Es decir, son criaturas maléficas, poseedoras de grandes poderes, una larga vida y la habilidad de asumir casi cualquier forma. Los rakasha son casi indestructibles. Su principal carencia es un auténtico cuerpo; su principal virtud, su honor hacia sus deudas de juego. Que el Señor de la Luz descendiera al Pozo del Infierno sirve para demostrar que quizá estuviera en cierto modo preocupado por el estado del mundo...

> Cuando los dioses y los demonios, ambos descendientes de Prajapati, entablaron batalla, los dioses se apoderaron del principio vital del udgitha, pensando que con él vencerían a los demonios.
>
> Meditaron sobre el udgitha que funciona a través de la nariz, pero los demonios lo atravesaron con el mal. En consecuencia, con el aliento uno respira tanto lo agradable como lo pestilente. Así, el aliento está tocado por el mal.
>
> Meditaron sobre el udgitha como palabra, pero los demonios lo atravesaron con el mal. En consecuencia, uno habla tanto verdad como mentira. Así, las palabras están tocadas por el mal.
>
> Meditaron sobre el udgitha que funciona con el ojo, pero los demonios lo atravesaron con el mal. En consecuencia, uno ve tanto lo agradable como lo feo. Así, el ojo está tocado por el mal.
>
> Meditaron sobre el udgitha como oído, pero los demonios lo atravesaron con el mal. En consecuencia, uno oye tanto cosas buenas como malas. Así, el oído está tocado por el mal.
>
> Meditaron sobre el udgitha como mente, pero los demonios lo atravesaron con el mal En consecuencia, uno piensa lo que es conveniente, cierto y bueno y lo que es inconveniente, falso y depravado Así, la mente está tocada por el mal
>
> *Chhandogya Upanishad (I, ii, 1—6)*

El Pozo del Infierno se halla en la cima del mundo y desciende hasta sus raíces.

Probablemente es tan viejo como el propio mundo; y si no lo es, debería serlo, porque parece como si lo fuera.

Empieza con un portal. Hay una enorme y pulida puerta de metal, erigida por los Primeros, tan pesada como el pecado, de tres veces la altura de un hombre y la mitad de anchura. Su espesor es de un codo, y tiene una argolla de latón del tamaño de una cabeza, una complicada cerradura con una placa a presión y una inscripción que dice hoscamente: «Márchate. Éste no es un lugar donde estar. Si intentas entrar aquí, fracasarás y además serás maldito. Si de alguna forma tienes éxito, entonces no te quejes de que entraste sin ser advertido, ni nos molestes con tus plegarias en tu lecho dé muerte.» Firmado: «Los Dioses.»

Se halla cerca del pico de una montaña muy alta llamada Channa, en medio de una región de montañas muy altas llamadas los Ratnagaris. El lugar está siempre cubierto por la nieve, y los arcos iris se reflejan como un suave pelaje en los lomos de los carámbanos que recubren los helados riscos. El aire es cortante como una espada. El cielo es brillante como el ojo de un gato.

Muy pocos pies han hollado nunca el sendero que conduce al Pozo del Infierno. De aquellos que lo han visitado, la mayor parte han acudido solamente a echarle una mirada, a ver si la gran puerta

existía realmente; y cuando han regresado a casa y han dicho que realmente la habían visto, generalmente todo el mundo se ha burlado de ellos.

Se dice que algunas raspaduras en torno a la placa de la cerradura testimonian que algunos han intentado realmente entrar. De todos modos, nunca ha podido transportarse ni situarse convenientemente el equipo necesario para forzar la gran puerta. El sendero que conduce al Pozo del Infierno tiene menos de veinticinco centímetros de anchura en los cien últimos metros de su ascensión; y quizá seis hombres podrían permanecer de pie, muy apretados, en lo que queda del en su tiempo amplio saliente que hay frente a la puerta.

Se dice que Pannalal el Sabio, tras aguzar su mente con la meditación y diversos ascetismos, adivinó la forma en que operaba la cerradura y entró en el Pozo del Infierno, pasando todo un día y una noche bajo la montaña. Desde entonces es conocido como Pannalal el Loco.

El pico conocido como Channa, que contiene la gran puerta, se halla a cinco días de viaje de un pequeño poblado. Pertenece al lejano reino septentrional de Malwa. Este poblado de montaña cerca de Channa no tiene nombre, y está habitado por una gente orgullosa e independiente que no siente un deseo especial de que su pueblo aparezca en los mapas de los recaudadores de impuestos del raja. En cuanto al raja, es suficiente decir que es de mediana estatura y mediana edad, astuto, ligeramente obeso, ni piadoso ni más libertino que lo habitual, y fabolusamente rico. Es rico porque abruma a sus subditos con elevados impuestos. Cuando sus subditos empiezan a quejarse, y los murmullos de revolución recorren el reino, declara la guerra a algún reino vecino y dobla los impuestos. Si la guerra no va por buen camino, ejecuta a varios generales y hace que su ministro de la Paz negocie un tratado. Si, por alguna circunstancia, va por buen camino, establece nuevos tributos por cualquiera que sea el motivo que inició todo el asunto. Normalmente, sin embargo, las cosas suelen terminar con una tregua, que deja a sus subditos odiando la guerra y reconciliados con los altos impuestos. Su nombre es Videgha y tiene muchos hijos. Le encantan los pájaros grak, a los que puede enseñar canciones libertinas, las serpientes, a las que da ocasionalmente como alimento los pájaros grak que no afinan en sus canciones, y jugar a los dados. No le gustan especialmente los niños.

El Pozo del Infierno empieza con la gran puerta arriba en las montañas en el extremo más septentrional del reino de Videgha, más allá del cual ya no hay otros reinos de los hombres. Comienza allí y baja en espiral por el corazón de la montaña Channa, penetrando como un sacacorchos hasta enormes cavernas no cartografiadas por los hombres, extendiéndose mucho más allá de la cordillera de Ratnagari, con los más profundos pasadizos adentrándose hacia las raíces del mundo.

A esta puerta llegó el viajero.

Iba vestido con sencillez, y viajaba solo, y parecía saber exactamente dónde iba y qué estaba haciendo.

Subió por el sendero del Channa, dejando las huellas de sus pasos en el descarnado rostro de la montaña.

Le tomó la mayor parte de la mañana alcanzar su destino, la puerta.

Cuando se detuvo ante ella, descansó un momento, dio un sorbo de su botella de agua, se secó la boca con el dorso de su mano, sonrió.

Luego se sentó con la espalda apoyada contra la puerta y comió. Cuando hubo terminado, arrojó los restos por el borde y los observó caer, derivando de un lado para otro en las corrientes de aire, hasta que se perdieron de vista. Entonces encendió su pipa y fumó.

Tras descansar un rato, se puso en pie y se enfrentó de nuevo a la puerta.

Su mano se apoyó en la placa de presión, se movió lentamente realizando una serie de gestos. Hubo un sonido musical procedente del otro lado de la puerta cuando su mano izquierda se apartó de la placa.

Luego alzó la argolla y tiró hacia sí, con los músculos de sus hombros en tensión. La puerta se movió, lentamente al principio, luego con mayor rapidez. Se echó a un lado mientras la hoja giraba hacia fuera, pasando más allá del reborde.

Había otra argolla, gemela de la primera, en la superficie interior de la puerta. La tomó al paso, clavando sus talones en el suelo para frenar la puerta e impedir que se abriera más allá de su alcance.

Una oleada de cálido aire brotó de la abertura a sus espaldas.

Cerró de nuevo la puerta tras él, e hizo una pausa únicamente para encender una de las varias antorchas que llevaba. Luego avanzó a lo largo de un corredor que se hacía más ancho a medida que se adentraba en él.

El suelo se inclinó repentinamente hacia abajo, y tras un centenar de pasos el techo estaba tan alto que era invisible.

Al cabo de doscientos pasos, se detuvo al borde del pozo.

Se hallaba ahora en medio de una vasta oscuridad apenas alterada por las llamas de su antorcha. Las paredes habían desaparecido, salvo la que tenía a su espalda y a la derecha. El suelo terminaba a poca distancia ante él.

Más allá de aquel reborde se abría lo que aparentemente era un pozo sin fondo. No podía ver el otro lado, pero sabía que tenía que ser de forma aproximadamente circular; y sabía también que su circunferencia se hacía mayor a medida que descendía

Empezó a bajar por el sendero que recorría la pared del pozo, y pudo sentir el azote del calido aire que brotaba de sus profundidades. Aquel sendero era artificial. Uno podía darse cuenta de ello, pese a su tosquedad. Era precario y estrecho; estaba cuarteado en muchos lugares, y en algunos puntos los escombros se habían acumulado en él. Pero su firme inclinación hacia abajo hablaba del hecho de que había un esquema y una finalidad en su existencia.

Avanzó cuidadosamente por el sendero. A su izquierda estaba la pared. A su derecha no había nada.

Tras lo que pareció una eternidad y media, divisó un pequeño parpadeo de luz muy lejos a sus pies, colgando en medio del aire.

La curvatura de la pared, sin embargo, fue desviando lentamente su camino, de modo que la luz dejó de colgar en la distancia, situándose debajo de él y ligeramente a su derecha.

Otro giro del sendero la colocó directamente frente a él.

Cuando pasó junto al nicho en la pared donde estaba alojada la llama, oyó una voz dentro de su mente que exclamaba:

—¡Libérame, maestro, y pondré el mundo a tus pies!

Pero apresuró el paso, sin mirar siquiera al casi rostro que albergaba la abertura.

Flotando en el océano de oscuridad que se extendía bajo sus pies se divisaban ahora más luces.

El pozo seguía ensanchándose. Estaba lleno de resplandecientes destellos, como llamas, pero que no eran llamas; lleno de formas, rostros, medio recordadas imágenes. De cada una de ellas brotaba un grito cuando pasaba por su lado:

—¡Libérame! ¡Libérame!

Pero no se detuvo.

Llegó al fondo del pozo y lo cruzó, pasando entre rotos peñascos y saltando fisuras en el suelo rocoso. Finalmente alcanzó la pared opuesta, donde danzaba un gran fuego naranja.

Se volvió rojo cereza a medida que se acercaba, y cuando estuvo ante él tenía el azul del corazón del zafiro.

Se alzaba hasta dos veces su altura, pulsando y retorciéndose. De él brotaban pequeñas llamitas en su dirección, pero retrocedían como si chocaran contra una invisible barrera.

Durante su descenso había pasado junto a tantas llamas que había perdido la cuenta de su número. Sabía también que había más ocultas dentro de las cavernas que se abrían en el fondo del pozo.

Cada llama junto a la que había pasado en su descenso se había dirigido a él, utilizando su propio tipo de comunicación, de modo que las palabras habían sonado como el batir de un tambor en su

cabeza: palabras amenazadoras y suplicantes, palabras llenas de promesas. Pero ningún mensaje brotó para él de aquel gran resplandor azul, más grande que ninguno de los otros. Ninguna forma giraba o se retorcía, hipnóticamente, en su brillante corazón. Era una llama, y seguía siendo una llama.

Encendió una nueva antorcha y la clavó entre dos rocas.

—¡Así, Odiado, que has vuelto!

Las palabras cayeron sobre él como latigazos. Afirmándose sobre sus pies, se enfrentó a la llama azul y respondió:

—¿Eres el llamado Taraka?

—Quien me ató aquí debería saber cómo soy llamado —brotaron las palabras—. No creas, oh Siddhartha, que porque llevas un cuerpo distinto no vas a ser reconocido. Contemplo los flujos de energía que son tu auténtico ser.., no la carne que los enmascara.

—Entiendo —respondió el otro.

—¿Vienes a burlarte de mí en mi prisión?

—¿Me burlé de ti cuando te Até?

—No, no lo hiciste.

—Hice lo que tenía que hacer para preservar mi propia especie. Los hombres eran débiles y escasos en número. Los tuyos cayeron sobre ellos y los hubieran destruido.

—Nos robaste nuestro mundo, Siddhartha. Nos encadenaste aquí. ¿Qué nueva indignidad preparas para nosotros?

—Quizá haya alguna forma en que pueda ofreceros una reparación.

—¿Qué es lo que quieres?

—Aliados.

—¿Quieres que nos pongamos a tu lado en una lucha?

—Correcto.

—Y cuando la lucha haya terminado, nos atarás de nuevo.

—No si podemos llegar a alguna especie de acuerdo por anticipado.

—Explícame tus términos —dijo la llama.

—En los viejos días tu gente caminaba, visible e invisible, por las calles de la Ciudad Celestial.

—Eso es cierto.

—Ahora está mejor fortificada.

—¿En qué forma?

—Vishnu el Preservador y Yama—Dharma, Señor de la Muerte, han cubierto todo el Cielo, en vez de solamente la Ciudad, como estaba en los viejos días, con lo que se dice es un domo impenetrable.

—No existe ningún domo impenetrable.

—Solamente digo lo que he oído

—Hay muchos caminos a la Ciudad, Señor Siddhartha.

—¿Los descubrirás todos para mí?

—¿Ése es el precio de mi libertad?

—De tu libertad.... sí.

—¿Qué hay de los otros de mi raza?

—Si ellos también deben ser liberados, todos tenéis que aceptar ayudarme en sitiar la Ciudad y tomarla.

—¡Libéranos, y el Cielo caerá!

—¿Hablas por los demás?

—Soy Taraka. Hablo en nombre de todos.

—¿Qué garantías me das, Taraka. de que este acuerdo va a ser respetado?

—¿Mi palabra? Me sentiré feliz jurando por cualquier cosa que quieras nombrar...

—Esa facilidad con los juramentos no es la cualidad mas tranquilizadora en un trato. Y tu fuerza es también tu debilidad en cualquiera de ellos. Eres tan fuerte que eres incapaz de garantizarle a otro él poder de controlarte. No posees dioses por los que jurar. Lo único que honras son las deudas de juego, y no hay base para jugar a nada aquí.

—*Tú* posees el poder de controlamos.

—Individualmente, quizá. Pero no colectivamente.

—Es un problema difícil —dijo Taraka—. Daría cualquier cosa por conseguir mi libertad..., pero todo lo que poseo es poder, puro poder, algo esencialmente intransmisible. Una fuerza más grande podría dominarlo, pero ésa no es la respuesta. No sé realmente cómo darte una seguridad satisfactoria de que mantendré mi promesa. Sí yo fuera tú, *por supuesto* que no me creería.

—Es un auténtico dilema. Así que te liberaré..., sólo a ti, para que visites el Polo y observes las defensas del Cielo. En tu ausencia, estudiaré más a fondo el problema. Tú haz lo mismo, y quizá a tu regreso podamos llegar a un arreglo equitativo.

—¡Aceptado! ¡Libérame de esta cárcel!

—Observa mi poder, Taraka —dijo—. Del mismo modo que te até, ahora te libero... ¡así!

La llama saltó fuera de la pared.

Rodó con la forma de una bola de fuego y giró por todo el pozo como un cometa; ardía como un pequeño sol, iluminando la oscuridad; cambiaba de color mientras iba de un lado para otro, y las rocas resplandecían con un brillo entre fantasmal y agradable.

Luego flotó suspendida encima de la cabeza del llamado Siddhartha, enviando hacia abajo sus vibrantes palabras.

—No puedes imaginar mi placer al sentir de nuevo mis fuerzas en libertad. Me gustaría probar una vez más tu poder.

El hombre debajo de él se encogió de hombros.

La bola de fuego se condensó. Pareció encogerse, se hizo más brillante y lentamente descendió hasta el suelo.

Se mantuvo allí, estremeciéndose, como un pétalo caído de una titánica flor; luego derivó lentamente cruzando el fondo del Pozo del Infierno y volvió a entrar en el nicho.

—¿Estás satisfecho? —preguntó Siddhartha.

—Sí —llegó la respuesta, al cabo de un tiempo—. Tu poder no ha menguado, Atador. Libérame otra vez.

—Empiezo a cansarme de este juego, Taraka. Quizá sea mejor que te deje donde estás y busque ayuda en otra parte.

—¡No! ¡Te di mi promesa! ¿Qué más quieres?

—Quiero que no haya ninguna disputa entre nosotros. O me sirves sin reservas en este asunto, o no me sirves. Eso es todo. Elige, y actúa libremente... según tu palabra.

—Muy bien. Libérame, y visitaré el Cielo sobre su montaña de hielo y te informaré de sus debilidades.

—¡Entonces ve!

Esta vez, la llama emergió más lentamente. Osciló ante él, adoptó una forma vagamente humana.

—¿Cuál es tu poder, Siddhartha? ¿Cómo haces lo que haces? —le preguntó.

—Llámalo electrodirección —dijo el otro—, mente sobre energía. Es un término tan bueno como cualquier otro. Pero lo llames como lo llames, no busques desafiarlo. Puedo matarte con él. aunque ninguna arma hecha de materia pueda alcanzarte. ¡Ve ahora mismo!

Taraka se esfumó como un tizón arrojado a un río, y Siddhartha permaneció inmóvil entre las piedras, con su antorcha iluminando la oscuridad a su alrededor.

Descansó, y un murmullo de voces llenó su mente.., prometiendo, tentando, suplicando. Visiones de riqueza y esplendor fluyeron ante sus ojos. Maravillosos harenes fueron exhibidos ante él, y fastuosos banquetes extendidos a sus pies. Esencias de almizcle y champac, y el azulado humo del incienso, derivaron ante su rostro, relajando su alma. Caminó entre flores, seguido por sonrientes muchachas de ojos brillantes que llevaban copas de vino; una voz plateada le cantó, y criaturas no humanas danzaron sobre la superficie de un cercano lago.

—Libéranos, libéranos —cantaron.

Pero sonrió y observó, y no hizo nada.

Gradualmente, las plegarias y las súplicas y las promesas se convirtieron en un coro de maldiciones y amenazas. Esqueletos armados avanzaron sobre él, con bebés empalados en sus relumbrantes espadas. Había pozos a todo su alrededor, de los que brotaban fuegos que olían a azufre. Una serpiente colgó de una rama ante su rostro, escupiendo veneno. Una lluvia de arañas y sapos cayó sobre él.

—Libéranos... ¡o tu agonía será infinita! —gritaron al unísono las

voces.

—Sí persistís —afirmó—, Siddhartha va a ponerse furioso, y perderéis la única posibilidad de libertad que tenéis realmente.

Entonces todo fue silencio a su alrededor, y vació su mente, y durmió.

Comió dos veces, allí en la caverna, y luego durmió de nuevo.

Más tarde, Tanaka regresó con la forma de un pájaro de enormes garras y le informó:

—Los de mi raza pueden entrar por los respiraderos, pero los hombres no. También hay muchos ascensores dentro de la montaña. Muchos hombres podrían subir fácilmente en los más grandes. Por supuesto, están custodiados. Pero si los guardias fueran eliminados y las alarmas desconectadas, podría hacerse. También hay veces en que el propio domo es abierto en distintos lugares, para permitir que entren y salgan los aparatos voladores.

—Muy bien —dijo Siddhartha—. Tengo un reino, a unas semanas de viaje de aquí, donde gobierno. Ha sido nombrado un regente que ocupa mi lugar desde hace varios años, pero si regreso allí puedo organizar un ejército. Una nueva religión se está extendiendo rápidamente. Los hombres ya no temen tanto a los dioses como antes.

—¿Quieres saquear el Cielo?

—Sí, quiero abrir sus tesoros al mundo.

—Eso me gusta. No va a ser fácil ganar, pero con un ejército de hombres y un ejército de los de mi raza podemos hacerlo. Libera ahora mi gente, para que podamos empezar.

—Creo que voy a tener que confiar en ti —dijo Siddhartha—. Así que de acuerdo, empecemos. —Y cruzó el fondo del Pozo del Infierno hacia el primer profundo túnel que conducía hacia abajo.

Aquel día liberó a sesenta y cinco de ellos, que llenaron la caverna con su color y su movimiento y

su luz. El aire sonó con los poderosos gritos de alegría y el ruido de su paso mientras recorrían de un lado para otro el Pozo del Infierno, cambiando de forma constantemente y exultando en su libertad.

Luego, sin advertencia previa, uno de ellos tomó la forma de una serpiente voladora y se lanzó directamente contra él, las garras abiertas y aferrantes.

Por un momento concentró toda su atención en ella.

Lanzó un breve y entrecortado grito y se fragmentó, cayendo al suelo en una lluvia de chispas blancoazuladas.

Luego incluso ésas se desvanecieron, y no quedó absolutamente nada.

Hubo un profundo silencio en la caverna, y las luces pulsaron y disminuyeron en las paredes.

Siddhartha concentró su atención hacia el punto de luz más intenso, Taraka.

—¿Tenía por fin este ataque probar mi fuerza? —inquirió—. ¿Ver si aún puedo matar, de la manera que te dije que podía?

Taraka se acercó, flotó sobre él.

—No fue idea mía que atacara —afirmó—. Supongo que estaba medio loco por su confinamiento.

Siddhartha se encogió de hombros.

—Por el momento, divertíos como queráis —dijo—. Voy a descansar un poco de esta tarea. —Y se retiró a la caverna más pequeña.

Regresó al fondo del pozo, donde se tendió sobre su manta y se durmió.

Tuvo un sueño.

Corría.

Su sombra se extendía ante él y, a medida que corría, crecía de tamaño.

Creció hasta que ya no fue su sombra, sino una enorme silueta grotesca.

De pronto se dio cuenta de que su sombra había sido alcanzada por la de su perseguidor: alcanzada, rebasada, sumergida y sobrepuesta.

Entonces conoció un momento de terrible pánico, allá sobre la ciega llanura por la que huía.

Supo que ésa era ahora su propia sombra.

El destino que lo había estado persiguiendo ya no estaba a sus espaldas.

Sabía que él era ahora su propio destino.

Sabiendo que había sido finalmente atrapado por sí mismo, rió fuertemente, cuando en realidad lo que deseaba era gritar.

Cuando despertó de nuevo estaba caminando. Estaba subiendo el retorcido sendero junto a la pared del Pozo del Infierno.

Mientras caminaba, pasó junto a las llamas prisioneras. Todas gritaron de nuevo mientras cruzaba por su lado: —¡Liberadnos, oh amos!

Y lentamente, en el borde del témpano que era su mente, hubo un ligero deshielo.

Amos.

Plural. No singular.

Amos, habían dicho.

Entonces supo que no caminaba solo.

Ninguna de las formas danzantes, parpadeantes, se movía en la oscuridad a su alrededor, debajo de él.

Aquellos que estaban prisioneros seguían aún prisioneros. Aquellos a los que había liberado habían desaparecido. Ahora estaba subiendo la alta pared del Pozo del Infierno, sin ninguna antorcha que iluminara su camino. Pero, pese a ello, veía.

Veía cada accidente del sendero de roca, como iluminado por la luz de la luna.

Sabía que sus ojos eran incapaces de aquello. Y se habían dirigido a él en plural.

Y su cuerpo estaba moviéndose, pero no bajo la dirección de su voluntad.

Hizo un esfuerzo por detenerse, por mantenerse inmóvil. Siguió avanzando sendero arriba, y fue entonces cuando sus labios se movieron, formando las palabras:

—Veo que has despertado. Buenos días.

Una pregunta se formó en su mente, para ser respondida inmediatamente a través de su propia boca:

—Sí, ¿y cómo se siente uno atado a sí mismo, Atador..., en su propio cuerpo?

Siddhartha formó otro pensamiento:

—No creí que nadie de tu raza fuera capaz de tomar control sobre mí contra mi voluntad..., ni siquiera mientras dormía.

—Para darte una respuesta sincera —dijo el otro—, yo tampoco. Pero tenía a mi disposición los poderes combinados de muchos de los míos. Parecía que valía la pena intentarlo.

—¿Y los otros? ¿Dónde están?

—Se han ido. A vagar por el mundo hasta que los llame.

—¿Y qué hay de esos otros que siguen atados? Si hubieras esperado, también los hubiera liberado a ellos.

—¿Quién se preocupa de esos otros? ¡Ahora estoy libre, y de nuevo con un cuerpo! ¿Qué otra cosa importa?

—¿Debo entender, entonces, que tu promesa de ayudarme no significa nada?

—De ningún modo —respondió el demonio—. Volveremos a este asunto en, digamos, una luna menos o así. La idea me atrae. Siento que una guerra con los dioses tiene que ser algo excelente. Pero primero quiero gozar por un tiempo de los placeres de la carne. ¿Por qué me reprochas un poco de diversión tras los siglos de aburrimiento y prisión a los que me has sometido?

—Debo admitir, sin embargo, que te reprocho el uso de mi persona.

—Sea cual sea el caso, tendrás que soportarlo por un tiempo. Tú también te hallarás en posición de gozar de lo que yo goce, así que, ¿por qué no sacarle el mejor partido a la situación?

—¿Afirmas que estás realmente dispuesto a guerrear contra los dioses?

—Sí, por supuesto. Me gustaría haber pensado en ello por mi mismo en los viejos días. Quizá entonces nunca nos hubiéramos visto atados. Quizá ahora ya no hubiera ni hombres ni dioses en este mundo. Sin embargo, nunca fuimos muy dotados para la acción concertada. La independencia del espíritu acompaña de forma natural nuestra independencia personal. Cada cual entabló sus propias batallas en el conflicto general con la humanidad. Soy un líder, cierto , en virtud del hecho de que soy más viejo y más fuerte y más sabio que los demás. Acuden a mí en busca de consejo, me sirven cuando yo lo ordeno. Pero nunca les he ordenado que fueran a la batalla. Lo haré, sin embargo, más tarde. La novedad aliviará mucho nuestra monotonía.

—Sugiero que no aguardes, porque no habrá un «más tarde», Taraka.

—¿Por qué no?

—Vine al Pozo del Infierno con el enjambre de los dioses zumbando a mis espaldas. Ahora hay sesenta y seis demonios sueltos en el mundo. Muy pronto, vuestra presencia será notada. Los dioses sabrán quién lo ha hecho, y tomarán medidas contra nosotros. El elemento sorpresa se perderá.

—Luchamos contra los dioses en los viejos días.

—Y éstos ya no son los viejos días, Taraka. Los dioses son ahora más fuertes, mucho más fuertes. Habéis permanecido atados mucho tiempo, y su poder ha crecido con el tiempo. Aunque tú mandes el primer ejército de rakasha de la historia, y para respaldarlos en la batalla organice yo un poderoso ejército de hombres, incluso entonces, el resultado final será incierto. Retrasarnos ahora es arrojarlo todo por la borda.

—Me gustaría que no me hablaras así, Siddhartha, porque me turbas.

—Es lo que pretendo. Pese a todos tus poderes, si te enfrentas al Hombre de Rojo beberá tu vida con sus ojos. Vendrá aquí a los Ratnagans, porque me sigue. La libertad de los demonios será una señal que lo dirigirá hacia aquí. Puede traer a otros consigo. Puede que descubras que son demasiado para vosotros.

El demonio no respondió. Alcanzaron la parte superior del pozo, y Taraka avanzó los doscientos pasos hasta la gran puerta, que ahora estaba abierta. Salió al reborde y miró hacia abajo.

—Dudas del poder de los rakasha, ¿eh, Atador? —preguntó. Y entonces— ¡Mira!

Avanzó un paso por encima del reborde.

No cayeron.

Flotaron en las comentes de aire, como los restos de su comida que habla arrojado, ¿cuánto tiempo hacía? Hacía abajo.

Se posaron en el sendero a medio camino de la montaña llamada Channa.

—No sólo estoy en tu sistema nervioso —dijo Tanaka—, sino que he permeado todo tu cuerpo y lo he envuelto con las energías de mi ser. Así que envíame al Hombre de Rojo, que bebe la vida con sus ojos. Me gustará enfrentarme a él.

—Aunque puedas caminar por el aire —dijo Siddhartha—, hablas temerariamente cuando hablas así.

—El príncipe Videgha tiene su corte no lejos de aquí, en Palamaidsu —dijo Taraka—, porque lo visité allí a mi regreso del Cielo. Tengo entendido que es aficionado al juego. Así que allá vamos.

—¿Y si el Dios de la Muerte aparece para unirse al juego? —¡Dejemos que lo haga! —exclamó el otro—. Me estás aburriendo, Atador. Buenas noches ¡Vuelve a dormirte!

Hubo una pequeña oscuridad y un gran silencio, que crecía y se contraía.

Los días que siguieron fueron brillantes fragmentos. Eran trozos de conversaciones o canciones, coloreadas vistas de galerías, habitaciones, jardines. Y en una ocasión contempló una mazmorra donde colgaban hombres suspendidos de argollas, y se oyó a sí mismo reír.

Entre aquellos fragmentos le llegaban sueños y semisueños. Estaban iluminados por el fuego, llenos de sangre y lágrimas. En una oscura e interminable catedral hizo rodar dados que eran soles y planetas. Los meteoros estallaban sobre su cabeza y los cometas trazaban resplandecientes arcos sobre una bóveda de negro cristal. Sintió una oleada de alegría mezclada con temor, y supo que la alegría pertenecía principalmente a otro, aunque era en parte suya también. El miedo, el miedo era todo suyo.

Cuando Taraka bebía demasiado vino, o yacía jadeante en su enorme y baja cama en el harén, entonces su presa sobre el cuerpo que había robado se relajaba ligeramente. Pero Siddhartha estaba aún débil por la invasión mental, y su cuerpo estaba borracho o agotado; y sabía que aún no había llegado el momento de enfrentarse al dominio del señor de los demonios.

Había ocasiones en las que veía, no a través de los ojos del cuerpo que en una ocasión había sido suyo, sino como veía un demonio, en todas direcciones, y desnudaba de carne y huesos a aquellos junto a los que estaba para contemplar las llamas de sus seres, coloreadas con los reflejos y sombras de sus pasiones, parpadeando con avaricia y lujuria y envidia, ardiendo con codicia y hambre, fundiéndose con odio, temblando con miedo y dolor. Su infierno era un lugar multicolor, algo mitigado solamente por el frío resplandor azul de un intelecto de erudito, la blanca luz de un monje moribundo, el halo rosa de una noble dama que se apartaba de su mirada, y los danzantes y simples

colores de los niños jugando.

Recorría los grandes salones y las amplias galerías del palacio real en Palamaidsu, que era uno de sus botines. El príncipe Videgha yacía encadenado en sus propias mazmorras. A través de todo el reino, sus subditos no eran conscientes de que un demonio se sentaba ahora en su trono. Las cosas parecían ser iguales a como siempre habían sido. Siddhartha tenía visiones de cabalgar por las calles de la ciudad a lomos de un elefante. A todas las mujeres de la ciudad se les había ordenado que permanecieran fuera de las puertas de sus moradas. De ellas, eligió las que más le complacieron y las hizo llevar a su harén. Siddhartha se dio cuenta, con un repentino estremecimiento, que estaba asistiendo a la elección, discutiendo con Taraka sobre las virtudes de esta o aquella matrona, doncella o dama. Había sido tocado por la lujuria del señor de los demonios, y estaba haciéndola suya. Esta realización trajo consigo un mayor despertar, y no era siempre la mano del demonio la que alzaba el cuerno de vino a sus labios, o retorcía el látigo en los calabozos. Llegó a estar consciente durante períodos más largos de tiempo, y con un cierto honor supo que, dentro de sí, como dentro de cada hombre, yace agazapado un demonio capaz de responder a su propia raza.

Luego, un día, luchó contra el poder que gobernaba su cuerpo y ataba su mente. Se había recobrado en su mayor parte, y coexistía con Taraka en todas sus acciones, tanto como silencioso espectador que como activo participante.

Permanecían de pie en el balcón encima del jardín, contemplando el día Taraka, con un simple gesto, había vuelto todas las flores negras. Criaturas reptilescas habían ido a morar en los árboles y en los estanques, croando y deslizándose entre las sombras. Los inciensos y perfumes que llenaban el aire eran densos y pegajosos. Oscuros humos se retorcían como serpientes junto al suelo.

Había habido tres intentos contra su vida. El capitán de la guardia del palacio había sido el último en probar. Pero su espada se había convertido en un reptil en su mano y le había atacado al rostro, arrancándole los ojos y llenando sus venas con un veneno que había hecho que su cuerpo se ennegreciera e hinchara, hasta morir aullando por un vaso de agua.

Siddhartha estudió la forma de actuar del demonio, y en aquel momento atacó.

Su poder había crecido de nuevo, lentamente, desde aquel día en e1 Pozo del Infierno cuando lo había esgrimido por última vez. De una forma extrañamente independiente del cerebro de su cuerpo, tal como Yama le había dicho una vez, el poder giró como una lenta rueda de fuegos artificiales en el centro del espacio que era él mismo.

Giró de nuevo, más rápido, y lo lanzó contra la fuerza del otro.

Un grito escapó de Taraka, y un contragolpe de pura energía partió hacia Siddhartha como una lanza.

Consiguió desviarlo parcialmente, para absorber parte de su fuerza. De todos modos, hubo dolor y un torbellino dentro de él cuando el impacto del ataque alcanzó su parte más sensible.

No se detuvo a considerar el dolor, sino que golpeó de nuevo, como un lancero golpea contra la oscura madriguera de alguna terrible bestia.

De nuevo oyó sus labios gritar.

Luego el demonio empezó a edificar negras paredes contra su poder.

Pero, una a una, aquellas paredes cayeron ante su empuje.

Y, mientras luchaban, hablaron.

—Oh hombre de muchos cuerpos —dijo Taraka—, ¿por qué me reprochas unos pocos días dentro de éste? No es el cuerpo en el que naciste, y tú también lo llevaste prestado durante un tiempo. ¿Por qué entonces consideras mi contacto como una profanación? Un día llevarás otro cuerpo, intocado por mí. ¿Por qué, pues, consideras mi presencia como una polución, una enfermedad? ¿Es porque lo que hay dentro de ti se asemeja en el fondo a mí mismo? ¿Es porque tú también conoces el deleite al estilo de los rakasha, saboreando el dolor que causas como un placer, imponiendo tu voluntad a tu gusto y sobre quién gustes? ¿Es por eso? ¿Porque tú también conoces y deseas esas cosas, pero también cargas con esa maldición humana llamada culpa? Si es así, me burlo de tu debilidad, Atador. Y te venceré.

—Es porque soy lo que soy, demonio —dijo Siddharta, lanzando sus energías contra él—. Es porque soy un hombre que ocasionalmente aspira a cosas más allá del vientre y el falo. No soy el santo que los budistas creen que soy, y no soy el héroe de la leyenda. Soy un hombre que conoce mucho miedo, y que ocasionalmente siente culpabilidad. Principalmente, sin embargo, soy un hombre que ha decidido hacer algo, y tú estás bloqueando mi camino. Así que heredarás mi maldición. Tanto si venzo como si pierdo, Taraka, tu destino ya se ha visto alterado. Ésta es la maldición del Buda, nunca volverás a ser el mismo que fuiste.

Y durante todo aquel día permanecieron en el balcón, con las ropas empapadas por el sudor. Permanecieron inmóviles como estatuas, hasta que el sol desapareció del cielo y el sendero de oro dividió el oscuro cuenco de la noche.. Una luna se alzó por encima del muro del jardín. Más tarde, otra se le unió.

—¿Cuál es la maldición del Buda? —inquinó Taraka, una y otra vez. Pero Siddhartha no replicó.

Había derribado la última pared, y ahora lucharon con energías como haces de fulgurantes flechas.

De un Templo, en la distancia, llegó el monótono batir de un tambor, y ocasionalmente una criatura del jardín croó, un pájaro le gritó, o un enjambre de insectos cayó sobre ellos, se alimentó y luego se marchó.

Después, como una lluvia de estrellas, llegaron, cabalgando los vientos nocturnos.., los Liberados del Pozo del Infierno, los otros demonios que habían sido soltados al mundo.

Llegaron en respuesta a la llamada de Taraka, añadiendo sus poderes al suyo.

Se transformó en un torbellino, una marejada, una tormenta de rayos.

Siddhartha se sintió barrido por una titánica avalancha, aplastado, sofocado, enterrado.

Lo último que recordó fue la risa en su propia garganta.

No supo el tiempo que transcurrió antes de recuperarse. Esta vez fue algo lento, y ocurrió en un palacio donde los demonios eran sirvientes.

Cuando las últimas ataduras anestésicas de la fatiga mental desaparecieron, advirtió algo extraño a su alrededor.

Las grotescas ensoñaciones prosiguieron. Se estaban celebrando fiestas en los calabozos, donde los demonios animaban cadáveres para perseguir a sus víctimas y abrazarlas. Se producían oscuros milagros, como el bosquecillo de retorcidos árboles que brotó de las losas de mármol del propio salón del trono.., un bosquecillo donde tos hombres dormían sin despertarse, gritando cuando las viejas pesadillas dejaban paso a otras nuevas. Pero algo extrañamente distinto había entrado en el palacio.

Taraka ya no estaba complacido.

—¿Cuál es la maldición del Buda? —inquirió de nuevo, al sentir la presencia de Siddhartha presionando una vez más contra la suya.

Siddhartha no respondió inmediatamente.

El otro prosiguió:

—Creo que te devolveré pronto tu cuerpo. Empiezo a sentirme cansado de este deporte, de este palacio. Estoy cansado, y creo que quizá pronto llegue el día en que debamos iniciar la guerra contra el Cielo. ¿Qué dices tú a eso, Atador? Ya te dije que mantendría mi palabra.

Siddhartha no le respondió.

—¡Mis placeres disminuyen cada día! ¿Sabes por qué ocurre esto, Siddhartha? ¿Puedes decirme por qué me abruman extraños sentimientos, amargando mis momentos más intensos, debilitándome y aplastándome cuando debería sentirme exaltado, cuando debería estar henchido de júbilo? ¿Es ésta la maldición del Buda?

—Sí —dijo Siddhartha

—Entonces libérame de tu maldición, Atador, y partiré hoy mismo. Te devolveré este manto de carne. ¡Anhelo de nuevo el frío, los puros vientos de las alturas! ¿Me liberarás ahora?

—Ya es demasiado tarde, oh jefe de los rakasha. Tú mismo te lo has buscado.

—¿Qué me he buscado? ¿Cómo me has atado esta vez?

—¿Recuerdas cómo, mientras luchábamos en el balcón, te burlaste de mí? Me dijiste que yo también hallaba placer con el dolor que tú infligías. Estabas en lo cierto, porque todos los hombres tienen en su interior tanto lo que es oscuro como lo que es luminoso. Un hombre está formado por muchas divisiones, no es una llama pura y simple como vosotros fuisteis una vez. Su intelecto lucha a menudo con sus emociones, su voluntad con sus deseos.....sus

ideas están reñidas con su entorno, y quien las sigue conoce la pérdida de lo antiguo, pero si no las sigue, siente el dolor de haber traicionado un sueño nuevo y noble. Cualquier cosa que haga representa a la vez un logro y una pérdida, una llegada y una partida. Siempre lamenta lo que se ha ido y teme una parte de lo que es nuevo. La razón se opone a la tradición. Las emociones se oponen a las restricciones que sus semejantes imponen sobre él. De la fricción de estas cosas surge siempre lo que tú llamaste burlonamente la maldición del hombre..., ¡la culpa!

«Debes saber, pues, que mientras coexistimos en el mismo cuerpo y compartimos nuestros caminos, no siempre a la fuerza, la senda que seguimos no fue una donde todo el tráfico se moviera en la misma dirección. Cuando retorcías mi voluntad para amoldarla a tu comportamiento, tu voluntad resultaba también retorcida por mi revulsión hacia algunos de tus actos. Has aprendido la culpabilidad, y siempre arrojará su sombra sobre todo lo que comas y bebas. Por eso tu placer se ha visto roto. Por eso buscas ahora huir. Pero eso no te servirá de nada. Te seguirá por todo el mundo. Se elevará contigo hasta el reino de los vientos fríos y puros. Te perseguirá allá donde vayas. Ésta es la maldición del Buda.

Taraka se cubrió el rostro con las manos.

—Así que esto es llorar —dijo al cabo de un tiempo.

Siddhartha no respondió.

—Te maldigo, Siddhartha —dijo—. Me has atado de nuevo, en una prisión mucho más terrible aún que el Pozo del Infierno.

—Te has atado tú mismo. Eres tú quien rompió el pacto. Yo lo mantuve.

—Los hombres sufren cuando rompen sus pactos con los demonios —dijo Taraka—, pero ningún rakasha había sufrido nunca antes.

Siddhartha no respondió.

A la mañana siguiente, mientras estaba sentado desayunando, golpearon violentamente la puerta de sus habitaciones.

—¿Quién se atreve? —exclamó, y la puerta reventó hacia dentro, los goznes arrancados del marco, el cierre saltando como un palo seco.

Con la cabeza de un tigre cornudo sobre los hombros de un simio, grandes cascos como pies, ganas en vez de manos, el rakasha irrumpió bruscamente en la habitación, echando humo por la boca mientras se hacía transparente por un momento, volvía a la completa visibilidad, se desvanecía de nuevo, regresaba. De sus garras chorreaba algo que no era sangre, y una amplia quemadura cruzaba su pecho. El aire se llenó con el olor a pelo chamuscado y carne quemada.

—¡Maestro! —gritó—. ¡Ha llegado un extraño, pidiendo audiencia contigo!

—¿Y no has conseguido convencerle de que no estaba disponible?

—Señor, una veintena de guardias humanos cayeron sobre él, e hizo un gesto... Agitó su mano hacia ellos, y hubo un estallido de luz tan brillante que ni siquiera los rakasha pudimos mirarla directamente. Por un instante sólo hubo esto..., y luego todos habían desaparecido, como si no hubieran existido nunca. También había un gran agujero en la pared, detrás del lugar donde

estaban... No había cascotes: sólo un limpio y liso agujero.

—¿Y entonces te lanzaste contra él?

—Muchos de los rakasha nos lanzamos contra él..., pero tiene eso que nos repele. Hizo un gesto de nuevo, y tres de nosotros desaparecieron, desvanecidos en esa luz que arroja... Yo no recibí toda su fuerza, sino que apenas fui rozado por su poder. En consecuencia, me envió aquí para entregar su mensaje... Ya no puedo seguir manteniéndome...

Y desapareció, y un globo de fuego colgó allá donde había estado la criatura. Ahora sus palabras llegaron directamente a su mente, en vez de ser pronunciadas a través del aire.

—Exige que vayas a verle sin demora. De otro modo, dice que destruirá el palacio.

—Los tres a los que quemó, ¿también tomaron de nuevo su forma natural?

—No —respondió el rakasha—. Ya no están..

—¡Describe a ese extranjero! —ordenó Siddhartha, forzando las palabras a través de sus labios.

—Es muy alto —dijo el demonio—, y lleva pantalones negros y botas. Sobre la cintura lleva un extraño atuendo. Es como un guante blanco sin costuras, sobre su mano derecha solamente, que se extiende a lo largo de todo su brazo y cruzando sus hombros, envolviendo su cuello y alzándose liso y prieto en torno a su cabeza. Solamente es visible la parte inferior de su rostro, porque lleva sobre los ojos unas grandes lentes negras que sobresalen medio palmo de su cara. Al cinto lleva una corta funda del mismo material blanco..., que no contiene una daga, sin embargo, sino como una vara. Bajo el material de su atuendo, allá donde cruza sus hombros y asciende por su cuello, hay una protuberancia, como si llevara allí un pequeño bulto.

—¡El Señor Agni! —dijo Siddhartha— ¡Has descrito al dios del Fuego!

—Sí, tiene que serlo —dijo el rakasha— Porque cuando miré más allá de su carne, para ver los colores de su auténtico ser, vi un resplandor como el del corazón del sol. Si hay un dios del Fuego, es indudablemente él.

—Tenemos que huir —dijo Siddhartha—, porque va a haber un gran incendio. No podemos luchar con él, así que marchémonos rápidamente.

—No temo a los dioses —dijo Taraka—, y me gustaría probar el poder de éste.

—No puedes vencer al Señor de la Llama —dijo Siddhartha—. Su vara de fuego es invencible. Le fue entregada por el dios de la muerte.

—Entonces se la arrebataré y la volveré contra él.

—¡Nadie puede hacerlo sin verse cegado y perder una mano en el intento! Es por eso por lo que lleva su extraño atuendo. ¡No perdamos más tiempo aquí!

—Debo verlo por mí mismo —dijo Taraka—. Debo verlo.

—No dejes que tu recién descubierta culpabilidad te impulse a flirtear con la autodestrucción.

—¿Culpabilidad? —dijo Taraka—. ¿Esa mezquina rata roedora de la mente de la que me hablaste? No, no se trata de culpabilidad, Atador. Es que en este mundo, allá donde antes yo era supremo, excepto por ti, han surgido nuevos poderes. Los dioses no eran tan fuertes en los viejos días, y si realmente su poder ha crecido, entonces ese poder debe ser probado ¡por mí en persona! Es propio de mi naturaleza, que es energía, luchar contra cualquier nueva energía que surja, y o bien triunfar sobre ella o ser atado por ella. Debo probar la fuerza del Señor Agni, para vencerle.

—¡Pero somos dos dentro de este cuerpo!

—Eso es cierto... Si este cuerpo resulta destruido, entonces te llevaré conmigo, te lo prometo. Ya he fortalecido tus llamas a la manera de los de mi especie. Si este cuerpo muere, seguirás viviendo como un rakasha. Hubo un tiempo en que nuestra raza tuvo cuerpos también, y recuerdo el arte de fortalecer las llamas de tal modo que puedan arder independientemente del cuerpo. He hecho esto contigo, así que no temas.

—Muchas gracias.

—¡Ahora vayamos a enfrentarnos a la llama, y apaguémosla!

Abandonaron las habitaciones reales y descendieron las escaleras. Muy abajo, prisionero en sus propias mazmorras, el príncipe Videgha sollozaba en su sueño.

Salieron por la puerta que había detrás de los cortinajes a espaldas del trono. Cuando echaron a un lado las cortinas, vieron que el gran salón estaba vacío, excepto por los durmientes dentro del oscuro bosquecillo y la figura de pie en medio de la estancia, con el brazo blanco doblado sobre el brazo desnudo y una vara de plata sujeta entre los dedos de su mano enguantada.

—¿Ves cómo se yergue? —dijo Siddhartha—. Está confiado en su poder, y con razón. Es Agni de los lokapalas. Puede ver hasta el más lejano horizonte como si estuviera al alcance de sus dedos. Y puede alcanzar hasta tan lejos. Se dice que una noche marcó incluso las lunas con esa vara. Si toca su base con un contacto que tiene dentro de su guante, el Fuego Universal saltará hacia delante con un brillo cegador, eliminando la materia y dispersando las energías que halle a su paso. Aún no es demasiado tarde para retirarnos.

—¡Agni! —oyó que gritaba su boca— ¿Has pedido audiencia con quien gobierna aquí?

Las negras lentes se volvieron hacia él. Los labios de Agni se fruncieron, para desvanecerse en una sonrisa que se disolvió en palabras.

—Pensé que te encontraría aquí —dijo, con una voz nasal y penetrante—. Toda esa santidad era demasiado para ti, así que cortaste amarras, ¿eh? ¿Tengo que llamarte Siddhartha, o Tathagatha, o Mahasamatman , o simplemente Sam?

—Estúpido —respondió—. Aquél que era conocido por ti como el Atador de Demonios, entre todos esos demás nombres, está ahora atado. ¡Tienes el privilegio de dirigirte a Taraka de los rakasha, Señor del Pozo del Infierno!

Hubo un clic, y las lentes se volvieron rojas.

—Sí, percibo la verdad de lo que dices —respondió el otro—. Estoy contemplando un caso de posesión demoníaca. Interesante. Y sin duda indescifrable, también —Se encogió de hombros y luego añadió—. Pero puedo destruir a dos tan fácilmente como a uno.

—¿Eso crees? —inquinó Taraka, alzando ambos brazos ante él.

Al hacerlo, hubo como un retumbar, y el negro bosque se extendió en un instante por todo el suelo, tragando a la figura erguida allí en medio, con sus oscuras ramas agitándose temblorosas hacia ella. El retumbar prosiguió, y el suelo se movió varios centímetros bajo sus pies. Encima de sus cabezas se produjo un crujido y el sonido de piedra al partirse. Empezó a caer polvo y mortero.

Entonces hubo un destello cegador de luz, y los árboles desaparecieron, dejando cortos tocones y ennegrecidas manchas en el suelo.

Con un gruñido y un tremendo crujido, el techo cedió.

Mientras retrocedían cruzando la puerta que se abría detrás del trono, vieron a la figura, que seguía de pie en el centro de la estancia, alzar su vara directamente sobre su cabeza y moverla en un pequeño círculo.

Un cono de brillo partió hacia arriba, disolviendo todo lo que tocaba. Los labios de Agni seguían distendidos por una sonrisa cuando las grandes piedras llovieron a su alrededor, sin que ninguna cayera cerca de él.

El retumbar prosiguió, y el suelo crujió, y las paredes empezaron a oscilar.

Cerraron de golpe la puerta, y Sam sintió un terrible vértigo cuando la ventana, que un momento antes se hallaba en el extremo más alejado del corredor, pasó como una exhalación por su lado.

Echaron a correr hacia arriba y hacia fuera a través del aire, y una sensación de hormigueo y burbujeo llenó su cuerpo, como si fuera un ser líquido a través del cual era aplicada una corriente eléctrica.

Miró hacia atrás, con la visión del demonio que veía en todas direcciones, hacia Palamaídsu, ya tan distante ahora que hubiera podido ser enmarcada y colgada en una pared como un cuadro. En la alta colina en el centro de la ciudad, el palacio de Videgha se derrumbaba sobre sí mismo, y grandes estrías luminosas, como rayos invertidos, brotaban de las ruinas hacia el cielo.

—Ésa es tu respuesta, Taraka —dijo—. ¿Quieres volver y probar su poder de nuevo?

—Tenía que intentarlo —dijo el demonio.

—Ahora permíteme que te dé otra advertencia. No bromeaba cuando dije que él puede ver hasta el más lejano horizonte. Si se libera pronto de ese amasijo y vuelve su mirada en esta dirección, nos detectará. No creo que puedas moverte más rápido que la luz, así que te sugiero que vueles bajo y utilices el terreno como cobertura.

—He hecho que seamos invisibles, Sam.

—Los ojos de Agni pueden ver más profundamente en las bandas del rojo y del violeta que los de un hombre.

Perdieron rápidamente altitud. En Palamaídsu, sin embargo Sam vio que la única evidencia que quedaba del palacio de Videgha era una nube de polvo sobre una colina gris.

Se dirigieron hacia el norte como un torbellino, y finalmente los Ratnagans estuvieron a sus pies. Cuando llegaron a la montaña llamada Channa, rebasaron su pico y se posaron en el saliente ante la abierta entrada del Pozo del Infierno.

Entraron y cerraron la puerta a sus espaldas.

—La persecución seguirá —dijo Sam—, y ni siquiera el Pozo del Infierno podrá protegernos contra ella.

—¡Qué seguros están de su poder —dijo Taraka—, para enviar sólo a uno!

—¿No crees que esa confianza tiene su fundamento?

—No —dijo Taraka—. ¿Pero qué hay del Hombre de Rojo del que hablaste, el que bebe la vida con los ojos? ¿No creías que enviarían al Señor Yama en vez de a Agni?

—Sí —dijo Sam, mientras se adentraban en el pozo—. Estaba seguro de que él me seguiría, y aún creo que lo hará. Cuando lo vi por última vez, le puse en una situación algo comprometida. Supongo que me perseguirá a cualquier lado. Quién sabe, puede que incluso esté emboscado en el propio fondo del Pozo del Infierno.

Llegaron al borde del pozo y empezaron a descender por el sendero.

—No nos aguarda aquí dentro —anunció Taraka—. Si alguien distinto de un rakasha hubiera pasado por aquí ya hubiera sido detectado por aquellos que aguardan atados.

—Vendrá —dijo Sam—, y cuando el Hombre de Rojo llegue al Pozo del Infierno, nadie lo detendrá en su camino.

—Pero muchos lo intentarán —dijo Taraka—. Aquí está el primero.

La primera llama brotó a la vista, en su nicho al lado del sendero.

Mientras pasaban por su lado, Sam la liberó, y saltó en el aire como un brillante pájaro y descendió por el pozo trazando espirales.

Descendieron paso a paso, y de cada nicho brotó el fuego liberado. A una indicación de Taraka, algunos ascendieron y desaparecieron sobre el borde del pozo, cruzando la enorme puerta que exhibía las palabras de los dioses sobre su cara externa.

Cuando alcanzaron el fondo del pozo, Taraka dijo:

—Liberemos también a aquellos que se hallan encerrados en las cavernas.

Así que siguieron por los corredores y las profundas cavernas, liberando a los demonios encerrados

dentro.

Luego, al cabo de un tiempo —no supo decir cuánto—, todos estaban libres.

Los rakasha se congregaron entonces en la caverna, alineados en grandes falanges de llamas, y sus gritos se unieron en una firme y resonante nota que resonó y resonó y vibró en su cabeza, hasta que se dio cuenta, y el pensamiento le asombró, de que estaban cantando.

—Sí —dijo Taraka—, es la primera vez en siglos que hacen eso.

Sam escuchó las vibraciones dentro de su cráneo, captando algo del significado tras los silbidos y el resplandor, mientras tos sentimientos que los acompañaban se reducían a palabras y cadencias más familiares a su mentalidad.

Somos las legiones condenadas del Pozo del Infierno

los desterrados de la llama caída.

Somos la raza vencida por el hombre

así que maldecimos al hombre ¡Olvidad su nombre!

Este mundo era nuestro antes de los dioses en los días anteriores a la raza de los hombres. Y cuando hombres y dioses se hayan ido este mundo volverá a ser nuestro de nuevo.

Las montañas caerán, se secarán los mares las lunas desaparecerán del cielo. El Puente de los Dioses caerá algún día y todo lo que respira acabará muriendo.

Pero nosotros los del Pozo del Infierno prevaleceremos cuando caigan los dioses, cuando caigan los hombres Las legiones de los condenados no morirán ¡Esperaremos, esperaremos, para surgir de nuevo!

Sam se estremeció mientras seguían cantando y cantando recordando sus desvanecidas glorias confiados de su habilidad de sobrevivir a toda circunstancia, de enfrentarse a cualquier fuerza, con el judo cósmico de un empuje un tirón y una larga espera, contemplando como todo lo que desaprobaban volvía su fuerza contra sí mismo y pasaba. En aquel momento casi creyó que lo que estaban cantando era cierto y que un día no habría allí nadie excepto los rakasha merodeando sobre el transfigurado paisaje de un mundo muerto.

Luego dirigió su mente a otros asuntos y obligó a aquellas ideas a salir de él. Pero en los días que siguieron, e incluso en ocasiones años más tarde, aquella escena volvió para minar sus esfuerzos y burlarse de sus alegrías, para hacerle meditar, conocer la culpabilidad, sentir tristeza y así sentirse humilde.

Al cabo de un rato uno de los rakasha que se había marchado antes regresó y descendió al fondo del pozo. Flotó en el aire e informó de lo que había visto. Mientras hablaba sus fuegos adoptaron la forma de una cruz tao.

—Es la forma de ese carro —dijo— que llameó cruzando el cielo y luego cayó posándose en el valle más allá del Pico Sur.

—Atador, ¿conoces esa nave? —preguntó Taraka.

—La he oído describir antes —dijo Sam—. Es el carro del trueno del Señor Shiva.

—Describe a su ocupante —le dijo al demonio.

—Eran cuatro, Señor.

—¡Cuatro!

—Sí. Hay ese al que has descrito como Agni, el Señor de los Fuegos. Con él hay otro que lleva los cuernos de un toro clavados sobre un casco bruñido, su armadura parece de bronce viejo, pero no es bronce, está trabajada con la forma de varias serpientes, y no parece pesarle cuando se mueve. Éste lleva en su única mano un tridente muy brillante, y su cuerpo no va protegido por ningún escudo.

—Éste es Shiva —dijo Sam.

—Y caminando con estos dos viene uno todo de rojo, cuya mirada es oscura. Éste no habla, pero ocasionalmente sus miradas caen sobre la mujer que camina a su lado, a su izquierda. Ella es de tez y pelo claros, y su armadura es roja como la de él. Sus ojos son como el mar, y sonríe a menudo con labios del color de la sangre de los hombres. En tomo a su garganta pende un collar de cráneos. Lleva un arco y una espada corta al cinto. En sus manos sostiene un extraño instrumento, como un cetro negro rematado por un cráneo de plata que es también una rueda.

—Esos dos son Yama y Kali —dijo Sam—. Ahora óyeme, Taraka, el más poderoso de los rakasha, mientras te explico lo que avanza contra nosotros. Ya conoces bien el poder de Agni, y te he hablado del Hombre de Rojo. La que camina a la izquierda de la Muerte posee también la mirada que bebe la vida que contempla. Su cetro—rueda grita como las trompetas que señalan el fin del Yuga, y todo lo que se halla delante de su gemido se ve derribado y confundido. Es de temer tanto como su Señor, que es despiadado e invencible. Pero el del tridente es el Señor de la Destrucción en persona. Es cierto que Yama es Rey de la Muerte y Agni Señor de las Llamas, pero el poder de Shiva es el poder del caos. Suya es la fuerza que separa al átomo del átomo, rompiendo las formas de todas las cosas contra las que se dirige. Frente a esos cuatro son impotentes todos los liberados del Pozo del Infierno. En consecuencia, marchémonos inmediatamente de este lugar, porque lo más seguro es que vengan aquí.

—¿No te prometí, Atador —dijo Taraka—, que te ayudaría a luchar contra los dioses?

—Sí, pero de lo que yo hablaba era de un ataque por sorpresa. Ésos, ahora, se han investido con sus Aspectos y han asumido sus Atributos. De haberlo querido, sin ni siquiera aterrizar con el carro del trueno Channa ya no existiría sino que en el lugar de esta montaña habría un profundo cráter, aquí en mitad de los Ratnagaris. Debemos huir, y luchar contra ellos otro día.

—¿Recuerdas la maldición del Buda? —preguntó Taraka— ¿Recuerdas cómo me hablaste de la culpabilidad, Siddhartha? Yo lo recuerdo, y siento que te debo esta victoria. Te debo algo por el dolor que te he causado, y en pago de ello pondré a esos dioses en tus manos

—¡No! ¡Si realmente quieres servirme, hazlo en otro momento! ¡Sírveme ahora llevándome fuera de este lugar, lejos y rápido!

—¿Tienes miedo de este encuentro, Señor Siddhartha?

—¡Sí, lo tengo! ¡Porque es una temeridad! ¿Qué hay de vuestra canción «Esperaremos, esperaremos, para surgir de nuevo»? ¿Dónde está la paciencia de los rakasha? Decís que aguardaréis a que los mares se sequen y las montañas caigan, a que las lunas desaparezcan del cielo... ¡pero no podéis aguardar a que yo decida el momento y el campo de batalla! Conozco a esos dioses mucho mejor de lo que los conocéis vosotros, porque hubo un tiempo en que fui uno de ellos. No os precipitéis de esta forma ahora. ¡Si queréis servirme, ahorradme este encuentro!

—Muy bien. Te haré caso, Siddhartha. Tus palabras me han emocionado, Sam. Pero querría probar su fuerza. Así que voy a enviar algunos de los rakasha contra ellos. Pero tu y yo viajaremos lejos muy profundo, hasta las raíces del mundo. Allí aguardaremos el informe de la victoria. Si de algún modo, los rakasha pierden en la confrontación, entonces te llevaré muy lejos de aquí y te devolveré tu cuerpo. Lo conservaré unas cuantas horas más sin embargo, para saborear tus pasiones en esta lucha.

Sam asintió con la cabeza.

—Amén —dijo, y con una sensación de cosquilleo de burbujeo, se sintió elevado del suelo y llevado a través de enormes cavernas y pasillos jamás cartografiados por los hombres.

Mientras avanzaban de abovedada caverna a abovedada caverna, descendiendo por túneles y abismos y pozos, cruzando laberintos y grutas y corredores de roca, Sam dejó vagar su mente, adentrándose hacia atrás por los senderos de la memoria. Pensó en los días de su reciente ministerio, cuando intentó añadir las enseñanzas del Gautama al conjunto de la religión por la que era gobernado el mundo. Pensó en un hombre extraño, Sugata, cuyas manos habían impartido tanto la muerte como la bendición. A lo largo de los años, sus nombres se verían mezclados junto con sus acciones. Había vivido demasiado como para no saber la forma en que el tiempo moldeaba las

leyendas. Había habido un auténtico Buda, ahora lo sabía. La enseñanzas que él había ofrecido, no importaba lo espurias que fuesen, habían atraído a aquel auténtico creyente, que había alcanzado de algún modo la iluminación, marcado la mente de los hombres con su santidad y luego acudido voluntariamente al sacrificio en manos de la propia Muerte. Sabía que Tathagatha y Sugata se convertirían en parte de una sola leyenda, y que Tathagatha brillaría a la luz arrojada por su discípulo. Tan sólo un Dhamma sobreviviría. Luego su mente retrocedió a la batalla en la Mansión del Karma, y a la maquinaria aún oculta en un lugar secreto. Y entonces pensó en las incontables transferencias a que se había sometido en tiempos anteriores, y en las batallas en que había participado, en las mujeres que había amado a lo largo de los siglos, pensó en cómo podía haber sido aquel mundo y en cómo era, y por qué. Entonces se vio arrastrado de nuevo por su ira contra los dioses. Pensó en los días en que un puñado de ellos habían luchado contra los rakasha y los nagas, los gandharvas y el pueblo del mar, los demonios kataputna y las madres del terrible fulgor, los dakshinis y los pretas, los skandas y los pisakas, y habían vencido, liberando al mundo del caos y edificando su primera ciudad de los hombres. Había visto esta ciudad atravesar todos los estadios por los que puede pasar una ciudad, hasta que ahora se hallaba habitada por aquellos que podían alterar sus mentes por un momento y transformarse en dioses, echándose por encima un Aspecto que fortalecía sus cuerpos e intensificaba sus voluntades y extendía el poder de sus deseos en Atributos, que caían con una fuerza como magia sobre aquellos que se habían convertido en sus adversarios. Pensó en aquella ciudad y en aquellos dioses, y supo de su belleza y su rectitud, de su fealdad y sus errores. Pensó en su esplendor y en su color, en contraste con los del resto del mundo, y lloró de ira, porque sabía que nunca podría sentirse seguro de que oponiéndose a ella estaba completamente en lo cierto o completamente equivocado. Era por eso por lo que había aguardado tanto tiempo, sin hacer nada. Ahora, cualquier cosa que hiciese daría como resultado tanto una victoria como una derrota, tanto un éxito como un fracaso, y fuera cual fuese el resultado de todas sus acciones, el desvanecimiento o la continuación del sueño de la ciudad, el peso de la culpa sería enteramente suyo.

Aguardaban en la oscuridad.

Aguardaron durante un largo y silencioso momento. El tiempo pasaba como un viejo achacoso trepando penosamente una empinada colina.

Estaban de pie al borde de un negro estanque, y aguardaban.

—¿No deberíamos haber recibido ya noticias?

—Quizá. Quizá no.

—¿Qué vamos a hacer?

—¿Qué quieres decir?

—Si no vienen. ¿Cuánto tiempo vamos a aguardar aquí?

—Vendrán, cantando.

—Espero que sí.

Pero no había ningún canto, ni el menor movimiento. A su alrededor sólo se apreciaba la inmovilidad del tiempo que no tenía objetos que degradar.

—¿Cuánto tiempo llevamos esperando?

—No lo sé. Mucho.

—Creo que las cosas no van bien.

—Puede que tengas razón. ¿Subimos algunos niveles e investigamos, o prefieres que te libere ahora mismo?

—Aguardemos un poco más.

—Muy bien.

De nuevo hubo silencio. Caminaron en él.

—¿Qué fue eso?

—¿Qué?

—Un sonido.

—No he oído nada, y estamos usando los mismos oídos.

—No con los oídos del cuerpo... ¡Ahí está de nuevo!

—No he oído nada, Taraka.

—Pues sigue. Es como un grito, pero sin final. —¿Lejano?

—Sí, muy distante. Escucha a mi manera.

—¡Sí! Creo que es el cetro de Kali. La batalla, entonces, sigue todavía.

—¿Tanto tiempo? Eso quiere decir que los dioses son más fuertes de lo que había supuesto.

—No, los rakasha son más fuertes de lo que *yo* había supuesto.

—Ganemos o perdamos, Siddhartha, los dioses están ahora ocupados. Si podemos eludirlos, su nave debe estar sin vigilancia. ¿La quieres?

—¿Robar el carro del trueno? Eso es una buena idea... Es un arma poderosa, además de un medio de transporte. ¿Cuáles son nuestras posibilidades?

—Estoy seguro de que los rakasha pueden contenerlos durante tanto tiempo como sea necesario.., y la ascensión del Pozo del Infierno es larga. Nosotros no necesitamos usar el sendero. Estoy cansado, pero aún puedo ir por los aires.

—Entonces subamos algunos niveles e investiguemos.

Abandonaron su lugar al borde del negro estanque, y el tiempo latió de nuevo a su alrededor mientras ascendían.

A medio camino, un globo de luz avanzó a su encuentro. Se posó en el suelo de la caverna y creció hasta convertirse en un árbol de fuego verde.

—¿Cómo va la batalla? —preguntó Taraka.

—Los contenemos —informó—, pero no podemos acercarnos a ellos.

—¿Por qué no?

—Hay algo en ellos que nos repele. No sé cómo definirlo, pero no podemos acercamos demasiado.

—Entonces, ¿cómo lucháis?

—Una incesante tormenta de rocas llueve a su alrededor. Arrojamos fuego y agua y también grandes vientos torbellineantes.

—¿Y cómo responden a eso?

—El tridente de Shiva abre un sendero a través de cualquier cosa. Pero no importa cuanto destruye, erigimos más ante él. Así que permanece como una estatua, eliminando las tormentas que no dejamos de enviarle. Ocasionalmente se vuelve para matar, mientras el Señor de los Fuegos contiene el ataque. El cetro de la diosa frena a aquellos que se cruzan en su camino. Una vez frenados, se encuentran con el tridente o la mano o los ojos de la Muerte.

—¿Y no habéis conseguido causarles ningún daño?

—No.

—¿Dónde están?

—Bajando por la pared del pozo. Aún están cerca de la parte superior. Descienden lentamente.

—¿Cuántos hemos perdido?

—Dieciocho.

—Entonces fue un error interrumpir nuestra espera para iniciar esta batalla. El coste es demasiado grande y no hemos conseguido nada... Sam, ¿quieres que intentemos apoderarnos del carro?

—Vale la pena correr el riesgo... Sí, intentémoslo.

—Adelante entonces. —Dio instrucciones al rakasha, que emitía ramas y oscilaba ante él—. Ve, y nosotros te seguiremos más lentamente. Ascenderemos por el lado del pozo opuesto a ellos. Cuando iniciemos el ascenso, redoblad el ataque. Ocupadles por completo hasta que hayamos pasado. Luego contenedlos para darnos tiempo a robar su carro del valle. Cuando hayamos conseguido eso, volveré a ti en mi auténtica forma y podremos poner fin a la batalla.

—Obedezco —respondió el otro, y se dejó caer al suelo para convertirse en una verdosa serpiente de luz, que reptó ante ellos.

Siguieron a buen ritmo su avance, corriendo parte del camino, a fin de reservar las fuerzas del demonio para el necesario empuje final contra la gravitación.

Habían recorrido una gran distancia bajo los Ratnagaris, y el viaje de regreso pareció interminable.

Finalmente, sin embargo, llegaron al suelo del pozo; y estaba suficientemente iluminado, de modo que, incluso con los ojos de su cuerpo, Sam pudo ver claramente a su alrededor. El ruido era ensordecedor. Si él y Tanaka tenían que confiar en el habla para comunicarse, no habría ningún tipo de comunicación.

El fuego florecía en la pared del pozo como una fantástica orquídea sobre un tronco de ébano. A medida que Agni agitaba su vara, cambiaba estremecidamente de forma. En el aire, como brillantes insectos, danzaban los rakasha. El fragor de las ráfagas de viento se superponía al sonido de las piedras. Pero por encima de todo ello se oía el ulular del cráneo—rueda de plata, que Kali agitaba como un abanico ante su rostro; y ese sonido se hacía más terrible aún cuando ascendía por encima del nivel auditivo, pero seguía ululando. Las rocas se hendían y fundían y disolvían en mitad del aire, y sus fragmentos saltaban, al rojo blanco como las chispas de una forja, hacia abajo y en todas direcciones. Rodaban, golpeaban y rebotaban, y relucían rojas en las sombras del Pozo del Infierno. Las paredes del pozo aparecían llenas de orificios, muescas y grietas allá donde las llamas y el caos las habían alcanzado.

—¡Vamos! —dijo Taraka—. ¡Ahora!

Ascendieron por el aire, pegados a uno de los lados del pozo. La potencia del ataque de los rakasha se incrementó, y fue respondido con una intensificación del contraataque. Sam se tapó los oídos con las manos, pero aquello no le sirvió de nada ante las ardientes agujas que danzaban tras sus ojos cuando el cráneo de plata barría en su dirección. A poca distancia a su izquierda, toda una sección de roca desapareció de repente.

—No nos han detectado —dijo Taraka.

—Todavía —respondió Sam—. Ese maldito dios del Fuego puede ver a través de un mar de tinta para localizar un grano de arena a la deriva. Si se vuelve en esta dirección, espero que puedas esquivar su...

—¿Qué te ha parecido esto? —preguntó Taraka, pues de pronto habían ascendido doce metros de golpe, desviándose ligeramente a la izquierda.

Ascendían ahora a buena velocidad, y una línea de roca fundente les persiguió. Se interrumpió cuando los demonios lanzaron un fuerte grito y soltaron gigantescos bloques de piedra que lanzaron contra los dioses, con acompañamiento de huracanes y cortinas de fuego.

Alcanzaron el borde del pozo, lo cruzaron y se hallaron fuera de su alcance.

—Ahora tenemos que bordear todo el pozo para llegar al corredor que conduce a la puerta.

Un rakasha surgió del pozo y avanzó hacia su lado.

—¡Se retiran! —exclamó—. La diosa ha caído. ¡El Hombre de Rojo la sostiene mientras huyen!

—No se retiran —dijo Taraka—. Quieren cortamos el paso. ¡Bloquead su camino! ¡Destruid el sendero! ¡Aprisa!

El rakasha se dejó caer de vuelta al pozo como un meteoro.

—Atador, estoy cansado. No sé si podré cubrir la distancia que separa el reborde exterior de la puerta del lugar de aterrizaje de abajo.

—¿Puedes hacer una parte del camino?

—Sí.

—¿Esos primeros cien metros o así, en los que el sendero es estrecho?

—Creo que sí.

—¡Bien!

Corrieron.

Mientras avanzaban siguiendo el borde del Pozo del Infierno, otro rakasha ascendió y se situó a su lado, manteniendo su paso.

—¡Informo! —exclamó—. Hemos destruido el sendero en dos lugares. ¡Cada vez, el Señor de las Llamas ha quemado uno nuevo!

—¡Entonces no puede hacerse nada más! ¡Quédate con nosotros! Necesitamos tu ayuda para otro asunto.

Se apresuró delante de ellos, una cuña carmesí que iluminaba su camino.

Rodearon el pozo y corrieron túnel arriba. Cuando llegaron a su final, empujaron la puerta y salieron al reborde. El rakasha que les había precedido en el camino cerró la puerta de un golpe tras ellos y dijo:

—¡Nos persiguen!

Sam saltó del reborde. Mientras caía, la puerta resplandeció por un instante, luego se fundió sobre ellos.

Con la ayuda del segundo rakasha, descendieron toda la distancia hasta la base de Channa y subieron por un sendero y doblaron un recodo. El pie de una montaña les ocultaba ahora de los dioses. Pero la roca estalló en llamas al instante siguiente.

El segundo rakasha saltó muy alto en el aire, giró sobre sí mismo y desapareció.

Corrieron por el sendero, camino del valle donde se hallaba el carro. Cuando lo alcanzaron, el rakasha había vuelto.

—Kali y Yama y Agni descienden —informó—. Shiva se ha quedado atrás, protegiendo el corredor. Agni conduce la persecución. El Hombre de Rojo ayuda a la diosa, que cojea.

Ante ellos, en el valle, estaba el carro del trueno. Estilizado, sin adornos, de color bronce, aunque no era de bronce, se erguía en medio de una gran llanura herbosa. Parecía una torre de plegarias caída o la llave de la casa de un gigante o alguna parte necesaria de un instrumento de música celeste que se hubiera desprendido de una constelación de estrellas y hubiera caído al suelo. Parecía, de algún modo, como algo incompleto, aunque el ojo no podía captar ningún fallo en sus líneas. Mostraba esa belleza especial propia de las clases de armas más sofisticadas, que requieren que estén funcionando para ser completas.

Sam avanzó por su lado, encontró la escotilla, entró.

—¿Puedes manejar este carro, Atador? —preguntó Taraka—. ¿Hacer que recorra los cielos, escupiendo destrucción a su paso?

—Estoy seguro de que Yama habrá hecho que tos controles sean lo más sencillos posible. Suele simplificar las cosas, siempre que puede. He manejado los aparatos a chorro del Cielo antes, y apostaría a que éste es del mismo estilo.

Entró en la cabina, se acomodó en el asiento de control y miró el panel ante sus ojos.

—¡Maldita sea! ——anunció, adelantando la mano y retirándola luego.

El otro rakasha apareció bruscamente, atravesando la pared metálica de la nave y flotando sobre la consola.

—Los dioses avanzan rápido —anunció—. Particularmente Agni.

Sam accionó una serie de conmutadores y pulsó un botón. Se encendieron luces por todo el panel de instrumentos, y un zumbido brotó de su interior.

—¿Está muy cerca? —preguntó Taraka.

—Casi a mitad de camino. Ensanchó el sendero con sus llamas. Ahora está corriendo como por una senda grande. Quema todos los obstáculos. Está abriendo un buen sendero.

Sam bajó una palanca y ajustó un dial, leyendo los indicadores ante él. Un estremecimiento recorrió la nave.

—¿Estás listo? —preguntó Taraka.

—No puedo despegar en frío. Tiene que calentarse. Además, este tablero de instrumentos es más complicado de lo que había imaginado.

—Tenemos muy poco tiempo.

—Sí.

Desde una cierta distancia les llegó el sonido de varias explosiones por encima del creciente gruñir del carro. Sam subió la palanca un punto y reajustó el dial.

—Intentaré retrasarlos —dijo el rakasha, y desapareció del mismo modo que había llegado.

Sam empujó la palanca otros dos puntos, y en algún lugar algo zumbó y murió. La nave quedó en silencio.

Bajó la palanca de nuevo a su posición inicial, hizo girar el dial, pulsó otra vez el botón.

Al cabo de un momento repitió la operación, y el ronroneo se convirtió en un suave zumbido.

—Desaparecido —dijo Taraka—. Muerto.

—¿Qué? ¿Quién?

—El que enviamos a detener al Señor de las Llamas. Ha fracasado.

Hubo más explosiones.

—El Pozo del Infierno está siendo destruido —dijo Taraka.

Con la frente perlada de sudor, Sam aguardó con la mano en la palanca.

—Ahí viene. ¡Agni!

Sam miró a través del largo y curvado parabrisas.

El Señor de las Llamas entró en el valle.

—Adiós, Siddhartha.

—Todavía no —dijo Sam.

Agni miró al carro, alzó su vara.

No ocurrió nada.

Permaneció inmóvil, apuntando con la vara, luego la bajó, la agitó.

La alzó de nuevo.

Siguió sin brotar ninguna llama de ella.

Llevó la mano izquierda detrás de su cuello, hizo algunos ajustes en la protuberancia de allí. Apenas lo hubo hecho, la luz brotó de la vara, quemando un enorme pozo en el suelo a sus pies.

Apuntó de nuevo la vara.

Nada.

Entonces echó a correr hacia la nave.

—¿Electrodirección? —preguntó Taraka.

—Sí.

Sam adelantó la palanca, ajustó el dial. Un profundo rugir brotó a su alrededor.

Pulsó otro botón, y un sonido crujiente surgió de la parte trasera de la nave. Movió otro dial en el momento en que Agni alcanzaba la escotilla.

Hubo un estallido de llamas y un chasquido metálico.

Se levantó de su asiento y salió de la cabina al pasillo.

Agni había entrado y le apuntaba con su vara.

—¡No te muevas... Sam, demonio! —exclamó, por encima del rugir de los motores; y mientras hablaba sus lentes cliquetearon a rojo y sonrió—. Demonio —afirmó—. ¡No te muevas, o tú y tu anfitrión arderéis juntos!

Sam saltó hacia él.

Agni cayó con facilidad cuando le golpeó, porque no creía que el otro pudiera alcanzarle.

—Cortocircuito, ¿eh? —dijo Sam, y le golpeó en la garganta—. ¿O manchas solares? —y le golpeó en la sien.

Agni cayó de lado, y Sam le lanzó un golpe final con el filo de la mano, justo encima de la clavícula.

Dio una patada a la vara, enviándola al otro lado del pasillo, y mientras avanzaba para cerrar la compuerta supo que era demasiado tarde.

—Vete, Taraka —dijo—. A partir de ahora ésta es mi lucha. Ya no puedes hacer nada más.

—Te prometí mi ayuda.

—Ya no puedes ofrecerme nada, ahora. Vete mientras aún puedes.

—Si ésta es tu voluntad. Pero tengo una cosa final que decirte...

—¡Ahórratela! La próxima vez que esté por aquí...

—Atador, esto es lo que aprendí de ti..., lo siento. Yo...

Hubo una terrible sensación de crispamiento, de retorcimiento, dentro de su cuerpo y mente, cuando la mirada mortal de Yama se posó sobre él y golpeó en lo más profundo de su ser.

Kali también le miró a los ojos, y mientras lo hacía, alzó su chillante cetro.

Fue como si una sombra se alzara y otra descendiera.

—Adiós, Atador —le llegó la voz dentro de su mente.

Luego el cráneo empezó a chillar.

Se dio cuenta de que caía.

Había como una vibración.

Estaba dentro de su cabeza. Estaba a todo su alrededor. Fue despertado por aquella vibración, y se sintió cubierto de dolores, como si fueran vendajes. Había cadenas en tomo a sus muñecas y tobillos.

Estaba medio sentado en el suelo de un pequeño compartimiento. Junto a la puerta estaba el Hombre de Rojo, fumando.

Yama hizo una inclinación de cabeza y no dijo nada.

—¿Por qué estoy vivo? —le preguntó Sam.

—Vives para cumplir con la cita que tienes desde hace años en Mahartha —dijo Yama—. Brahma se siente particularmente deseoso de verte de nuevo.

—Pero yo no me siento particularmente deseoso de ver a Brahma.

—A lo largo de los años esto se ha hecho más bien evidente.

—Veo que te saliste con bien de las arenas movedizas.

El otro sonrió.

—Eres detestable —dijo.

—Lo sé. Practico a menudo.

—Parece que te falló el negocio.

—Desgraciadamente, si.

—Quizá puedas intentar aliviar tus pérdidas. Estamos a mitad de camino del Cielo.

—¿Crees que tengo alguna posibilidad?

—Puedes intentarlo. Los tiempos cambian. Puede que Brahma sea un dios misericordioso esta semana.

—Mi terapista ocupacional me dijo que me especializara en causas perdidas.

Yama se encogió de hombros.

—¿Y el demonio? —preguntó Sam—. ¿El que estaba conmigo?

—Le alcancé —dijo Yama— Duro. No sé si acabé con él o simplemente se fue. Pero no necesitas preocuparte más por él. Te he rociado con repelente contra demonios. Si la criatura aún sigue viva, pasará mucho tiempo antes de que se recupere de nuestro contacto. Quizá no lo haga nunca. Por cierto, ¿cómo ocurrió? Creí que eras el único hombre inmune a la posesión demoníaca.

—Yo también. ¿Qué es el repelente contra demonios?

—Descubrí un agente químico, inofensivo para nosotros, que ningún ser de energía puede soportar.

—Un artículo útil. Hubiéramos podido utilizarlo en los días en que tuvimos que atarlos.

—Sí. Lo trajimos hasta el Pozo del Infierno.

—Fue una buena batalla, por lo que vi de ella.

—Sí —admitió Yama—. ¿Qué se siente.., cuando se es poseído por un demonio? ¿Es como tener otra voluntad sobreponiéndose a la tuya?

—Es extraño —dijo Sam—, y aterrador, y educativo al mismo tiempo.

—¿En qué sentido?

—Éste fue su mundo antes de nuestra llegada —dijo Sam—. Nosotros se lo arrebatamos. ¿Por qué no han de ser todo lo que nosotros odiamos? Para ellos, nosotros somos los demonios.

—¿Pero qué se siente?

—¿Tener a otro dominando tu voluntad? Deberías saberlo.

La sonrisa de Yama se esfumó, luego regresó.

—Supongo que quieres que te golpee, Buda. Te haría sentir superior. Desgraciadamente, soy un sádico y no voy a hacerlo.

Sam se echó a reír.

—*Touché,* Muerte —dijo.

Guardaron silencio durante un tiempo.

—¿Puedes darme un cigarrillo?

Yama le pasó uno, se lo encendió.

—¿Qué aspecto tiene la Primera Base actualmente?

—Apenas la reconocerás —dijo Yama—. Si todo el mundo muriera en este momento, permanecería en perfecto estado durante al menos mil años a partir de ahora. Las flores seguirían abriéndose y la música seguiría sonando y las fuentes seguirían recorriendo todo el espectro. Las comidas calientes seguirían siendo depositadas en los pabellones del jardín. La Ciudad en sí es inmortal.

—Una residencia adecuada, supongo, para aquellos que se llaman a sí mismos dioses.

—¿Se llaman a sí mismos? —preguntó Yama—. Estás equivocado, Sam. La divinidad es más que un nombre. Es una condición del ser. Uno no la consigue simplemente siendo inmortal, porque incluso el más humilde trabajador del campo puede conseguir la continuidad de la existencia. ¿Se trata, pues, del condicionamiento a un Aspecto? No. Cualquier hipnotista competente puede jugar con la imagen de sí mismo. ¿Es la elaboración de un Atributo? Por supuesto que no. Puedo diseñar máquinas más poderosas y más precisas que cualquier facultad que pueda cultivar un hombre. Ser un dios es la cualidad de ser capaz de ser tú mismo en tal medida que tus pasiones se correspondan con las fuerzas del universo, de tal modo que aquellos que te vean sepan quién eres sin oír pronunciar tu nombre. Algún antiguo poeta dijo que el mundo está lleno de ecos y correspondencias. Otro escribió un largo poema sobre un infierno, en el que cada hombre sufría una tortura que se correspondía en su naturaleza con las fuerzas que habían gobernado su vida. Ser un dios es ser capaz de reconocer dentro de uno mismo las cosas que son importantes, y luego pulsar la nota única que las alinea con todo lo demás que ya existe. Entonces, más allá de la moral o la lógica o la estética, uno es viento o fuego, el mar, las montañas, la lluvia, el sol o las estrellas, la trayectoria de una flecha, el final de un día, el éxtasis del amor. Uno gobierna las pasiones que lo gobiernan a uno. Así, aquellos que miran a los dioses dicen, sin siquiera saber sus nombres «Éste es el Fuego. Ésta es la Danza. Éste es la Destrucción. Ésta es el Amor.» Así, para responder a tu afirmación: ellos no se llaman a sí mismos dioses. Son los demás quienes los llaman así, todos los que los ven.

—Así que esto es lo que tocan en sus banjos fascistas, ¿en?

—Has elegido el adjetivo equivocado.

—Tú has usado ya todos los demás.

—Parece que nuestras mentes nunca coincidirán en este tema.

—Si alguien te pregunta por qué estáis oprimiendo un mundo y respondes con toda esta basura poética, no. Imagino que no puede haber nunca una coincidencia de mentes.

—Entonces elijamos otro tema de conversación.

—Sin embargo, *yo* te contemplo *a ti* y digo: «Es la Muerte».

Yama no respondió.

—Ésa es una extraña pasión. He oído decir que tú eras viejo antes de ser joven...

—Sabes que es cierto.

—Fuiste un prodigio mecánico y un genio con las armas. Perdiste tu juventud en un estallar de llamas, y te convertiste en un hombre viejo aquel mismo día. ¿Se convirtió la muerte en tu pasión dominante en aquel momento? ¿O fue antes? ¿O más tarde?

—Eso no importa —dijo Yama.

—¿Sirves a los dioses porque crees en lo que me has dicho..., o porque odias a la mayor parte de la humanidad?

—No te he mentido.

—Entonces la Muerte es un idealista. Divertido.

—En absoluto.

—¿O es posible, Señor Yama, que ninguna de las dos suposiciones sea la correcta? ¿Que tu pasión dominante...?

—Mencionaste antes su nombre —dijo Yama—, en la misma conversación en que la comparaste a una enfermedad. Estabas equivocado entonces, y sigues estándolo. No tengo intención de oír ese sermón de nuevo, y puesto que ahora no estoy hundiéndome en arenas movedizas, no lo oiré.

—Calma —dijo Sam—. Pero dime, ¿no cambian nunca las pasiones dominantes de los dioses?

Yama sonrió.

—La diosa de la danza fue en su tiempo el dios de la guerra. Así que parece que todo puede cambiar.

—Cuando haya muerto la muerte real —dijo Sam—, entonces yo también cambiaré. Pero hasta aquel momento, odiaré el Cielo cada vez que respire. Si Brahma me hace arder, escupiré a las llamas. Si me hace estrangular, intentaré morder la mano del ejecutor. Si soy degollado, que mi sangre oxide la hoja que lo hace. ¿Es eso una pasión dominante?

—Eres una buena materia prima para un dios. —dijo Yama.

—¡Por los dioses! —exclamó Sam.

—Antes de que ocurra lo que tiene que ocurrir —dijo Yama—, se me ha asegurado que se te permitirá asistir a la boda.

—¿La boda? ¿Tú y Kali? ¿Cuándo?

—Cuando la luna menor se muestre llena —respondió Yama—. Así, decida lo que decida Brahma, al menos podré invitarte a un trago antes de que ocurra.

—Te lo agradezco, dios de la muerte. Pero siempre había entendido que no se celebraban bodas en el Cielo.

—Esa tradición está a punto de romperse —dijo Yama—. Ninguna tradición es sagrada.

—Entonces buena suerte. —dijo Sam.

Yama asintió, bostezó, encendió otro cigarrillo.

—Por cierto —dijo Sam—, ¿cuál es la última moda en ejecuciones celestiales? Pregunto solamente en plan informativo.

—No se celebran ejecuciones en el Cielo —dijo Yama, abriendo un pequeño armario y sacando un tablero de ajedrez.

V

Del Pozo del Infierno ascendió al Cielo, donde cohabitó con los dioses. La Ciudad Celestial alberga muchos místerios, incluidas algunas de las llaves de su propio pasado. No se *sabe todo lo que hizo mientras estuvo allí. Se sabe, sin embargo, que hizo ciertas peticiones a los dioses en beneficio del mundo, obteniendo las simpatías de algunos, la enemistad de otros. Si hubiera elegido traicionar a la humanidad y aceptar los ofrecimientos de los dioses, algunos dicen que hubiera podido vivir allí por siempre como un Señor de la Ciudad en vez de hallar la muerte bajo las garras de los felinos fantasma de Kaniburrha. Sus detractores dicen, sin embargo, que aceptó esos ofrecimentos, pero que más tarde el también fue traicionado, recuperando así las simpatías de la sufriente humanidad por el resto de sus días, que fueron pocos.*

> Rodéate de rayos, portaestandarte, armada con la espada, la rueda, el arco, devoradora, sostenedora, Kali, noche de destrucción en el Fin del Mundo, que camina de noche por el mundo, protectora, engañosa, serena, adorada y adorable, brahmání, Madre de los Vedas, moradora en los lugares más silenciosos y secretos, afortunada y gentil, omnisciente, rápida como el pensamiento, portadora de cráneos, poseedora del poder, el crepúsculo, líder invencible, piadosa, guía de desorientados, pródiga en favores, maestra, valor en forma de mujer, inconstante, practicante de austeridades, maga, paria, inmortal y eterna...
>
> *Arya tárábha ttánkánámáshtottarásatakastotra (36—40)*

Entonces, como tan a menudo en el pasado, su níveo pelaje fue alisado por el viento.

Caminaba allá donde se agitaba la hierba color limón. Caminaba por un sinuoso sendero bajo oscuros árboles y flores de la jungla, con riscos de jaspe alzándose a su derecha, venas de roca blanca lechosa surcadas por estrías anaranjadas abiertas en su dirección.

Entonces, como tan a menudo antes, avanzo sobre las grandes almohadillas de sus pies, el viento alisando su pelaje, blanco como el mármol, y las diez mil fragancias de la jungla y la llanura agitándose a su alrededor, allá, en el crepúsculo del lugar que sólo existía a medias.

Sola, siguió el sendero sin edad que atravesaba la jungla que era en parte ilusión. Sabía muy bien que el tigre blanco es un cazador solitario. Si otros siguen un camino similar, ninguno lo quiere por compañía.

Entonces, como tan a menudo antes, alzó la vista hacia la lisa concha gris del cielo y las estrellas que brillaban en ella como esquirlas de hielo. Sus rasgados, ojos se abrieron mucho, y se detuvo y se sentó sobre sus ancas, mirando hacia arriba.

¿Qué era lo que estaba cazando?

Un profundo sonido como una risa rematada por un tos, brotó de su garganta. Saltó bruscamente a la cima de una alta roca y permaneció sentada allí, largo tiempo inmóvil, lamiéndose de tanto en tanto los hombros.

Cuando una luna apareció ante su vista la observó. Parecía una figura moldeada en nieve firme, con llamas topacio, tallando bajo sus cejas.

Entonces, como antes, se preguntó si aquélla era la autentica jungla de Kaniburrha en la que habitaba. Sentía que todavía estaba dentro de los limites del bosque real. Pero no podía saberlo con seguridad.

¿Qué era lo que estaba cazando?

El Cielo existe sobre una meseta que en su tiempo fue una cadena de montañas. Esas montañas fueron fundidas y aplanadas para proporcionar una base nivelada. La capa superior del suelo fue transportada del verde sur para proporcionar una base de crecimiento a las plantas que debían formar la carne sobre aquella estructura ósea. Encerrando toda la zona hay un domo transparente que la protege contra el frío polar e impide el paso a cualquier cosa no deseada.

El Cielo está alto y es templado y goza eternamente de un largo crepúsculo y largos y perezosos días. El aire renovado que es calentado al ser introducido, circula a través de la Ciudad y el bosque. Dentro del domo en sí pueden generarse nubes. Del interior de las nubes pueden producirse lluvias para que caigan sobre casi cualquier zona. Incluso puede provocarse de esta forma una nevada, aunque esto no se ha hecho nunca. Siempre ha sido verano en el Cielo.

Dentro del verano del Cielo se alza la Ciudad Celestial.

La Ciudad Celestial no creció como crecen las ciudades de los hombres, en tomo a un puerto o cerca de unas buenas tierras de cultivo, pastos, zona de caza, rutas comerciales o una región rica en algún recurso natural que el hombre deseara tanto como para instalarse cerca. La Ciudad Celestial brotó de un concepto en las mentes de sus primeros moradores. Su crecimiento no fue lento y al azar, un edificio añadido aquí, una calle desviada allí, una estructura mutilada para dejar sitio a otra, y todas las partes uniéndose en un conjunto irregular y sin gusto. No. Cada demanda de utilidad fue considerada y cada centímetro de magnificencia calculado por los primeros planificadores y las máquinas amplificadoras de diseños. Esos planes fueron coordinados y llevados a cabo por un artista arquitectónico sin par: Vishnu, el Preservador, llevaba toda la Ciudad Celestial en su mente, hasta el día en que sobrevoló en círculo la cúspide de más de un kilómetro de altura a lomos del pájaro Garuda, miró hacia abajo, y la Ciudad quedó capturada, perfecta, en una gota de transpiración de su frente.

Así, el Cielo brotó de la mente de un dios, y su concepción fue estimulada por los deseos de los otros. Fue asentada por elección, antes que por necesidad, en aquellos páramos de hielo y nieve y roca, en el eterno polo del mundo, donde solamente los poderosos podían crear su hogar.

(¿Qué era lo que estaba cazando?)

Bajo el domo del Cielo se alzaba, al lado de la Ciudad Celestial, el gran bosque de Karuburrha. Vishnu, en su sabiduría, había visto que tenía que existir un equilibrio entre la metrópoli y la selva. Aunque la selva puede existir independientemente de las ciudades, los moradores de una ciudad necesitan más que las plantas domesticadas de los jardines. Si el mundo fuera todo ciudad, razonó, los moradores de la misma transformarían una porción de ella en una selva, porque hay algo dentro de ellos que desea que en algún lugar exista un fin al orden y un principio al caos. Así, en su mente había crecido un bosque, con arroyos, y los olores de las plantas creciendo y descomponiéndose, y los gritos de las criaturas salvajes que moraban en sus sombras, estremeciéndose al viento y reluciendo a la lluvia, cayendo y volviendo a levantarse. La selva llegó al borde de la Ciudad y se detuvo. Tenía prohibido entrar en ella, del mismo modo que la Ciudad se mantenía dentro de sus límites.

Pero, de las criaturas que vivían en el bosque, algunas eran predadoras; ésas no conocían límites, yendo y viniendo a su antojo. Las más importantes de ellas eran los tigres albinos. Así, estaba escrito por los dioses que los felinos fantasmas no podían mirar la Ciudad Celestial; y así se había acuñado en sus ojos, a través del sistema nervioso que había tras ellos, la sensación de que no había Ciudad. Dentro de sus cerebros de felinos blancos, el mundo era solamente el bosque de Kaniburrha. Caminaban por las calles del Cielo, y era un sendero de la jungla lo que hollaban. Si los dioses acariciaban su pelaje cuando pasaban por su lado, era como si el viento posara sus manos sobre ellos. Si trepaban por una amplia escalinata, era una ladera rocosa lo que estaban ascendiendo. Los edificios eran riscos y las estatuas árboles; los transeúntes eran invisibles.

Pero si alguien de la Ciudad entraba en el auténtico bosque, felino y dios moraban entonces en el mismo plano de existencia..., la selva equilibradora.

Tosió de nuevo, como había hecho tan a menudo antes, y su níveo pelaje fue alisado por el viento. Era un felino fantasma, que durante tres días había estado merodeando por la selva de Kaniburrha, matando y devorando la roja carne cruda de sus presas, lanzando su ronco desafío felino, lamiendo su pelaje con su ancha lengua rosada, sintiendo la lluvia caer sobre su lomo, goteando desde las altas

y colgantes frondas, cayendo en torrentes de las nubes que se aglutinaban, milagrosamente, en el centro del cielo; avanzando con fuego en las ancas, porque la noche antes se había apareado con una avalancha de pelo color muerte, cuyas garras habían desgarrado sus hombros, mientras el olor de la sangre los conducía a ambos a un terrible frenesí, ronroneando, mientras el frío crepúsculo descendía sobre ella y despuntaban las lunas, como las cambiantes rendijas de sus ojos, oro y plata y pardo. Se sentó sobre la roca, lamiéndose las patas y preguntándose qué era lo que había cazado.

Lakshmi, en el jardín de los lokapalas, yacía con Kubera, cuarto mantenedor del mundo, sobre un perfumado diván colocado junto a la piscina donde jugaban las apsarases. Los otros tres lokapalas estaban ausentes aquella noche... Riendo, las apsarases chapotearon en las perfumadas aguas en dirección al diván. El Señor Krishna el Oscuro, sin embargo, eligió aquel momento para hacer sonar su flauta. Las muchachas se apartaron de Kubera el Gordo y Laksmi la Adorable para apoyar sus codos en el borde de la piscina y mirarle, allá bajo el árbol en flor donde estaba tendido entre odres de vino y los restos de varias comidas.

Recorrió la escala en ambos sentidos y emitió una larga nota quejumbrosa y una serie de balidos. Guari la Hermosa, con la que había pasado una hora desnudándola y luego al parecer la había olvidado, se levantó de su lado, se echó en la piscina y desapareció en una de las muchas cuevas subacuáticas. Krishna hipó, empezó una melodía, se detuvo, empezó otra.

—¿Es cierto lo que dicen de Kali? —preguntó Lakshmi.

—¿Qué es lo que dicen? —gruñó Kubera, tendiendo la mano hacia un cuenco de soma.

Ella le quitó el cuenco de las manos, dio un sorbo, se lo devolvió. Él lo vació de un trago, y un sirviente volvió a llenarlo apenas lo dejó de nuevo en la bandeja.

—Que quiere un sacrificio humano, para celebrar su boda. —Es probable —dijo Kubera—. No me sorprendería en ella. Es una zorra sedienta de sangre. Siempre transmigrando a algún perverso animal para pasar un buen rato. En una ocasión se convirtió en un gallo de fuego y le clavó las garras a Sitala en el rostro por algo que ella dijo.

—¿Cuándo?

—Oh, hace diez... once avatares. Sitala tuvo que llevar velo durante mucho tiempo, hasta que su nuevo cuerpo estuvo preparado.

—Una extraña pareja —dijo Lakshmi, en su oreja, que estaba mordisqueando—. Tu amigo Yama es probablemente el único capaz de vivir con ella. Supongamos que se pone furiosa con uno de sus amantes y le lanza su mirada mortal. ¿Quién otro podría resistir esa mirada?

—No bromees —dijo Kubera—. Así perdimos a Kartikeya, Señor de las Batallas.

—¿Oh?

—Así exactamente. Es una mujer extraña. Como Yama, aunque no como él. Él es el dios de la muerte, cierto. Pero la suya es una muerte rápida, limpia. Kali es más bien como un felino.

—¿Habla alguna vez Yama de la fascinación que ella ejerce sobre él?

—¿Has venido aquí para recoger habladurías o para convertirte en una?

—Ambas cosas —respondió ella.

En aquel momento Krishna se revistió con su Aspecto, exhibiendo el Atributo de la divina embriaguez. De su flauta brotó una melodía agridulce, amarga y lúgubre, contagiosa. La embriaguez que llevaba dentro se expandió por todo el jardín, en oleadas alternativas de alegría y tristeza. Se alzó sobre sus delgadas y oscuras piernas y empezó a bailar. Sus planos rasgos eran inexpresivos. Su oscuro y húmedo pelo caía como alambre en apretados rizos; incluso su barba era rizada. Mientras bailaba, las apsarases salieron de la piscina para acompañarle. Su flauta recorrió los senderos de antiguas melodías, haciéndose más y más frenética a medida que bailaba más y más aprisa, hasta que finalmente empezó a tocar la Rasa—lila, la Danza de la Lujuria, y su comitiva, con las manos en las caderas, le siguió con creciente velocidad en sus girantes movimientos.

La presión de Kubera sobre Lakshmi se hizo mas fuerte.

—*Eso* sí es un atributo —dijo ella.

Rudra el Ceñudo tensó su arco y lanzó una flecha. La flecha aceleró y aceleró y finalmente fue a clavarse en el centro de la distante diana.

A su lado, el Señor Murugan cloqueó y bajó su arco.

—Has ganado de nuevo —dijo—. No puedo superar eso.

Aflojaron los arcos y se dirigieron hacia las dianas en busca de las flechas.

—¿Lo has visto ya? —preguntó Murugan.

—Le conocí hace mucho tiempo —dijo Rudra.

—¿Aceleracionista?

—Entonces no lo era. En realidad no era nada, políticamente. Fue uno de los Primeros, sin embargo, uno de aquellos que habían conocido Urath.

—¿Oh?

—Se distinguió en las guerras contra la Gente del Mar y contra las Madres del Terrible Fulgor. —Aquí, Rudra hizo un signo en el aire—. Más tarde —continuó— eso iba a ser recordado, y se le puso a cargo de las campañas del norte en las guerras contra los demonios. En esos días era conocido como Kalkin, y fue allí que empezó a ser llamado el Atador. Desarrolló un Atributo que podía usar contra los demonios. Con él destruyó a la mayor parte de los yakshas y ató a los rakasha. Cuando Yama y Kali lo capturaron en el Pozo del Infierno en Malwa, había conseguido ya liberar a esos últimos. Así pues, los rakasha están de nuevo merodeando por el mundo.

—¿Por qué haría eso?

—Yama y Agni dicen que había hecho un pacto con su líder. Sospechan que ofreció a éste su cuerpo en alquiler a cambio de la promesa de las tropas del demonio para guerrear contra nosotros.

—¿Podemos ser atacados?

—Lo dudo. Los demonios no son estúpidos. Si no pudieron derrotar a cuatro de nosotros en el Pozo del Infierno, dudo que nos ataquen aquí en el Cielo. Además, Yama está en la Vasta Mansión de la Muerte diseñando armas especiales.

—¿Y dónde está su futura esposa?

—¿Quién sabe? —dijo Rudra—. ¿Y a quién le importa?

Murugan sonrió.

—Hubo un tiempo en que pensé que tú estabas algo más que interesado por ella.

—Demasiado fría, demasiado burlona. —dijo Rudra.

—¿Te rechazó?

Rudra volvió su oscuro rostro, que nunca sonreía, hacia el rubio dios de la juventud.

—Vosotros las deidades de la fertilidad sois peores que los marxistas —dijo—. Creéis que eso es todo lo que relaciona a la gente. Simplemente fuimos amigos durante un tiempo, pero ella es demasiado dura con sus amigos, y así los pierde.

—¿Te rechazó?

—Supongo que sí.

—Y cuando tomó a Morgan, el poeta de las llanuras, como amante..., ese que un día se reencarnó en un grajo y se fue volando..., entonces te dedicaste a cazar grajos, hasta que en menos de un mes habías terminado con tu arco casi con todos los que había en el Cielo.

—Y aún sigo cazándolos.

—¿Por qué?

—No me gusta su canto.

—Es demasiado fría, demasiado burlona. —admitió Murugan.

—No me gusta que *nadie* se burle de mí, dios de la juventud. ¿Puedes correr más rápido que las flechas de Rudra?

Murugan sonrió de nuevo.

—No —dijo—, como tampoco pueden hacerlo mis amigos los lokapalas..., ni tampoco lo necesitan.

—Cuando asumo mi Aspecto —dijo Rudra— y tomo mi gran arco, que me fue entregado por la propia Muerte, entonces puedo lanzar una flecha térmica de rastreo silbando kilómetros y kilómetros para que persiga un blanco móvil y lo golpee como un rayo, matándolo.

—Hablemos de otras cosas —dijo Murugan, interesado de pronto en la diana—. Tengo entendido que nuestro huésped se burló de Brahma hace algunos años en Mahartha y violento lugares sagrados. Pero entiendo también que fue el mismo que fundó la religión de la paz y la iluminación.

—El mismo.

—Interesante.

—Una opinión excesivamente modesta.

—¿Qué piensa hacer Brahma?

Rudra se encogió de hombros.

—Sólo Brahma lo sabe. —respondió.

En el palacio llamado Fin del Mundo, donde no hay nada más allá del borde del Cielo excepto el distante destellar del domo y muy abajo, la tierra yerma, oculta bajo una niebla color humo blanco, se alza el Pabellón del Silencio, abierto por los lados, sobre cuyo techo redondo y gris nunca caen las lluvias y en torno a cuyos balcones y balaustradas se enrosca la niebla por la mañana y caminan los vientos al anochecer, y en cuyos aireados aposentos, sentados en los recios y oscuros muebles o paseando entre las grises columnas, puede hallarse a veces a los dioses contemplativos, a los guerreros cansados o heridos por el amor, que acuden allí a meditar en todas las cosas dolorosas o fútiles bajo un cielo que se halla más allá del Puente de los Dioses, en medio de un lugar de piedra donde son pocos los colores y el único sonido es el viento. Aquí, desde poco después de los días de los Primeros, se han sentado el filósofo y la hechicera, el sabio y el mago, el suicida y el ascético liberado del deseo de renacer o renovarse, aquí, en el centro de renunciación y abandono retirada y partida, se hallan las cinco estancias denominadas Memoria, Miedo, Pesadumbre, Polvo y Desesperación, y este recinto fue construido por Kubera el Gordo, que no se preocupaba en absoluto por ninguno de esos sentimientos, pero que, como amigo del Señor Kalkín, lo hizo construir a instancias de Candi la Cruel, a veces conocida como Durga y como Kali, porque él solo, de todos los dioses, poseía el Atributo de la correspondencia inanimada, gracias al cual podía investir las obras de sus manos con sentimientos y pasiones capaces de ser experimentados por aquellos que moraran en ellas.

Permanecían sentados en la estancia denominada Pesadumbre, y bebían soma, pero nunca se emborrachaban.

Anochecía alrededor del Pabellón del Silencio, y los vientos que se arremolinaban en el Cielo soplaban junto a ellos.

Permanecían sentados envueltos en negros ropajes sobre los oscuros asientos, y las manos de él reposaban sobre las manos de ella, allá en la mesa que los separaba, y los horóscopos de sus días

se deslizaban en la pared que separaba el Cielo de los cielos, y

guardaban silencio mientras consideraban las páginas de sus siglos.

—Sam —dijo ella finalmente—, ¿no fueron buenos?

—Sí —respondió él.

—Y en esos viejos días, antes de que abandonaras el Cielo para vivir entre los hombres, ¿me amaste entonces?

—No lo recuerdo realmente —dijo él—. Fue hace tanto tiempo. Los dos éramos personas muy distintas entonces, distintas mentes, distintos cuerpos. Probablemente esos dos, quienesquiera que fuesen, se amaron el uno al otro. No puedo recordarlo.

—Pero yo recuerdo la primavera del mundo como si fuese ayer, ¡esos días cuando cabalgábamos juntos a la batalla, y esas noches cuando arrancábamos las estrellas de los cielos recién pintados! El mundo era tan nuevo y diferente entonces, con una amenaza acechando tras cada flor y una bomba tras cada amanecer. Juntos derrotamos un mundo, tú y yo, porque nadie realmente nos deseaba aquí y todo disputaba nuestra venida. Cortamos y quemamos nuestro camino cruzando la tierra y por encima del mar, y luchamos bajo las aguas y en los cielos, hasta que no quedó nada que se nos opusiera. Luego fueron edificadas las ciudades, y los reinos, y designamos a aquellos que elegimos para gobernarlos, hasta que dejaron de divertirnos y los derrocamos. ¿Que saben los dioses jóvenes de esos días? ¿Cómo pueden comprender el poder que conocimos, nosotros los Primeros?

—No pueden. —respondió el.

—Cuando manteníamos una corte en nuestro palacio junto al mar y yo te di muchos hijos, y nuestras flotas zarparon para conquistar las islas, ¿no fueron esos días hermosos y llenos de gracia? ¿Y las noches de fuego y perfume y vino? ¿No me amaste entonces?

—Creo que aquellos dos se amaron, sí.

—¿Aquellos dos? No somos tan distintos. No hemos cambiado tanto. Aunque las eras se deslizan a nuestro lado, hay algunas cosas dentro de uno que no cambian, que no son alteradas, no importa cuántos cuerpos revista uno, no importa cuántos amantes tome, no importa cuántas cosas hermosas o feas mire o haga, no importa cuántos pensamientos piense o sentimientos sienta. Uno cree hallarse en el centro de todo esto y observa.

—Abre una fruta y encontrarás una semilla en su interior ¿Es eso el centro? Abre la semilla y no hay nada dentro ¿Es eso el centro? Somos dos personas distintas del señor y la señora de las batallas. Fue bueno haber conocido a esos dos, pero esto es todo.

—¿Te fuiste a vivir fuera del Cielo porque estabas cansado de mí?

—Quería un cambio de perspectiva.

—Durante muchos años he estado odiando tu partida. Luego hubo veces en las que me senté en la estancia denominada Desesperación, pero era demasiado cobarde para caminar más allá del Fin del Mundo. Luego, de nuevo, hubo veces en que te perdoné e invoqué a los siete Rishi para que trajeran tu imagen ante mí, de modo que te observaba mientras tú hacías tu vida, y era casi como si camináramos juntos de nuevo. Otras veces deseé tu muerte, pero tú convertías a mi ejecutor en un amigo como hoy conviertes mi ira en perdón. ¿Quieres decir que no sientes nada por mí?

—Quiero decir que ya no te quiero. Seria magnífico que existiera algo constante e inmutable en el universo. Si existiera algo así, sería algo mas fuerte que el amor, y realmente no lo conozco.

—Yo no he cambiado, Sam.

—Piensa atentamente, Dama, sobre todo lo que has dicho, sobre todo lo que has recordado para mí hoy. No es realmente al hombre a quien has estado evocando. Han sido los días de carnicería que los dos vivisteis juntos. El mundo ha llegado hoy a una era más apacible. Añoras el fuego y el acero de antes. Crees que es el hombre, pero es el destino que vosotros dos compartisteis por un tiempo, el destino que hoy es pasado, lo que agita tu mente y tú llamas amor.

—¡Lo llame como lo llame, no ha cambiado! Estos días no son el pasado. ¡Es algo constante dentro del universo, y te pido que vengas de nuevo a compartirlo conmigo!

—¿Y qué hay del Señor Yama?

—¿Qué pasa con él? Te encargaste de aquellos que hoy podrían ser considerados como sus iguales, si aún vivieran.

—¿Debo entender, entonces, que es su Aspecto lo que te interesa?

Ella sonrió, entre las sombras y el viento.

—Por supuesto.

—¡Dama, Dama, Dama, olvídame! Vive con Yama y sé su amor. Nuestros días han pasado y no deseo revivirlos. Fueron buenos, pero han pasado. Así como hay tiempo para todo, también hay tiempo para el fin de todo. Ésta es una época para la consolidación de los logros del hombre sobre este mundo. Ésta es una época para compartir el conocimiento, no para cruzar las espadas.

—¿Lucharías contra el Cielo por este conocimiento? ¿Intentarías romper la Ciudad Celestial para abrir sus bóvedas al mundo?

—Sabes que lo haría.

—Entonces puede que aún tengamos una causa común.

—No, Dama, no te engañes a ti misma. Tus alianzas están con el Cielo, no con el mundo. Y tú lo sabes. Si yo ganara mi libertad y tu te unieras a mí y lucháramos juntos, quizá fueras feliz por un tiempo. Pero ganáramos o perdiéramos, al final me temo que serías más infeliz que antes.

—Óyeme, santo de blando corazón del bosquecillo púrpura. Es muy amable por tu parte anticipar mis sentimientos, pero Kali enfoca sus simpatías hacia donde quiere, no le debe nada a nadie sino que elige. ¡Es la diosa mercenaria, recuérdalo! Quizá todo lo que has dicho sea cierto, y mienta cuando dice que aún te ama. Pero siendo como es despiadada y llena de ansia de batalla, sigue el olor de la sangre. Tengo la sensación de que hasta sería capaz de convertirse en aceleracionista.

—Cuidado con lo que dices, diosa. ¿Quién sabe quienes están escuchando?

—Nadie escucha —dijo ella—, porque raramente se pronuncian palabras en este lugar.

—Razón de más para que alguien se sienta curioso cuando se pronuncian.

Ella permaneció sentada en silencio durante un tiempo, luego.

—No escucha nadie. —dijo.

—Tus poderes han crecido.

—Sí. ¿Y los tuyos?

—Son más o menos los mismos, creo.

—Entonces, ¿aceptarás mi espada, mi rueda, mi arco, en nombre del aceleracionismo?

—No.

—¿Por qué no?

—Concedes con demasiada facilidad tus promesas. Las rompes tan fácilmente como las concedes, y a causa de ello nunca puedo confiar en ti. Si luchamos y vencemos en nombre del aceleracionismo, puede que sea la mayor batalla de este mundo. Esto es una cosa que puede que no desees, ni permitas que ocurra.

—Eres un estúpido hablando de últimas grandes batallas, Sam, porque la última gran batalla es siempre la próxima. ¿Debo acudir a ti en una forma más atractiva para convencerte de que estoy diciendo la verdad? ¿Debo abrazarte en un cuerpo con el sello de la virginidad estampado en él? ¿Hará esto que creas en mi palabra?

—La duda, Dama, es la castidad de la mente, y llevo este sello estampado en ella.

—Entonces quiero que sepas que te traje aquí a este lugar para atormentarte, y que tienes razón, escupo sobre tu aceleracionismo, y tengo ya contados tus días. Quería darte falsas esperanzas a fin de poder arrojarte desde una mayor altura. Sólo tu estupidez y tu debilidad te han salvado de esto.

—Lo siento, Kali...

—¡No quiero tus disculpas! Me hubiera gustado tu amor, sin embargo, porque hubiera podido usarlo contra ti al final de tus días, para hacerlos más duros. Pero, como bien dices, hemos cambiado demasiado..., y ya no mereces la molestia. No creas que no *puedo* hacer que me ames de nuevo, sin embargo, con sonrisas y caricias, como antes. Porque siento el calor dentro de ti, y me resulta fácil aventarlo en un hombre. De todos modos, no eres digno de una muerte gloriosa, cayendo de las alturas de la pasión a las profundidades de la desesperación. No tengo tiempo de ofrecerte más que mi desprecio.

Las estrellas giraban a su alrededor, inmutables y brillantes, y la mano de ella se había retirado de debajo de la de él. Sirvió otras dos copas de soma para calentarles contra la noche.

—¿Kali?

—¿Sí?

—Si esto te satisface de algún modo, todavía te quiero. Aunque no existe nada que pueda llamarse amor, o la palabra no signifique lo que yo creía que significaba en muchas ocasiones distintas. En realidad, es una sensación sin nombre..., mejor dejarlo así. De modo que tómala y vete y diviértete con ella. Sabes que cualquier día volveríamos a arrojamos el uno a la garganta del otro, tan pronto como hubiéramos terminado con nuestros enemigos comunes. Hemos tenido muchas espléndidas reconciliaciones, pero, ¿valían el dolor que las precedió? Sabes que has vencido, que eres la diosa a la que adoro..., porque, ¿acaso la adoración y el fervor religioso no son una combinación de amor y odio, de deseo y miedo?

Bebieron su soma en la estancia llamada de la Pesadumbre, y el sortilegio de Kubera flotaba a su alrededor.

Kali dijo:

—¿Debo caer en tus brazos y besarte ahora, diciendo que mentí cuando dije que mentía..., para que tú puedas echarte a reír y decir que mentiste, para conseguir la venganza final? ¡Oh, vamos, Señor Siddhartha! Hubiera sido mejor que uno de nosotros muriera en el Pozo del Infierno, porque grande es el orgullo de los Primeros. No hubiéramos debido venir aquí..., a este lugar.

—No.

—¿Debemos irnos, entonces?

—No.

—Estoy de acuerdo en esto. Sentémonos aquí y adorémonos el uno al otro por un tiempo.

La mano de ella se apoyó suavemente sobre la de él, la acarició

—¿Sam?

—¿Si?

—¿Te gustaría hacer el amor conmigo? —¿Y así sellar mi destino? Por supuesto.

—Entonces vayamos a la estancia llamada Desesperación, donde los vientos son calmados y hay un diván... La siguió de Pesadumbre a Desesperación, con el pulso acelerándose en su garganta, y cuando la tendió desnuda en el diván y apoyó la mano sobre la suave blandura de su vientre, supo que Kubera era efectivamente el más poderoso de los lokapalas..., porque la sensación a la cual estaba dedicada la estancia lo inundó, pese a que el deseo le poseía y la poseía a ella..., y hubo como una relajación, una tensión, un suspiro, y las lágrimas definitivas que ardían por ser vertidas.

—¿Qué deseas, Señora Maya?

—Háblame del aceleracionismo, Tak de los Archivos.

Tak estiró su largo y delgado cuerpo y su silla se ajustó hacia atrás con un crujido.

Tras él, los bancos de datos permanecían silenciosos, y algunos raros registros llenaban las largas y altas estanterías con sus sobrecubiertas de color y el aire con sus mohosos olores.

Estudió con la mirada a la dama que tenía enfrente, sonrió y agitó la cabeza. Iba vestida de verde, ceñida, y su mirada era impaciente, su pelo era de un rojo insolente, y unas débiles pecas salpicaban

su nariz y los hemisferios de sus mejillas. Sus labios y hombros eran amplios, y su estrecha cintura estaba apretadamente disciplinada contra esa tendencia.

—¿Por qué agitas la cabeza? Todo el mundo acude a ti para pedir información.

—Tú eres joven, señora. Tres avatares, si no estoy equivocado, yacen a tus espaldas. En este punto de tu carrera, estoy seguro de que no deseas realmente ver tu nombre incluido en la lista especial de aquellos jóvenes que buscan este conocimiento. —¿Lista?

—Lista.

—¿Por qué debería haber una lista de tales inquisidores?

Tak se encogió de hombros.

—Los dioses coleccionan las cosas más extrañas, y algunos entre ellos reúnen listas.

—Siempre he oído mencionar el aceleracionismo como una salida completamente muerta.

—Entonces, ¿por que ese repentino interés en la muerte?

Ella se echó a reír y sus verdes ojos se clavaron en los grises de él.

Los Archivos estallaron a su alrededor y se halló en la sala de baile a medio camino de la cima de mas de un kilómetro de altura. Era de noche tan tarde que muy pronto sería por la mañana. Evidentemente se había estado celebrando una fiesta pero ahora la multitud de la que formaba parte se había reunido en una esquina de la estancia. Estaban inclinados y sentados y recostados y todos ellos escuchaban al hombre de tez oscura, bajo y robusto, que permanecía al lado de la diosa Kali y hablaba. Era Alma Grande Sam, el Buda, que acababa de llegar con su guardiana. Estaba hablando del budismo y del aceleracionismo y de los días en que habían sido atados los demonios y del Pozo del Infierno y de las blasfemias del Señor Siddhartha en la ciudad de Mahartha junto al mar. Estaba hablando y su voz seguía y seguía hipnótica e irradiaba poder y confianza y calidez hipnóticas y sus palabras se guían y seguían y la multitud se acercaba lentamente y se congregaba a su alrededor. Todas las mujeres eran terriblemente feas excepto Maya que rió entre dientes y aplaudió, devolviendo los Archivos a su sitio a su alrededor y a Tak de nuevo a su silla con la sonrisa aun en sus labios.

—Entonces ¿por que este repentino interés en la muerte? —repitió.

—¡E1 no esta muerto!

—¿No? —dijo Tak—. ¿De veras?... Señora Maya, estaba muerto en el momento en que puso un pie dentro de la Ciudad Celestial. Olvídalo. Olvida sus palabras. Haz como si nunca hubiera existido. No dejes rastro de el dentro de tu mente. Un día acudirás a la renovación, de modo que debes saber que los Maestros del Karma buscarán su nombre en todas las mentes que pasen por sus mansiones. El Buda y sus palabras son una abominación a los ojos de los dioses.

—¿Pero por qué?

—Es un anarquista arrojabombas, un revolucionario de ojos extraviados. Busca derribar el Cielo. Si quieres más información científica tendré que utilizar las maquinas para localizar los datos. ¿Te importara firmarme una autorización para ello?

—No...

—Entonces échalo fuera de tu mente y cierra la puerta.

—¿Es realmente tan malo?

—Es peor.

—Entonces, ¿por qué sonríes cuando dices estas cosas?

—Porque no soy una persona muy seria. Sin embargo, el carácter no tiene nada que ver con mi mensaje. De modo que síguelo.

—Pareces saber mucho sobre todo esto. Los archiveros, ¿son inmunes a esas listas?

—No lo creas. Mi nombre está el primero en todas ellas. Pero no es debido a que yo sea un

archivero. Él es mi padre.

—¿Él? ¿Tu padre?

—Sí. Pero tú hablas como una persona muy joven. Dudo que sepa siquiera que me engendró. ¿Qué es la paternidad para los dioses, que habitan en una serie de cuerpos, y engendran docenas de hijos con otros que también cambian de cuerpo cuatro o cinco veces en un siglo? Soy el hijo de un cuerpo que él ocupó en una ocasión, nacido de otra que también pasó por varios, y ni yo mismo vivo en el mismo cuerpo en el que nací. En consecuencia, la relación es intangible, e interesante primariamente a niveles de metafísica especulativa. ¿Qué es el auténtico padre de un hombre? ¿Las circunstancias que juntaron los dos cuerpos que lo engendraron? ¿El hecho que, por alguna razón, en un momento determinado, dos personas se gustaron la una a la otra más allá de toda alternativa posible? Si es así, ¿por qué? ¿Fue la simple hambre de carne, o fue curiosidad, o la voluntad? ¿O fue algo más? ¿Lástima? ¿Soledad? ¿El deseo de dominar? ¿Qué sentimiento o qué pensamiento, fue el padre del cuerpo en el que primero nací a la consciencia? Sé que el hombre que ocupaba ese cuerpo paterno en particular en aquel instante en particular es una personalidad compleja y poderosa. Los cromosomas no significan nada para nosotros, no realmente. Si vivimos, no arrastramos con nosotros esas marcas a través de las eras. Realmente no heredamos nada en absoluto, excepto ocasionales dotes en propiedades y dinero. Los cuerpos significan tan poco a largo plazo que es mucho mas interesante especular sobre los procesos mentales que nos arrancaron del caos. Me complace que fuera el quien me trajo a la vida, y a menudo me pregunto por las razones. Veo que tu rostro ha perdido repentinamente el color, señora. No quería trastornarte con esta charla, simplemente satisfacer un poco tu curiosidad, y exponerte algunos de los pensamientos que nosotros los más viejos tenemos sobre estos asuntos. Un día tu también verás las cosas bajo esta luz, estoy seguro de ello. Pero lamento verte tan alterada. Por favor, siéntate. Olvida mi cháchara. Tu eres la Señora de la Ilusión. ¿No son las cosas de las que he hablado muy afines al tema mismo en el que trabajas? Estoy seguro de que puedes decir por la forma en que hablo, por qué mi nombre es el primero en la lista que he mencionado. Es un caso de adoración al héroe, supongo. Mi creador es muy distinguido... Ahora parece que te has sonrojado un poco ¿Quieres algo fresco para beber? Aguarda aquí un momento... Toma. Bebe esto. Bien, en cuanto al aceleracionismo, es una simple doctrina de coparticipación. Propone que nosotros, los del Cielo, cedamos a los que viven abajo parte de nuestro conocimiento y poderes y sustancia. Este acto de caridad estaría dirigido en última instancia a elevar sus condiciones de vida a un nivel superior, parecido al que ocupamos nosotros. Entonces cualquier hombre podría ser un dios, ¿entiendes? El resultado de esto, por supuesto, sería que a la larga ya no habría dioses, sólo hombres. Les proporcionaríamos el conocimiento de las ciencias y las artes que poseemos, y haciéndolo destruiríamos su simple fe y extirparíamos todas las bases de sus esperanzas de que las cosas irán mejor, porque la mejor forma de destruir la fe o la esperanza es dejar que se haga realidad. ¿Por qué deberíamos permitir a los hombres sufrir colectivamente este peso de la divinidad, como desean los aceleracionistas, cuando se lo *garantizamos* individualmente cuando se hacen dignos de ello? A los sesenta años, un hombre pasa por las Mansiones del Karma. Es juzgado, y si el resultado es favorable, si se ha portado bien, observando las reglas y restricciones de su casta, rindiendo el culto adecuado al Cielo, avanzando intelectual y moralmente, entonces este hombre será reencarnado en una casta superior, llegando a alcanzar finalmente la divinidad y pasando a morar aquí en la Ciudad. Cada hombre recibe al final lo que merece en justicia, exceptuando algún que otro desafortunado accidente por supuesto, y así cada hombre, en vez de la sociedad como un conjunto, puede acceder a la divina herencia que los ambiciosos aceleracionistas deseaban ofrecer directamente a todo el mundo, incluso a aquellos que no estaban preparados. Puedes ver que esta actitud era terriblemente injusta y de orientación proletaria. Lo que realmente deseaban era bajar el listón de las exigencias para la divinidad. Esas exigencias son necesariamente estrictas. ¿Dejarías tú el poder de Shiva, de Yama o de Agni en manos de un niño? No, a menos que fueras una estúpida, lo cual no eres. No a menos que desearas despertarte una mañana y ver que el mundo ya no existía. Esto es lo que hubieran conseguido los aceleracionistas, y es por eso por lo que fueron detenidos. Ahora ya lo sabes todo sobre el aceleracionismo... Oh, pareces terriblemente acalorada. ¿Puedo colgar tu abrigo mientras te traigo otra bebida?... Muy bien... Ahora, ¿dónde estábamos, Maya? Oh si, las moscas en el pastel... Bien, los aceleracionistas afirmaban que todo lo que acabo de decir era cierto con la excepción de que el sistema es corrupto. Ponían objeciones a la honestidad de aquellos que autorizaban las reencarnaciones. Algunos se atrevieron incluso a afirmar que el Cielo estaba formado por una aristocracia inmortal de malintencionados hedonistas que se divertían con el mundo

Otros se atrevieron a decir que los mejores hombres nunca alcanzaban la divinidad, sino que se enfrentaban finalmente a la muerte real o a la reencarnación en una forma de vida inferior. Algunos otros llegaron a decir incluso que alguien como tú misma había sido elegida para la deificación únicamente porque su forma original y actitud encajaban con los caprichos de algunas divinidades lujuriosas, antes que por sus obvias virtudes, querida... Oh, eres terriblemente pecosa, ¿sabes?... Sí, ésas eran las cosas que esos triplemente malditos aceleracionistas predicaban. Ésas son las cosas, las acusaciones, que sostiene mi padre espiritual, me avergüenza decirlo. ¿Qué puede hacer alguien con una herencia así, excepto pensar en ella? Él vivió un ciclo de días importantes, y representa el último gran cisma entre los dioses. Por obviamente perversa que sea, su figura es poderosa, es mi padre espiritual, y le respeto como los hijos de los tiempos antiguos respetaban a sus padres corporales... ¿Tienes frío ahora? A ver, déjame... Así... Así... Así... Ven, tejamos una ilusión, querida, donde caminemos en un mundo libre de tales estupideces... Aja. Vuélvete así. Ahora convirtamos este bunker en un nuevo edén, mi muchachita de labios húmedos y ojos verdes... ¿Qué?... ¿Que qué es lo que más me importa en este preciso instante?... La verdad, mi amor, y la sinceridad, y el deseo de compartir...

Ganesha, el creador de dioses, caminaba con Shiva por el bosque de Kahiburrha.

—Señor de la Destrucción —dijo—, tengo entendido que estás meditando ya las represalias contra aquellos aquí en la ciudad que escuchan las palabras de Siddhartha con más que una mueca de desdén.

—Por supuesto —dijo Shiva.

—Haciendo esto, destruyes su efectividad.

—¿Efectividad? Explica lo que quieres decir.

—Mata ese pájaro verde que está posado en esa rama.

Shiva hizo un gesto con su tridente, y el pájaro cayó.

—Ahora mata a su compañera.

—No la veo.

—Entonces mata a cualquier otro de su bandada.

—No veo ninguno.

—Y ahora que este ha muerto no los veras. De modo que si quieres golpea al primero que escuche las palabras de Siddhartha.

—Entiendo lo que quieres decir Ganesha. Debe permanecer libre por un tiempo. Si, debe permanecer libre.

Ganesha, el creador de dioses, contemplo la jungla a su alrededor. Aunque caminaba por el reino de los felinos fantasma no sentía ningún temor. Porque el Señor del Caos caminaba a su lado y el Tridente de la Destrucción le daba confianza.

Vishnu Vishnu Vishnu miraba miraba miraba a Brahma Brahma Brahma...

Estaban sentados en la Mansión de los Espejos.

Brahma hablaba del Sendero Óctuple y de la gloria que es el Nirvana.

Tras un espacio de tres cigarrillos, Vishnu carraspeó.

—¿Si, Señor? —pregunto Brahma,

—¿Por qué, puedo inquirir, este tratado budista?

—¿No lo encuentras fascinante?

—No en particular.

—Eso es hipócrita por tu parte.

—¿Que quieres decir?

—Un maestro debería desplegar al menos un módico interés por sus propias lecciones.

—¿Maestro? ¿Lecciones?

—Por supuesto, Tathagatha. ¿Por que otra razón se sentiría inclinado en sus últimos años el dios Vishnu a encarnarse entre los hombres, excepto para enseñarles el Camino de la Iluminación?

—¿Yo...?

—Salve, reformador que has extirpado el miedo a la muerte real de la mente de los hombres. Aquellos que no han nacido de nuevo entre los hombres se hallan ahora en el Nirvana.

Vishnu sonrió.

—¿Mejor incorporar que luchar por extirpar?

—Casi un epigrama.

Brahma se puso en pie, estudio los espejos, estudio a Vishnu.

—Así que una vez nos hayamos librado de Sam tu serás el auténtico Tathagatha.

—¿Cómo nos libraremos de Sam?

—Todavía no lo he decidido pero estoy abierto a las sugerencias.

—¿Puedo sugerirte que sea reencarnado como un grajo?

—Puedes. Pero algún otro puede desear que el grajo sea reencarnado como un hombre. Me parece que no deja de tener partidarios.

—Bien, tenemos tiempo para considerar el problema. No hay prisa ahora que se halla bajo custodia en el Cielo. Te haré saber lo que pienso sobre el asunto tan pronto como haya pensado algo.

—Entonces eso es suficiente por ahora.

Caminaron caminaron caminaron caminaron saliendo de la Mansión.

Vishnu se alejó del Jardín de las Delicias de Brahma, y cuando se hubo ido, la Señora de la Muerte entró allí. Se dirigió a la estatua de ocho brazos con la *vina* en las manos y empezó a tocarla.

Al oír la música, Brahma se acercó.

—¡Kali! Encantadora Dama... —anunció.

—Poderoso es Brahma. —respondió ella.

—Sí —admitió Brahma—, tan poderoso como puede desear. Y es tan raro que acudas a visitarme aquí que me siento poderosamente complacido. Ven a pasear conmigo entre los senderos de flores mientras hablamos. Vistes encantadoramente.

—Gracias.

Pasearon por los senderos de flores.

—¿Cómo van los preparativos para la boda?

—Bien.

—¿Pasaréis la luna de miel en el Cielo?

—Tenemos intención de ir lejos de aquí.

—¿Dónde, puedo preguntar?

—Todavía no lo hemos decidido.

—El tiempo pasa en las alas del grajo, querida. Si lo deseas, tú y el Señor Yama podéis vivir en mi Jardín de las Delicias por un tiempo.

—Gracias, Creador, pero es un lugar demasiado espléndido para que dos destructores pasen el tiempo y se sientan a gusto. Iremos lejos, a algún lugar.

—Como quieras —se encogió de hombros—. ¿Qué otra cosa tienes en mente?

—¿Qué hay con el llamado el Buda?

—¿Sam? ¿Tu antiguo amante? ¿Qué hay con él, realmente? ¿Qué quieres saber respecto a su persona?

—¿Cómo se va a resolver... su problema?

—Todavía no lo he decidido. Shiva ha sugerido que aguardemos un tiempo antes de hacer nada. Así podremos evaluar su efecto sobre la comunidad del Cielo. He decidido que Vishnu será el Buda, por razones históricas y teológicas. En cuanto a Sam, prestaré oídos a cualquier sugerencia razonable.

—¿No le ofreciste una vez la divinidad?

—Sí. Pero no la aceptó.

—Supongamos que se la ofreces de nuevo.

—¿Por qué?

—El problema actual no existiría si él no fuera un individuo con mucho talento. Ese talento le convierte en una valiosa adquisición para el panteón.

—Esta idea también se me había ocurrido. De todos modos, él aceptaría, estuviese realmente de acuerdo o no. Estoy seguro de que desea vivir.

—Sin embargo, hay formas en las que uno puede asegurarse en estos casos.

—¿Tales como?

—Una psicosonda.

—¿Y si muestra una falta de atracción hacia el Cielo, como estoy seguro que...?

—¿No puede alterarse su mente... por parte de alguien como el Señor Mara?

—Nunca te he considerado culpable de sentimentalismo, diosa Pero parece que estás muy ansiosa de que él siga viviendo, sea en la forma que sea.

—Quizá sí.

—Sabes que puede resultar... muy cambiado. No seria el mismo si se le hiciera algo así. Su «talento» puede desaparecer por completo.

—Con el curso del tiempo los hombres cambian de forma natural..., opiniones, creencias, convicciones. Partes de la mente pueden quedar adormecidas y otras partes verse despertadas. Tengo la sensación de que el talento es algo difícil de destruir..., mientras subsista la vida. Es mejor vivir que morir.

—Puedo ser convencido de ello, diosa.., si le dedicas el tiempo suficiente, oh adorable.

—¿Cuánto tiempo?

—Digamos tres días.

—Tres días, pues.

—Entonces pasemos a mi Pabellón de los Deleites y discutamos a fondo el asunto.

—Muy bien.

—¿Dónde está el Señor Yama ahora?

—Trabaja en su taller.

—Espero que sea un proyecto que le ocupe mucho tiempo.

—Tres días como mínimo.

—Bien. Sí, es posible que haya alguna esperanza para Sam. Es algo contrario a mi opinión, pero *puedo* comprenderlo. Sí, puedo comprenderlo.

La estatua de ocho brazos de la diosa, que era azul, tocaba la *vina* y su música caía como un velo sobre ellos mientras caminaban por el jardín aquel verano.

Helba vivía en el rincón más alejado del Cielo, cerca del borde de la selva. De hecho, el palacio llamado de la Rapiña estaba tan cerca del bosque que los animales merodeaban junto a la pared transparente, rozándola a su paso. Desde la estancia llamada del Rapto, uno podía contemplar los sombríos senderos de la jungla.

Fue en esta estancia, de cuyas paredes colgaban los tesoros robados en vidas pasadas, donde Helba recibió al llamado Sam.

Helba era el dios/diosa de los ladrones.

Nadie conocía el auténtico sexo de Helba, porque Helba tenia la costumbre de alternar el género en cada reencarnación.

Sam miró a una mujer delgada, de piel morena, con un san amarillo y un velo también amarillo. Sus sandalias y sus uñas eran color canela, y llevaba una tiara de oro sobre su pelo negro.

—Tienes mi simpatía —dijo Helba, con una voz suave, casi ronroneante—. Solamente durante las estaciones de la vida en las que me reencarno como hombre, Sam, me revisto con mi Atributo y me dedico realmente a robar.

—Pero puedes adoptar tu Aspecto ahora.

—Por supuesto.

—¿Y revestirte con tu Atributo?

—Probablemente.

—¿Pero no lo harás?

—No mientras lleve forma de mujer. Como hombre, robaré cualquier cosa a quien sea. ¿Ves ahí, en la pared del fondo, donde cuelgan algunos de mis trofeos? La gran capa de plumas azules perteneció a Srit, jefe de los demonios kataputna. Se la robé de su cueva mientras sus jaurías infernales dormían, drogadas por mí. La joya de cambiante forma la tomé del propio Domo del Fulgor, trepando con discos de succión sobre mis muñecas y rodillas y dedos de los pies, mientras las Madres, allá abajo...

—¡Ya basta! —dijo Sam—. Conozco todas estas historias, Helba, porque las cuentas constantemente. Ha pasado tanto tiempo desde la última vez que robaste audazmente algo, que supongo debes estar harta de repetir lo mismo una y otra vez. De lo contrario, hasta los Dioses Más Viejos olvidarían lo que fuiste una vez. Puedo ver que he venido al lugar equivocado, y que debo intentarlo en otro sitio.

Se puso en pie, como para irse.

—Espera —dijo Helba, agitándose.

Sam hizo una pausa.

—¿Sí?

—Al menos podrías decirme qué robo estás maquinando. Quizá pueda ofrecerte consejo.

—¿De qué me servirá incluso tu mejor consejo, Monarca de los Ladrones? No necesito palabras. Necesito hechos.

—Quizá, incluso... ¡Cuéntame!

—De acuerdo —dijo Sam—, aunque dudo que puedas sentirte interesada por una tarea tan difícil...

—Puedes pasarte de toda esa psicología infantil y decirme claramente qué es lo que quieres robar.

—En el Museo del Cielo, que es una instalación bien construida y constantemente custodiada...

—Y que está siempre abierta. Continúa.

—Dentro de ese edificio, en una urna de seguridad protegida por computadora...

—Pueden ser violentadas por alguien con la habilidad suficiente.

—Dentro de esta urna, en un maniquí, hay un uniforme gris de escamas. Lleva muchas armas.

—¿De quién es?

—Era el antiguo uniforme de alguien que luchó en las campañas del norte en los días de las guerras contra los demonios.

—¿No eras tú?

Sam esbozó una sonrisa y prosiguió:

—Desconocido para la mayoría, y como parte de esa exhibición, hay un artículo que en su tiempo fue conocido como el Talismán del Atador. A estas alturas puede que haya perdido toda su virtud, pero por otra parte es posible que aún no. Sirvió como foco para el Atributo especial del Atador, y éste considera que lo necesita de nuevo.

—¿Cuál es el articulo que quieres que sea robado?

—El gran cinturón ancho de conchas ceñido a la cintura del traje. Es de color rosa y amarillo. Está lleno también de microcircuitos, que probablemente no puedan ser duplicados hoy en día.

—No es un robo tan importante. Podría estudiarlo de esta forma..

—Lo necesito urgentemente, o ya no lo necesito.

—¿Qué entiendes por urgentemente?

—Me temo que en un plazo de seis días.

—¿Cuánto estarías dispuesto a pagarme para que lo pusiera en tus manos?

—Estaría dispuesto a pagarte cualquier cosa, si tuviera algo.

—Oh. ¿Viniste al Cielo sin una fortuna?

—Sí.

—Qué desgracia.

—Si puedo escapar con bien, tú misma pon tu precio.

—Y si no escapas, no recibiré nada.

—Así parece.

—Déjame meditarlo Puedo divertirme haciéndote este servicio, y así me deberás algo.

—Por favor, no lo medites demasiado.

—Ven a sentarte a mi lado, Atador de Demonios, y háblame de tus días de gloria, cuando tú, con la diosa inmortal, cabalgabais por todo el mundo, diseminando el caos como si fuera una semilla.

—Eso fue hace mucho tiempo. —dijo Sam.

—¿Es posible que vuelvan esos días si consigues ser libre?

—Pueden volver.

—Es bueno saberlo. Sí...

—¿Harás eso por mí?

—¡Salve, Siddhartha! ¡Desatador!

—¿Salve?

—Y truenos y relámpagos. ¡Que puedan volver de nuevo!

—Esperemos.

—Ahora háblame de tus días de gloria, y luego volveremos a hablar de los míos.

—De acuerdo.

Corriendo por el bosque, vestido con un cinturón de cuero, el Señor Krishna perseguía a la Dama Ratri, que había rechazado copular con él después de la cena. El día era límpido y fragante, pero ni la mitad de fragante que el san azul medianoche que Krishna aferraba en su mano izquierda. Ella corría delante de él por entre los árboles, y él la seguía, y la perdió de vista por un momento cuando ella giró hacia un sendero lateral que conducía a un claro.

Cuando la vio de nuevo, ella estaba de pie sobre una loma, con sus desnudos brazos alzados por encima de su cabeza y las yemas de los dedos tocándose. Sus ojos estaban medio cerrados, y su único atuendo, un largo velo negro, se agitaba en tomo a su blanca y resplandeciente forma.

Se dio cuenta de que había asumido su Aspecto, y era probable que estuviera a punto de adoptar un Atributo.

Jadeando, corrió loma arriba hacia ella, y ella abrió los ojos y le sonrió, bajando los brazos.

Cuando la alcanzó, ella le lanzó el velo al rostro y oyó su risa en alguna parte de la inmensa noche que lo cubrió por completo.

Era oscuro y sin estrellas ni luna, sin un destello, un resplandor, una chispa o una luz procedente de ninguna parte. Lo que había caído sobre él era una completa oscuridad parecida a la ceguera.

Resopló, y el san fue arrancado de entre sus dedos. Se detuvo estremecido, y oyó la risa de ella resonar a su alrededor.

—Has presumido demasiado, Señor Krishna —le dijo—, y has ofendido la santidad de la Noche. Por ello debo castigarte arrojando esta oscuridad sobre el Cielo por un tiempo.

—No temo a la oscuridad, diosa —replicó, riendo.

—Entonces tienes efectivamente el cerebro en las gónadas, Señor, como se ha dicho a menudo, para permanecer perdido y ciego en medio de Kaniburrha, cuyos habitantes no necesitan golpear, y no tener miedo pienso que es algo temerario por tu parte. Adiós, oh Oscuro. Quizá nos veamos en la boda.

—¡Espera, encantadora dama! ¿Aceptarás mis disculpas?

—Por supuesto, ya que me las merezco.

—Entonces levanta la noche que has arrojado sobre este lugar.

—En otra ocasión, Krishna , cuando esté bien dispuesta.

—¿Pero qué voy a hacer yo hasta entonces?

—Se dice, Señor, que con tu flauta puedes encantar a las mas temibles de las bestias. Sugiero que si eso es cierto tomes tu flauta en este momento y empieces a tocar tu más relajante melodía hasta el momento en que yo considere adecuado permitir que la luz del día entre de nuevo en el Cielo.

—Mi Dama, eres cruel. —dijo Krishna.

—Así es la vida, Señor de las Flautas. —Y se marcho.

Él empezó a tocar, sumido en negros pensamientos.

Acudieron. Por el cielo, cabalgando los vientos polares, cruzando los mares y la tierra firme, sobre la ardiente nieve, bajo ella y a través de ella, acudieron. Los cambiaformas cruzaron los campos blancos, y los recorrecielos cayeron como hojas, las trompetas sonaron sobre las enormes extensiones y los carros de la nieve avanzaron a toda velocidad, reflejando la luz como lanzas en sus

bruñidos costados, llameantes mantos de piel, plumas blancas de aire masivamente exhalado arrastrado detrás y por encima de ellos guantes dorados y ojos de sol, ruidosa y calladamente, en línea recta o trazando círculos, acudieron, con brillantes tahalíes, mascaras humanas, bufandas de fuego, zapatos de demonio espinilleras de escarcha y yelmos de energía acudieron, y a lo largo de todo el mundo que yacía a sus espaldas hubo regocijo en los Templos con muchas canciones y ofrendas y procesiones y plegarias, sacrificios y dispensas, adornos y colores. Porque la muy temida diosa iba a desposarse con la Muerte, y se esperaba que eso sirviera para ablandar la disposición de ambos. Un espíritu festivo había contagiado también al Cielo, y con la reunión de dioses y semidioses, héroes y nobles, sumos sacerdotes y rajas favoritos y brahmanes de primera categoría, la atmósfera adquirió fuerza e impulso y giró como una rueda de fuegos de artificio de todos los colores, resonando igual en las cabezas de los Primeros y de los últimos.

Así acudieron a la Ciudad Celestial, cabalgando a lomos de los primos del pájaro Garuda, bajando en círculos en góndolas celestes, brotando de las arterias de las montañas, avanzando por las extensiones empapadas de nieve y marcadas por el hielo, para hacer que la espira de más de un kilómetro de alto resonara con su canción, para reír en el encantamiento de la breve e inexplicable oscuridad que descendió y se dispersó de nuevo al cabo de poco tiempo, y en los días y noches de su llegada, el poeta Adasay dijo que parecían al menos seis cosas distintas (siempre había sido pródigo en sus símiles) una migración de pájaros, pájaros brillantes, cruzando un océano de leche carente de oleaje, una procesión de notas musicales atravesando la mente de un compositor ligeramente loco, un banco de peces de las profundidades cuyos cuerpos son espiras y estrías de luz, rodeando una planta fosforescente dentro de un frío y profundo pozo submarino, la nebulosa Espiral, colapsada bruscamente sobre su centro, una tormenta, cada gota de la cual se convierte en una pluma, el canto de un pájaro o una joya, y (y quizá la más acertada) un Templo lleno de terribles y enormemente decoradas estatuas, animadas de pronto y cantando, esparcidas bruscamente por todo el mundo, con brillantes estandartes agitándose al viento, haciendo temblar palacios y derribando torres, para reunirse en el centro de todo, para encender un enorme fuego y danzar a su alrededor, con la siempre presente posibilidad de que el fuego o la danza escaparan completamente de control.

Acudieron.

Cuando la alarma secreta sonó en los Archivos, Tak tomó la Brillante Lanza de su encaje en la pared. A distintas horas del día, la alarma alertaba a distintos centinelas. Con una premonición de cuál era su causa Tak se sintió agradecido de que no hubiera sonado a otra hora. Subió hasta el nivel de la Ciudad y se encaminó hacia el Museo en la colina.

Ya era demasiado tarde.

La urna estaba abierta y el cuidador inconsciente. El Museo, por otra parte, estaba desocupado debido a la actividad en la Ciudad.

Tan cerca estaba el edificio de los Archivos que Tak los atrapo a los dos en su huida por el lado opuesto de la colina.

Agitó su Brillante Lanza, temeroso de usarla.

—¡Alto! —exclamó.

Se volvieron.

—*¡Hiciste* sonar una alarma! —acusó uno de ellos. Se apresuro a asegurar el cinturón en torno a su cintura—. ¡Vete! ¡Yo me encargaré de ése!

—¡No puedo haber hecho sonar ninguna alarma! —exclamo su compañero.

—¡Márchate de aquí!

Se enfrentó a Tak, aguardando. Su compañero siguió retirándose colina abajo. Tak vio que era una mujer.

—Devuélvelo —dijo Tak, jadeando— Sea lo que sea lo que hayas cogido, devuélvelo, y quizá pueda olvidar.

—No —dijo Sam— Es demasiado tarde. Ahora soy igual a cualquiera de por aquí, y ésta es mi única oportunidad de irme. Te conozco Tak de los Archivos, y no quiero destruirte. Así que márchate, ¡rápido!

—¡Yama estará aquí en un momento! Y...

—No temo a Yama. Atácame o déjame... ¡ahora!

—No puedo atacarte.

—Entonces adiós —Y, diciendo esto, Sam se elevó en el aire como un globo.

Pero mientras derivaba por encima del suelo, el Señor Yama apareció por la ladera de la colina con un arma en sus manos. Sujetaba un tubo resplandeciente y estilizado con una pequeña culata y un gran mecanismo disparador.

Lo alzó y apuntó.

—¡Tu última posibilidad! —grito, pero Sam siguió elevándose.

Cuando disparó, el domo se cuarteó allá arriba, muy por encima de su cabeza.

—Ha asumido su Aspecto y erigido un Atributo —dijo Tak—. Desvía la energía de tu arma.

—¿Por qué no lo has detenido? —preguntó Yama.

—No podía, Señor. Me sorprendió con su Atributo.

—No importa —dijo Yama—. El tercer centinela se encargará de él.

Se elevó, dominando la gravitación a voluntad.

Mientras volaba, se dio cuenta de la sombra que le perseguía.

Acechaba en algún lugar, justo en la periferia de su visión. No importaba hacia donde volviera la cabeza, escapaba de su vista. Pero estaba siempre allí, y crecía.

Delante había una cerradura. Una puerta al exterior colgaba arriba y un poco más adelante. El Talismán podía abrir aquella cerradura, podía calentarle contra el frío, podía transportarle a cualquier parte del mundo.

Le llegó un sonido de batir de alas.

—¡Huye! —atronó la voz en su cabeza— ¡Aumenta tu velocidad, Atador! ¡Huye más aprisa! ¡Más aprisa!

Era una de las sensaciones más extrañas que jamás hubiera experimentado.

Tuvo la impresión de avanzar hacia delante, a toda velocidad.

Pero nada cambió. La puerta no estaba más cerca. Pese a su sensación de una tremenda velocidad, no se estaba moviendo.

—¡Más aprisa, Atador! ¡Más aprisa! —exclamó la tremenda y resonante voz—. ¡Intenta emular al viento y al rayo en tu marcha!

Luchó por detener aquella sensación de movimiento.

Entonces los vientos le abofetearon, los poderosos vientos que circulan en torno al Cielo.

Luchó contra ellos, pero la voz sonó ahora muy cerca de él, aunque no vio nada excepto sombras.

—«Los sentidos son caballos y objetos los caminos que recorren» —dijo la voz—. «Si el intelecto está ligado a una mente distraída, entonces pierde la discriminación» —Y Sam reconoció las poderosas palabras del *Katha Upamshad* rugiendo a sus espaldas—. «En este caso —prosiguió la voz—, los sentidos se vuelven incontrolados, como caballos salvajes e irrefrenables bajo las riendas de un conductor sin fuerzas»

Y el cielo estalló en llamas a su alrededor, y la oscuridad lo envolvió.

Intentó contener las energías que lo asaltaban, pero no encontró nada a lo que agarrarse.

—¡Esto no es real! —exclamó.

—¿Qué es real y qué no? —replicó la voz—. Los caballos se te escapan.

Hubo un momento de terrible oscuridad, como si se moviera a través de un vacío de los sentidos. Luego hubo dolor. Luego nada.

Es difícil ser el más antiguo de los dioses de la juventud en ejercicio. Entró en la Mansión del Karma, solicitó audiencia con un representante de la Rueda, fue llevado a presencia del Señor que lo había sondeado dos días antes.

—¿Y bien? —inquirió.

—Lamento el retraso, Señor Murugan. Nuestro personal ha estado ocupado con los preparativos de la boda.

—¿Están fuera divirtiéndose, cuando deberían estar preparando mi nuevo cuerpo?

—No deberías hablar, Señor, como si fuera realmente tu cuerpo. Es un cuerpo concedido por la Gran Rueda, en respuesta a tus actuales necesidades kármicas...

—¿Y no está preparado porque el personal está fuera divirtiéndose?

—No está preparado porque la Gran Rueda gira de una manera...

—Lo quiero aquí mañana por la tarde como máximo. Si no está preparado, la Gran Rueda puede convertirse en una terrible máquina de destrucción para sus ministros. ¿Me has oído y entendido, Señor del Karma?

—Te he oído, pero tus palabras están fuera de lugar en esta...

—Brahma recomendó la transferencia, y se sentirá complacido que yo aparezca en la fiesta de esponsales en mi nueva forma. ¿Debo informarle que la Gran Rueda es incapaz de cumplir con sus deseos porque gira de una forma excesivamente lenta?

—No, Señor. Estará preparado a tiempo.

—Muy bien.

Se dio la vuelta y se fue.

El Señor del Karma hizo un antiguo y místico signo a su espalda.

—Brahma. —¿Sí, diosa?

—Con respecto a mi sugerencia... —Será tal como pediste. —He cambiado de opinión. —¿Has cambiado...?

—Sí, Señor. Querría un sacrificio humano. —No... —Sí.

—Eres realmente más sentimental de lo que había pensado. —¿Puede hacerse, o no?

—Para decirlo francamente.., a la luz de los recientes acontecimientos, lo prefiero de esta forma. —Entonces, ¿queda resuelto? —Será como tú deseas. Hay más poder en él del que yo había creído. Si el Señor de la Ilusión no hubiera estado de centinela, bien, no anticipé que alguien que había permanecido tan tranquilo durante tanto tiempo tuviera tanto *talento,* como tú lo expresaste.

—¿Dejarás este asunto enteramente en mis manos, Creador?

—Con mucho gusto.

—¿Y añadirás al Monarca de los Ladrones como postre?

—Bien. Que así sea.

—Gracias, oh poderoso.

—No es nada.

—Lo será. Buenas noches.

—Buenas noches.

Se dice que aquel día, aquel gran día, el Señor Vayu detuvo los vientos del Cielo, y la calma cayó sobre la Ciudad Celestial y el bosque de Kamburrha. Citragupta, sirviente del Señor Yama, erigió una gigantesca pira en el Fin del Mundo, hecha con maderas aromáticas, resinas, inciensos, perfumes y costosas telas, y sobre la pira colocó el Talismán del Atador y la gran capa de plumas azules que había pertenecido a Srit, jefe de los demonios kataputna, también colocó allí la joya cambiaformas de las Madres, tomada del Domo del Fulgor, y una túnica azafrán del bosquecillo púrpura de Alundil, que se decía había pertenecido a Tathagatha el Buda. El silencio de la mañana tras la noche del Festival de los Primeros era absoluto. No se veía ningún movimiento en el Cielo. Se dice que los demonios aleteaban invisibles en las alturas, pero temían acercarse al concentrado poder. Se dice que se habían producido muchos signos y portentos que señalaban la caída de los poderosos. Los teólogos y los santos historiadores dicen que el llamado Sam renegó de su herejía y se entregó a la misericordia de Trimurti. Se dice también que la diosa Parvati, que habla sido su esposa, o su madre, o su hermana, o su hija, o quizá todo a la vez, huyó del Cielo, para morar enlutada entre las brujas del continente oriental, de cuya sangre se consideraba. Con el alba, el gran pájaro llamado Garuda, Monte de Vishnu, cuyo pico despedaza los carros, despertó inquieto por un momento y lanzó un solo y ronco grito en su jaula, un grito que resonó por todo el Cielo, rompiendo cristales, creando ecos en todas partes, despertando a los más profundamente dormidos. En el tranquilo verano del Cielo empezó el día del Amor y de la Muerte.

Las calles del Cielo estaban vacías. Los dioses permanecieron por un tiempo en el interior de las casas, aguardando. Todos los portales del Cielo habían sido asegurados.

El ladrón y aquel cuyos seguidores habían llamado Mahasamatman (creyéndole un dios) fueron liberados. El aire se estremeció repentinamente, con la premonición de lo extraño.

Arriba, muy arriba de la Ciudad Celestial, en una plataforma en la cima de la espira de más de un kilómetro de alto, se erguía el Señor de la Ilusión, Mara el Soñador. Se había puesto su capa de todos los colores. Sus brazos estaban alzados, y los poderes de los demás dioses fluían a través de él, añadiéndose al suyo.

En su mente tomó forma un sueño. Luego arrojó el sueño, como una gran resaca arroja las aguas contra la playa.

En todos los tiempos, desde que el Señor Vishnu la había moldeado, la Ciudad y la selva habían existido lado a lado, adyacentes, aunque sin tocarse realmente, accesibles y, sin embargo, separadas la una de la otra por una gran distancia mental antes que por una separación meramente espacial en naturaleza. Vishnu, como Preservador, había hecho esto por una razón. Ahora no aprobaba completamente el levantamiento de aquella barrera, ni siquiera de una forma temporal y limitada. No deseaba ver nada de la selva penetrar en la Ciudad, que para su mente había crecido como un triunfo perfecto de las formas sobre el caos.

Sin embargo, consintió que, por el poder del Soñador, los felinos fantasma pudieran contemplar por un tiempo el Cielo tal como era.

Se agitaron, inquietos, en los oscuros e intemporales senderos de la jungla que era en parte ilusión. Allí, en el lugar que solamente existía a medias, una nueva visión apareció ante sus ojos, y con ella el ansia y la incitación a la caza.

Se rumoreó entre la gente del mar, aquellos charlatanes esparcidos por todo el mundo que llevaban sus historias de uno a otro lado, y que parecían conocer todas las cosas, que algunos de los felinos fantasma que cazaron aquel día no eran en absoluto felinos. Dicen que se rumoreó en los lugares del mundo por donde los dioses pasaron más tarde que algunos miembros del grupo Celestial transmigraron aquel día, adoptando los cuerpos de tigres blancos de Kamburrha para unirse a la caza por los senderos del Cielo, tras el ladrón que había fracasado y aquel al que llamaban Buda.

Se dice que, mientras recorría las calles de la Ciudad, un viejo grajo le sobrevoló trazando tres

círculos sobre él, y luego se posó en el hombro de Sam y le dijo.

—¿No eres tú Maitreya, Señor de la Luz, a quien el mundo ha estado aguardando durante tantos años, aquel cuya llegada profeticé hace mucho tiempo en un poema?

—No, mi nombre es Sam —respondió—, y estoy a punto de partir de este mundo, no de entrar en él. ¿Quién eres tú?

—Soy un pájaro que en su tiempo fue un poeta. Llevo volando toda la mañana, desde que el grito de Garuda abrió el día. He volado por las sendas del Cielo buscando al Señor Rudra, esperando ensuciarlo con mis excrementos, cuando sentí un poder extraño flotar por todas partes. He volado lejos y he visto muchas cosas, Señor de la Luz.

—¿Qué cosas has visto, pájaro que fuiste un poeta?

—He visto una pira no prendida al extremo del mundo, con brumas enroscándose en torno suyo. He visto a los dioses que iban con retraso apresurarse en cruzar la nieve y las capas superiores del aire, trazando círculos encima del domo. He visto a los ejecutantes del *ranga* y del *nepathya* ensayando la Mascarada de la Sangre para el matrimonio de la Muerte y la Destrucción. He visto al Señor Vayu alzar su mano y detener los vientos que dan vueltas en torno al Cielo. He visto a Mara revestido de todos los colores en la cúspide de la torre más alta, y he sentido el poder de lo extraño que lanza, porque he visto a los felinos fantasma turbados en el bosque, luego apresurándose en esta dirección. He visto las lágrimas de un hombre y de una mujer. He oído la risa de una diosa. He visto una brillante lanza alzarse contra la mañana, y he oído pronunciar un juramento. Finalmente he visto al Señor de la luz, de quien escribí, hace mucho tiempo.

Siempre muriendo, nunca muerto,

siempre extinguiéndose, nunca extinto,

enmascarado de tinieblas,

vestido de luz,

ahí viene, para acabar con un mundo,

como la mañana acaba con la noche.

Estos versos fueron escritos

por Morgan, el hombre libre,

que verá, el día que muera,

cumplirse esta profecía.

El pájaro se atusó las plumas y guardó silencio. —Me complace, pájaro, que hayas tenido la posibilidad de ver tantas cosas —dijo Sam—, y que en la ficción de tu metáfora hayas conseguido una cierta satisfacción. Desgraciadamente, la verdad poética difiere considerablemente de lo que rodea a la mayor parte de los asuntos de la vida.

—¡Salve, Señor de la Luz! —dijo el pájaro, y partió por los aires. Cuando se elevaba, fue atravesado por una flecha lanzada desde una cercana ventana por alguien que odiaba los grajos.

Sam se apresuro.

Se dice que el felino fantasma que le arrebato su vida y la de Helba un poco más tarde era en realidad un dios o una diosa, lo cual es completamente posible.

Se dice también que el felino fantasma que le mató no fue el primero ni el segundo en intentarlo. Varios tigres murieron ante la Brillante Lanza que los atravesó, se retiro, vibro para librarse de la sangre, y regreso entonces a manos de quien la había lanzado. Tak el de la Brillante Lanza cayo también, sin embargo, golpeado en la cabeza por una silla que le lanzo el Señor Ganesha, que había entrado silenciosamente en la habitación a sus espaldas. Dicen algunos que la Brillante Lanza fue mas tarde destruida por el Señor Agni pero otros dicen que fue arrojada mas allá del Fin del Mundo por la Dama Maya.

Vishnu se mostró disgustado, y más tarde se citó que había dicho que la Ciudad no hubiera debido

ser manchada con sangre y que allá por donde el caos encuentra una salida, algún día termina por volver a entrar. Pero los más jóvenes de los dioses se rieron de él porque era el menos respetado de los Trimurti, y sus ideas eran consideradas un tanto anticuadas, siendo como era de los Primeros. Por esta razón pues se negó a tomar parte alguna en el asunto y se retiró a su torre por un tiempo. El Señor Varuna el Justo se apañó también de aquellas actuaciones y visitó el Pabellón del Silencio en el Fin del Mundo donde permaneció sentado durante mucho tiempo en la estancia denominada Temor.

La Mascarada de la Sangre fue un hermoso espectáculo, pues había sido escrita por el poeta Adasay, que era famoso por su elegante lenguaje y pertenecía a la escuela antimorgánica. Fue acompañado por poderosas ilusiones, creadas por el Soñador especialmente para la ocasión. Se dice que Sam también camino en la ilusión aquel día, y que, como parte de lo extraño, caminó por una parcial oscuridad, entre horribles olores, cruzando regiones de lamentos y gritos, y que vio de nuevo todos los terrores que había conocido en su vida conjurados ante el, brillantes u oscuros, silenciosos o llenos de clamor, recién arrancados de las tramas de su memoria y chorreando con las emociones de su nacimiento a la vida, antes de acabar con él.

Lo que quedó fue llevado en procesión a la pira en el Fin del Mundo, colocado encima y quemado entre cánticos, El Señor Agni alzó sus lentes, miró por un momento, y brotaron las llamas. El Señor Vayu alzó su mano y el viento acudió a aventar el fuego. Cuando todo hubo terminado, el Señor Shiva envió las cenizas más allá del mundo con un gesto de su tridente.

Considerado todo, el funeral fue tan minucioso como impresionante.

La ceremonia nupcial, algo no visto desde hacía mucho tiempo en el Cielo, se celebró con toda la energía de la tradición. La espira de más de un kilómetro de alto resplandeció cegadoramente como una estalagmita de hielo. Todo lo extraño fue retirado, y los felinos salvajes caminaron por las calles de la Ciudad ciegos nuevamente, con su pelaje acariciado como si fuera por el viento, y si subían una amplia escalinata, era una rocosa ladera lo que ascendían, los edificios eran riscos y las estatuas árboles. Los vientos que daban vueltas en torno al Cielo capturaron las canciones y las difundieron por todas partes. Fue prendido un fuego sagrado en la Plaza dentro del Círculo central de la Ciudad. Vírgenes importadas para la ocasión alimentaron este fuego con madera aromática limpia y seca, que ardía con muy poco humo, salvo algunas ocasionales nubecillas de un blanco puro. Surya, el sol, resplandeció con tanto brillo que el día casi vibraba con la claridad. El novio, acompañado por una gran procesión de amigos y servidores, todos vestidos de rojo, fue escoltado a través de la Ciudad hasta el Pabellón de Kali, donde fueron introducidos por sirvientes y conducidos al gran salón comedor. Allá, el Señor Kubera ofició de anfitrión, acomodando a la concurrencia escarlata, en número de trescientos, en sillas negras y sillas rojas alternadas, en tomo a las largas mesas de madera negra taraceadas con hueso. En el comedor todos fueron invitados a beber madhuparka, una mezcla de miel y cuajada y polvos psicodélicos, y lo bebieron en compañía del séquito de la novia, vestido de azul, que penetró en la sala llevando copas dobles. El séquito de la novia también era de trescientos, y cuando todos estuvieron sentados y todos hubieron bebido *madhuparka,* Kubera habló durante un tiempo, bromeando mucho y alternando su discurso con palabras de sabiduría práctica y referencias ocasionales a las antiguas escrituras. Los acompañantes del novio partieron entonces hacia el pabellón en la Plaza, y los de la novia avanzaron hacia él desde otra dirección. Yama y Kali entraron separadamente en el pabellón y se sentaron a ambos lados de una pequeña cortina. Hubo mucho canto de canciones antiguas, y la cortina fue corrida por Kubera, permitiendo que los dos se miraran el uno al otro por primera vez aquel día. Entonces habló Kubera, entregando a Kali al cuidado de Yama a cambio de las promesas de bondad, riqueza y placer que le fueron hechas. Luego el Señor Yama sujetó su mano y Kali arrojó una ofrenda de grano al fuego, hacia donde la condujo Yama, después de que sus trajes hubieran sido anudados por uno de los servidores de ella. Después de aquello, Kali subió a una piedra molar, y ambos dieron siete pasos juntos, y Kali arrojó un puñado pequeño de arroz con cada paso. Luego hubo una ligera lluvia reclamada por unos pocos segundos al cielo, para santificar la ocasión con la bendición del agua. Los servidores y acompañantes se unieron entonces en una sola procesión y cruzaron la ciudad en dirección al oscuro pabellón de Yama, donde se celebró una gran fiesta y donde fue representada la Mascarada de la Sangre.

Cuando Sam se enfrentó a su ultimo tigre, este agitó lentamente su cabeza, sabiendo qué era lo que estaba cazando. No había sitio para correr, de modo que permaneció allí de pie, aguardando. El felino se tomó también su tiempo. Una horda de demonios intentó descender sobre la Ciudad en

aquel momento, pero el poder de lo extraño los retuvo. La diosa Ratri fue vista llorar y su nombre entró en una lista. Tak de los Archivos fue encarcelado durante un tiempo en las mazmorras debajo del Cielo. Al Señor Yama se le oyó decir «La vida no ha vuelto a él», casi como si hubiera esperado lo contrario.

Considerado todo, la muerte fue tan minuciosa como impresionante.

La fiesta de esponsales duró siete días y el Señor Mara arrojó sueño tras sueño sobre los celebrantes. Como en una alfombra mágica, los transportó a través de paisajes de ilusión, erigiendo palacios de humo multicolor sobre columnas de agua y de fuego, lanzando los bancos donde se sentaban por cañones de polvo estelar, compitiendo con coral y mirra para doblegar sus sentidos, más allá de ellos mismos, infundiendo sobre ellos todos sus Aspectos y manteniéndolos, haciendo rotar los arquetipos sobre los cuales habían basado sus poderes, mientras Shiva danzaba en un camposanto la Danza de la Destrucción y la Danza del Tiempo, celebrando la leyenda de la aniquilación de las tres ciudades volantes de los titanes, y Krishna el Oscuro recreó la Danza del Luchador en conmemoración de haber vencido al demonio negro Bana, mientras Lakshmi danzaba la Danza de la Estatua, e incluso el Señor Vishnu era coaccionado a celebrar de nuevo los pasos de la Danza del Ánfora, mientras Murugan en su nuevo cuerpo se reía del mundo envuelto en todos sus océanos, y danzaba su danza del triunfo sobre aquellas aguas como si fueran un escenario, la misma danza que había danzado tras matar a Shura, que había buscado refugio en las profundidades del mar. Cuando Mara hacia un gesto había magia y color y música y vino. Había poesía y juegos. Había canciones y risas Había deporte con pruebas de fortaleza y habilidad. En conjunto se requerían las fuerzas de un dios para resistir los siete días enteros de placer.

Considerado todo, la boda fue tan minuciosa como impresionante.

Cuando terminó, la novia y el novio abandonaron el Cielo, para vagabundear durante un tiempo por el mundo y gozar de sus placeres en muchos lugares. Partieron, sin servidores ni séquito, a errar por su cuenta. No anunciaron el orden de sus visitas, ni el tiempo que iban a emplear en ellas..., lo cual era de esperar, siendo como eran sus compañeros celestiales tan amigos de las bromas pesadas.

Tras su marcha aún siguieron los festejos. El Señor Rudra, tras consumir una abrumadora cantidad de soma, se puso en pie sobre un mesa y empezó a lanzar un discurso relativo a la novia..., un discurso que, si Yama hubiera estado presente, hubiera creado un auténtico conflicto. A raíz de ello, el Señor Agni abofeteó violentamente a Rudra en la boca, y fue inmediatamente desafiado a un duelo, con sus respectivos Aspectos, a través del Cielo.

Agni fue llevado a la cima de una montaña más allá de Kaniburrha, y el Señor Rudra ocupó su posición cerca del Fin del Mundo. Cuando fue dada la señal, Rudra lanzó una flecha rastreadora del calor, silbando a lo largo de los kilómetros, en dirección a su oponente. A veinticinco kilómetros de distancia, sin embargo, el Señor Agni divisó la flecha mientras ganaba velocidad hacia él y la quemó eliminándola del aire con un golpe del Fuego Universal, con cuyo mismo poder lanzó luego una aguja de luz, alcanzando a Rudra y reduciéndolo a cenizas allá donde estaba, y haciendo incluso un agujero en el domo a sus espaldas. Así el honor de los lokapalas quedó ensalzado, y un nuevo Rudra fue ascendido de los rangos de los semidioses para ocupar el lugar del viejo que había caído.

Un rajá y dos sacerdotes murieron de envenenamiento, con gran colorido, y se erigieron piras para acomodar sus azulados restos. El Señor Krishna revistió su Aspecto y tocó música que superaba a todas las músicas, y Guari la Hermosa se enterneció y volvió junto a él, con el corazón ablandado, después de haber roto. Sarasvati, en plena gloria, danzó la Danza de las Delicias, y luego el Señor Mara recreó la huida de Helba y el Buda a través de la ciudad. Este último sueño turbó a muchos, sin embargo, y más nombres fueron registrados. Luego un demonio se atrevió a entrar entre ellos, con el cuerpo de un joven y la cabeza de un tigre, atacando al Señor Agni con una terrible furia. Fue repelido por los poderes combinados de Ratri y de Vishnu, pero consiguió escapar a la incorporeidad antes de que Agni pudiera tomar su vara para atacarle.

En los días que siguieron hubo cambios en el Cielo.

Tak de los Archivos y la Brillante Lanza fue juzgado por los Señores del Karma y fue transmigrado al cuerpo de un simio; y en su mente fue grabada la advertencia de que cada vez que se presentara para renovación sería reencarnado de nuevo en el cuerpo de un simio, para que vagara por el mundo en esta forma hasta que el Cielo considerara justo extender su misericordia y le liberara de ese

destino. Fue enviado a las junglas del sur, y allí soltado para que expiara el peso de su karma.

El Señor Varuna el Justo reunió a sus sirvientes a su alrededor y abandonó la Ciudad Celestial, para instalar su hogar en otro lugar del mundo. Algunos de sus detractores se alegraron de su partida casi tanto como se habían alegrado de la de Nirriti el Negro, dios de la oscuridad y la corrupción, que había abandonado el Cielo lleno con la mala voluntad y las miasmas de muchas tenebrosas maldiciones. Los detractores de Varuna no eran tan numerosos, sin embargo, porque era del conocimiento general que merecía el título de Justo, y la expresión de su condena podía ser esgrimida fácilmente para reflejar la valía real de quien hablara de él..., así que muy poca gente volvió a mencionarlo excepto en los días inmediatamente posteriores a su marcha.

Mucho más tarde, otros entre los dioses fueron exiliados al mundo, en los días de las Purgas Celestes. Su marcha, sin embargo, tuvo sus inicios en ese tiempo, cuando el aceleracionismo entró de nuevo en el Cielo.

Brahma, el más poderoso de los cuatro órdenes de dioses y las dieciocho huestes del paraíso, Creador de todo, Señor del alto Cielo y de todo lo que hay debajo de él, de cuyo ombligo brota un loto y cuyas manos acarician los océanos..., él, que en tres zancadas recorre todos los mundos, el tambor de cuya gloria infunde terror en los corazones de sus enemigos, en cuya mano derecha se halla la rueda de la ley, que ata las catástrofes usando una serpiente por cuerda..., Brahma iba a sentirse más y más incómodo y alterado en los días que siguieron como resultado de la promesa hecha apresuradamente a la Señora de la Muerte. Aunque es muy probable que hubiera procedido del mismo modo sin sus persuasiones. El principal efecto de sus acciones, pues, fue probablemente que le proporcionó a alguien a quien culpar de sus problemas posteriores. Era conocido también como Brahma el Infalible.

El domo del Cielo tuvo que ser reparado en varios lugares al terminar los festejos.

El Museo del Cielo fue dotado a partir de entonces con una guardia armada, que permanecía constantemente en el lugar.

Fueron organizadas varias partidas de caza de demonios, pero nunca fueron más allá del estadio de planificación.

Fue nombrado un nuevo Archivero, uno que no sabía nada de ninguno de sus antepasados.

Los felinos fantasma de Karuburrha recibieron representación simbólica en todos los Templos.

La última noche de festejos, un dios solitario entró en el Pabellón del Silencio del Fin del Mundo y permaneció durante largo rato en la estancia denominada de la Memoria. Luego se echó a reír prolongadamente y regresó a la Ciudad Celestial, y su risa sonó a juventud y belleza y fuerza y pureza, y los vientos que rodean el Cielo la captaron y la llevaron a través del mundo, donde todos quienes la oyeron se maravillaron de la extraña y vibrante nota de triunfo que contenía.

Considerado todo, el tiempo de Amor y Muerte, de Odio y Vida, y de Locura, fue tan minucioso como impresionante.

VI

En el tiempo que siguió a la muerte de Brahma, hubo en la Ciudad Celestial un período de agitación. Varios de los dioses fueron incluso expulsados del Cielo. Fue un tiempo en que casi todo el mundo temía ser considerado un aceleracionista: y, como quiso el destino, en un momento u otro de este período, prácticamente todo el mundo fue considerado un aceleracionista. Aunque Alma Grande Sam estaba muerto, se decía que su espíritu seguía viviendo, burlón. Luego, en los días de rencores e intrigas que condujeron a la Gran Batalla, se rumoreó que algo más que su espíritu podía seguir viviendo.

> Cuando el sol del sufrimiento se ha puesto, entonces viene esta paz, Señor de las tranquilas estrellas, esta paz de creación, este lugar donde el mándala gira gris. El necio dice en su mente que sus pensamientos sólo son pensamientos....
>
> *Saraha (98—99)*

Era primera hora de la mañana. Cerca de la piscina del loto púrpura, en el Jardín de las Delicias, a los pies de la estatua de la diosa azul con la *vina,* fue hallado Brahma.

La muchacha que lo encontró primero supuso que estaba descansando, porque sus ojos estaban abiertos. Tras un momento, sin embargo, se dio cuenta de que no respiraba; y su rostro, contorsionado, no reflejaba ningún cambio de expresión.

Se puso a temblar mientras aguardaba el fin del universo. Muerto dios, lo primero que se le ocurrió fue que esto era lo que normalmente tenía que seguir. Pero al cabo de un tiempo decidió que la cohesión interna de las cosas quizá sirviera para mantener el universo de una pieza durante otra hora o así, y si éste era el caso, creyó aconsejable llamar la atención del inminente Yuga a alguien mejor preparado para ocuparse del asunto.

Se lo dijo a la Primera Concubina de Brahma, que acudió a comprobarlo por sí misma, admitió que su Señor estaba realmente muerto, se dirigió a la estatua de la diosa azul, que inmediatamente empezó a tocar la *vina*, y luego envió mensajes a Vishnu y Shiva para que acudieran inmediatamente al Pabellón.

Así lo hicieron, trayendo al Señor Ganesha con ellos.

Examinaron el cuerpo, admitieron que estaba efectivamente muerto, y confinaron a ambas mujeres en sus aposentos bajo pena de ejecución.

Luego conferenciaron.

—Necesitamos inmediatamente otro creador —dijo Vishnu— Se abre el turno de nominaciones.

—Nomino a Ganesha —dijo Shiva.

—Rehúso —dijo Ganesha.

—¿Por qué?

—No me gusta estar en escena. Prefiero mucho más permanecer en algún lugar entre bastidores.

—Entonces consideremos algunas elecciones alternativas, rápido.

—¿No sería prudente —preguntó Vishnu— averiguar las causas de lo ocurrido antes de proceder?

—No —dijo Ganesha— El primer orden de prioridades debe ser la selección de su sucesor. Incluso el examen *post mortem* debe aguardar. El Cielo no puede estar nunca sin un Brahma.

—¿Qué te parece uno de los lokapalas?

—Quizá.

—¿Yama?

—No. Es demasiado serio, demasiado concienzudo , es un técnico, no un administrador. También creo que es emocionalmente inestable.

—¿Kubera?

—Demasiado listo. Le tengo miedo a Kubera.

—¿Indra?

—Demasiado testarudo.

—¿Agni, entonces?

—Quizá. Quizá no.

—¿Tal vez Krishna?

—Demasiado frívolo, nunca está sobrio.

—¿Quién sugieres, entonces?

—¿Cuál es nuestro mayor problema en el momento actual?

—No tengo la impresión de que tengamos ningún problema importante en estos momentos —dijo Vishnu.

—Entonces quizá fuera juicioso tener uno ahora mismo —dijo Ganesha—. Tengo la sensación de que nuestro principal problema es el aceleracionismo. Sam regresó, agitando las cosas y enlodando las claras aguas.

—Sí —dijo Shiva.

—¿El aceleracionismo? ¿Por qué darle patadas a un perro muerto?

—Oh. pero no está muerto. No abajo entre los hombres. Y servirá también para desviar la atención de la sucesión dentro de Trimurtí y recuperar al menos una solidaridad superficial aquí en la Ciudad. A menos, por supuesto, que decidáis emprender una campaña contra Nirriti y sus zombies.

—No, gracias.

—No ahora.

—Hummm..., sí, entonces el aceleracionismo es nuestro principal problema en el momento presente.

—De acuerdo. El aceleracionismo es nuestro principal problema.

—¿Quién lo odia más que ningún otro?

—¿Tú?

—Tonterías. Excepto yo.

—Dínoslo, Ganesha.

—Kali.

—Lo dudo.

—Yo no. Las dos bestias gemelas, el budismo y el aceleracionismo, conducen un solo carro. El Buda se burló de ella. Es una mujer. Kali encabezará la campaña.

—Eso significará renunciar a ser mujer.

—No me vengas con pequeñeces.

—De acuerdo, Kali.

—¿Pero y Yama?

—¿Qué pasa con él? Déjamelo a mi.

—Encantado.

—Lo mismo digo.

—Muy bien. Recorred entonces todo el mundo, con el carro de fuego y a lomos del gran pájaro Garuda. Encontrad a Yama y Kali. Traedlos de vuelta al Cielo. Aguardaré vuestro regreso y estudiaré el asunto de la muerte de Brahma.

—Así se hará.

—De acuerdo.

—Buenos días.

—¡Buen mercader Vama, espera! Querría tener unas palabras contigo.

—Sí, Kabada. ¿Que quieres?

—Es difícil hallar las palabras que quiero decirte. Pero se refieren a ciertos asuntos que han suscitado considerable preocupación a tus vecinos más inmediatos.

—¿Oh? Cuéntamelo.

—Se refieren a la atmósfera...

—¿La atmósfera?

—Los vientos y las brisas, quizá...

—¿Vientos? ¿Brisas?

—Y las cosas que llevan.

—¿Cosas? ¿Como cuáles...?

—Olores, buen Vama.

—¿Olores? ¿Qué olores?

—Olores de..., bien, olores de..., de materias fecales.

—¿De...? ¡Oh! Sí. Cierto. Completamente cierto. Es posible. Me he acostumbrado tanto a ellos que los había olvidado.

—¿Puedo preguntarte cuál es la causa?

—Son ocasionados por los productos de la defecación, Kabada.

—Soy consciente de ello. Lo que quería preguntarte es *por qué* están presentes, no su fuente y naturaleza.

—Están presentes a causa de los cubos que hay en la habitación de atrás, llenos de esa materia.

—¿Oh?

—Sí. Llevo reservando los productos de mi familia de esta forma. Vengo haciéndolo desde hace ocho días.

—¿Con qué finalidad, noble Vama?

—¿No has oído hablar de una cosa, una cosa maravillosa, una cosa donde se descargan esos productos, en agua, y luego se tira de una palanca, y con un poderoso ruido de succión son llevados lejos, muy adentro en la tierra?

—He oído hablar algo de ello...

—Oh, pues es cierto, es cierto. *Existe.* Ha sido inventado recientemente por alguien a quien no debo nombrar, y está formado por grandes conducciones y un asiento sin fondo, o sin sobre, debería decir. Es el descubrimiento más maravilloso de todas las épocas, ¡y en cuestión de lunas voy a tener uno!

—¿Tú? ¿Una de esas cosas?

—Sí. Será instalado en la pequeña habitación que he construido en la parte de atrás de mi casa. Hasta podré invitar a todos mis vecinos a cenar esa noche y permitirles que lo utilicen.

—Realmente es maravilloso..., y tú muy generoso.

—Claro que sí.

—Pero..., ¿y los olores?

—Son ocasionados por los cubos de esas materias, que estoy guardando hasta la instalación del aparato.

—¿Por qué?

—Quiero que en mi expediente kármico conste que el aparato fue usado para esas materias desde hace ocho días, en vez de a partir de varias lunas desde ahora. Eso demostrará mi rápido avance en la vida.

—¡Ah! Ahora veo la sabiduría de tu proceder, Vama. No quisiera que pareciese que estamos poniendo trabas a un hombre que busca mejorarse a sí mismo. Discúlpame si te he dado esta impresión.

—Estás perdonado.

—Mis vecinos te quieren, olores incluidos. Cuando hayas alcanzado un estado superior, por favor no lo olvides.

—Por supuesto.

—Tales progresos deben ser caros.

—Mucho.

—Digno Vama, nos deleitaremos con la atmósfera y con todos sus pungentes portentos.

—Ésta es sólo mi segunda vida, buen Kabada, pero ya siento que el destino me toca con sus manos.

—Yo también. Los vientos del Tiempo cambian, y conducen a la humanidad hacia cosas maravillosas. Los dioses te conserven.

—A ti también. Pero no olvides la bendición del Iluminado, a quien mi primo segundo Vasu cobijó en su bosquecillo púrpura.

—¿Cómo podría? Mahasamatman era también un dios. Algunos dicen que Vishnu.

—Mienten. Era el Buda.

—Añade entonces sus bendiciones.

—Muy bien. Buenos días, Kabada.

—Buenos días, digno Vama.

Yama y Kali entraron en el Cielo. Descendieron sobre la Ciudad Celestial a lomos del pájaro llamado Ganada. Entraron en la Ciudad en compañía de Vishnu. No se detuvieron para nada, sino que fueron directamente al Pabellón de Brahma. En el Jardín de las Delicias se reunieron con Shiva y con Ganesha.

—Oídme, Muerte y Destrucción —dijo Ganesha—. Brahma está muerto, y sólo cinco de nosotros lo sabemos.

—¿Cómo ocurrió? —preguntó Yama.

—Parece que fue envenenado.

—¿Se ha hecho una autopsia?

—No.

—Entonces yo realizaré una.

—Bien. Pero ahora hay otro asunto, de mucha mayor importancia.

—Nómbralo.

—Su sucesor.

—Sí. El Cielo no puede estar sin un Brahma.

—Exactamente. Kali, dime, ¿qué te parecería ser Brahma, el de la silla de oro y las espuelas de plata?

—No sé.

—Entonces empieza a pensar en ello, y rápido. Estás considerada como la mejor elección.

—¿Y el Señor Agni?

—No está tan arriba en la lista. No parece que sea tan antiaceleracionista como la Señora Kali.

—Entiendo.

—Y yo.

—En consecuencia, es un buen dios, pero no un gran dios.

—Sí. ¿Quién puede haber matado a Brahma?

—No tengo la menor idea. ¿Y tú?

—Todavía no.

—¿Pero lo descubrirás, señor Yama?

—Sí, revestido con mi Aspecto.

—Vosotros dos desearéis discutir sobre esto.

—Sí.

—Entonces os dejamos. Dentro de una hora cenaremos juntos en el Pabellón.

—De acuerdo.

—De acuerdo.

—Hasta entonces...

—Hasta entonces.

—Hasta entonces.

—¿Señora? —¿Sí?

—Con un cambio de cuerpos uno queda automáticamente divorciado, a menos que se firme un contrato de continuación. —Sí.

—Brahma tiene que ser un hombre. —Sí

—Niégate. —Mi Señor...

—¿Dudas?

—Es todo tan repentino, Yama.

—¿Te paras incluso a considerarlo?

—Debo hacerlo.

—Kali, me decepcionas.

—No era ésa mi intención.

—Y te pido que rechaces la oferta.

—Soy una diosa por derecho propio además de tu esposa, Señor **Yama.**

—¿Qué significa eso?

—Tomo mis propias decisiones.

—Si aceptas, Kali, ten en cuenta que todo terminará entre nosotros.

—Eso es evidente.

—¿Qué, en nombre de los rishis, es el aceleracionismo, sino una tormenta sobre un hormiguero? ¿Por qué están todos tan repentinamente contra él?

—Debe ser que sienten la necesidad de oponerse a algo.

—¿Por qué eliges encabezarlo?

—No lo sé.

—¿A menos que haya alguna razón especial para que seas antiaceleracionista, querida?

—No que yo sepa.

—Soy joven comparado con otros dioses, pero he oído decir que en los primeros días del mundo el héroe con quien cabalgaste, Kalkin, era el mismo que el llamado Sam. Si tuvieras alguna razón para odiar a tu antiguo Señor, y Sam era realmente él, entonces puedo ver que te alistes contra eso que inició. ¿Es posible que esa sea la razón?

—Es posible.

—Entonces, si me quieres, y eres realmente mi dama, deja que otro sea Brahma.

—Yama.

—Querrán una decisión dentro de una hora.

—Y tendré una para ellos.

—¿Que será?

—Lo siento, Yama...

Yama se marchó del Jardín de las Delicias antes de la hora de la cena. Aunque parecía una poco saludable ruptura de la etiqueta, Yama, de todos los dioses, era considerado el más reacio a la disciplina y era consciente de ese hecho, así como de las razones que había tras él. De modo que abandonó el Jardín de las Delicias y se encaminó hacia el lugar donde termina el Cielo.

Pasó todo aquel día y aquella noche en el Fin del Mundo, y no fue molestado por ninguna llamada. Pasó algo de tiempo en cada una de las cinco estancias del Pabellón del Silencio. Puesto que sus pensamientos eran suyos, lo dejaremos solo también. Por la mañana regresó a la Ciudad Celestial.

Allí supo de la muerte de Shiva.

Su tridente había quemado otro orificio en el domo, pero su cabeza había sido aplastada con un instrumento romo, aun no localizado.

Yama acudió a su amigo Kubera.

—Ganesha, Vishnu y el nuevo Brahma han contactado ya con Agni para cubrir la plaza del Destructor —dijo Kubera—. Creo que aceptará.

—Excelente, por Agni —dijo Yama—. ¿Quién mató al dios?

—He pensado mucho en ello —dijo Kubera—, y creo que en el caso de Brahma debió ser alguien al que conocía lo suficiente como para beber con él, y en el caso de Shiva alguien lo suficientemente conocido como para sorprenderle. Quien te habla no sabe decirte nada más.

—¿La misma persona?

—Apostaría dinero a que sí.

—¿Puede ser parte de un complot aceleracionista?

—Lo encuentro difícil de creer. Aquellos que simpatizan con el aceleracionismo no poseen ninguna auténtica organización. El aceleracionismo ha regresado demasiado recientemente al Cielo como para ser más que eso. Una cábala, quizá. Lo más seguro es que lo hiciera un solo individuo, independientemente de ningún respaldo.

—¿Qué otras razones podía haber?

—Una venganza. O alguna deidad menor ansiosa de pasar a mayor. ¿Por qué mata alguien a alguien?

—¿Puedes pensar en alguna persona en particular?

—El principal problema, Yama, será eliminar sospechosos, no encontrarlos. ¿Ha sido puesta en tus manos la investigación?

—Ya no estoy seguro. Creo que sí. Pero encontraré a quien lo hizo, sea cual sea su rango, y lo mataré.

—¿Por qué?

—Necesito algo que hacer, alguien a quien...

—¿Matar?

—Sí.

—Lo siento, amigo mío.

—Yo también. De todos modos, es mi privilegio y mi intención.

—Me gustaría que no hubieras hablado conmigo referente a este asunto. Se trata obviamente de algo muy confidencial.

—No se lo diré a nadie si tú no lo haces.

—Te aseguro que no lo haré.

—Y sabes que cuidaré de las huellas kármicas, contra la psicosonda.

—Por eso lo mencioné, y hablé también de Shiva. Dejémoslo así.

—Buenos días, amigo mío.

—Buenos días, Yama.

Yama abandonó el Pabellón de los lokapalas. Al cabo de un tiempo, la diosa Ratri entró allí.

—Salud, Kubera.

—Salud, Ratri.

—¿Por qué estás sentado aquí solo?

—Porque no tengo a nadie que me haga compañía. ¿Por qué vienes tú aquí sola?

—Porque no he encontrado a nadie con quien hablar, hasta ahora.

—¿Buscas consejo o conversación?

—Ambas cosas.

—Siéntate.

—Gracias. Tengo miedo.

—¿Tienes hambre también?

—No.

—Toma una fruta y una copa de soma.

—De acuerdo.

—¿A qué le tienes miedo, y cómo puedo ayudarte?

—Vi al Señor Yama salir de aquí.

—Sí.

—Me di cuenta cuando le miré la cara que es un dios de la Muerte, y que hay un poder que incluso los dioses pueden temer.

—Yama es fuerte, y es mi amigo. La muerte es poderosa, y no es amiga de nadie. Sin embargo, los dos existen juntos, y eso es extraño. Agni es fuerte también, y es Fuego. *Él* es mi amigo, Krishna podría ser fuerte si quisiera. Pero nunca quiere. Gasta sus cuerpos con una fantástica rapidez. Bebe soma y se dedica a la música y a las mujeres. Odia el pasado y el futuro. Es mi amigo. Soy el último entre los lokapalas, y no soy fuerte. Cualquier cuerpo que lleve se pone rápidamente gordo. Soy más padre que hermano para mis tres amigos. De ellos, puedo apreciar la embriaguez y la música y el amor y el fuego, porque son cosas de vida, y así puedo querer a mis amigos como hombres o como dioses. Pero el otro Yama me hace sentir miedo también, Ratri. Porque cuando se envuelve en su Aspecto es un vacío, que hace temblar a este pobre gordo. Entonces no es amigo de nadie. Así que no te sientas extraña si temes a mi amigo. Ya sabes que cuando un dios está turbado, entonces su Aspecto acude a confortarle, oh diosa de la Noche, hasta el punto que incluso ahora el crepúsculo se apodera de esta glorieta, pese a que al día le falta todavía mucho para terminar. Has de saber que pasaste junto a un turbado Yama.

—Regresó muy repentinamente.

—Sí.

—¿Puedo preguntar por qué?

—Me temo que el asunto es confidencial.

—¿Tiene algo que ver con Brahma?

—¿Por qué lo preguntas?

—Creo que Brahma está muerto. Me temo que Yama ha sido llamado para encontrar a su asesino. Me temo que va a encontrarme a mí, pese a que yo puedo atraer un siglo de noche sobre el Cielo. Me encontrará a mí, y yo no puedo afrontar el vacío.

—¿Qué sabes tú sobre ese pretendido asesinato?

—Creo que fui la última en ver a Brahma vivo o la primera en verlo muerto, según lo que significaran sus espasmos.

—¿Cuáles fueron las circunstancias?

—Fui a su Pabellón ayer por la mañana a primera hora, para interceder con él y que abandonara su irritación y permitiera el regreso de la Señora Parvati. Me dijeron que lo buscara en el Jardín de las Delicias, y allí fui...

—¿Te dijeron? ¿Quién te dijo?

—Una de sus mujeres No conozco su nombre.

—Sigue ¿Qué ocurrió entonces?

—Le encontré a los pies de la estatua azul que toca la *vina.* Estaba retorciéndose. No respiraba. Entonces dejó de retorcerse y se quedó inmóvil. Su corazón no latía, y no pude encontrar su pulso. Así que apelé a una porción de noche para envolverme en sus sombras y me fui del Jardín.

—¿Por qué no pediste ayuda? Quizá aún no era demasiado tarde.

—Porque quería que muriese, por supuesto. Lo odiaba por lo que le hizo a Sam, y por haber echado a Parvati y a Varuna, y por lo que le hizo al Archivero, Tak, y por...

—Ya basta. Podríamos seguir todo el día con esto. ¿Te fuiste directamente del Jardín, o te detuviste en el Pabellón?

—Pasé por el Pabellón y vi a la misma muchacha. Me hice visible a ella y le dije que no había

podido localizar a Brahma y que volvería más tarde... Está muerto, ¿verdad? ¿Qué voy a hacer yo ahora?

—Toma otra fruta y un poco más de soma. Sí, está muerto.

—¿Irá Yama tras de mí?

—Por supuesto. Irá detrás de cualquiera que haya visto algo cerca de aquí. Sin duda se empleó un veneno de efectos razonable mente rápidos, y tú estabas allí casi en el momento de su muerte. Así que naturalmente irá tras de ti , y te someterá a la psicosonda junto con todos los demás. Esto revelará que tú no lo hiciste. Así que te sugiero que simplemente aguardes a ser llamada. No le cuentes a nadie más esta historia.

—¿Qué debo decirle a Yama?

—Si llega a ti antes de que yo llegue a él, cuéntaselo todo, incluido el hecho de que has hablado conmigo. Eso se debe a que se supone que yo no sé que haya ocurrido nada de esto. La muerte de alguien de los Trimurtí es mantenida siempre en secreto durante tanto tiempo como es posible, incluso a expensas de vidas.

—Pero los Señores del Karma lo leerán de tu memoria cuando te presentes a juicio.

—Por esa misma razón no lo leerán de tu memoria hoy. El conocimiento de la muerte de Brahma será mantenido dentro de un grupo tan pequeño como sea posible. Puesto que es posible que Yama lleve la investigación oficial y que sea también el diseñador de la psicosonda, no creo que ninguna persona de la rueda amarilla sea puesto a cargo de las máquinas. De todos modos, tengo que confirmar este hecho con Yama, o sugerírselo, inmediatamente.

—Antes de que vayas...

—¿Si?

—Dijiste que es posible que sólo unos cuantos deban saber esto, aún a costa de algunas vidas. ¿Significa esto que yo...?

—No. Vivirás, porque yo te protegeré.

—¿Por qué tienes que hacerlo?

—Porque eres mi amiga.

Yama operaba la máquina que sondea la mente. Había sondeado a treinta y siete sujetos, todos los cuales podían haber tenido acceso a Brahma en su Jardín durante todo el día anterior al fallecimiento. De ellos, once eran dioses o diosas, incluidos Ratri, Sarasvati, Vayu, Mara, Lakshmi, Murugan, Agni y Krishna.

De esos treinta y siete, dioses y hombres, ninguno fue hallado culpable.

Kubera. el artífice. permanecía al lado de Yama, observando las psicocintas.

—¿Y ahora qué, Yama?

—No lo sé.

—Tal vez el asesino fuera invisible.

—Quizá.

—Pero piensas que no.

—Pienso que no.

—Supongamos que hacemos pasar por la sonda a toda la Ciudad.

—Se producen muchas llegadas y partidas cada día, por muchas entradas y salidas.

—¿Has pensado en la posibilidad de que haya sido uno de los rakasha? Están de nuevo por todo el mundo, como sabes muy bien, y nos odian.

—Los rakasha no envenenan a sus víctimas. Tampoco creo que ninguno haya podido entrar en el Jardín, debido al incienso repelente de demonios.

—¿Qué hacemos, pues?

—Volveré a mi laboratorio a pensar.

—¿Puedo acompañarte a la Vasta Mansión de la Muerte?

—Si quieres.

Kubera regresó con Yama, y mientras Yama pensaba, Kubera examinó su índice de cintas maestras, que había elaborado cuando experimentaba con las primeras máquinas de sondeo. Estaban descartadas, eran incompletas, por supuesto, solamente los Señores del Karma mantenían actualizadas las cintas de registros vitales de todos los habitantes de la Ciudad Celestial. Kubera lo sabía, evidentemente.

La imprenta fue redescubierta en un lugar llamado Keenset, junto al río Vedra. En este lugar también se llevaron a cabo experimentos con sofisticadas conducciones de fontanería. Dos espléndidos artistas del Templo aparecieron también en escena, y un viejo cristalero construyó un par de bifocales y empezó a pulir más. Así pues, los indicios apuntaban a que en una de las ciudades—estado se estaba gestando un renacimiento.

Brahma decidió que ya era hora de actuar contra el aceleracionismo.

Fue organizada una partida de guerra en el Cielo, y los Templos de las ciudades adyacentes a Keenset convocaron a los fieles para que estuvieran preparados para una guerra santa.

Shiva el Destructor llevaba tan sólo un tridente simbólico, porque su auténtica fe estaba depositada en la vara de fuego que llevaba al costado.

Brahma, el de la silla de oro y las espuelas de plata, llevaba una espada, una rueda y un arco.

El nuevo Rudra llevaba el arco y el carcaj del viejo.

El Señor Mara llevaba una resplandeciente capa que cambiaba constantemente de color, y nadie podía decir que tipo de armas portaba o qué clase de carro conducía. Porque mirarle durante mucho rato era sentir vértigo, y las cosas cambiaban de forma a su alrededor, excepto sus caballos, cuyas bocas chorreaban constantemente sangre, que se disolvía en humo al caer.

Luego venían cincuenta semidioses escogidos, luchando aún por disciplinar sus erráticos Atributos ansiosos de fortalecer sus Aspectos y ganar méritos en la batalla.

Krishna declinó participar en la batalla y fue a tocar sus flautas en Kamburrha.

Lo encontró tendido en la herbosa ladera de una colina más allá de la Ciudad, mirando al cielo lleno de estrellas.

—Buenas noches.

Volvió la cabeza y asintió.

—¿Cómo estás, buen Kubera?

—Bien, Señor Kalkín. ¿Y tú?

—Muy bien. ¿Tienes un cigarrillo sobre tu muy impresionante persona?

—Nunca estoy lejos de ellos.

—Gracias.

—¿Lumbre?

—Sí.

—¿Era un grajo lo que sobrevoló trazando círculos sobre el Buda antes de que la Señora Kali lo

destripara?

—Hablemos de asuntos más agradables.

—Mataste a un Brahma débil y ahora ha sido reemplazado por uno muy poderoso.

—¿Oh?

—Mataste a un fuerte Shiva, pero lo ha reemplazado uno igualmente fuerte.

—La vida está llena de cambios.

—¿Qué esperas conseguir? ¿Venganza?

—La venganza es parte de la ilusión del yo. ¿Cómo puede un hombre matar lo que ni vive ni muere realmente, sino que existe solamente como reflejo de lo Absoluto?

—Sin embargo hiciste un buen trabajo, aunque, como dices, fuera solamente un reajuste.

—Gracias.

—¿Pero por qué lo hiciste?... Y preferiría una respuesta a un tratado.

—Pretendía eliminar toda la jerarquía del Cielo. Ahora, sin embargo, tengo la impresión de que éste debe ser el camino de todas las buenas intenciones.

—Cuéntame por qué lo hiciste.

—Si tú me cuentas cómo me descubriste.

—Es justo. Dime, ¿por qué?

—Decidí que la humanidad podía vivir mejor sin dioses. Si me encargaba de todos ellos, la gente podría empezar a tener de nuevo abrelatas, y latas que abrir, y cosas así, sin temer las iras del Cielo. Ya hemos pisoteado demasiado a esa pobre gente. Deseaba darles una posibilidad de ser libres, de construir lo que desearan.

—Pero viven, y viven y viven.

—A veces, y a veces no. Lo mismo hacen los dioses.

—Eras prácticamente el último aceleracionista que quedaba en el mundo, Sam. Nadie hubiera pensado que fueses también el más peligroso.

—¿Cómo me descubriste?

—Se me ocurrió que Sam sería el sospechoso número uno, excepto por el hecho de que estaba muerto.

—Había supuesto que ésa sería suficiente defensa contra la detección.

—Así que me pregunté a mí mismo si había alguna forma de que Sam hubiera escapado de la muerte. No pude pensar en ninguna, excepto un cambio de cuerpos. ¿Quién, me pregunté entonces, tomó un nuevo cuerpo el día que murió Sam? Solamente estaba el Señor Murugan. Esto no parecía lógico, sin embargo, porque lo hizo *después* de la muerte de Sam, no antes. Olvidé aquello por el momento. Tú, Murugan, hallándote entre los treinta y siete sospechosos, fuiste sondeado y pasaste la prueba como inocente a ojos del Señor Yama. Parecía pues que había seguido un falso rastro..., hasta que pensé en una forma muy sencilla de comprobar toda la idea. Yama puede vencer a la psicosonda, así que, ¿por qué no podía alguien más ser capaz de hacerlo también? Recordé en aquel punto que el Atributo de Kalkin *había* implicado el control de los relámpagos y los fenómenos electromagnéticos. Podía haber saboteado la máquina con su mente de modo que no viera nada anormal. La forma de comprobarlo, pues, era no considerar lo que la máquina había leído, sino *cómo* lo había leído. Como las huellas de la palma y los dedos de la mano, no hay dos mentes que registren los mismos esquemas. Pero de cuerpo a cuerpo uno retiene la misma matriz mental, pese al hecho de que se hallen implicados dos cerebros distintos. Independientemente de los pensamientos que cruzan por la mente, el registro de los esquemas de pensamiento se revela único para cada persona. Comparé tu registro con uno de Murugan que encontré en el laboratorio de Yama. No eran iguales. No sé cómo conseguiste el cambio de cuerpos, pero supe quién eras.

—Muy listo, Kubera. ¿Alguien más conoce este extraño razonamiento?

—Todavía nadie. Pero Yama lo sabrá muy pronto, me temo. Siempre resuelve los problemas.

—¿Por qué pones en peligro tu vida buscándome de este modo?

—Generalmente uno no alcanza tu edad, mi edad, sin ser en cierto modo razonable. Sabía que al menos me escucharías antes de golpear. También sé que, puesto que lo que tengo que decirte es bueno, no vas a hacerme ningún daño.

—¿Qué propones?

—Siento la suficiente simpatía hacia lo que has hecho como para ayudarte a escapar del Cielo.

—Gracias, no.

—Te gustaría ganar esta confrontación, ¿no?

—Sí, y lo haré a mi propia manera.

—¿Cómo?

—Regresaré ahora a la Ciudad y destruiré a tantos de ellos como pueda antes de que consigan detenerme. Si caen los suficientes de los grandes, los otros no serán capaces de seguir manteniendo este lugar en una sola pieza.

—¿Y si fracasas? ¿Qué será entonces del mundo y de la causa que has encabezado? ¿Serás capaz de alzarte de nuevo para defenderla?

—No lo sé.

—¿Cómo *conseguiste* volver?

—En una ocasión fui poseído por un demonio. Casi llegó a sentir cariño hacia mí, y en un momento en que nos hallábamos en peligro me dijo que había «fortalecido mis llamas», de modo que podía existir independientemente de mi cuerpo. Lo había olvidado hasta que vi mi cuerpo despedazado y tendido a mi lado en las calles del Cielo. Supe que solamente había un lugar donde podría conseguir otro cuerpo, el Pabellón de los Dioses del Karma. Murugan estaba allí, exigiendo servicio. Como sabes, mi poder es la electrodirección. Allí supe que funciona sin un cerebro que lo respalde, puesto que los circuitos quedaron momentáneamente interrumpidos y penetré en el nuevo cuerpo de Murugan, y Murugan se fue al infierno.

—El hecho de que me estés contando todo esto parece indicar que tienes intención de enviarme tras él.

—Lo siento, mi buen Kubera, porque me caes bien. Si me dieras tu palabra de que olvidarás lo que has sabido aquí y que aguardarás a que algún otro lo descubra, entonces podría permitirte vivir e irte.

—Es arriesgado.

—Sé que nunca has dado tu palabra para romperla luego, pese a que eres tan viejo como las colinas del Cielo.

—¿Quién es el primer dios al que matarías?

—Al Señor Yama, por supuesto, porque debe ser el que tengo más cerca de mis talones.

—Entonces tienes que matarme, Sam, porque es un hermano lokapala y es mi amigo.

—Estoy seguro de que ambos lo lamentaremos si tengo que matarte.

—Dime, ¿no te ha contagiado tu contacto con los rakasha el gusto por las apuestas?

—¿De qué tipo?

—Ganas tú y tienes mi palabra de que no hablaré de esto. Gano yo, y huyes conmigo a lomos del Garuda.

—¿Y el juego?

—Lucha irlandesa.

—¿Contigo, gordo Kubera? ¿Y yo con este magnifico cuero nuevo?

—Sí.

—Entonces golpea tú primero.

En una oscura colina del extremo mas alejado del Cielo, Sam y Kubera se enfrentaron.

Kubera echó hacia atrás su puño derecho y lo lanzó contra la mandíbula de Sam.

Sam cayó, permaneció inmóvil por unos instantes, luego se puso lentamente en pie.

Frotándose la mandíbula, volvió al lugar donde había estado antes del golpe.

—Eres más fuerte de lo que pareces, Kubera —dijo, y golpeó a su vez.

Kubera cayó al suelo, inspirando afanosamente aire.

Intentó levantarse se lo pensó mejor, gruñó una vez, luego se puso trabajosamente en pie.

—No creí que volvieras a levantarte —dijo Sam.

Kubera se situó frente a él, con un hilillo oscuro bajando por su mentón. Mientras ocupaba su puesto, Sam se echó hacia atrás.

Kubera aguardó, respirando aún pesadamente.

Baja corriendo por el muro gris de la noche. ¡Huye! Debajo de una roca. ¡Escóndete! La furia convierte sus entrañas en agua. El roce de este cruce estremece tu espina dorsal...

—¡Golpea! —dijo Sam, y Kubera sonrió y le golpeó.

Permaneció tendido allí, estremeciéndose, y las voces de la noche, compuestas por sonidos insectoides y el viento y el susurrar de la hierba, llegaron hasta él.

Tiembla, como la última hoja desprendida del año ¡Hay un témpano de hielo en mi pecho! No hay palabras dentro de mi cerebro, solamente los colores del pánico se mueven en él...

Sam sacudió la cabeza y se puso de rodillas.

Déjate caer de nuevo, encógete en una bola y llora. Porgue así es como empieza el hombre, y así es como termina. El universo es una bola negra que rueda. Aplasta todo lo que encuentra. Está rodando hacia ti. ¡Huye! Puede que ganes un momento, una hora quizá, antes de que llegue sobre ti...

Alzó las manos a su rostro, las bajó, miró con ojos llameantes a Kubera, se puso en pie.

—Tú construiste la estancia llamada Miedo —dijo—, en el Pabellón del Silencio. Ahora recuerdo tu poder, viejo dios. No es suficiente.

Un caballo invisible galopa por los pastos de tu mente. Lo conoces por las huellas de sus cascos, cada una de ellas es una herida...

Sam se situó en posición, cerró apretadamente su puño.

El cielo se cuartea sobre tu cabeza. El suelo puede abrirse bajo tus pies. ¿Y qué es esa alta y sombría figura que viene a situarse a tu espalda?

El puño de Sam tembló, pero lo lanzó hacia delante.

Kubera retrocedió apuntalándose en sus talones y su cabeza se dobló violentamente hacia un lado, pero no perdió pie.

Sam se mantuvo allí, erguido e inmóvil, temblando, mientras Kubera echaba hacia atrás su brazo derecho para el golpe definitivo.

—Viejo dios, haces trampas —dijo.

Kubera sonrió con su ensangrentada boca, y su puño partió como una bola negra.

Yama estaba hablando con Ratri cuando el grito del bruscamente despertado Garuda hendió la noche.

—Esto nunca había ocurrido antes —dijo.

Lentamente, los cielos empezaron a abrirse.

—Quizá el Señor Vishnu salga de viaje.

—Nunca lo ha hecho de noche. Y cuando hablé con él hace poco no me dijo nada al respecto.

—Entonces algún otro dios se atreve a tomar su montura.

—¡No! ¡A los corrales, Señora! ¡Rápido! Puede que necesite tus poderes.

La arrastró con él, hacia el nido de acero del pájaro.

Garuda estaba despierto y desatado, pero todavía con la capucha puesta.

Kubera, que había arrastrado a Sam hasta los corrales, lo ató a la silla, aún inconsciente.

Volvió a bajar al suelo y activó un último control. La parte superior de la jaula se corrió hacia un lado. Luego tomó el largo garfio de metal y volvió a la escalerilla de cuerda. El olor del pájaro era abrumador. Garuda se agitaba impaciente y se atusaba unas plumas de dos veces el tamaño de un hombre.

Subió lentamente.

Cuando se estaba sujetando en su sitio, Yama y Ratri se acercaron a la jaula.

—¡Kubera! ¿Qué locura es ésta? —exclamó Yama— ¡Nunca te han gustado las alturas!

—Asuntos urgentes, Yama —respondió—, y llevaría todo un día el poner a punto el carro del trueno.

—¿Qué asuntos, Kubera? ¿Y por qué no tomas una góndola?

—Garuda es más rápido. Te lo contaré a mi regreso.

—Quizá pueda ayudarte.

—No, gracias.

—¿Pero el Señor Murugan si puede?

—En este caso, sí.

—Vosotros dos nunca estuvisteis en muy buenas relaciones.

—Ahora tampoco. Pero tengo necesidad de sus servicios.

—¡Salve, Murugan!... ¿Cómo es que no responde?

—Duerme, Yama.

—Hay sangre en tu rostro, hermano.

—Sufrí un pequeño accidente hace poco.

—Y Murugan también parece un tanto indispuesto.

—Fue el mismo accidente.

—Hay algo raro aquí, Kubera. Espera, voy a entrar en la jaula.

—¡Permanece fuera, Yama!

—Los lokapalas no se dan órdenes de este modo los unos a los otros. Somos iguales.

—¡Quédate fuera, Yama! ¡Voy a quitarle la capucha a Garuda!

—¡No lo hagas!

Los ojos de Yama relampaguearon bruscamente, y se irguió más alto en su rojo atuendo.

Kubera se inclinó hacia delante con el garfio y alzó la capucha de la gran cabeza del pájaro. Garuda echó la cabeza hacia atrás y gritó de nuevo.

—Ratri —dijo Yama—, arroja sombras sobre los ojos de Garuda para que no pueda ver.

Yama avanzó hacia la entrada de la jaula. La oscuridad, como una nube de tormenta, ocultó la cabeza del pájaro.

—¡Ratri! —dijo Kubera—. ¡Alza esta oscuridad y arrójala sobre Yama, o todo estará perdido!

Ratri vaciló sólo un momento, luego lo hizo.

—¡Ven rápidamente conmigo! —gritó Kubera—. ¡Monta en el Garuda y cabalga con nosotros! ¡Te necesitamos, terriblemente!

Entró en la jaula y se perdió de vista, pues la oscuridad crecía y crecía, como un charco de tinta, con Yama tanteando en su interior.

La escalera sufrió una sacudida y una oscilación, y Ratri montó en el Garuda.

Garuda lanzó un nuevo grito y saltó al aire, porque Yama había seguido avanzando, la espada en la mano, y había lanzado un tajo contra lo primero que había encontrado.

La noche les rodeó, y el Cielo quedó allá abajo, a lo lejos.

Cuando habían alcanzado ya una buena altura, el domo empezó a cerrarse.

Garuda se lanzó a toda velocidad hacia la puerta, gritando de nuevo.

La cruzaron antes de que acabara de cerrarse, y Kubera aguijoneó al pájaro.

—¿Dónde vamos? —pregunto Ratri.

—A Keenset, junto al río Vedra —respondió Kubera—. Y éste es Sam. Aún está vivo.

—¿Qué ha ocurrido?

—Es el que está buscando Yama.

—¿No lo buscará en Keenset?

—Indudablemente, mi Dama. Indudablemente. Pero cuando lo encuentre, podemos estar mejor preparados que él.

En los días que precedieron a la Gran Batalla, los defensores llegaron a Keenset. Kubera y Sam y Ratri trajeron la advertencia. Keenset era consciente ya del levantamiento de sus vecinas, pero no de los vengadores celestiales que se preparaban para acudir.

Sam disciplinó a las tropas que deberían luchar contra los dioses, y Kubera disciplinó a las que deberían enfrentarse a los hombres.

La diosa de la Noche forjó una armadura negra, de la que se dijo «Guárdanos de la loba y del lobo, y guárdanos del ladrón, oh Noche »

Y al tercer día hubo una torre de fuego ante la tienda de Sam en la llanura fuera de la ciudad.

—Es el Señor del Pozo del Infierno que acude a cumplir su promesa, oh Siddhartha —dijo la voz que sonaba dentro de su cabeza.

—¡Taraka! ¿Cómo me has encontrado... y reconocido?

—Busqué las llamas, que son tu auténtico ser, no la carne que las enmascara. Tú lo sabes.

—Te creía muerto.

—Casi lo estuve. ¡Esos que beben la vida con los ojos! Incluso la vida de alguien como yo.

—Te lo advertí. ¿Traes contigo tus legiones?

—Sí, traigo mis legiones.

—Eso es bueno. Los dioses avanzarán pronto contra este lugar.

—Lo sé. Muchas veces he visitado el Cielo en la cima de esa montaña de hielo, y mis espías aún siguen allí. De modo que sé que se están preparando para acudir a este lugar. También invitan a los humanos a participar en la batalla. Aunque no creen que necesiten la ayuda de los hombres, piensan que es bueno que se unan a la destrucción de la ciudad de Keenset.

—Sí, es comprensible —dijo Sam, estudiando el gran torbellino de llamas amarillas—. ¿Qué otras noticias traes?

—El Hombre de Rojo viene.

—Lo esperaba.

—A su muerte. Tengo que derrotarle.

—Traerá consigo repelente contra demonios.

—Entonces hallaré una forma de quitárselo, o lo mataré a distancia. Estará aquí a la caída de la noche.

—¿Cómo viene?

—En una máquina voladora, no tan grande como el carro del trueno que intentamos robar, pero muy rápida. No puedo atacarle en vuelo.

—¿Viene solo?

—Si, excepto las máquinas.

—¿Las máquinas?

—Muchas máquinas. Su aparato volador está lleno con un extraño equipo.

—Eso puede ser malo.

La torre brilló naranja.

—Pero otros vienen también.

—Acabas de decir que venia solo.

—Es cierto.

—Entonces aclárame este acertijo.

—Los otros no vienen del Cielo.

—¿De dónde, entonces?

—He viajado mucho desde tu partida del Cielo, yendo arriba y abajo por el mundo y buscando aliados entre aquellos que odian a los dioses de la Ciudad. Por cierto, en tu última encarnación intenté salvarte de los felinos de Kaniburrha.

—Lo sé.

—Los dioses son fuertes, más fuertes de lo que hablan sido nunca antes.

—Pero cuéntame quiénes están viniendo en nuestra ayuda.

—El Señor Nirriti el Negro, que odia todas las cosas, odia a los dioses de la Ciudad más que cualquier otra cosa. Así que envía a un millar de criaturas no vivientes para luchar en las llanuras junto al Vedra. Ha dicho que, tras la batalla, nosotros los rakasha podremos elegir entre los cuerpos que sobrevivan de los sin mente que ha creado.

—Yo no confiaría en la ayuda del Hombre de Negro, pero no estoy en posición de discriminar. ¿Tardarán mucho en llegar?

—Esta noche. Pero Dalissa estará aquí antes. Ya la siento aproximarse ahora.

—¿Dalissa? ¿Quién...?

—La última de las Madres del Terrible Fulgor. Sólo ella escapó a las profundidades cuando Durga y el Señor Kalkin se lanzaron contra el domo junto al mar. Todos sus huevos fueron destruidos y ella ya no puede poner más, pero lleva en su cuerpo el ardiente poder del fulgor del mar.

—¿Crees que va a ayudarme *a mi?*

—Jamás ayudaría a otro. Es la última de su raza. Solamente ayudará a su igual.

—Entonces tiene que saber que la que era conocida como Durga lleva ahora el cuerpo de Brahma, jefe de nuestros enemigos.

—Sí, lo cual os hace a los dos hombres. Tal vez se hubiera inclinado por su bando si Kali hubiera seguido siendo mujer. Pero ahora ya se ha decidido. Te eligió a ti.

—Lo cual ayuda a nivelar un poco las cosas.

—Los rakasha están reuniendo en estos momentos elefantes y slagartos y grandes felinos para lanzarlos contra nuestros enemigos.

—Bien..

—Y conjuran a los elementales del fuego.

—Muy bien.

—Dalissa ya está cerca. Aguardará en el fondo del río, para surgir cuando sea necesario.

—Salúdala en mi nombre —dijo Sam, volviéndose para entrar de nuevo en su tienda.

—Lo haré.

Sam cerró la cortina a sus espaldas.

Cuando el Dios de la Muerte bajó del cielo a las llanuras junto al Vedra, Taraka de los rakasha se lanzó contra él en forma de un gran felino de Kaniburrha.

Pero inmediatamente retrocedió. El repelente contra demonios envolvía a Yama, y Taraka se veía impedido de acercársele.

El rakasha se alejó, abandonando la forma de felino que había asumido para convertirse en un torbellino de plateadas motas.

—¡Dios de la Muerte! —las palabras estallaron en la cabeza de Yama—. ¿Recuerdas el Pozo del Infierno?

Inmediatamente, rocas y guijarros y suelo arenoso fueron absorbidos por el vórtice y arrojados a través del aire contra Yama, que agitó su capa y se cubrió los ojos con el yelmo, pero no se movió.

Al cabo de un tiempo, la furia cesó.

Yama no se había movido. El suelo a su alrededor estaba cubierto de restos, pero ninguno cerca de él.

Yama bajó su capa y miró furiosamente al torbellino.

—¿Qué magia es ésta? —brotaron las palabras—. ¿Cómo sigues en pie?

Yama siguió mirando a Taraka.

—¿Cómo consigues tú girar? —preguntó.

—Soy el más grande entre los rakasha. Me enfrenté antes a tu mirada de muerte.

—Y yo soy el más grande entre los dioses. Seguí en pie contra toda tu legión en el Pozo del Infierno.

—Eres un lacayo de Trimurti.

—Estás equivocado. He venido aquí para luchar contra el Cielo, en este lugar, en nombre del

aceleracionismo. Grande es mi odio, y he traído armas para usarlas contra Trimurti.

—Entonces supongo que debo prescindir del placer de proseguir nuestro combate en este momento...

—Parece lo más aconsejable.

—E indudablemente quieres ser llevado ante nuestro líder.

—Puedo encontrarlo por mi mismo.

—Entonces, hasta que volvamos a encontrarnos, Señor Yama...

—Adiós, rakasha.

Taraka partió como una flecha de fuego hacia el cielo y desapareció de la vista.

Algunos dicen que Yama tomó su decisión en la gran jaula del pájaro, entre la oscuridad y los excrementos. Otros dicen que duplicó el razonamiento de Kubera un poco más tarde, usando las cintas de la Vasta Mansión de la Muerte. Sea como fuere, cuando entró en la tienda de la llanura junto al Yedra saludó al hombre que estaba en su interior con el nombre de Sam. El hombre llevó la manó a su espada y se enfrentó a él.

—Muerte, vienes por anticipado a la batalla —dijo.

—Ha habido un cambio. —respondió Yama.

—¿Qué tipo de cambio?

—De posiciones. Estoy aquí para oponerme a la voluntad del Cielo.

—¿De qué forma?

—Con el acero. Con el fuego. Con la sangre.

—¿Por qué este cambio?

—Se han producido divorcios en el Cielo. Y traiciones. Y vergüenzas. La Señora ha ido demasiado lejos, y ahora sé la razón, Señor Kalkín. Nunca abracé tu aceleracionismo ni lo rechacé. Lo único que me importa de él es que representa la única fuerza en el mundo que se opone al Cielo. Me uniré a ti, bajo esas premisas, si aceptas mi espada.

—Acepto tu espada, Señor Yama.

—Y la alzaré contra cualquiera de la horda celestial excepto el propio Brahma, con el que no quiero enfrentarme.

—De acuerdo.

—Entonces permíteme que te sirva como tu auriga.

—Me gustaría, pero no dispongo de ningún carro de batalla.

—Yo traje uno, y muy especial. Durante mucho tiempo he estado trabajando en él, y aún no está completo. Pero bastará. Tengo que ponerlo a punto esta noche, sin embargo, porque la batalla empezará mañana al amanecer.

—Suponía que seria así. Los rakasha me han advertido de movimiento de tropas cerca de aquí.

—Sí, las vi cuando pasaba por encima. El grueso del ataque se producirá desde el nordeste, a través de la llanura. Los dioses se le unirán más tarde. Pero indudablemente habrá grupos que llegaran de todas direcciones, incluso río arriba.

—Controlamos el río. Dalissa la del Fulgor aguarda en su fondo. Cuando llegue el momento puede alzar grandes olas, haciendo que el río hierva e inunde sus orillas.

—¡Creía que los Fulgores estaban extintos!

—Excepto ella, sí. Es la última.

—Tengo entendido que los rakasha lucharán a nuestro lado.

—Sí. Y otros...

—¿Qué otros?

—He aceptado, ayuda cuerpos sin mente, toda una partida de guerra, del Señor Nirriti.

Yama entrecerró los ojos, y las aletas de su nariz se dilataron y temblaron ligeramente.

—Esto no es bueno, Siddhartha. Más pronto o más tarde tendrá que ser destruido, y no es bueno estar en deuda con él.

—Lo sé, Yama, pero estoy desesperado. Llegarán esta noche.

—Si ganamos, Siddhartha, derribando la Ciudad Celestial, destruyendo la antigua religión y liberando al hombre para el progreso industrial, seguirá habiendo oposición. Nirriti, que ha aguardado todos esos siglos a que desaparezcan los dioses, tendrá que ser atacado y vencido también. De lo contrario volveremos a encontrarnos otra vez con lo mismo, y al menos los dioses de la Ciudad poseen cierta gracia en sus injusticias.

—Creo que hubiera acudido en nuestra ayuda aunque no lo hubiéramos invitado.

—Sí, pero invitándole, o aceptando su ofrecimiento, te pones en deuda con él.

—Ya nos ocuparemos de esta situación cuando se presente.

—Eso es la política, supongo. Pero no me gusta.

Sam le sirvió un poco del dulce y oscuro vino de Keenset.

—Creo que a Kubera le gustará verte más tarde —dijo, ofreciéndole un vaso.

—¿Qué está haciendo? —preguntó Yama, aceptándolo y bebiéndolo de un solo trago.

—Entrenando a las tropas y dando clases sobre motores de combustión interna a todos los sabios locales —dijo Sam—. Aunque perdamos, algunos pueden sobrevivir para ir a otros lugares.

—Si hay que sacarle alguna utilidad, van a necesitar algo más que saber el diseño del motor...

—Ha enronquecido hablando durante días, y los escribas han tomado nota de todo lo que ha dicho, geología, minería, metalurgia, química del petróleo...

—Si tuviéramos más tiempo podría dar mi ayuda. Tal como están las cosas, si conseguimos que retengan un diez por ciento tal vez sea suficiente. No mañana, ni siquiera pasado mañana, pero...

Sam terminó su vino, volvió a llenar los vasos.

—¡Por el mañana, auriga!

—¡Por la sangre, Atador, por la sangre y la muerte!

—Algo de la sangre puede que sea nuestra, dios de la muerte. Pero mientras nos llevemos la suficiente del enemigo con ella...

—Yo no puedo morir, Siddhartha, a menos que yo lo decida.

—¿Cómo es posible eso, Señor Yama?

—Dejemos que la Muerte conserve sus pequeños secretos, Atador. Porque puedo decidir no ejercer mi opción en esta batalla.

—Como desees, Señor.

—¡A tu salud y por una larga vida!

—A la tuya.

El día de la batalla amaneció rosa como el muslo recién mordido de una doncella.

Una ligera neblina ascendía desde el río El Puente de los Dioses resplandecía dorado al este, inclinándose hacia atrás, oscureciéndose en la noche que se batía en retirada, dividiendo los cielos

como un ardiente ecuador.

Los guerreros de Keenset aguardaban fuera de la ciudad, en la llanura junto al Vedra. Cinco mil hombres, con espadas y arcos, picas y hondas, aguardaban el momento de la batalla. Un millar de zombies permanecían en primera fila, conducidos por los sargentos vivos del Hombre Negro, que controlaban todos sus movimientos mediante el tambor y llevaban penachos de seda negra en sus cascos que ondulaban como serpientes de humo en la brisa.

Quinientos lanceros se mantenían en retaguardia. Los ciclones plateados que eran los rakasha colgaban en mitad del aire. Al otro lado del semiiluminado mundo podía oírse el gruñido ocasional de un animal de la jungla. Elementales de fuego resplandecían sobre las ramas de los árboles, las lanzas y las astas de los estandartes.

No había nubes en el cielo. La hierba de la llanura estaba aún húmeda y chispeante. El aire era frío, el suelo aún blando para que las huellas quedaran marcadas con facilidad. Grises y verdes y amarillos eran los colores que atraían la mirada bajo los cielos, y el Vedra se agitaba en su cauce, reuniendo las hojas de su escolta de árboles. Se dice que cada día recapitula la historia del mundo, brotando de la oscuridad y del frío a una confusa luz y empezando a calentarse, parpadeando conscientemente en algún momento a media mañana, despertando en una mezcla de pensamientos de emociones ilógicas y dispersas y acelerando hacia el orden del mediodía, el lento y patético declinar del atardecer, la visión mística del crepúsculo, el final de la entropía que es de nuevo la noche.

El día empezó.

Una línea oscura era visible en el lugar más alejado del campo. La nota de una trompeta cortó el aire, y la línea avanzó.

Sam permanecía de pie en su carro de batalla a la cabeza de la formación, enfundado en una reluciente armadura y sujetando una larga lanza gris de muerte. Oyó las palabras de la Muerte, que iba vestido de rojo y era su auriga:

—Su primera oleada es la caballería de slagartos.

Sam frunció los ojos hacia la distante línea.

—Lo es —dijo el auriga.

—Muy bien.

Hizo un gesto con su lanza, y los rakasha se adelantaron como una marea de luz blanca. Los zombies iniciaron su avance.

Cuando la ola blanca y la línea oscura se juntaron, hubo una confusión de voces, silbidos y el entrechocar de armas.

La línea oscura se detuvo, con enormes grumos de polvo humeante encima.

Luego llegaron los sonidos de la despertada jungla mientras los animales de presa congregados fueron soltados contra el flanco del enemigo.

Los zombies avanzaban al lento y firme redoble del tambor, y los elementales de fuego se deslizaban ante ellos, y la hierba se consumía allá por donde pasaban.

Sam hizo una seña con la cabeza a la Muerte, y su carro avanzó con lentitud, sostenido por su colchón de aire. A su espalda, el ejército de Keenset se agitó. El Señor Kubera dormía, drogado hasta el sueño que es como la muerte en una oculta bóveda bajo la ciudad. La Señora Ratri montaba una yegua negra en la parte de atrás de la formación de lanceros.

—Su carga ha sido rota —dijo la Muerte.

—Sí.

—Toda su caballería ha sido derribada y las fieras aún están causando estragos entre ellos. Todavía no han vuelto a formar sus rangos. Los rakasha lanzan avalanchas como lluvia desde el cielo sobre sus cabezas. Ahora viene el alud de fuego.

—Sí.

—Los destruiremos. En este momento veo avanzar a los secuaces sin mente de Nirriti cargando contra ellos como un solo hombre, todos a un mismo paso y sin el menor temor, con sus tambores marcando el ritmo de una forma agónicamente perfecta, y tras sus ojos no hay nada, nada en absoluto. Luego, mirando por encima de sus cabezas, nos ven a nosotros aquí como dentro de una nube de tormenta, y ven que la Muerte conduce tu carro. Sus corazones se aceleran, y sus bíceps y sus muslos se llenan de frío. ¿Ves cómo los animales salvajes los despedazan?

—Sí.

—Que no suenen las cornetas en nuestras filas, Siddharta. Porque esto no es una batalla, sino una carnicería.

—Si.

Los zombies lo arrasaban todo allá por donde pasaban, y cuando caían lo hacían sin una palabra, porque todo era lo mismo para ellos, y las palabras no significaban nada para los que no estaban vivos.

Barrieron el campo, y nuevas oleadas de guerreros se enfrentaron a ellos. Pero la caballería había sido dispersada. Los soldados a pie no podían resistir ante los lanceros y los rakasha, los zombies y la infantería de Keenset.

El carro de batalla, con bordes afilados como navajas, conducido por la Muerte, penetró entre el enemigo como una llama en un campo. Proyectiles y lanzas se desviaban en ángulo recto a media trayectoria antes de que pudieran alcanzar al carro o sus ocupantes. Fuegos oscuros danzaban en los ojos de la Muerte mientras sujetaba los dos anillos gemelos con los que dirigía el rumbo del vehículo. Una y otra vez se abatió sin piedad sobre el enemigo, y la lanza de Sam picaba como la lengua de una serpiente mientras pasaban por entre las filas.

Procedentes de algún lugar sonaron las notas de retirada. Pero quedaban muy pocos para responder a la llamada.

—Seca tus ojos, Siddhartha —dijo la Muerte—, y llama a una nueva formación. Ha llegado el momento de apresurar el ataque. Manjusri el de la Espada debe ordenar una carga.

—Sí, Muerte, lo sé.

—Dominamos el campo, pero no el día. Los dioses están observando, evaluando nuestras fuerzas.

Sam alzó su lanza en una señal, y hubo nuevos movimientos entre sus tropas. Luego una nueva quietud flotó sobre ellos. Repentinamente no hubo viento, ningún sonido. El cielo era azul. El suelo era una revuelta superficie verdegrisácea. El polvo, como un seto espectral, flotaba en la distancia.

Sam supervisó los rangos, hizo un gesto hacia delante con su lanza.

En aquel momento llegó el retumbar del trueno..

—Los dioses van a entrar en el campo —dijo la Muerte, alzando la vista.

El carro del trueno pasó por encima de sus cabezas. Sin embargo, no cayó ninguna lluvia de destrucción.

—¿Por qué estamos vivos todavía? —preguntó Sam.

—Creo que prefieren que nuestra derrota sea mas ignominiosa. También es posible que teman intentar usar el carro del trueno contra su creador, un temor comprensible.

—En ese caso... —dijo Sam, e hizo la señal a las tropas para que cargaran.

El carro avanzó.

Tras él siguieron las fuerzas de Keenset.

Abatieron a los rezagados. Aplastaron la guardia que intentó demorarlos. En medio de una tormenta de flechas, diezmaron a los arqueros. Luego se enfrentaron al cuerpo principal de los santos cruzados que habían jurado arrasar la ciudad de Keenset.

Entonces las notas del Cielo vibraron en una trompeta.

Los rangos de guerreros humanos que se les oponían se retiraron.

Los cincuenta semidioses cabalgaron hacia ellos.

Sam alzó su lanza.

—Siddhartha —dijo la Muerte—, el Señor Kalkín nunca fue derrotado en la batalla.

—Lo sé.

—Tengo conmigo el Talismán del Atador. El que fue destruido en la pira del Fin del Mundo era una imitación. Retuve el original para estudiarlo. Nunca tuve la posibilidad. Espera un momento y te lo ceñiré.

Sam alzó los brazos y la Muerte encajó el cinturón de conchas en torno a su cintura.

Entonces hizo una seña a las fuerzas de Keenset de que se detuvieran.

La Muerte lo condujo hacia delante, solo, para enfrentarse a los semidioses.

En torno a la cabeza de algunos de ellos aureolaba el rumbo de su reciente Aspecto. Otros llevaban extrañas armas para enfocar sus extraños Atributos. Brotaron fuegos que lamieron el carro. Los vientos lo azotaron. Grandes y aplastantes ruidos cayeron sobre él. Sam hizo un gesto con su lanza y los primeros tres de sus oponentes se tambalearon y cayeron del lomo de sus slagartos.

Entonces la Muerte condujo el carro entre ellos.

Sus bordes eran navajas y su velocidad tres veces la de un caballo y dos la de un slagarto.

Una neblina brotó en su dirección mientras avanzaba, una neblina teñida de sangre. Pesados proyectiles fueron lanzados contra él y se desvanecieron a uno u otro lado. Gritos ultrasónicos asaltaron sus oídos, pero de alguna forma fueron parcialmente amortiguados.

Con rostro inexpresivo, Sam alzó su lanza muy por encima de su cabeza.

Un gesto de repentina furia cruzó su rostro, y los relámpagos brotaron de su punta.

Slagartos y jinetes retrocedieron y chisporrotearon.

El olor a carne quemada alcanzó sus olfatos.

Se echó a reír, y la Muerte condujo el carro para otra pasada.

—¿Estáis observándome? —gritó Sam a los cielos—. ¡Entonces no apartéis vuestras miradas, pero apartaos vosotros! ¡Cometisteis un error!

—¡No! —dijo la Muerte— ¡Es demasiado pronto! ¡Nunca te burles de un dios hasta que haya muerto!

Y el carro cruzó por entre los rangos de los semidioses de nuevo, y ninguno pudo alcanzarlo.

Las notas de la trompeta llenaron el aire, y el santo ejército acudió a socorrer a sus campeones.

Los guerreros de Keenset avanzaron a su encuentro.

Sam permanecía de pie en el carro, y los proyectiles caían pesadamente a su alrededor, fallando siempre. La Muerte condujo a través de los rangos del enemigo, ahora como una guadaña, ahora como una espada. Cantaba mientras avanzaban, y su lanza era la lengua de una serpiente, chasqueando a veces con brillantes relámpagos. El Talismán relucía con un fuego pálido en torno a su cintura.

—¡Son nuestros! —exclamó.

—Sólo hay semidioses y hombres en el campo —dijo la Muerte—. Todavía están probando nuestras fuerzas. Hay muy pocos que recuerden todo el poder de Kalkín.

—¿*Todo* el poder de Kalkín? —preguntó Sam—. Nunca fue lanzado, oh Muerte. No en todas las épocas del mundo. Dejemos que vengan ahora contra mí, ¡y los cielos llorarán sobre sus cuerpos, y el Vedra fluirá con el color de la sangre! ¿Me oyes? ¿Me oís, dioses? ¡Venid contra mi! ¡Os desafío,

aquí en este campo! ¡Venid a mí con toda vuestra fuerza, en este lugar!

—¡No! —dijo la Muerte—. ¡Todavía no!

Sobre sus cabezas, el carro del trueno pasó de nuevo.

Sam alzó su lanza, y un infierno pirotécnico partió hacia la nave que pasaba.

—¡No debieras haberles dejado saber que podías hacer esto! ¡Todavía no!

La voz de Taraka llegó entonces hasta él, cruzando el fragor de la batalla y la canción dentro de su cerebro.

¡Están subiendo ahora por el río, oh Atador! ¡Y otro grupo asalta las puertas de la ciudad!

—¡Llama a Dalissa que surja y haga hervir el Vedra con el poder del Fulgor! ¡Lleva a los rakasha a las puertas de Keenset y destruye al invasor!

—¡He oído, Atador! —y Taraka desapareció.

Un rayo de cegadora luz cayó del carro del trueno y abrió un surco en las filas de los defensores.

—Ha llegado el momento —dijo la Muerte, y agitó su capa en un gesto.

En la retaguardia, la Señora Ratri se irguió sobre los estribos de su montura, la yegua negra. Alzó el negro velo que llevaba sobre su armadura.

Se oyeron gritos a ambos lados cuando el sol cubrió su rostro y la oscuridad descendió sobre el campo. El haz de luz se desvaneció de debajo del carro del trueno, y las llamas cesaron.

Tan sólo una débil fosforescencia, sin fuente aparente, brotó a su alrededor. Esto ocurrió cuando el Señor Mara penetró en el campo en su nebuloso carro multicolor, tirado por los caballos que vomitaban ríos de humeante sangre.

Sam se dirigió hacia él, pero un gran cuerpo de guerreros se interpuso entre ellos, y antes de que pudieran atravesarlos Mara había cruzado el campo, masacrándolo todo a su paso.

Sam alzó su lanza y frunció el ceño, pero su blanco era borroso y oscilante, y los relámpagos siempre caían detrás o al lado.

Entonces, en la distancia, dentro del río, se inició una suave luz. Pulsaba cálidamente, y algo parecido a un tentáculo pareció oscilar por un momento encima de la superficie de las aguas.

De la ciudad llegaban sonidos de lucha. El aire estaba repleto de demonios. El suelo parecía agitarse bajo los pies de los ejércitos.

Sam alzó su lanza y una cebrada línea de luz ascendió a los cielos, provocando una docena más que cayeron sobre el campo.

Más fieras gruñeron, bufaron y aullaron, corriendo por entre los dos ejércitos, matando a su paso a los miembros de ambos bandos.

Los zombies seguían masacrando, bajo el aguijoneo de los oscuros sargentos, al ritmo del firme batir de los tambores, los elementales de fuego se pegaban a los pechos de los cadáveres, como si estuvieran alimentándose.

—Hemos derrotado a los semidioses —dijo Sam—. Probemos ahora con el Señor Mara.

Lo buscaron por todo el campo, entre los gritos y los gemidos, cruzando por encima de aquellos que muy pronto serían cadáveres y de aquellos que ya lo eran.

Cuando vieron los colores de su carro iniciaron la persecución.

Finalmente se volvió y se enfrentó a ellos, en un pasillo de oscuridad, con los sonidos de la batalla débiles y distantes. La Muerte frenó también su carro, y se miraron cruzando la noche, relucientes ojos contra relucientes ojos.

—¿Presentas batalla, Mara? —exclamó Sam—. ¿O vamos a tener que cazarte como a un perro?

—¡No me hables de los de tu ralea, los sabuesos y las perras, oh Atador! —respondió el otro—. Eres

tú, ¿no, Kalkín? Ése es tu cinturón. Ésa es tu clase de guerra. Ésos fueron tus relámpagos golpeando a la vez a amigos y enemigos. De algún modo, *vives,* ¿eh?

—Soy yo —dijo Sam, nivelando su lanza.

—¡Y el dios carroñero conduce tu carro!

La Muerte alzó su mano izquierda, con la palma vuelta hacia delante.

—Te prometo la muerte, Mara —dijo—. Si no por la mano de Kalkin, entonces por la mía. Si no hoy, entonces otro día. Pero ahora es algo entre nosotros también.

A la izquierda, el pulsar del río se hizo más y más frecuente.

La Muerte se inclinó hacia delante, y el carro avanzó en dirección a Mara.

Los caballos del Soñador recularon y arrojaron fuego por sus belfos. Saltaron hacia delante.

Las flechas de Rudra los buscaron en la oscuridad, pero también fueron desviadas mientras llameaban hacia la Muerte y su carro. Estallaron a ambos lados, añadiéndose por un momento a la débil iluminación.

En la distancia, los elefantes se apiñaban, corrían y berreaban, perseguidos por los rakasha por toda la llanura.

Les llegó un poderoso rugir.

Mara se convirtió en un gigante, y su carro era una montaña. Sus caballos abarcaban eternidades mientras galopaban hacia delante. Los relámpagos brotaron de la lanza de Sam como el chorro de una fuente. De pronto se vieron envueltos por una bruma, y el frío del espacio interestelar penetró en sus huesos.

En el último momento posible, Mara desvió su carro y saltó de él. Golpearon de lado y oyeron un sonido crujiente bajo ellos cuando se posaron lentamente en el suelo.

Por entonces el rugir era ensordecedor y los pulsos de luz del río habían crecido hasta convertirse en un firme resplandor. Una ola de humeante agua barrio el campo cuando el Vedra se desbordo sobre sus orillas.

Hubo mas gritos y el chocar de armas prosiguió. Débilmente, los tambores de Nirriti siguieron batiendo en la oscuridad, y les llego un extraño sonido procedente de encima de sus cabezas cuando el carro del trueno paso a toda velocidad descendiendo hacia el suelo.

—¿Adonde va? —exclamo Sam.

—A ocultarse —dijo la Muerte—. Pero no puede ocultarse eternamente.

—¡Maldita sea! ¿Estamos ganando o perdiendo?

—Esa es una buena pregunta. Pero no se la respuesta.

Las aguas espumeaban en torno al posado carro.

—¿Puedes hacer que nos elevemos de nuevo?

—No en esta oscuridad, con el agua a todo nuestro alrededor.

—Entonces, ¿que hacemos ahora?

—Cultivar la paciencia y fumar unos cigarrillos. —Se inclino hacia atrás y acciono un encendedor.

Al cabo de un tiempo, uno de los rakasha apareció y floto en el aire encima de ellos.

—¡Atador! —informo el demonio— ¡Los nuevos atacantes de la ciudad llevan sobre ellos eso que nos repele!

Sam alzo su lanza, y una línea de luz broto de su punta.

Por el momento de un destello, el campo se vio iluminado.

Había muertos por todas partes. Pequeños grupos de hombres apiñados juntos. Algunos se

contorsionaban luchando en el suelo. Los cuerpos de los animales estaban desperdigados entre ellos. Unos cuantos felinos de buen tamaño seguían vagando aún de un lado para otro, devorando. Los elementales de fuego habían huido del agua, que había revestido a los caídos de lodo y empapado a aquellos que aún se mantenían en pie. Carros rotos y slagartos y caballos muertos formaban montones en el campo. Por toda la escena, con los ojos vacíos y siguiendo sus ordenes, los zombies iban de un lado para otro, matando cualquier cosa viviente que se moviera ante ellos. En la distancia un tambor seguía aun sonando con algún tropiezo ocasional en el ritmo. Desde la ciudad llegaban los sonidos de una batalla en pleno desarrollo.

—Encuentra a la dama de negro —dijo Sam al rakasha—, y dile que interrumpa la oscuridad.

—Sí —dijo el demonio, y partió de vuelta a la ciudad.

El sol brillo de nuevo, y Sam se protegió los ojos contra él.

La carnicería era aún peor bajo el cielo azul y el dorado puente.

Al otro lado del campo, el carro del trueno estaba posado en un altozano.

Los zombies acababan con los últimos hombres a la vista. Luego, mientras se volvían buscando nuevas vidas, el redoble cesó y ellos también cayeron al suelo.

Sam permaneció con la Muerte en el carro. Miraron a su alrededor buscando señales de vida.

—No se mueve nada —dijo Sam—. ¿Dónde están los dioses?

—Quizás en el carro del trueno.

El rakasha regresó junto a ellos.

—Los defensores no pueden mantener la ciudad —informó.

—¿Se han unido los dioses a ese asalto?

—Rudra está allí, y sus flechas causan muchos estragos. El Señor Mara, Brahma también, creo, y hay varios otros. Hay mucha confusión. Me apresuré.

—¿Dónde está la Señora Ratri?

—Entró en Keenset y permanece allí en su Templo.

—¿Dónde están el resto de los dioses?

—No lo sé.

—Iré a la ciudad —dijo Sam—, y ayudaré a su defensa.

—Y yo al carro del trueno —dijo la Muerte—, para tomarlo y usarlo contra el enemigo, si aún puede ser usado. Si no, todavía queda Garuda.

—Sí —dijo Sam, y levitó.

La Muerte saltó fuera del carro.

—Que la suerte te acompañe.

—A ti también.

Cruzaron el lugar de la carnicería, cada uno a su manera.

Subió el pequeño altozano, sin que sus rojas botas de piel produjeran ningún ruido en la turba.

Se echó la capa escarlata hacia atrás sobre su hombro derecho y observó el carro del trueno. —Fue dañado por los relámpagos. —Sí —asintió alguien.

Miró hacia atrás, hacia el conjunto de cola, para ver quién había hablado.

Su armadura brillaba como el bronce, pero no era de bronce.

Tenía un dibujo con la forma de muchas serpientes.

Llevaba los cuernos de un toro sobre su bruñido casco, y en su mano izquierda sujetaba un brillante tridente.

—Hermano Agni, has ascendido mucho en el mundo.

—Ya no soy Agni, sino Shiva, el Señor de la Destrucción.

—Llevas su armadura sobre un nuevo cuerpo y cargas con su tridente. Pero nadie puede dominar con tanta rapidez el tridente de Shiva. Por eso llevas también el guantelete blanco en tu mano derecha, y las lentes en tu frente.

Shiva alzó una mano y bajó las lentes sobre sus ojos.

—Es cierto, lo sé. Arroja tu tridente, Agni. Entrégame tu guante y tu vara, tu cinturón y tus lentes.

Agitó la cabeza.

—Respeto tu poder, dios de la muerte, tu velocidad y tu fuerza, tu habilidad. Pero estás demasiado lejos para que ninguno de ésos pueda ayudarte ahora. No puedes llegar hasta mí porque te quemaré antes de que me alcances. Muerte, vas a morir.

Su mano fue en busca de la vara en su cinturón.

—¿Pretendes volver el don de la Muerte contra quien te lo otorgó? —La cimitarra rojo sangre apareció en su mano mientras hablaba.

—Adiós, Dharma. Tus días han llegado a su fin.

Tiró de la vara.

—En nombre de una amistad que existió en su tiempo —dijo el de rojo—, te perdonaré la vida si te rindes a mí.

La vara osciló.

—Mataste a Rudra para defender el nombre de mi esposa.

—Fue para conservar el honor de los lokapalas que lo hice. ¡Ahora soy el Dios de la Destrucción, y uno con Trimurti!

Apuntó la vara de fuego, y la Muerte hizo dar un voleo a su capa escarlata ante él.

Hubo un relámpago de luz tan cegador que a tres kilómetros de distancia, en los muros de Keenset, sus defensores lo vieron y se interrogaron.

Los invasores habían penetrado en Keenset. Había incendios, y gritos, y los golpes de metal contra madera, metal contra metal.

Los rakasha derribaban edificios sobre los invasores a los que no podían acercarse. Los invasores, tanto como los defensores, eran escasos en número. El cuerpo principal de ambas fuerzas había perecido en la llanura.

Sam se irguió en la parte superior de la más alta torre del Templo y miró a la ciudad que se derrumbaba.

—No pude salvarte, Keenset —dijo—. Lo intenté, pero no fue suficiente.

Muy abajo, en la calle, Rudra tensó su arco.

Sam lo vio y alzó su lanza.

Los relámpagos cayeron sobre Rudra, y el arco estalló por la mitad.

Cuando el aire volvió a aclararse, en el lugar donde había estado Rudra había ahora un pequeño cráter en el centro de un espacio de tierra calcinada.

El Señor Vayu apareció en un distante tejado y llamó a los vientos para que avivaran las llamas. Sam alzó su lanza una vez más, pero entonces una docena de Vayus se irguieron sobre una docena de tejados.

—¡Mara! —dijo Sam— ¡Muéstrate, Soñador! ¡Si te atreves!

Una risa sonó a todo su alrededor.

—Cuando esté preparado, Kalkín —llegó la voz, surgiendo del humoso aire—, me *atreveré.* La elección, sin embargo, es mía. ¿No sientes vértigo? ¿Qué pasaría si fueras arrojado al suelo? ¿Acudirían los rakasha en tu auxilio? ¿Te salvarían tus demonios?

Los relámpagos partieron hacia todos los edificios cercanos al Templo, pero por encima del ruido llegó la risa de Mara. Se desvaneció en la distancia mientras se iniciaban nuevos fuegos.

Sam se sentó y contemplo arder la ciudad. Los sonidos de lucha muñeron y cesaron. Sólo quedaron las llamas.

Un agudo dolor vino y se fue en su cabeza. Luego vino de nuevo y no quiso marcharse. Luego se apoderó chillando de todo su cuerpo.

Brahma, Vayu, Mara y cuatro semidioses estaban allá abajo en la calle.

Intentó alzar su lanza, pero su mano temblaba tanto que cayó de entre sus dedos, golpeó contra una pared, desapareció.

El cetro que era un cráneo y una rueda estaba apuntado en su dirección.

—¡Baja, Sam! —dijo Brahma, moviéndolo ligeramente para que el dolor se agitara y quemara— ¡Tú y Ratri sois los únicos que quedáis vivos! ¡Sois los últimos! ¡Ríndete!

Luchó por ponerse en pie, y apretó las manos contra su resplandeciente cinturón.

Se tambaleó y dijo entre dientes apretados.

—¡Muy bien! ¡Bajaré como una bomba en medio de vosotros!

Pero entonces el cielo se oscureció, se iluminó, volvió a oscurecerse.

Un poderoso grito brotó sobre el crepitar de las llamas.

—¡Es Garuda! —dijo Mara.

—¿Por qué debería venir Vishnu... ahora?

—¡Garuda fue robado! ¿Lo has olvidado acaso?

El gran pájaro planeo sobre la incendiada ciudad, como un fénix titánico hacia su llameante nido.

Sam torció su cabeza hacia arriba y vio la capucha caer bruscamente de encima de los ojos de Garuda. El pájaro aleteó, luego picó hacia los dioses, allá donde estaban de pie ante el Templo.

—¡Rojo! —exclamó Mara— ¡El que lo monta! ¡Lleva rojo!

Brahma se dio la vuelta y giró el chillante cetro, sujetándolo con ambas manos hacia la cabeza del pájaro que picaba contra ellos.

Mara hizo un gesto, y de pronto las alas de Garuda parecieron incendiarse.

Vayu alzó los dos brazos, y un viento como un huracán martilleó el Monte de Vishnu, cuyo pico destroza los carros.

Grito una vez más, abriendo sus alas, frenando su descenso. Entonces los rakasha se apresuraron a girar en torno a su cabeza, animándolo a seguir hacia abajo, azotándolo y aguijoneándolo.

Frenó, frenó, pero no pudo detenerse.

Los dioses se diseminaron.

Garuda golpeó el suelo, y el suelo se estremeció.

Yama saltó de entre las plumas de su lomo, con la espada en la mano, dio tres pasos y cayó al suelo. Mara emergió de unas ruinas y le golpeó en la nuca, dos veces, con el filo de la mano.

Sam saltó antes de que cayera el segundo golpe, pero no llegó al suelo a tiempo. El cetro chilló una vez más, y todo giró a su alrededor. Luchó por detener su caída. Consiguió frenarla.

El suelo estaba a doce metros a sus pies.. diez... ocho...

El suelo se vio cubierto por una bruma color sangre, luego se ennegreció.

—El Señor Kalkín ha sido finalmente batido en batalla —dijo alguien suavemente.

Brahma, Mara y dos semidioses llamados Bora y Tikan eran los únicos que quedaban para llevarse a Sam y Yama de la agonizante ciudad de Keenset junto al río Vedra. La Señora Ratri caminaba ante ellos, con una cuerda pasada en torno a su cuello.

Llevaron a Sam y Yama al carro del trueno, que estaba más dañado aún que cuando lo habían abandonado, con un gran agujero en su lado derecho y parte del ensamblaje de cola desaparecido. Aseguraron a sus prisioneros con cadenas, retirando el Talismán del Atador y la capa carmesí de la Muerte. Enviaron un mensaje al Cielo, y al cabo de un tiempo acudieron vanas góndolas para devolverles a la Ciudad Celestial.

—Hemos vencido —dijo Brahma— Keenset ya no existe.

—Creo que ha sido una cara victoria —dijo Mara.

—¡Pero hemos vencido!

—Y el Hombre de Negro se agita de nuevo.

—Solamente buscaba probar nuestra fuerza.

—¿Y qué debe pensar de ella? Perdimos todo un ejército. E incluso algunos dioses han muerto en el día de hoy.

—Luchamos contra la Muerte, los rakasha, Kalkin, la Noche y la Madre del Fulgor. Nirriti no alzará su mano contra nosotros de nuevo, no después de haber vencido en algo así.

—Poderoso es Brahma —dijo Mara, y se volvió.

Los Señores del Karma fueron llamados para celebrar juicio contra los cautivos.

La Señora Ratri fue expulsada de la Ciudad y sentenciada a recorrer el mundo como un mortal, para reencarnarse siempre en cuerpos de mediana edad de apariencia más que poco llamativa, cuerpos que no podrían adoptar todo el poder de su Aspecto o Atributos. Le fue mostrada esa indulgencia porque fue juzgada solamente como un cómplice incidental, engañada por Kubera, en quien había confiado.

Cuando el Señor Yama fue enviado a buscar para someterlo a juicio, fue hallado muerto en su celda. Dentro de su turbante llevaba una pequeña caja de metal. Aquella caja había estallado.

Los Señores del Karma realizaron una autopsia y deliberaron.

—¿Por qué no tomó veneno si quería morir? —preguntó Brahma—. Hubiera sido más fácil ocultar una píldora que una caja. —Es remotamente posible —dijo uno de los Señores del Karma—, que tuviera otro cuerpo en algún lugar del mundo, y que pensara transmigrar por medio de una unidad emisora, programada para autodestruirse una vez empleada.

—¿Puede hacerse algo así?

—No, por supuesto que no. El equipo de transferencia es voluminoso y complicado. Pero Yama alardeaba de poder hacer cualquier cosa. Una vez intentó convencerme de que podía construirse ese dispositivo. Pero el contacto entre los dos cuerpos debe ser dirigido y por medio de muchos contactos y cables. Y ninguna unidad tan pequeña puede haber generado suficiente energía.

—¿Quién os construyó la psicosonda? —preguntó Brahma.

—El Señor Yama.

—¿Y el carro del trueno de Shiva? ¿Y la vara de fuego de Agni? ¿Y el terrible arco de Rudra? ¿Y el Tridente? ¿Y la Brillante Lanza?

—Yama.

—Me gustaría advertiros que, aproximadamente en el mismo momento en que esa pequeña caja debió actuar, un gran generador, como por voluntad propia, se puso en funcionamiento en la Vasta Mansión de la Muerte. Funcionó durante menos de cinco minutos, y luego volvió a desconectarse por sí mismo.

—¿Transmisión de energía?

Brahma se encogió de hombros.

—Es hora de sentenciar a Sam.

Así fue hecho. Y puesto que había muerto ya una vez antes, sin demasiado efecto, se decidió que una sentencia de muerte no era lo más adecuado.

En consecuencia, fue transmigrado. Pero no a otro cuerpo.

Fue erigida una torre de radio. Sam fue sometido a sedación, se le colocaron los contactos de transferencia correspondientes, pero no había otro cuerpo. Fue unido al convertidor de la torre.

Su *atman* fue proyectado hacia arriba a través del abierto domo, a la gran nube magnética que rodeaba todo el planeta y era llamada el Puente de los Dioses.

Luego le fue concedida la distinción única de recibir un segundo funeral en el Cielo. El Señor Yama recibió su primero, y Brahma, mientras contemplaba el humo brotar de las piras, se preguntó dónde estaba realmente.

—El Buda ha ido al nirvana —dijo Brahma—. ¡Rezad en los Templos! ¡Cantad por las calles! ¡Glorioso fue su tránsito! ¡Ha reformado la antigua religión, y ahora somos mejores que nunca antes! ¡Dejad que todo el mundo que piense de otro modo recuerde Keenset!

Eso también se hizo.

Pero nunca encontraron al Señor Kubera.

Los demonios estaban libres.

Nirriti era fuerte.

Y por todas partes del mundo estaban los que recordaban las lentes bifocales y los retretes con el fluir del agua y la química del petróleo y los motores de combustión interna, y el día en que el sol había ocultado su rostro ante la justicia del Cielo.

Se oyó decir a Vishnu que finalmente la selva había penetrado en la Ciudad.

VII

Otro nombre por el cual se le llama a veces es Maitreya, que significa Señor de la Luz. Tras su regreso de la Nube Dorada, habitó en el Palacio de Kama en Jaipur, donde planeo y acumuló fuerzas para el Día del Yuga. Un sabio dijo en una ocasión que uno nunca ve el día del Yuga, sino que sólo lo reconoce cuando ha pasado. Porque amanece como cualquier otro día y pasa del mismo modo, recapitulando la historia del mundo.

A veces se le llama Maitreya, que significa Señor de la Luz.

> El mundo es un fuego de sacrificio, el sol es su combustible, sus rayos su humo, el día sus llamas, los puntos cardinales sus cenizas y sus chispas. En este fuego los dioses ofrecen fe como libación. De esta ofrenda ha nacido el Rey Luna.
>
> La lluvia, oh Gautama, es el fuego, el año su combustible, las nubes su humo, los rayos sus llamas, sus cenizas, sus chispas. En este fuego los dioses ofrecen al Rey Luna como libación. De esta ofrenda ha nacido la lluvia.
>
> El mundo, oh Gautama, es el fuego, la tierra su combustible, el fuego su humo, la noche sus llamas, la luna sus cenizas, las estrellas sus chispas. En este fuego los dioses ofrecen lluvia como libación. De esta ofrenda se ha producido el fuego.
>
> El hombre, oh Gautama, es el fuego, su boca abierta su combustible, su respiración su humo, su habla su llama, sus ojos sus cenizas, sus oídos sus chispas. En este fuego los dioses ofrecen comida como libación. De esta ofrenda ha nacido el poder de engendrar.
>
> La mujer, oh Gautama, es el fuego, su forma su combustible, su pelo su humo, sus órganos su llama, sus placeres sus cenizas y sus chispas. En esta llama los dioses ofrecen el poder de engendrar como libación. De esta ofrenda ha nacido un hombre. Vive durante tanto tiempo como debe vivir.
>
> Cuando un hombre muere es llevado a ser ofrecido al fuego. El fuego se convierte en su fuego, el combustible en su combustible la llama en su llama, las cenizas en sus cenizas, las chispas en sus chispas. En este fuego los dioses ofrecen el hombre como libación. De esta ofrenda emerge el hombre en su radiante esplendor.
>
> *Brihadaranyaka Upamshad (VI, ii, 9—14)*

En un alto palacio azul de esbeltas torres y puertas afiligranadas, donde el sabor salado del mar y los chillidos de las aves marinas son traídos por las fuertes brisas para sazonar los sentidos con vida y deleite, el Señor Nirriti el Negro hablaba con el hombre que había sido traído a su presencia.

—¿Cual es tu nombre, capitán? —preguntó.

—Olvagga, Señor —respondió el capitán—. ¿Por qué has matado a mi tripulación y me has dejado a mi con vida?

—Porque quiero interrogarte a ti, capitán Olvagga.

—¿Respecto a qué?

—Respecto a muchas cosas. Cosas que un viejo capitán que ha recorrido los mares puede saber gracias a sus viajes. ¿Qué te parece mi control de las rutas marítimas del sur?

—Más fuerte de lo que pensaba, o no me tendrías ahora aquí.

—Muchos otros no se aventuran por esas regiones, ¿no es así?

—Sí.

Nirriti se dirigió a una ventana que dominaba el mar. Se volvió de espaldas a su cautivo. Al cabo de un tiempo, habló de nuevo.

—He oído decir que ha habido muchos progresos científicos en el norte desde, oh, la batalla de Keenset.

—Yo también lo he oído. Además, sé que es cierto. He visto una máquina de vapor. La prensa de imprimir forma ahora parte de la vida. Las patas de los slagartos muertos son hechas saltar con corrientes galvánicas. Se está forjando un tipo de acero muy superior. El microscopio y el telescopio han sido redescubiertos.

Nirriti se volvió de nuevo hacia él, y se estudiaron mutuamente.

Nirriti era un hombre bajo, con un ojo parpadeante, una sonrisa fácil, pelo negro recogido con una cinta de plata, nariz respingona y ojos del color de su palacio. Iba vestido de negro y le faltaba el moreno del sol.

—¿Por qué los dioses de la Ciudad no consiguen detener esto?

—Creo que es debido a que se sienten débiles, si es eso lo que quieres oír, Señor. Desde el desastre junto al Vedra se sienten algo temerosos de frenar el progreso del maquinismo mediante la violencia. También se dice que hay luchas intestinas en la Ciudad, entre los semidioses y lo que queda de sus mayores. Luego está el asunto de la nueva religión. Los hombres ya no temen al Cielo tanto como acostumbraban a temerlo. Están más dispuestos a defenderse, y ahora que se hallan mejor equipados, los dioses se sienten menos ansiosos de enfrentárseles.

—Entonces Sam *está* venciendo. A lo largo de los años, les está derrotando.

—Sí, Renfrew. Creo que eso es cierto.

Nirriti miró a los dos guardias que flanqueaban a Olvagga.

—Marchaos —ordenó. Luego, cuando se hubieron ido—. ¿Me conoces?

—Sí, capellán. Porque soy Jan Olvegg, capitán de la *Estrella de la India.*

—Olvegg. Eso parece moderadamente imposible.

—Pero es cierto. Recibí este ahora viejo cuerpo el día que Sam venció a los Señores del Karma en Mahartha. Yo estaba allí.

—Uno de los Primeros y, ¡sí!, ¡un cristiano!

—Ocasionalmente, cuando se me acaban las maldiciones hindís.

Nirriti apoyó una mano en su hombro.

—¡Entonces todo tu ser debe dolerte ante la blasfemia que han erigido!

—No siento demasiada simpatía hacia ellos, como ellos no la sienten hacia mí.

—No me sorprende. Pero Sam, hizo lo mismo, combinando esta pluralidad de herejías, enterrando aún más profundamente la auténtica Palabra...

—Un arma, Renfrew —dijo Olvegg—. Nada más. Estoy seguro de que deseaba ser un dios menos que tú o yo.

—Quizá. Pero desearía que hubiera elegido un arma distinta. Si vence, sus almas siguen estando perdidas.

Olvegg se encogió de hombros.

—No soy teólogo, como tú...

—¿Pero me ayudarás? A lo largo de los años he creado una poderosa fuerza. Poseo hombres y poseo

máquinas. Dices que nuestros enemigos están debilitados. Mis sin alma, no nacidos de hombre o mujer, desconocen el miedo. Poseo góndolas, muchas. Puedo alcanzar su Ciudad en el polo. Puedo destruir sus Templos aquí en el mundo. Creo que ha llegado el momento de limpiar el planeta de esta abominación. ¡La auténtica fe tiene que volver de nuevo! ¡Pronto! *Tiene* que ser pronto...

—Como te he dicho, no soy teólogo. Pero a mí también me gustaría ver caer la Ciudad —dijo Olvegg—. Te ayudaré en todo lo que pueda.

—Entonces tomaremos unas cuantas de sus ciudades y asolaremos sus Templos, para ver qué acción provoca esto.

Olvegg asintió.

—Tú me aconsejarás. Tú me proporcionaras apoyo moral —dijo Nirriti, y agachó la cabeza—. Reza conmigo —ordenó.

El viejo permaneció durante largo rato fuera del Palacio del Karma en Jaipur, contemplando sus columnas de mármol. Finalmente, una muchacha sintió piedad de él y le trajo pan y leche. Comió el pan.

—Bebe también la leche, abuelo. Es nutritiva y ayudará a sustentar tu carne.

—¡Maldita! —dijo el viejo—. ¡Maldita leche! ¡Y maldita mi carne! ¡Y también mi espíritu!

La muchacha retrocedió unos pasos.

—Ésa no es una respuesta adecuada como agradecimiento a la caridad.

—No es a tu caridad a lo que pongo objeciones, muchacha. Es a tu gusto por los brebajes. ¿No podrías proporcionarme un sorbo del vino más malo de la cocina..., ese que los invitados han desdeñado y se ha dejado para cocinar, y que ni el cocinero quiere echar por encima de los peores trozos de carne? Me gusta lo que se exprime de las uvas, no de las vacas.

—¿Quizá querrías que te trajera el menú para poder elegir? ¡Lárgate! ¡Antes de que llame a un sirviente!

El hombre la miró fijamente a los ojos.

—No te ofendas, mi dama, por favor. El mendigar resulta algo muy duro para mi.

Ella contempló sus ojos negros como pozos en medio de una ruina de curtidas arrugas. Su barba estaba estriada de blanco. La más ligera de las sonrisas jugueteaba en las comisuras de sus labios.

—Bien..., sígueme por este lado. Te llevaré a la cocina y veré lo que puedo encontrar. Aunque realmente no sé por qué debo hacerlo.

Los dedos del viejo se retorcieron mientras ella se daba la vuelta, y su sonrisa se hizo más amplia mientras la seguía, observando su modo de caminar. —Porque yo quiero que lo hagas —dijo.

Taraka de los rakasha estaba inquieto. Revoloteando por encima de las nubes que surcaban el mediodía, pensaba en los caminos del poder. En un tiempo había sido poderoso. En los días anteriores a ser atado no había habido nadie que pudiera enfrentársele. Luego había llegado Siddhartha el Atador. Lo había conocido antes de aquello, lo había conocido como Kalkín y había sabido que era fuerte. Se había dado cuenta de que, más pronto o más tarde, iban a tener que encontrarse, que iba a tener que probar el poder de aquel Atributo que Kalkín decía haber erigido a su alrededor. Cuando se enfrentaron, aquel portentoso día ya pasado cuando las cimas de las montañas llamearon con su furia, el Atador venció. Y en su segundo encuentro, eras más tarde, le había vencido de nuevo, de algún modo, aún más completamente. Pero había sido el único, y ahora había desaparecido del mundo. De todas las criaturas, solamente el Atador le había ganado al Señor del Pozo del Infierno. Luego los dioses habían acudido a desafiar su poder. Aunque se habían mostrado insignificantes en los primeros días, luchando por disciplinar sus poderes mutantes con drogas, hipnosis, meditación, neurocirugía, forjando en ellos los Atributos, a lo largo de las eras esos poderes habían ido creciendo. Cuatro de ellos habían entrado en el Pozo del Infierno, sólo cuatro, y

sus legiones no habían sido capaces de repelerlos. El llamado Shiva era fuerte, pero el Atador lo había matado más tarde. Así es como debía ser, puesto que Taraka reconocía al Atador como a un igual. Despreciaba a la mujer. Solamente era una mujer, y había necesitado la ayuda de Yama. Pero el Señor Agni, cuya alma había sido una brillante y cegadora llama, a éste casi le había temido. Recordó el día en que Agni entró en el palacio de Palamaidsu, solo, y lo había desafiado. No había podido detenerlo, pese a que lo había intentado, y vio el palacio ser destruido por el poder de sus fuegos. Y nada en el Pozo del Infierno había podido detenerlo tampoco. Entonces se había hecho la promesa de que probaría su poder, como había hecho con Siddhartha, para vencerle o ser atado por él. Pero nunca lo hizo. El Señor de los Fuegos había caído también, ante el Hombre de Rojo, que había sido el cuarto en el Pozo del Infierno, y que de alguna forma volvió sus propios fuegos contra él, aquel día junto al Vedra en la batalla por Keenset. Aquello significaba que *él* era el más grande. ¿Porque no le había advertido el propio Atador contra Yama—Dharma, dios de la Muerte? Sí; aquel cuyos ojos bebían la muerte era el más poderoso de los que aún quedaban en el mundo. Casi había caído ante su fuerza, en el carro del trueno. Había probado su fuerza una vez, brevemente, pero se había retirado porque eran aliados en aquella lucha. Se dijo que Yama había muerto luego, en la Ciudad. Más tarde se dijo que aún seguía recorriendo el mundo. Como Señor de la Muerte se decía que él no podía morir, excepto por elección propia. Taraka aceptaba eso como un hecho, sabiendo lo que significaba esta aceptación. Significaba que él, Taraka, regresaría al sur, a la isla del palacio azul, donde el Señor del Mal, Nirriti el Negro, aguardaba su respuesta. Le daría su consentimiento. Empezando en Mahartha y avanzando hacia el norte desde el mar, los rakasha añadirían su poder al del tenebroso, destruyendo los Templos de las seis mayores ciudades del sudoeste, uno tras otro, llenando las calles de aquellas ciudades con la sangre de sus ciudadanos y las legiones sin llamas del Hombre de Negro..., hasta que los dioses acudieran en su defensa, y así sellaran su destino. Si los dioses no acudían, entonces se sabría su auténtica debilidad. Los rakasha invadirían entonces el Cielo, y Nirriti arrasaría la Ciudad Celestial; la espira de más de un kilómetro de alto caería, el domo sería destrozado, los grandes felinos blancos de Kaniburrha merodearían entre las ruinas, y los pabellones de los dioses y los semidioses se verían cubiertos por las nieves del polo. Y todo aquello por una razón, realmente..., aparte aliviar el aburrimiento, aparte apresurar los últimos días de los dioses y de los hombres en el mundo de los rakasha. En cualquier lugar donde se produzca una gran pelea con poderosas hazañas, hazañas sangrientas, hazañas flamígeras, él acude, sabía muy bien Taraka..., el Hombre de Rojo acude desde donde sea, siempre, porque su Aspecto lo arrastra hacia el reino al que pertenece. Taraka sabía que buscaría, esperaría, haría cualquier cosa durante todo el tiempo que fuera necesario, hasta el día en que pudiera mirar directamente al negro fuego que ardía tras los ojos de la Muerte...

Brahma contempló el mapa, luego volvió a mirar la pantalla de cristal en torno a la cual se retorcía una naga de bronce, con la cola entre los dientes.

—¿Arde, oh sacerdote?

—Arde, Brahma... ¡todo el distrito de los almacenes!

—Ordena a la gente que apague los fuegos.

—Es lo que están haciendo ya, oh Poderoso.

—Entonces, ¿por qué me molestas con este asunto?

—Porque hay miedo, oh Grande.

—¿Miedo? ¿Miedo a qué?

—Al Hombre de Negro, cuyo nombre no puedo pronunciar en tu presencia, cuya fuerza ha crecido firmemente en el sur y controla todas las rutas marítimas, bloqueando el comercio.

—¿Por qué deberías tener miedo de pronunciar el nombre de Nirriti ante mí? Conozco al Hombre de Negro. ¿Crees que ha sido él quien ha iniciado los fuegos?

—Sí, oh Grande.., o más bien algún maldito pagado por él. Se habla mucho de que intenta aislarnos del resto del mundo para exprimir nuestras riquezas, destruir nuestros almacenes y debilitar nuestros espíritus, porque planea...

—Invadirnos, por supuesto.

—Tú lo has dicho, oh Potente.

—Puede que sea cierto, mi buen sacerdote. Así que dime, ¿crees que vuestros dioses no van a acudir en vuestra ayuda si el Señor del Mal ataca?

—Nunca ha habido ninguna duda al respecto, oh Terriblemente Poderoso. Simplemente deseábamos recordarte la posibilidad y renovar nuestra perpetua súplica de piedad y protección divinas.

—Pues ya lo has hecho, sacerdote. No temas.

Brahma cortó la transmisión.

—Atacará.

—Por supuesto.

—¿Y hasta qué punto es fuerte, me pregunto? Nadie conoce con exactitud sus fuerzas, Ganesha. ¿No es así?

—¿A mí me preguntas, mi Señor? ¿A tu humilde consejero político?

—No veo a nadie más presente, humilde creador de dioses. ¿Sabes de alguien que pueda poseer información?

—No, Señor. No lo sé. Todo el mundo evita al hediondo como si fuese la muerte real. Y generalmente lo es. Como sabes muy bien, los tres semidioses que enviamos al sur no regresaron.

—Y eran fuertes además, quienesquiera que fuesen, no recuerdo sus nombres ahora. ¿Cuánto tiempo hace de ello?

—El último fue hace un año, cuando enviamos al nuevo Agni.

—Sí. No era muy bueno, sin embargo, siempre usando granadas incendiarias..., pero era fuerte.

—Moralmente, quizá. Cuando quedan pocos dioses uno tiene que recurrir a los semidioses.

—En los viejos días, yo hubiera podido tomar el carro del trueno.

—En los viejos días no había carro del trueno. El Señor Yama...

—¡Silencio! Ahora tenemos un carro del trueno. Creo que el hombre alto de humo con sombrero ancho pasará por encima del palacio de Nirriti.

—Brahma. creo que Nirriti puede detener el carro del trueno.

—¿Por qué?

—A raíz de algunos informes de primera mano que he recibido, creo que ha utilizado misiles dirigidos contra las naves de guerra enviadas contra sus secuaces.

—¿Por qué no me hablaste antes de ello?

—Son informes muy recientes. Ésta es la primera oportunidad que tengo de hablar del tema.

—Entonces, ¿no crees que debamos atacar?

—No. Esperemos. Dejemos que *él* haga el primer movimiento, para poder juzgar su auténtica fuerza.

—Eso puede representar sacrificar Mahartha, ¿no?

—¿Y? ¿Nunca has visto caer una ciudad?... ¿Qué beneficio te reportará Mahartha en sí misma, y por cuánto tiempo? Si no podemos reconquistarla, *entonces* deja que el hombre de humo agite su ancho sombrero blanco... sobre Mahartha.

—Tienes razón. Valdrá la pena evaluar sus fuerzas exactamente y luego privarle de una parte de ellas. Mientras tanto, debemos preparamos.

—Sí. ¿Cuáles son tus órdenes?

—Alerta a todas las fuerzas de la Ciudad. ¡Llama al Señor Indra del continente oriental,

inmediatamente!

—Considéralo hecho.

—Y alerta a las otras cinco ciudades del río: Lananda, Jaipur. Kilbar...

—En el acto.

—¡Entonces adelante!

—Ya me he ido.

El tiempo como un océano, el espacio como su agua, Sam en medio, de pie, decidiendo.

—Dios de la Muerte —llamó en voz alta—, enumera nuestras fuerzas.

Yama se estiró y bostezó, luego se levantó del diván escarlata sobre el que había estado dormitando, casi invisible. Cruzó la estancia, miró a Sam a los ojos.

—Sin asumir mi Aspecto, aquí está mi Atributo.

Sam afrontó su mirada, la sostuvo.

—¿Es esto la respuesta a mi pregunta?

—En parte —respondió Yama—. Pero principalmente era para probar tu poder. Parece estar volviendo. Has sostenido mi mirada de muerte mas tiempo de lo que podría cualquier mortal.

—Sé que mi poder está regresando. Puedo sentirlo. Muchas cosas están volviendo ahora. Durante las semanas que hemos morado aquí en el palacio de Ratri he meditado en mis vidas pasadas. No todo fueron fracasos, dios de la muerte. Hoy he llegado a esta conclusión. Aunque el Cielo me ha vencido en cada momento, cada una de sus victorias les ha costado mucho.

—Sí, parece que eres más bien un hombre elegido por el destino. En la actualidad son mucho más débiles de lo que eran el día en que desafiaste su poder en Mahartha. También son relativamente más débiles porque los hombres son más fuertes. Los dioses destruyeron Keenset, pero no destruyeron la aceleración. Luego intentaron enterrar el budismo bajo sus propias enseñanzas, pero no lo consiguieron. No puedo afirmar realmente que tu religión haya ayudado a la trama de este relato que estás escribiendo, animando la aceleración en todos sus aspectos, pero ninguno de los dioses puede decirlo tampoco. Sirvió como una buena niebla encubridora, de todos modos..., desvió su atención de las maldades que podían seguir cometiendo, y puesto que «prendió» como doctrina, sus esfuerzos contra ella sirvieron en realidad para levantar algunos sentimientos antideícratas. Parecerías inspirado, si no parecieras astuto. —Gracias. ¿Quieres mi bendición? —No; ¿quieres tú la mía?

—Quizá, Muerte, más tarde. Pero no has respondido a mi pregunta. Por favor, dime de qué fuerzas disponemos. —Muy bien. El Señor Kubera llegará dentro de poco . —¿Kubera? ¿Dónde está?

—Ha vivido oculto durante muchos años, difundiendo el conocimiento científico por todo el mundo.

—¿Durante *cuántos* años? ¡Su cuerpo debe ser viejo! ¿Cómo ha podido conseguirlo? —¿Olvidas a Narada? —¿Mi viejo médico de Kapil?

—El mismo. Cuando dispersaste a tus lanceros tras la batalla en Mahartha, se retiró a las montañas con algunos servidores. Se llevó consigo todo el equipo que habías tomado de la Mansión del Karma. Lo localicé hace varios años. Después de Keenset, tras mi escapatoria del Cielo por el Camino de la Rueda Negra, saqué a Kubera de su bóveda bajo la derruida ciudad. Más tarde se alió con Narada, que ahora regenta una tienda clandestina de cuerpos en las montañas. Trabajan juntos. Además, han creado otras en otros lugares.

—¿Y Kubera viene? ¡Estupendo!

—Y Siddhartha sigue siendo príncipe de Kapil. Una llamada a las tropas de ese principado aún será oída. Ya la hemos lanzado.

—Sólo serán un puñado, probablemente. Pero es bueno saberlo..., sí.

—Y el Señor Krishna.

—¿Krishna? ¿Qué está haciendo él a nuestro lado? ¿Dónde está?

—Estaba aquí. Lo encontré el día que llegamos. Acababa de mudarse con una de las chicas. Algo patético.

—¿Cómo?

—Viejo. Lastimosamente viejo y débil, pero aún un borracho lujurioso. Su Aspecto seguía sirviéndole, sin embargo, convocando periódicamente algo de su antiguo carisma y una fracción de su colosal vitalidad. Había sido expulsado del Cielo después de lo de Keenset, porque no quiso luchar contra Kubera y contra mí, como hizo Agni. Ha estado vagabundeando por el mundo durante más de medio siglo, bebiendo y amando y tocando sus flautas y haciéndose viejo. Kubera y yo hemos intentado localizarle varias veces, pero ha viajado considerablemente. Esto suele ser normal en las deidades de la fertilidad renegadas.

—¿De qué puede servimos?

—Lo envié a Narada para que le proporcionara un nuevo cuerpo el mismo día que lo encontré. Vendrá con Kubera. Suele recuperar rápidamente sus poderes después de la transferencia.

—¿Pero de *qué* nos servirá?

—No olvides que fue él quien venció al demonio negro Bana, al que incluso Indra temía enfrentarse. Cuando está sobrio, es uno de los luchadores mas mortíferos con vida. Yama, Kubera, Krishna y, si es tu deseo..., ¡Kalkin! Seremos los nuevos lokapalas y permaneceremos juntos.

—Es mi deseo.

—Que así sea, entonces. ¡Dejemos que envíen una compañía de sus dioses entrenados contra nosotros! He estado diseñando nuevas armas. Es una vergüenza que haya tantas y tan exóticas. Es un terrible esfuerzo para mi genio convertir cada una de ellas en una obra de arte, en vez de producir en masa un tipo particular de arma ofensiva. Pero la pluralidad de lo paranormal lo dicta. Siempre hay alguien que posee un Atributo capaz de oponerse a cualquiera de esas armas. ¡Así pues, dejemos que se enfrenten a la Pistola de Gehena y sean desintegrados, o crucen sus hojas con la Electroespada, o se yergan ante el Escudo Fuente con sus chorros de cianuro y sulfóxido dimetílico, y sabrán que se enfrentan a los lokapalas!

—Ahora veo, Muerte, por qué todos los dioses, incluso Brahma, pueden morir y ser sucedidos por otros. , excepto tú.

—Gracias. ¿Tienes algún plan?

—Todavía no. Necesitaré más información sobre las fuerzas con que cuenta la Ciudad. ¿Ha demostrado el Cielo su poder en los últimos años?

—No.

—Si hubiera algún modo de probarlos sin mostrar nuestra mano... Quizá los rakasha...

—No, Sam. No confío en ellos.

—Yo tampoco. Pero a veces pueden resultar útiles.

—¿Como resultaron útiles en el Pozo del Infierno y en Palamaidsu?

—Bien respondido. Quizá tengas razón. Pensaré más en ello. De todos modos, no dejo de preguntarme acerca de Nirriti. ¿Cómo van las cosas con el Hombre de Negro?

—En los últimos años ha llegado a dominar el mar. Se rumorea que sus legiones crecen, y que está construyendo máquinas de guerra. Recuerdo haberte hablado alguna vez de mis temores sobre este asunto. Permanezcamos tan alejados como podamos de Nirriti. Solamente tiene una cosa en común con nosotros: quiere derrotar al Cielo. Ni aceleracionista ni deícrata, si ganara nos sumirla en una Edad Oscura peor que aquella de la que empezamos a salir. Quizá nuestro mejor plan de acción sea provocar una batalla entre Nirriti y los dioses de la Ciudad, aguardar al acecho y luego atacar a los vencedores.

—Quizá tengas razón, Yama. ¿Pero cómo conseguir esto?

—Puede que no tengamos necesidad. Es algo que tal vez ocurra por sí mismo..., pronto. Mahartha se estremece, temerosa del mar que tiene delante. Tú eres el estratega, Sam. Yo sólo soy un táctico. Te trajimos de vuelta para que nos dijeras qué debemos hacer. Por favor, piensa cuidadosamente en ello, ahora que eres de nuevo tú mismo.

—Siempre estás repitiendo estas últimas palabras.

—Sí, predicador. Porque aún no has recibido tu bautismo de fuego desde tu vuelta de la contemplación.. Dime, ¿puedes conseguir que los budistas luchen?

—Probablemente, pero tendría que asumir una identidad que ahora considero desagradable.

—Bueno..., quizá no. No lo olvides, en caso de que nos veamos en dificultades. Para asegurarte, sin embargo, practica cada noche frente a un espejo con esa conferencia sobre estética que diste hace poco en el monasterio de Ratri.

—Prefiero no hacerlo.

—Lo sé, pero hazlo de todos modos.

—Mejor practicar con una espada. Encuéntrame una y te daré una lección.

—¡Ja! ¡Espléndido! Dame una buena lección, y tendrás ya a un converso.

—Entonces salgamos al patio, y procederé a iluminarte.

Mientras Nirriti alzaba los brazos en el palacio azul, los cohetes partieron chillando hacia el cielo desde las cubiertas de sus barcos de lanzamiento para trazar un arco por encima de la ciudad de Mahartha.

Mientras el negro peto de su armadura era colocado en su lugar, los cohetes descendieron sobre la ciudad, y empezaron los incendios.

Mientras se calzaba las botas, su flota entró en la bahía.

Mientras su negra capa era asegurada en tomo a su garganta y su negro casco de acero colocado sobre su cabeza, sus sargentos empezaron a batir suavemente sus tambores bajo las cubiertas de sus barcos.

Mientras le aseguraban el cinturón con la espada en tomo a su cintura, los sin alma se agitaron en las bodegas de los navíos.

Mientras se ponía los guanteletes de cuero y acero, su flota, empujada por vientos creados por los rakasha, se aproximó al puerto.

Mientras hacía un gesto a su joven escudero, Olvagga, para que le siguiera al patio, los guerreros que jamás hablaban subieron a las cubiertas de los barcos y se volvieron hacia el incendiando puerto.

Mientras los motores en el interior de las oscuras góndolas aéreas resonaban y la compuerta se abría ante ellos, el primero de sus barcos echó el ancla.

Mientras entraban en la góndola, sus primeras tropas entraron en Mahartha.

Cuando llegaron a Mahartha, la ciudad había caído.

Los pájaros cantaban en lo alto, entre el verde follaje del jardín. Los peces, parecidos a viejas monedas, reposaban en el fondo del estanque azul. Las flores, abiertas en todo su esplendor, eran casi todas rojas y de grandes pétalos, pero también había algunas ocasionales manchas amarillas cerca de su banco de jade. Tenia un respaldo blanco de hierro forjado, sobre el que descansaba su mano izquierda mientras contemplaba las losas del suelo por las que resonaron las botas mientras el hombre avanzaba en dirección a ella.

—Señor, éste es un jardín privado —dijo.

Él se detuvo ante el banco y bajó la vista hacia ella. Era robusto, de piel curtida, ojos y barba

oscuros, e inexpresivo hasta que sonrió. Iba vestido de azul y cuero.

—Los huéspedes no vienen aquí —añadió—, sino que utilizan los jardines de la otra ala del edificio. Cruza esa arcada de allí...

—Tú siempre fuiste bien recibida en *mi* jardín, Ratri —dijo el hombre.

—¿En tu...?

—Kubera.

—¡Señor Kubera! No estás...

—Gordo. Lo sé. Es un nuevo cuerpo, y he estado trabajando duro. Construyendo las armas de Yama, transportándolas...

—¿Cuándo llegaste?

—Ahora mismo. Traje de vuelta a Krishna, junto con una carga de municiones, granadas y minas antipersonales.

—¡Dioses! Ha sido mucho tiempo...

—Sí. Mucho. Pero sigo debiéndote una disculpa, así que he venido a ofrecértela. Me ha estado preocupando durante todos estos años. Siento, Ratri, lo que ocurrió aquella noche, hace ya tanto, cuando te metí en todo esto. Necesitaba tu Atributo, así que te llevé conmigo. No me gusta utilizar de este modo a la gente.

—De cualquier manera, no hubiera tardado mucho en abandonar la Ciudad. Kubera. Así que no te sientas culpable. Hubiera preferido una forma algo más agraciada de la que llevo, por supuesto. Aunque esto no es esencial.

—Te proporcionaré otro cuerpo, mi dama.

—Otro día, Kubera. Por favor, siéntate. ¿Tienes hambre? ¿O sed?

—Sí y si.

—Aquí tienes fruta y soma. ¿O prefieres té?

—Soma, gracias.

—Yama dice que Sam se ha recuperado de su santidad.

—Bien, cada vez le necesitamos mas. ¿Ha elaborado ya algún plan... que nosotros podamos llevar a cabo?

—Yama no me ha dicho nada. Pero quizá Sam no se lo haya dicho a Yama.

Las ramas de un árbol cercano se agitaron violentamente y Tak se dejó caer al suelo, aterrizando de cuatro patas. Cruzó las losas de piedra del suelo y se detuvo junto al banco.

—Toda esta charla me ha despertado —gruñó— ¿Quién es este tipo, Ratri?

—El Señor Kubera, Tak.

—Si eres él, entonces... ¡oh, qué cambiado estás! —dijo Tak.

—Y lo mismo puede decirse de ti, Tak de los Archivos. ¿Por qué sigues siendo un mono? Yama podría transmigrarte.

—Soy más útil como mono —dijo Tak—. Soy un excelente espía..., mucho mejor que un perro. Soy más fuerte que un hombre. ¿Y quién puede distinguir un mono de otro? Seguiré con esta forma hasta que ya no haya necesidad de mis servicios especiales.

—Muy loable. ¿Ha habido más noticias respecto a los movimientos de Nirriti?

—Sus barcos están más cerca de los grandes puertos que nunca en el pasado —dijo Tak—. También parece que hay más. Aparte esto, nada. Es como si los dioses le temieran, porque no lo destruyen.

—Si —dijo Kubera—, porque ahora es un desconocido. Me siento inclinado a pensar en él como en

un error de Ganesha. Fue él quien le permitió abandonar el Cielo sin ser molestado, y llevarse con él el equipo que quisiera. Creo que Ganesha deseaba tener a alguien disponible como enemigo del Cielo, en caso de que se necesitara uno rápidamente en un momento determinado. Nunca debió sospechar que alguien sin conocimientos técnicos pudiera darle a su equipo el uso que él le dio, erigiendo las fuerzas que ahora manda.

—Lo que dices es lógico —murmuró Ratri—. Incluso yo he oído que Ganesha actúa a menudo de esta forma. ¿Qué hará ahora?

—Darle a Nirriti la primera ciudad que ataque, para observar sus medios ofensivos y evaluar su fuerza..., si puede persuadir a Brahma de contenerse. *Luego* atacar a Nirriti. Mahartha debe caer, y *nosotros* tenemos que estar cerca. Será incluso interesante observar.

—¿Pero crees que deberíamos hacer algo más que observar? —preguntó Tak.

—Por supuesto. Sam sabe que debemos estar a mano par hacer más trozos de los trozos, y luego recoger algunos. Tendremos que movemos tan pronto como alguno de ellos lo haga, lo cual, Tak, puede ser muy pronto.

—Por fin —dijo Tak—. Siempre deseé ir a la batalla al lado del Atador.

—En las próximas semanas estoy seguro de que se van a cumplir tantos deseos como otros se van a frustrar.

—¿Un poco más de soma? ¿Más fruta?

—Gracias, Ratri.

—¿Y tú, Tak?

—Un plátano, quizá.

A la sombra del bosque, en la cima de una alta colina, Brahma permanecía sentado como una estatua de oro montada sobre una gárgola, contemplando Mahartha.

—Están profanando el Templo.

—Sí —respondió Ganesha—. Los sentimientos del Hombre de Negro no han cambiado con los años.

—En cierto sentido, es una lástima. Pero de otro modo es aterrador. Sus tropas llevan rifles y pistolas.

—Sí. Son muy fuertes. Volvamos a la góndola.

—Dentro de un momento. —Me temo, Señor... que sean demasiado fuertes en este punto.

—¿Qué sugieres?

—No pueden navegar río arriba. Si quieren atacar Lananda tendrán que ir por tierra.

—Cierto. A menos que dispongan de suficientes naves aéreas.

—Y si quieren atacar Jaipur deberán ir más lejos todavía.

—Exacto. Y si quieren atacar Kilbar aún tendrán que ir más lejos. ¡Sé más claro! ¿Qué estás intentando decir?

—Cuanto más lejos vayan, mayores serán sus problemas logísticos, y más vulnerables serán a las tácticas de guerrilla a lo largo del camino...

—¿Estás proponiendo no hacer nada excepto hostigarles? ¿Que les dejemos avanzar por tierra, tomando ciudad tras ciudad? Acamparán allí hasta que les lleguen refuerzos para mantener lo que han conquistado, y *luego* seguirán avanzando. Sólo un estúpido no actuaría así. Si esperamos...

—¡Mira ahí abajo!

—¿Qué? ¿Qué ocurre?

—Están preparándose para marcharse.

—¡Imposible!

—Brahma, olvidas que Nirriti es un fanático, un loco. No quiere Mahartha, ni Lananda, ni Jaipur tampoco. Quiere destruir nuestros Templos y a nosotros. Lo único que le importa aparte eso en estas ciudades son las almas, no los cuerpos. Avanzará por la región destruyendo todos los símbolos de nuestra religión que se le pongan por el camino, hasta que decidamos enfrentamos a él. Si no hacemos nada, probablemente enviará misioneros.

—¡Bien, debemos hacer algo!

—Entonces debilítalo mientras avanza. Y cuando esté lo bastante debilitado, ¡ataca! Dale Lananda, Jaipur también si es necesario, incluso Kilbar y Hamsa. Cuando sea lo suficientemente débil, aplástalo. Podemos prescindir de las ciudades. ¿Cuántas hemos destruido nosotros mismos? ¡Ni siquiera puedes recordarlo!

—Treinta y seis —dijo Brahma—. Volvamos al Cielo, quiero meditar sobre todo esto. Si sigo tu consejo y él se retira antes de estar demasiado debilitado, entonces habremos perdido mucho.

—Estoy dispuesto a apostar a que no lo hará.

—No eres tú quien arroja los dados, Ganesha, sino yo. ¡Y mira, tiene con él a esos malditos rakasha! Marchémonos rápido, antes de que nos detecten.

—¡Sí, rápido!

Hicieron dar media vuelta a sus slagartos, hacia el bosque.

Krishna dejó a un lado su flauta cuando fue introducido el mensajero.

—¿Sí? —preguntó. —Mahartha ha caído... Krishna se puso en pie

—Y Nirriti se prepara para marchar sobre Lananda. —¿Qué han hecho los dioses en su defensa? —Nada. Nada en absoluto.

—Ven conmigo. Los lokapalas tienen que conferenciar. Krishna dejó su flauta sobre la mesa.

Aquella noche, Sam estaba en el balcón más alto del palacio de Ratri. La lluvia caía a su alrededor, como frías uñas arrastradas por el viento. En su mano izquierda, un anillo de hierro resplandecía con una radiación esmeralda.

Los rayos caían y caían, y se quedaban.

Alzó la mano, y los truenos rugieron y rugieron, como los gritos de muerte de todos los dragones que tal vez hubieran vivido, en algún tiempo, en algún lugar...

La noche retrocedió mientras los elementales de fuego se erguían ante el Palacio de Kama.

Sam alzó ambas manos, juntas, y treparon por el aire como uno solo, y flotaron muy altos en la noche.

Hizo un gesto y sobrevolaron Jaipur, yendo de un extremo a otro de la ciudad.

Luego trazaron círculos.

Después se separaron y danzaron con la tormenta.

Bajó las manos.

Regresaron y se detuvieron de nuevo ante él.

No se movió. Aguardó.

Al cabo de cien latidos del corazón, uno avanzó y habló en medio de la noche.

—¿Quién eres tú para mandar a los esclavos de los rakasha?

—Tráeme a Taraka —dijo Sam.

—No acepto órdenes de un mortal.

—Entonces mira a las llamas de mi auténtico yo, antes de que te ate a este mástil de metal durante tanto tiempo como aguante en pie.

—¡Atador! ¡Vives!

—Tráeme a Taraka —repitió.

—Sí, Siddharta. Inmediatamente.

Sam juntó las manos, y los elementales partieron hacia el cielo, y la noche volvió a ser oscura a su alrededor.

El Señor del Pozo del Infierno adoptó una forma humana y entró en la estancia donde estaba Sam, sentado a solas.

—La última vez que te vi fue el día de la Gran Batalla —afirmó—. Luego oí que hablan hallado un medio de destruirte.

—Como puedes ver, no lo consiguieron.

—¿Cómo has vuelto de nuevo al mundo?

—El Señor Yama me hizo regresar..., el Hombre de Rojo.

—Su poder es realmente grande.

—Demostró ser suficiente. ¿Cómo van las cosas con los rakasha en estos días?

—Bien. Proseguimos tu lucha.

—¿De veras? ¿De qué forma?

—Ayudamos a tu antiguo aliado, el Hombre de Negro, el Señor Nirriti,.., en su campaña contra los dioses.

—Lo sospechaba. Ésa es la razón por la que te he contactado.

—¿Quieres cabalgar con él?

—Lo he pensado cuidadosamente, y pese a las objeciones de mis camaradas *quiero* cabalgar con él.., siempre que él llegue a un acuerdo con nosotros. Quiero que le lleves mi mensaje.

—¿Cual es el mensaje, Siddhartha?

—El mensaje es que los lokapalas, que somos Yama, Krishna, Kubera y yo, irán con él a la batalla contra los dioses, trayendo consigo a todos sus partidarios, poderes y maquinaria para vencerles, si él acepta no guerrear contra los seguidores del budismo o del hinduismo que existen en el mundo para convertirlos a su propio culto..., y además no pretender reprimir el aceleracionismo, como han hecho los dioses, si resulta victorioso. Observa sus llamas mientras te transmite su respuesta, y dime si dice la verdad.

—¿Crees que aceptará esto, Sam?

—Lo creo. Sabe que, si los dioses no estuvieran presentes para reforzar el hinduismo como lo hacen, entonces ganaría conversos. Puede verlo claramente por la forma en que yo conseguí introducir el budismo, pese a su oposición. Se da cuenta de que ésta es la única forma correcta, y que está destinada a prevalecer frente a la competencia. Creo que por esta razón aceptará una competencia *justa.* Llévale mi mensaje y tráeme su respuesta. ¿De acuerdo?

Taraka se agitó. Su rostro y su brazo izquierdo se convirtieron en humo.

—Sam...

—¿Qué?

—¿Cuál es el camino correcto?

—¿Eh? ¿A mi me preguntas eso? ¿Cómo quieres que lo sepa?

—Los mortales te llaman Buda.

—Eso solamente porque se hallan afligidos por el lenguaje y la ignorancia.

—No. He mirado tus llamas y te denomino Señor de la Luz. Los atas a ellos como nos ataste a nosotros, los sueltas como nos soltaste a nosotros. Tuyo fue el poder de derramar una creencia sobre ellos. Eres lo que proclamabas ser.

—Mentía. Nunca creí en ello, y sigo sin hacerlo. Hubiera podido elegir con la misma facilidad otro camino, digamos la religión de Nirriti..., sólo que la crucifixión duele. Hubiera podido elegir uno llamado islamismo, sólo que sé muy bien la forma en que se mezcla con el hinduismo Mi elección estuvo basada en el cálculo, no en la inspiración, y no soy nada.

—Eres el Señor de la Luz.

—Ve a entregar mi mensaje. Discutiremos otro día de religión.

—¿Los lokapalas, dices, sois Yama, Krishna, Kubera y tú?

—Sí.

—Entonces *él* vive. Dime, Sam, antes de irme... ¿puedo derrotar al Señor Yama en batalla?

—No lo sé. No lo creo, sin embargo. No creo que nadie pueda.

—¿Pero él podría vencerte?

—Probablemente, en una lucha justa. Siempre que nos encontramos como enemigos en el pasado, a veces fui afortunado y a veces conseguí engañarle. He practicado recientemente la esgrima con él, y no tiene rival. También es demasiado versátil en las formas de destrucción.

—Entiendo —dijo Taraka, con su brazo derecho y la mitad de su pecho derivando ya—. Entonces buenas noches, Siddhartha. Llevaré tu mensaje conmigo.

—Gracias, y buenas noches a ti.

Taraka se convirtió totalmente en humo y desapareció en la tormenta.

Muy arriba del mundo, girando: Taraka.

La tormenta estaba en plena efervescencia a su alrededor, pero apenas prestaba atención a su furia

Los truenos resonaban y la lluvia caía y el Puente de los Dioses era invisible.

Pero ninguna de estas cosas le preocupaba.

Porque era Taraka el rakasha, Señor del Pozo del Infierno...

Y había sido la criatura más poderosa del mundo, excepto el Atador.

Ahora el Atador le había dicho que había Uno Más Grande..., y que iban a luchar juntos, como antes.

¡Qué insolente se había mostrado con su Rojo y su Poder! Aquel día Hacía más de medio siglo. Junto al Vedra.

Destruir a Yama—Dharma, vencer a la Muerte, demostraría que Taraka era el supremo...

Demostrar que Taraka era el supremo era más importante que derrotar a los dioses, que algún día morirían, de algún modo, porque ellos no eran los rakasha.

En consecuencia, el mensaje del Atador a Nirriti, con el que según había dicho Nirriti estaría de acuerdo, sería transmitido solamente a la tormenta, y Taraka observaría sus llamas y sabría que decía la verdad.

Porque la tormenta nunca miente..., y siempre dice: *¡No!*

El cetrino sargento lo llevó al campamento. Había aparecido resplandeciente en su armadura, con sus relucientes correajes, y no había sido capturado, había caminado hasta él y había afirmado que tenía

un mensaje para Nirriti. Por esta razón, el sargento no lo mató inmediatamente. Tomó sus armas, lo condujo al campamento —allá en los bosques cerca de Lananda— y lo dejó bajo guardia mientras consultaba con su líder.

Nirriti y Olvegg estaban sentados dentro de una negra tienda. Un mapa de Lananda estaba extendido ante ellos.

Cuando le autorizaron a que trajera al prisionero a la tienda, Nirriti lo contempló y luego despidió al sargento.

—¿Quién eres? —preguntó.

—Ganesha de la Ciudad. El que te ayudó en tu huida del Cielo.

Nirriti pareció meditar aquello.

—Recuerdo muy bien a mi único amigo de los viejos días —dijo—. ¿Por qué has venido ahora a mí?

—Porque era el momento propicio de hacerlo. Finalmente has emprendido la gran cruzada.

—Sí

—Quisiera hablar contigo en privado con relación a ella.

—Adelante, habla.

—¿Y ese hombre?

—Hablar delante de Jan Olvegg es hablar delante de mí. Di lo que tengas en tu mente.

—¿Olvegg?

—Sí.

—Está bien. He venido a decirte que los Dioses de la Ciudad son débiles. Demasiado débiles, creo, para derrotarte.

—Eso ya lo sabía.

—Pero no tan débiles como para ser incapaces de hacerte mucho daño cuando se movilicen. La balanza puede quedar equilibrada si reúnen todas sus fuerzas en el momento apropiado.

—También fui a la batalla teniendo eso en cuenta.

—Mejor si tu victoria resulta menos costosa. Ya sabes que soy simpatizante del cristianismo.

—¿Qué es lo que tienes en mente?

—Me ofrecí voluntario para mandar una guerrilla solamente para decirte que Lananda es tuya. No la defenderán. Si continúas avanzando como lo haces, sin consolidar tus victorias, y sigues hacia Jaipur, Brahma no la defenderá tampoco. Pero cuando llegues a Kilbar, con tus fuerzas debilitadas por las batallas de conquistar las tres ciudades y por nuestras incursiones por el camino, entonces Brahma te golpeará con toda la fuerza del Cielo, de tal modo que conocerás la derrota ante los muros de Kilbar. Todos los poderes de la Ciudad Celestial se hallan a punto. Aguardan a que llegues a las puertas de la cuarta ciudad del río.

—Entiendo. Es bueno saberlo. Entonces temen que yo prosiga mi campaña.

—Por supuesto. ¿La proseguirás hasta Kilbar?

—Sí. Y venceré en Kilbar también. Enviaré a buscar mis armas más poderosas antes de atacar esa ciudad. Los poderes que he reservado para usarlos contra la propia Ciudad Celestial serán desencadenados sobre mis enemigos cuando acudan a defender la condenada Kilbar.

—Ellos llevarán también armas poderosas. —Entonces, cuando nos enfrentemos el resultado estará en sus manos o en las mías.

—Hay otra forma de inclinar la balanza, Renfrew. —¿Oh? ¿Qué otra cosa tienes en mente?

—Muchos de los semidioses se muestran insatisfechos con la situación en la Ciudad. Deseaban una prolongada campaña contra el aceleracionismo y contra los seguidores de Tathagatha. Se sintieron

decepcionados cuando esto no siguió a Keenset. Además, el Señor Indra ha sido llamado del continente oriental, donde estaba dirigiendo la guerra contra las brujas. Indra puede llegar a apreciar los sentimientos de los semidioses, y sus seguidores vienen con el ardor de otro campo de batalla.

Ganesha se ajustó la capa.

—Adelante —dijo Nirriti.

—Cuando lleguen a Kilbar —dijo Ganesha—, puede que no luchen para defenderla.

—Entiendo ¿Qué piensas ganar tu con todo esto, Ganesha?

—Satisfacción.

—¿Nada más?

—Puede que algún día recuerdes que te hice esta visita.

—Que así sea. No lo olvidaré, y tendrás mi recompensa cuando corresponda. ¡Guardia!

Alzaron la lona que cubría la entrada de la tienda, y el que había acompañado a Ganesha hasta allí apareció.

—Escolta a este hombre hasta donde desee ser llevado, y déjalo libre sin el menor daño —ordenó Nirriti.

—¿Vas a confiar en él? —preguntó Olvegg, cuando el otro se hubo ido.

—Sí —dijo Nirriti—, pero le pagaré sus servicios más tarde.

Los lokapalas estaban sentados en consejo en la habitación de Sam en el Palacio de Kama en Jaipur. Tak y Ratri estaban también presentes.

—Taraka me dice que Nirriti no acepta nuestras condiciones —dijo Sam.

—Bien —dijo Yama—. Casi temía que aceptara.

—Y por la mañana atacará Lananda. Taraka cree que tomará la ciudad. Será un poco más difícil que Mahartha, pero él está seguro de que vencerá. Yo también.

—Y yo.

—Y yo.

—Entonces avanzará sobre esta ciudad, Jaipur. Luego Kilbar, luego Hamsa, luego Gayatn. Sabe que, en algún lugar a lo largo de la ruta, los dioses se lanzarán contra él. —Por supuesto.

—Así que nos hallamos en medio, y tenemos varias elecciones ante nosotros. No hemos podido hacer un trato con Nirriti. ¿Creéis que debemos hacerlo con el Cielo?

—¡No! —dijo Yama, golpeando con su puño sobre la mesa— ¿De qué lado estás Sam?

—De la aceleración —respondió—. Si puede conseguirse mediante la negociación antes que con un innecesario derramamiento de sangre, tanto mejor.

—¡Antes negociaría con Nirriti que con el Cielo!

—Entonces votemos como lo hicimos antes de entrar en contacto con Nirriti.

—Y necesitas un sólo voto para ganar.

—Ésas fueron mis condiciones para formar parte de los lokapalas. Me pediste que os acaudillara, así que exijo el poder de desatar los nudos. Permitidme que explique mi razonamiento, sin embargo,

antes de hablar de votación.

—Muy bien... ¡habla!

—El Cielo, en los últimos años, ha desarrollado una actitud más liberal hacia la aceleración, tal como yo lo entiendo. No ha habido ningún cambio oficial de posición, pero tampoco han sido tomadas medidas contra el aceleracionismo, presumiblemente a causa del desastre que supuso la victoria de Keenset. ¿Estoy en lo cierto?

—En esencia —dijo Kubera.

—Parece que han llegado a la conclusión de que tales acciones resultan demasiado costosas cada vez que la Ciencia asoma su fea cabeza. Había gente, humanos, luchando contra ellos en aquella batalla. Contra el Cielo. Y la gente, al contrario que nosotros, tiene familia, lazos que los debilitan, y están ligados por la obtención de un claro informe karmico si desean el renacimiento. Sin embargo lucharon. En consecuencia, el Cielo se ha inclinado hacia una mayor permisividad en los últimos años. Puesto que ésta es la situación real no tienen nada que perder reconociéndola. De hecho pueden convertirla en una exhibición de su saber como un benévolo gesto de la magnanimidad divina. Creo que estarían dispuestos a hacer las concesiones que Nirriti no ha querido.

—Quiero ver el Cielo derrumbarse —dijo Yama.

—Por supuesto. Yo también. Pero pensad atentamente. Sólo con lo que les has dado a los humanos en el ultimo medio siglo... ¿puede el Cielo mantener este mundo como su feudo durante mucho más tiempo? El Cielo se derrumbó aquel día en Keenset. Otra generación, quizá dos, y su poder sobre los mortales habrá pasado. En esta batalla con Nirriti serán golpeados más fuerte, aunque consigan la victoria. Dadles unos cuantos años más de gloria decadente. Se vuelven más y más impotentes a cada estación. Alcanzaron su cúspide. Han iniciado su declive.

Yama encendió un cigarrillo.

—¿Acaso deseas que alguien mate a Brahma por ti? —preguntó Sam.

Yama permaneció sentado en silencio dando chupadas a su cigarrillo, exhalando el humo. Luego:

—Quizá sí —dijo—. Quizá sea esto. No lo sé. No quiero pensar en ello. Aunque es probable que sea cierto.

—¿Te gustaría que te garantizara que Brahma morirá?

—¡No! ¡Si lo intentas, te mataré!

—Lo que ocurre es que no sabes si realmente quieres a Brahma vivo o muerto. Quizá sea que lo amas y lo odias simultáneamente. Fuiste viejo antes de que fueras joven, Yama, y ella fue lo único que nunca te importó en tu vida. ¿Estoy en lo cierto?

—Sí.

—Entonces no tengo respuesta para ti, para tus propios problemas, pero debes separarlos del que tenemos ahora entre manos.

—De acuerdo, Siddhartha. Voto detener a Nirriti aquí en Jaipur, si el Cielo nos respalda.

—¿Alguien tiene alguna objeción a ello?

Hubo un silencio.

—Entonces vayamos al Templo y apoderémonos de su unidad de comunicaciones.

Yama apagó su cigarrillo.

—Pero yo no hablaré con Brahma —dijo.

—Yo hablaré —respondió Sam.

Ili. la quinta nota del arpa, zumbó en el Jardín del Loto Púrpura.

Cuando Brahma activó la pantalla del interior de su Pabellón vio a un hombre que llevaba el turbante verdeazulado de Urath.

—¿Dónde está el sacerdote? —preguntó Brahma.

—Atado ahí fuera. Puedo arrastrarlo hasta aquí, si quieres oír una o dos plegarias...

—¿Quién eres, que llevas el turbante de los Primeros y entras armado en el Templo?

—Tengo la extraña sensación de haber pasado por todo esto antes —dijo el hombre.

—¡Responde a mis preguntas!

—¿Quieres ver a Nirriti detenido Señora? ¿O prefieres entregarle todas estas ciudades a lo largo del río?

—¿Estás tentando la paciencia del Cielo mortal? No vas a salir del Templo vivo.

—Tus amenazas de muerte no significan nada para el jefe de los lokapalas, Kali.

—Los lokapalas ya no existen, y no tienen jefe.

—Lo estás contemplando, Durga

—¿Yama? ¿Eres tú?

—No, pero él está conmigo, como lo están Krishna y Kubera.

—Agni está muerto. Cada nuevo Agni ha muerto desde...

—Keenset. Lo sé, Candi. Yo no era miembro del equipo original. Rild no me mató. El felino fantasma que nunca tendrá un nombre hizo un buen trabajo, pero no fue lo suficientemente bueno. Y ahora he vuelto a cruzar el Puente de los Dioses. Los lokapalas me han elegido como su líder. Defenderemos Jaipur y venceremos a Nirriti, si el Cielo nos ayuda.

—Sam... ¡No puedes ser tú!

—Entonces llámame Kalkín, o Siddhartha, o Tathagatha, o Mahasamatman, o Atador, o Buda, o Maitreya. Es Sam, sin embargo. He venido para adorarte y para hacer un trato.

—Habla.

—Los hombres han sido capaces de vivir con el Cielo, pero Nirriti es otro asunto. Yama y Kubera han traído armas a la ciudad. Podemos fortificarla y montar una buena defensa. Si el Cielo añade su poder al nuestro, Nirriti encontrará la horma de su zapato en Jaipur. Lo haremos, si el Cielo sanciona la aceleración y la libertad religiosa y el fin del remado de los Señores del Karma.

—Eso es mucho pedir, Sam...

—Las dos primeras cosas significan simplemente aceptar que algo existe y que tiene derecho a seguir existiendo. La tercera ocurrirá lo quieras o no, así que te estoy dando la posibilidad de ejercer tu benevolencia al respecto.

—Tendré que pensarlo...

—Tómate un minuto. Esperaré. Si la respuesta es no, nos marcharemos y dejaremos que Renfrew tome la ciudad y profane su Templo. Una vez haya tomado unas cuantas más, tendrás que enfrentarte a él. Entonces nosotros ya no estaremos, sin embargo. Esperaremos a que todo haya terminado. Si entonces sigues aún en el negocio, no te hallarás en posición de decidir respecto a los términos que acabo de proponerte. Si no lo estás, creo que seremos capaces de encargarnos del Hombre de Negro y derrotarle a él y a lo que quede de sus zombies. En cualquier caso, obtendremos lo que queremos. Esta forma es más fácil para ti.

—¡De acuerdo! Reuniré inmediatamente mis fuerzas. Estaremos juntos en esta batalla, Kalkín. ¡Nirriti morirá en Jaipur! Mantén a alguien aquí en la sala de comunicaciones, para que podamos permanecer en contacto.

—La convertiré en mi cuartel general.

—Ahora desata al sacerdote y tráelo aquí. Va a recibir algunas órdenes divinas y dentro de poco, una visita divina.

—Sí, Brahma.

—¡Sam, espera! Después de la batalla, si vivimos, querré hablar contigo respecto a la adoración mutua.

—¿Quieres convertirte al budismo?

—No, quiero ser mujer de nuevo...

—Hay un lugar y un momento para cada cosa, y este no es ninguno de los dos.

—Cuando llegue el momento, estaré allí.

—Te traeré a tu sacerdote. No te retires de la línea.

Tras la caída de Lananda, Nirriti oficio un servicio religioso entre las ruinas de la ciudad, rezando por la victoria sobre las otras ciudades. Sus oscuros sargentos hicieron sonar lentamente los tambores, y los zombies cayeron de rodillas Nirriti rezó hasta que el sudor cubrió su rostro como una máscara de cristal y luz y resbaló al interior de su armadura protésica, que le daba la fuerza de muchos hombres. Luego alzó su rostro al cielo, miró por encima del Puente de los Dioses y dijo:

—Amén.

Luego se volvió y se encaminó hacia Jaipur, y su ejército se alzo tras él.

Cuando Nirriti llegó a Jaipur, los dioses estaban aguardando. Las tropas de Kilbar estaban aguardando, y también las de Jaipur. Y los semidioses y los héroes y los nobles estaban aguardando. Y los brahmanes de alto rango y muchos de los seguidores de Mahasamatman estaban aguardando. Esos últimos habían venido en nombre de la Estética Divina.

Nirriti contempló el campo minado que conducía a los muros de la ciudad, y vio a los cuatro jinetes que eran los lokapalas aguardando junto a la puerta, con los estandartes del Cielo ondeando al viento a su lado.

Bajó su visor y se volvió a Olvegg.

—Tenías razón. Me pregunto si Ganesha estará aguardando dentro.

—Pronto lo sabremos. Nirriti prosiguió su avance.

Aquel fue el día en que el Señor de la Luz fue dueño del campo. Los esbirros de Nirriti jamás entraron en Jaipur. Ganesha cayó bajo la espada de Olvegg, cuando intentaba apuñalar a Brahma por la espalda, mientras este luchaba con Nirriti en un altozano. Luego Olvegg cayó aferrándose el estómago, y se arrastro hacia una roca.

Brahma y el Hombre de Negro se enfrentaron a pie, y la cabeza de Ganesha rodó a una zanja.

—Ése me dijo que sería en Kilbar —dijo Nirriti.

—Ése quería que fuese en Kilbar —dijo Brahma—, e intentó conseguir que fuese en Kilbar. Ahora se por que.

Se enzarzaron en la pelea, y la armadura de Nirriti luchó por él con la fuerza de muchos.

Yama espoleó su caballo hacia el altozano y se vio envuelto por un torbellino de polvo y arena. Alzó la capa a sus ojos y una risa sonó a su alrededor.

—¿Dónde está ahora tu mirada mortal, Yama—Dharma?

—¡Rakasha! —gruñó burlonamente.

—¡Sí! ¡Soy yo, Taraka!

Y Yama se vio repentinamente empapado con torrentes de agua, y su caballo retrocedió, perdió pie y cayó.

Estaba ya sobre sus pies, con la espada en la mano, cuando el llameante torbellino cuajó en una forma humana.

—Te he limpiado de eso que nos repele, dios de la muerte. ¡Ahora conocerás la destrucción a mis manos!

Yama saltó hacia delante con su espada.

Cortó con un violento tajo a su oponente desde el hombro hasta la cadera, pero no brotó ninguna sangre ni hubo señales del paso de su hoja.

—¡No puedes cortarme como harías con un hombre, oh Muerte! ¡Pero mira lo que te puedo hacer yo a ti!

Taraka saltó sobre él, clavando sus brazos a sus costados y lanzándolo al suelo. Brotó una fuente de chispas.

En la distancia, Brahma tenía su rodilla clavada sobre la espina dorsal de Nirriti y estaba tirando de su cabeza hacia atrás, contra el poder de la armadura negra. Fue entonces cuando el Señor Indra saltó del lomo de su slagarto y alzó su espada del Rayo contra Brahma. Oyó partirse el cuello de Nirriti.

—¡Es tu capa la que te protege! —exclamó Taraka, mientras lo mantenía clavado en el suelo, y entonces miró a los ojos de la Muerte...

Yama notó que Taraka se debilitaba lo suficiente como para empujarle lejos.

Saltó en pie y como hacia Brahma, sin detenerse a recoger su espada. Allá en la colina, Brahma paraba los golpes de la espada del Rayo una y otra vez, mientras la sangre manaba a borbotones del muñón de su amputado brazo izquierdo y rezumaba de las heridas de su cabeza y pecho. Nirriti mantenía sujeto su tobillo en una presa de acero.

Yama gritó mientras cargaba contra ellos y extraía su daga.

Indra retrocedió, apartándose del alcance de la hoja de Brahma, y se volvió para hacerle frente.

—¿Una daga contra la espada del Rayo, oh Rojo? —inquirió.

—Sí —dijo Yama, haciendo un amago con su mano derecha y pasando la hoja a la izquierda para golpear realmente.

La punta de la hoja penetró en el antebrazo de Indra.

Indra soltó la espada del Rayo y golpeó a Yama en la mandíbula. Yama cayó, pero empujó las piernas de Indra en su caída, derribándolo también al suelo.

Su Aspecto lo poseyó entonces por completo, y mientras miraba furibundo Indra pareció contraerse bajo su mirada. Taraka saltó a su espalda justo en el momento en que Indra moría. Yama intentó liberarse, pero tenía la sensación como si tuviera una montaña apoyada sobre sus hombros.

Brahma, que estaba tendido al lado de Nirriti, se quitó el arnés, que había sido empapado con repelente contra demonios. Con la mano derecha lo arrojó a través del espacio que los separaba, haciendo que cayera al lado de Yama.

Taraka retrocedió, y Yama se volvió y le miró fijamente. La espada del Rayo saltó entonces de donde había caído al suelo y salió disparada contra el pecho de Yama.

Yama agarró la hoja con ambas manos, con su punta a pocos centímetros de su corazón. Siguió moviéndose hacia delante, y la sangre goteó de las palmas de sus manos y cayó al suelo.

Brahma volvió su mirada mortal hacia el Señor del Pozo del Infierno, una mirada que drenó la fuerza misma de la vida de su interior.

La punta tocó a Yama.

Yama se echó a un lado girándose, y la hoja le atravesó desde la clavícula al hombro a su paso.

Entonces sus ojos fueron dos lanzas, y el rakasha perdió su forma humana y se convirtió en humo. La cabeza de Brahma cayó sobre su pecho.

Taraka gritó cuando Siddhartha cabalgó hacia él a lomos de un caballo blanco, con el aire chasqueando y oliendo a ozono.

—¡No, Atador! ¡Contén tu poder! Mi muerte pertenece a Yama.

—¡Oh, estúpido demonio! —dijo Sam—. No era necesario.

Pero Taraka ya no estaba.

Yama cayó de rodillas al lado de Brahma y ató un torniquete a lo que quedaba de su brazo izquierdo.

—¡Kali! —gimió— ¡No mueras! ¡Háblame, Kali!

Brahma jadeó y sus ojos se abrieron temblorosamente, pero volvió a cerrarlos.

—Demasiado tarde —murmuró Nirriti. Volvió su cabeza y miró a Yama—. O mejor, justo a tiempo. Tú eres Azrael, ¿no? El Ángel de la Muerte...

Yama le golpeó furiosamente, y la sangre de su mano marcó el rostro de Nirriti.

—«Bienaventurados sean los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos» —dijo Nirriti—. «Bienaventurados sean los que sufren, porque ellos alcanzarán misericordia. Bienaventurados sean los mansos, porque ellos heredarán la tierra.»

Yama le golpeó de nuevo

—«Bienaventurados sean los que sufren hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados. Bienaventurados sean los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia. Bienaventurados sean los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios...»

—«Y bienaventurados sean los pacificadores —dijo Yama—, porque ellos serán llamados hijos de Dios». ¿Cómo encajas tú en este cuadro, Hombre de Negro? ¿De quién eres hijo, para haber obrado tal como lo has hecho?

Nirriti sonrió y dijo:

—«Bienaventurados sean los que sufren persecución por la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos.»

—Estás loco —dijo Yama—, no tomaré tu vida por esta razón. Ya la entregarás tú mismo cuando estés preparado, lo cual será pronto.

Alzó a Brahma entre sus brazos y echó a andar hacia la ciudad.

—«Bienaventurado eres tú, cuando los hombres te vituperen —dijo Nirriti—, y te persigan, y digan todo tipo de cosas horribles falsamente contra ti, por mi causa...»

—¿Agua? —preguntó Sam, abriendo su cantimplora y alzando la cabeza de Nirriti.

Nirriti le miró, se humedeció los labios, asintió levemente. Sam echó un poco de agua en su boca.

—¿Quién eres tú? —preguntó el Hombre de Negro.

—Sam.

—¿Tú? *¿Tú* te has alzado de nuevo?

—Eso no cuenta —dijo Sam—. No lo hice del modo difícil.

Las lágrimas llenaron los ojos de Nirriti.

—Eso significa que vencerás, sin embargo —jadeó—. No puedo comprender por qué Él lo ha permitido...

—Éste es solamente un mundo, Renfrew. ¿Quién sabe lo que ocurre en otros lugares? Y no es realmente la lucha lo que deseaba ganar, de todos modos. Tú lo sabes. Lo siento por ti, y lo siento por todo lo que ha ocurrido. Estoy de acuerdo con todo lo que le has dicho a Yama, y lo están también los seguidores de aquel al que llamaban el Buda. Ya no recuerdo si era realmente yo, o era alguna otra persona. Pero ahora ya no lo soy. Debo volver a ser un hombre, y dejaré que la gente mantenga al Buda que vive en sus corazones. Cualquiera que fuese la fuente, el mensaje era puro, créeme. Ésa es la única razón de que arraigara y creciera.

Renfrew tragó otro sorbo.

—«Aún así todo buen árbol echa buenos frutos» —dijo—. Fue una voluntad más grande que la mía la que determinó que muera en brazos del Buda, la que decidió el Camino que ha de seguir este mundo... Dame tu bendición, oh Gautama. Me muero...

Sam inclinó la cabeza.

—«El viento va hacia el sur, y gira al norte. Va girando constantemente, y regresa de nuevo siguiendo sus propios giros. Todos los ríos corren hacia el mar, pero el mar no está lleno. Al lugar de donde vienen los ríos, allí regresan de nuevo. Las cosas que han sido, eso es lo que serán, y lo que se ha hecho es lo que se hará. No hay recuerdo de cosas anteriores, ni tampoco hay recuerdo de cosas que tienen que venir a aquellos que vendrán después...»

Entonces cubrió al Hombre de Negro con su capa blanca, porque había muerto.

Jan Olvegg fue trasladado en una camilla a la ciudad. Sam envió a por Kubera y a por Narada para que se reunieran con él en la Mansión del Karma, porque era evidente que Olvegg no viviría mucho en su actual cuerpo.

Cuando entraron en la Mansión, Kubera tropezó con el hombre muerto que yacía en el umbral.

—¿Quién...? —preguntó.

—Un Maestro.

Otros tres portadores de la rueda amarilla yacían en el corredor que conducía a sus habitaciones de transferencia. Todos llevaban armas.

Encontraron a otro cerca de la maquinaria. El golpe de la hoja le había ensartado exactamente en el centro de su círculo amarillo, que ahora tenía el aspecto de una gastada diana. Su boca estaba aún abierta en el grito que jamás llegó a emitir.

—¿Es posible que los hombres de la ciudad hayan hecho esto? —preguntó Narada—. Los Maestros se han hecho muy impopulares en los últimos años. Quizá se aprovecharon del frenesí de la batalla...

—No —dijo Kubera, mientras alzaba la manchada tela que cubría el cuerpo sobre la mesa de operaciones, miraba debajo, volvía a bajarla—. No, no fueron los habitantes de la ciudad.

—¿Quién, entonces?

Miró hacia atrás, a la mesa.

—Ése es Brahma —dijo.

—Oh.

—Alguien debió decirle a Yama que no podía utilizar la maquinaria para intentar una transferencia.

—Entonces, ¿donde está Yama?

—No tengo la menor idea. Pero será mejor que actuemos aprisa si queremos salvar a Olvegg.

—Sí. Adelante.

El joven alto entró en el Palacio de Kama y pidió por el Señor Kubera. Llevaba una larga y resplandeciente lanza cruzada sobre el hombro, y no paró de ir arriba y abajo mientras aguardaba.

Kubera entró en la habitación, contempló la lanza, al joven, dijo una palabra.

—Sí, es Tak —respondió el lancero—. Nueva lanza, nuevo Tak. No necesito seguir siendo un mono, así que ya no lo soy. El tiempo de la partida se acerca, de modo que vengo a decir adiós..., a ti y a Ratri...

—¿Adonde vas, Tak?

—Me gustaría ver el resto del mundo, Kubera, antes de que tú lo mecanices hasta conseguir extraerle toda la magia.

—Este día aún está lejos, Tak. Déjame persuadirte de que te quedes un poco más.

—No, Kubera. Gracias, pero el capitán Olvegg está ansioso por marchar. Él y yo vamos a irnos juntos.

—¿Hacia dónde?

—Al este, al oeste..., ¿quién sabe? En la dirección en que sople el viento... Dime, Kubera, ¿a quién pertenece ahora el carro del trueno?

—Originalmente perteneció a Shiva, por supuesto. Pero ya no hay ningún Shiva. Brahma lo utilizó durante un tiempo.

—Pero ya no hay ningún Brahma El Cielo está sin uno.., mientras gobierna Vishnu, provisionalmente. Así que...

—Yama lo construyó. Si pertenece a alguien, será a él...

—Y para él ya no es de ninguna utilidad —terminó Tak—. Así que creo que Olvegg y yo podríamos tomarlo prestado para nuestro viaje.

—¿Qué quiere decir que ya no es de ninguna utilidad para el? Nadie lo ha visto desde hace tres días desde la batalla...

—Hola, Ratri —dijo Tak, y la diosa de la Noche entro en la habitación—. «Guárdanos de la loba y del lobo y guárdanos del ladrón, oh Noche, y concédenos un tránsito sin dificultades.»

Hizo una inclinación, y ella tocó su cabeza.

Luego alzó la vista hacia su rostro, y por un espléndido momento la diosa llenó todo el espacio, desde sus alturas hasta sus profundidades. Su radiación alejó la oscuridad...

—Ahora tengo que irme —dijo—. Gracias, gracias, por tu bendición.

Se volvió rápidamente y salió de la estancia.

—¡Espera! —dijo Kubera—. Hablaste de Yama. ¿Dónde está?

—Búscalo en la Hostería de la Gallina de Fuego Tricéfala —dijo Tak por encima del hombro—. Es decir, si quieres buscarlo. Aunque quizá sea mejor que esperes a que él te busque a ti.

Y se fue.

Cuando se acercaba al Palacio de Kama, Sam vio a Tak bajando apresuradamente las escaleras.

—¡Buenos días, Tak! —llamó, pero Tak no respondió hasta que estuvo casi sobre él. Entonces se detuvo bruscamente e hizo pantalla con la mano ante sus ojos, como si estuviera deslumbrado por el sol.

—¡Señor! Buenos días.

—¿Adonde vas tan aprisa, Tak? ¿Acabas de poner a prueba tu nuevo cuerpo y vas a comer algo?

Tak se echó a reír.

—Sí, Señor Siddhartha. Tengo una cita con la aventura.

—Eso he oído decir. Hablé con Olvegg ayer por la noche. Espero que tengáis un buen viaje.

—Quería decirte —murmuró Tak—. que sabía que ganarías. Sabía que hallarías la respuesta.

—No era *la* respuesta, pero era una respuesta, y no fue gran cosa, Tak. Sólo una pequeña batalla. Hubieran podido arreglárselas muy bien sin mí.

—Quiero decir todo —indicó Tak—. Tú pensaste todo lo que condujo hasta eso. Tenías que estar allí.

—Supongo que sí. Sí, supongo que sí. Siempre hay algo que consigue arrastrarme cerca del árbol donde está a punto de caer el rayo.

—Es el destino, Señor.

—Más bien una accidental conciencia social y algunos errores acertados, me temo.

—¿Qué vas a hacer ahora, Señor?

—No lo sé, Tak. Todavía no lo he decidido.

—¿Por qué no te vienes con Olvegg y conmigo? ¿A recorrer con nosotros el mundo? ¿A correr aventuras?

—Gracias, no. Estoy cansado. Quizá solicite tu viejo trabajo y me convierta en Sam de los Archivos.

Tak rió de nuevo.

—Lo dudo. Nos veremos de nuevo, Señor. Ahora adiós.

—Adiós... Espera, hay algo...

—¿Qué?

—No, nada. Por un momento, algo *que* dijiste me hizo recordar a alguien que conocí una vez. No es nada. ¡Buena suerte!

Le dio una palmada en el hombro y siguió andando.

Tak se apresuró a seguir su camino.

El encargado de la hostería le dijo que tenía un huésped que encajaba con la descripción: segundo piso, la última puerta..., pero que quizá no debiera molestársele.

Kubera subió al segundo piso.

Nadie respondió a sus llamadas, así que probó la puerta.

Estaba cerrada por dentro, así que la golpeó de nuevo.

Finalmente oyó la voz de Yama:

—¿Quién es?

—Kubera.

—Vete, Kubera.

—No. Abre, o me quedaré aquí hasta que lo hagas.

—Espera un momento, entonces.

Al cabo de un rato oyó correr la barra interior, y la puerta se abrió hacia dentro varios centímetros.

—No hay alcohol en tu aliento, así que diría que se trata de una mujer —afirmó.

—No —dijo Yama, mirándole desde el otro lado de la puerta—. ¿Qué quieres?

—Descubrir qué es lo que va mal. Ayudarte, si puedo.

—No puedes, Kubera.

—¿Cómo lo sabes? Yo también soy un artífice..., de un tipo distinto, por supuesto.

Yama pareció considerar aquello, luego acabó de abrir la puerta y se echó a un lado.

—Entra —dijo.

La muchachita estaba sentada en el suelo, con un montón de objetos diversos ante ella. Era escasamente más que una niña, y apretaba fuertemente entre sus brazos a un cachorrillo marrón y blanco, y miró a Kubera con unos ojos grandes y asustados hasta que él hizo un gesto y le sonrió.

—Kubera —dijo Yama.

—Koo—bra —dijo la chica.

—Es mi hija —dijo Yama—. Su nombre es Murga.

—No sabía que tuvieras una hija.

—Es retrasada. Sufrió daños cerebrales .

—¿Congénitos, o efecto de una transferencia? —preguntó Kubera.

—Efecto de una transferencia.

—Entiendo.

—Es mi hija —repitió Yama—: Murga.

—Sí —dijo Kubera.

Yama se dejó caer de rodillas al lado de la muchachita y tomó un cubo de un juego de construcción.

—Cubo —dijo.

—Cubo —dijo la niña.

Alzó una cuchara.

—Cuchara —dijo.

—Cuchara —dijo la niña.

Tomó una pelota y se la mostró.

—Pelota —dijo.

—Pelota —dijo la muchacha.

Tomó de nuevo el cubo y se lo mostró otra vez.

—Pelota —repitió ella.

Yama lo dejó caer.

—Ayúdame, Kubera —dijo.

—Lo haré, Yama. Si hay alguna forma, la encontraré.

Se sentó al lado de él y alzó las manos.

La cuchara cobró vida mas cuchara que nunca, y la pelota más pelota que nunca, y el cubo más cubo que nunca, y la muchachita se echó a reír. Incluso el cachorro pareció estudiar los objetos.

—Los lokapalas nunca se dan por vencidos —dijo Kubera, y la muchachita tomó el cubo y lo estuvo mirando durante largo rato antes de llamarlo por su nombre correcto.

Ahora se sabe que el Señor Varuna regresó a la Ciudad Celestial después de Jaipur. El sistema de promoción dentro de los rangos del Cielo empezó a cuartearse casi al mismo tiempo. Los Señores del Karma fueron reemplazados por los Guardianes de la Transferencia, y su función fue desgajada de los Templos. Fue redescubierta la bicicleta. Se erigieron siete templos budistas. El palacio de Nirriti fue convertido en una galería de arte y el Pabellón de Kama. El Festival de Alundil siguió celebrándose cada año, y sus danzarines eran sin igual. El bosquecillo púrpura aún sigue en pie, cuidado por los fieles.

Kubera se quedó con Ratri en Jaipur. Tak partió con Olvegg en el carro del trueno, hacia un destino desconocido. Vishnu gobernó en el Cielo.

Aquellos que rezaban a los siete Rishi les dieron las gracias por la bicicleta y por el avatar temporal del Buda, al que llamaban Maitreya, que significa Señor de la Luz, quizá a causa de que podía lanzar relámpagos o porque podía privarse de hacerlo. Otros siguieron llamándole Mahasamatman y decían que era un dios. De todos modos, él seguía prefiriendo dejar a un lado el Maha— y el —atman y seguía llamándose a sí mismo Sam. Nunca afirmó ser un dios. Pero, por supuesto, nunca afirmó tampoco no serlo. Tal como estaban las cosas, ninguna admisión hubiera reportado ningún beneficio.

Tampoco permaneció con su gente el tiempo suficiente como para justificar demasiadas divagaciones filosóficas. Se cuentan algunas historias conflictivas referentes a los días de su tránsito.

Lo que sí es común a todas las leyendas es que un gran pájaro rojo de tres veces la longitud de su cuerpo acudió a él un día al anochecer, mientras cabalgaba con su caballo por la orilla del río.

Partió de Jaipur al día siguiente antes del amanecer, y no volvió a vérsele.

Algunos dicen que la aparición del pájaro coincidió con su partida, pero que no estaba relacionada de ninguna manera con ella. Partió en busca de la paz anónima de una túnica azafrán porque ya había terminado la tarea para la cual había vuelto, dicen, y ya estaba cansado del ruido y la fama de su victoria. Quizás el pájaro le recordó lo rápidamente que pasan, como fulgores, esas glorias. O quizá no, si ya había tomado su decisión.

Otros dicen que no tomó de nuevo la túnica, sino que el pájaro era un mensajero de los Poderes Más Allá de la Vida, que lo reclamaban de vuelta a la paz del Nirvana, para conocer eternamente el Gran Descanso, la bendición perpetua, y oír las canciones que cantan las estrellas a orillas del gran mar. Dicen que ha cruzado más allá del Puente de los Dioses. Dicen que no volverá.

Otros dicen que adoptó una nueva identidad; y que camina aún entre la humanidad, para protegerla y guiarla en los días de prueba, para impedir la explotación de las clases inferiores por aquellos que asuman el poder.

Otros aún dicen que el pájaro era un mensajero, no del siguiente mundo, sino de éste, y que el mensaje que traía no iba dirigido a él, sino al poseedor de la espada del Rayo, el Señor Indra, que había mirado a los ojos de la Muerte. Este pájaro rojo no había sido visto nunca antes, aunque su raza, se sabe ahora, existe en el continente oriental, donde Indra había sostenido batalla contra las brujas. Si el pájaro era poseedor de algo parecido a la inteligencia dentro de su llameante cabeza, pudo traer el mensaje de alguna necesidad de aquellas lejanas tierras. Debe recordarse que la Señora Parvati, que había sido su esposa, o su madre, o su hermana, o su hija, o quizá todas esas cosas de Sam, había huido a ese lugar en el momento en que los felinos fantasma vieron realmente el Cielo, para morar allí con las brujas, de las que se consideraba familia. Si el pájaro llevaba ese mensaje, los que cuentan esa historia no dudan que Sam partió inmediatamente hacia el continente oriental, para liberarla de cualquiera que fuese el peligro que la acechaba.

Esas son las cuatro versiones de Sam y el Pájaro Rojo Que Señaló Su Partida, tal como son contadas respectivamente por los moralistas, los místicos, los reformadores sociales y los románticos. Me atrevería a decir que uno puede seleccionar la versión que más le guste. De todos modos, debe recordar que tales pájaros, aunque no pueden hallarse en absoluto en el continente occidental, parecen ser muy prolíficos en el este.

Aproximadamente medio año más tarde, Yama—Dharma partió de Jaipur. Nada específico se sabe de los días de la partida del dios de la muerte, lo cual la mayoría de gente considera ya suficiente información. Dejó a su hija Murga al cuidado de Ratri y Kubera, y creció convirtiéndose en una mujer tremendamente hermosa. Puede que se dirigiera también al este, posiblemente cruzando incluso el océano. Porque hay una leyenda en otro lugar acerca de cómo el Hombre de Rojo desafió al poder de los Siete Señores de Komlat en la región de las brujas. No podemos estar seguros de eso, del mismo modo que no podemos conocer el auténtico fin del Señor de la Luz.

Pero mirad a vuestro alrededor...

La Muerte y la Luz están por todas partes, siempre, y empiezan, terminan, golpean, aguardan, dentro y sobre el Sueño de lo Innominado que es el mundo, quemando palabras dentro del samsara, quizá para crear algo bello.

Mientras, los portadores de la túnica azafrán meditan todavía sobre el Camino de la Luz, y la muchacha llamada Murga visita diariamente el Templo, para colocar delante de su oscuro padre, en su capilla, la única devoción que recibe, unas flores.